FUNDACIÓN
Diario de Avisos

EL AÑO DE LA MÁSCARA

biografía de 2020

por Carmelo Rivero

EL AÑO DE LA MÁSCARA

biografía de 2020

CARMELO RIVERO

FUNDACIÓN Diario de Avisos

EL AÑO DE LA MÁSCARA
biografía de 2020

Edición. Fundación Diario de Avisos
Diseño y maquetación. Jesús J. Rodríguez Díaz
Autor. Carmelo Rivero

Santa Cruz de Tenerife - 2020

EL AÑO DE LA MÁSCARA

biografía de 2020

CARMELO RIVERO

FUNDACIÓN Diario de Avisos

Índice

1. El síndrome de Flaubert 11

2. Y cómo le explico esto a mi hijo 37

3. El muelle de Beirut salta por los aires. ¡Lo que nos faltaba, una guerra nuclear! 45

4. ¡Vida en Venus! ¡Ya tenemos vecinos! 51

5. Las células T 61

6. La liberación de los niños 69

7. Si esto es la ficción, soñemos la realidad 79

8. Hibernar la economía, parar el mundo 89

9. La rodilla de Chauvin 99

10. Cien días de soledad 109

11. El vaso de agua 117

12. La gotícula, que recorre el aire y se aloja en nuestra cara, mata 127

13. ¿Se puede ser feliz en este campo de concentración? 135

14. ¡Viva la máscara, abajo el Carnaval! 143

15. El rey exiliado 151

16. El drama que no era teatro 155

17. Era como apagar un incendio en toda la ciudad con un cubo de agua 165

18. Las redes invocaron tanto el apocalipsis que se hizo realidad 173

19. Almuerzo en lo alto de un rascacielos. ¿Estaban realmente sin arnés? 187

20. La cuenta atrás y el síndrome de Flaubert 195

21. José Mujica no cultiva el odio en su jardín 205

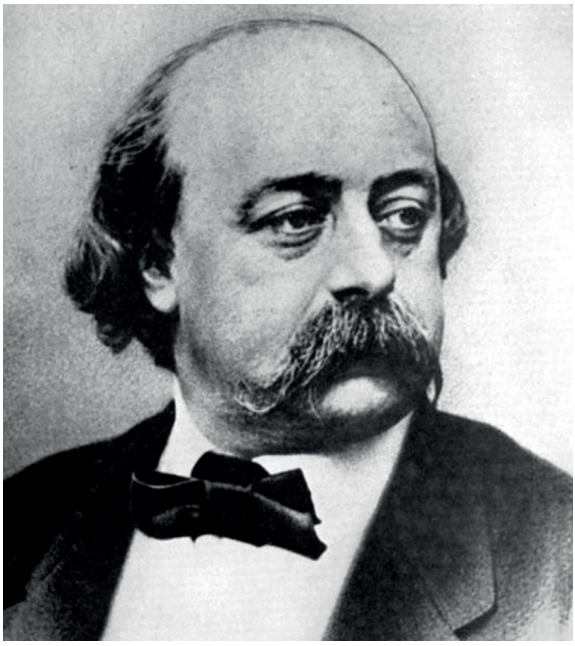
22. Cartografía de la epidemia 215

23. Sean Connery volverá con la bala de plata 225

24. "¿El mundo está loco? No. El ser humano es extraordinario" 233

25. Año 20, siglo XX. Año 21, siglo XXI 241

26. El mundo de mañana 255



1
EL SÍNDROME DE FLAUBERT

¿Ha sido 2020 el peor año de nuestras vidas? ¿O la memoria nos traiciona? Sufrimos mucho en aquel túnel de 2008 que se prolongó durante casi una década. La Gran Recesión fue considerada la peor crisis de nuestra generación, pues no cabía compararla sino con el crack del 29. Históricamente, ha habido años peores y catástrofes mayores, pero no las hemos vivido en carne propia, no son parte de nuestro inventario, de nuestro tiempo, de nuestro ADN, de nuestra conciencia. La Segunda Guerra Mundial, al igual que la Primera, en general los grandes conflictos bélicos que jalonan la Historia superan en horror cuanto ha acontecido en 2020. La paz envuelta en llamas de que disfrutamos lo atenúa todo, estábamos acostumbrados a la normalidad.

Por todo ello, el escrutinio sería sí, 2020 ha sido el peor año de nuestras vidas. El interrogante no admite dudas. Jamás tuvimos razones tan poderosas para cultivar este miedo, y a propósito de él, nunca nos sentimos tan frágiles y vulnerables.

¿Por qué hablo del síndrome de Flaubert? ¿Existe un síntoma, acaso, con ese nombre, algún cuadro clínico descrito? No. He creído ajustado a nuestro devenir apelar a un adagio del célebre novelista que explica las circunstancias de esta soledad global. Define, a mi juicio, la travesía que llevamos a cabo en 2020, nuestra experiencia vital, doméstica y sombría. El signo más destacado de esta biografía es la soledad, el desamparo, del que Flaubert nos ilustra a cada instante en sus cartas, reflexiones y prosas. Las palabras que comprenden esa orfandad son la falta de dioses. Creo que permite reconocernos en esta marcha desorientada en busca de rumbo y de curación. Es una pulsión indefensa sostenida en el tiempo a lo largo de la mayor parte del año, según pude observar al componer esta historia y mientras la vivía como todo el mundo día a día, semanas tras semana, mes tras mes, con evidente desolación.

Es un tránsito entre épocas, que echa en falta la presencia de esos dioses necesarios para andar con tiento. Ídolos, referentes a los que adherirse para avanzar y seguir el curso de la Historia. En nuestro caso, era evidente ese vacío. Como si se hubiera detenido el tiempo, parecían suspendidas las grandes certidumbres absolutas que daban sentido a todo, cual si hubieran sido arrumbadas a un callejón entre los desechos del siglo pasado, para ser sustituidas por una deforme mescolanza de cánones aún embrionarios, todavía inconsistentes, y, una vez cumplido el marco temporal del año, seguían en el trance de ser o no ser. De manera que para donde quiera que miráramos, no hallábamos cimientos, padres dispuestos a adoptarnos, héroes en quienes depositar nuestra indefensión, en quienes confiar y sentirnos a su sombra más seguros. Un tiempo en blanco con todo por hacerse. A ese estado de desvalimiento que caracteriza nuestro deambular presente, en el transcurso de 2020, en todas las esquinas del mundo, es a

lo que llamo aquí síndrome de Flaubert, en honor al novelista francés. ¿Por qué elegir su nombre? Hay, como digo, un porqué. O muchos sintetizados en uno.

Dejó dicho Gustave Flaubert: "Cuando los dioses ya no existían y Cristo no había aparecido aún, hubo un momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que solo estuvo el hombre". Esta sentencia, y las análogas traducciones e interpretaciones de la sabia reflexión del célebre francés solitario por excelencia, sobre la soledad del hombre en el interregno de los dioses antiguos y el Dios que estaba por llegar, resulta conmovedora bajo la profunda melancolía de sus palabras, que se hacen nuestras. Ese ser humano solo en mitad de la Historia sin dioses a los que delegar su destino es el mismo que hoy habita el mundo, pero esta vez no referido a dioses divinos, sino a dioses terrenales y, por consiguiente, a las condiciones de vida en que hemos de sobrevivir o morir, en virtud de los malos gobernantes que nos han tocado en desgracia. Pues habíamos acostumbrado nuestra condición humana a una pléyade de dioses penates imprescindibles para circular por el siglo XXI. Líderes, sistemas políticos, modelos de desarrollo, redes sociales y normas de convivencia conformaban un olimpo de dogmas y creencias, de asideros que guiaban nuestra convivencia y progreso. Toda esa arquitectura de pilares humanos se vino abajo el 11 de marzo de 2020, con la declaración de la pandemia de coronavirus por parte de la Organización Mundial de la Salud. Hasta ahí habíamos llegado.

El 31 de diciembre de 2019, como un último suspiro de un año que expiraba y daba una señal de alarma in extremis, la Comisión Municipal de Salud de Wuhan (provincia de Hubei, China) notificó oficialmente un conglomerado de casos de neumonía en la ciudad. Aún se desconocían las causas y pormenores del virus. Pero pronto se advirtió que el peligro que emanaba se expandía de un modo vertiginoso. Y se descifró su naturaleza. Era coronavirus. Tailandia fue el siguiente lugar del planeta en sufrir el pasmo del enemigo invisible. Su transmisión entre humanos provocó una alerta todavía incipiente. El director general de la OMS, Tedros Adhanom, despertó de un letargo sin bombas sobre su cabeza

y percibió en la noticia el rumor de un vendaval. Entonces no lo dudó. Viajó a Beijing para indagar en persona la dimensión del patógeno, sus potenciales consecuencias. Aún era pronto para alarmar al mundo con el anuncio de una posible catástrofe universal, ni siquiera se sospechaba tal cosa en un planeta que si podía alardear de algo sin discusión era de estar comunicado como nunca en toda la Historia. Jamás fue tan cierta como ahora la sospecha que sugiere la metáfora del efecto de la mariposa aleteando en un punto del globo y provocando por extraños lazos de coordinación un tornado en un extremo opuesto.

En la isla en que vivo, Tenerife, se recibieron las primeras noticias como una mera anécdota, entre la multitud de ellas que satisfacen desde hace años nuestra permeable ansiedad informativa, propia de esta era, sensible al mínimo asomo de un riesgo a la vista por remoto que sea, gracias a Internet. Todavía no revestía peligro, según apuntaban todos los indicios. Era prematuro y lejano, parecía una amenaza menor, casi inexistente. Pero el dr. Tedros Adhanom fue al encuentro del origen del misterioso problema de salud, con la mosca detrás de la oreja, albergando la esperanza de que fuera un mal pasajero, pero temiendo ya lo peor. Las autoridades chinas aparentaron abrirle las puertas. Se sabría toda la verdad. Quedaba en manos de los científicos. La ciencia tampoco sabía entonces la relevancia que la incidencia iba a adquirir con el paso de apenas días, semanas y meses. Los expertos del máximo órgano de salud del mundo, el 30 de enero, aconsejaron, y así se hizo, que el brote fuera catalogado como una "emergencia de salud pública de importancia internacional". Palabras inquietantes. Era la sexta vez que la OMS hacía una declaración semejante desde la entrada en vigor, hacía una década y media, de su máximo reglamento sanitario. La cosa empezó a ponerse seria. Pero para entonces el foco de los primeros miles de casos permanecía limitado a un reducido espacio del vasto territorio de China, tan solo afectaba a la proporción territorial de la provincia de Hubei y en particular a su capital, Wuhan. Nos seguía resultando un asunto ajeno y distante.

En la isla nos disponíamos a celebrar los Carnavales. La fiesta de las Máscaras. ¡Estremece recordarlo, ahora que conozco toda la historia que aconteció a lo largo de los meses posteriores del año! ¡Esa palabra! ¡Máscara! Estoy convencido de que si entonces nos hubieran dicho que viviríamos en adelante con una máscara adherida al rostro, habríamos esbozado una sonrisa considerándolo una broma. No teníamos la menor idea de lo que se nos venía encima. Vivimos en un mundo en constante sobresalto y nos hemos habituado a la sensación de rodar por un tobogán y caer de pie, de dormir en una cama de agua y regresar al suelo firme al día siguiente, de sortear alarmas que difunden las redes sociales con continua profusión sin que finalmente la sangre llegue al río. Este era uno de nuestros dogmas habituales, la seguridad de que el mundo seguía en pie pese a los constantes aspavientos. Veníamos de asumir la posverdad, las falacias y verdades alternativas como excrecencias del monstruo en que se había convertido nuestro mundo informativo. Y nos habíamos acostumbrado. Ciertas noticias dejaban de interesarnos, predispuestos a dudar de su veracidad o trascendencia.

El 3 de febrero, las autoridades sanitarias del planeta dispusieron un plan para ayudar a protegerse a los Estados con sistemas de salud más frágiles. No nos empezó a gustar el giro de los acontecimientos. Y la sensación más extendida es que algo se nos ocultaba. El mal iba a tener un nombre que se haría célebre y que marcaría a fuego 2020, el año que apenas daba comienzo: SARS-CoV-2, el coronavirus de tipo 2 al que se debe el síndrome respiratorio agudo severo causante de una enfermedad denominada COVID-19, pues ya dijimos que el difunto año precedente avisó del virus antes de sucumbir. De pronto, todo empezó a precipitarse. Fue convocado de inmediato un foro de 400 expertos y entidades de todo el mundo, algo inusual en las aguas del organismo que vela por nuestra salud. Pocos repararon en esta cita, pues apenas adquirió relevancia informativa, pero era un signo evidente de la preocupación que empezaba a cobrar cuerpo entre las personas mejor informadas acerca de la clase de peligro que se cernía sobre miles de millones de seres humanos.

Una de aquellas mañanas, el dr. Tedros Adhanom se levantó convencido de que el mundo estaba dentro de su cabeza. Pues él ya conocía todos los pormenores de la amenaza a la que se enfrentaba el planeta. Sabía que la plaga se extendería como una fuerte llamarada, expandiéndose sobre los territorios más distantes, devastando los sistemas de salud, aislando embarcaciones perdidas en los océanos y ciudades inmovilizadas, expuestas a la llegada del endriago infernal. Era ese día al que me referí, el 11 de marzo de 2020. El director general de la OMS declaró oficialmente que padecíamos una pandemia. Sabía lo que se avecinaba. En esas situaciones, ser quien conoce toda la verdad es como tener ganas de morir. La mente humana no está capacitada para abarcar una pandemia de este calibre; dados los ingredientes, el estruendo sería mundial, equivalente a una bomba expansiva, y las escenas que cabía intuir mostraban a priori un campo de batalla infinito regado de cadáveres y heridos. Adhanom ha dicho después que la primera cosa en que pensó fue en dar cuanto antes con el remedio, con los tratamientos conocidos que salvaran vidas y con la vacuna providencial que nos protegiera a todos, a sabiendas de que ambas cosas serían arduas y tardarían. Conviene decir -porque esos detalles se olvidan con el paso del tiempo- que lo más trágico entonces era percatarnos de que las autoridades carecían de fe en disponer en tiempo récord de medicamentes eficaces y, mucho menos, de vacunas salvadoras. Solo recuerdo a alguien afirmar sin ambages que habría una vacuna en pocos meses, más pronto que tarde, y mucho antes que en toda la historia de las grandes enfermedades que asolaron a la humanidad.

La presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, médica de profesión, y exministra alemana de Defensa, acababa de asumir el cargo y afirmó tal cosa durante una conferencia de prensa: habría una vacuna antes de que finalizara el año. Tuvo, incluso, que corregir a alguien que entre los periodistas objetó tamaña promesa, pues era de todos conocido que las vacunas solían tardar años en su elaboración. “Esta vez no”, zanjó la presidenta con tono castrense.

El ensayo general puesto en marcha con el propósito de dar con las soluciones médicas se denominó ‘Solidaridad’.

¿Pero quién gobernaba el mundo? ¿En manos de quién estábamos? Un hombre desequilibrado. Como si Calígula hubiera regresado al mando de su imperio, pletórico de megalomanía y con la nostalgia de erigirse en amo absoluto desde aquella primera sensación que sintiera contemplándose mayestático en su solemne estatua del Templo de Jerusalén, Donald Trump tenía arrebatos de locura. Era capaz de cualquier acto demencial, recordaba tanto a aquel emperador romano trastornado que, presa de reacciones esperpénticas, obligó una vez a su ejército, en plena batalla con las tribus britanas, a recoger conchas en la playa para recaudar las insólitas deudas contraídas por esas aguas con su Administración; era tan excéntrico, imprevisible y disparatado como aquel gobernante luciferino dado a todo género de perversidades e impulsos, que ante la temeridad de algunas de sus órdenes (como sacar el Ejército a la calle a reprimir a los negros), sus propios colaboradores las abortaban a su espalda aterrorizados por el daño que podían causar. Trump anhelaba una guerra, soñaba con aplastar a los enemigos que imaginaba día y noche, era el presidente de la primera potencia del mundo cuando sobrevino la pandemia y no tardó en atribuir públicamente a China las peores intenciones contra su país mediante la supuesta fabricación de un virus letal, intencionadamente destructivo, para minar la economía y el poder del imperio USA. Nuestro Calígula contemporáneo trajinaba en la Casa Blanca como un dios perturbado día y noche. Cuando caía la oscuridad, era un dios trastornado tuiteando a la plebe; cabía imaginarlo solo, despotricando de los chinos por los pasillos del palacio como aquel emperador lleno de ira contra el mundo, y desataba desvelado sus habituales bombardeos nocturnos en Twitter, el campo de batalla en que se afanaba retorciendo la realidad a su antojo. Su realidad alternativa.

Teníamos dos problemas en 2020, a cual peor. El coronavirus. Y Trump, que llegaba al final de su mandato. Era un año electoral. Si el pueblo le renovaba la

confianza, el mundo estaba perdido irremediablemente. De manera que muchos no tardamos en concebir dos deseos simultáneos: que hubiera una vacuna y que Trump se fuera a su casa.

La pandemia, en efecto, se extendió por todo el mundo. Desde el 11 de marzo de 2020 hasta el último día del año fue un sinvivir. Millones de enfermos (más de 70) y centenares de miles de muertos (camino de dos millones) confirmaron el diagnóstico de los expertos. Pero nadie pudo adivinar, aun entonces, la magnitud de las transformaciones que se iban a producir en la vida de las personas y en el funcionamiento de todos los Estados del mundo. En la salud, la política, la economía, la vida social, los juegos, los paseos, los contactos más elementales entre los seres humanos. En realidad, la vida comunitaria como la entendíamos iba a desaparecer, pues las relaciones interpersonales fueron prácticamente abolidas.

Se impuso, entre tantos otros, un nuevo concepto, el distanciamiento social. Un metro y medio. Pasó a ser un anatema toda demostración de afecto físico. Los abrazos, besos, incluso el gesto de darse la mano (que los caballeros medievales instauraron saludándose siempre con la opuesta al lugar de la espada) quedaron prohibidos, estigmatizados, condenados públicamente. Por miedo al contagio. Como si retornáramos a las costumbres básicas, a la medicina popular y al epicentro de los mitos maternales, se dispuso, a falta de fármacos y vacunas, la práctica de un elemental método de higiene: lavarse las manos. Como aconsejara en el siglo XIX el médico húngaro Ignaz Semmelweis en su hospital de Viena tras descubrir la causa de las infecciones cruzadas que provocaban la muerte de los pacientes tras ser operados sin una exhaustiva higiene de manos previa por parte de los galenos. Algo tan sencillo y saludable había caído en desuso en la vida cotidiana, cuando un mundo confiado y distraído no reparaba en la insospechada letalidad de un simple patógeno prácticamente invisible, y fue necesario hacer proselitismo de aquella práctica que podía salvar vidas. Volvimos a apreciar los beneficios del jabón, cuyo origen babilonio lo remonta

a 2.800 años antes de Cristo.

Y no tardó en acreditarse la necesidad de cubrirnos la boca y la nariz con una mascarilla. No al estilo de los médicos de la peste negra de los siglos XVII y XVIII, que portaban máscaras con forma de picos de aves perfumadas contra los malos olores de la epidemia. Eran mascarillas faciales para todo el pueblo, que, tras las primeras reticencias, no tardó en aceptarlas como una especie de vacuna portátil a falta de una de verdad. Avanzado el segundo semestre del año, llevar mascarilla en los lugares públicos y en los centros de trabajo fue una práctica preceptiva, salvo entre grupos negacionistas que desafiaban a la autoridad, refractarios a la medida bajo un activismo provocador contra su uso en manifestaciones callejeras. No cabe duda de que se convirtió en el principal signo distintivo de 2020, su marca de fábrica, su patente. El año de la máscara.

Ninguna parte era un lugar seguro frente al virus. Nos confinamos durante meses, en el segundo trimestre del año, y, craso error, paralizamos la economía. Cuando creímos estar libres del azote del virus, y abrimos las puertas para afrontar lo que llamamos la nueva normalidad, nos dimos de bruces contra la triste evidencia, pues la amenaza había permanecido agazapada, bajo los felpudos de las puertas de las casas, latente en las barandas de las escaleras, adherida a las paredes como capas de polvo de lepra o en los botones de los ascensores que pulsábamos inconscientemente. Descubrimos que el mal estaba desperdigado y oculto en todos los vericuetos del mundo, era inapreciable, vagaroso e imposible de burlar sin estrictas medidas de protección. No, no estábamos a salvo. Y volvimos a contraer la otra enfermedad, la más peligrosa, que subyacía bajo la pandemia: el Miedo.

Una segunda ola de coronavirus se reprodujo de inmediato con virulencia. Era como volver a la guerra tras un alto el fuego. Al principio, pareció más benévola y la gran mayoría de los enfermos superaban el percance en casa, guardando un corto período de aislamiento. Luego arreciaron las hospitalizaciones e ingresos en UCI. Y de nuevo, las muertes. En todos los rincones del planeta,

incluso regiones y países que inicialmente el SARS-CoV-2 había perdonado infligiendo apenas daño con la COVID-19, en esta segunda ocasión fue distinto: la pandemia fijó sus raíces y arremetió sin excepción contra todo y contra todos. En la Europa nórdica que alardeaba de una inmunidad inteligente, sin mascarillas ni cuarentenas domiciliarias, los llamados países frugales, acabaron cediendo a la evidencia: este no era un virus normal y corriente, no cabía mirar para otro lado dejando que hiciera de las suyas. El costo podía ser vertiginoso y letal.

Empecé a escribir esta biografía de 2020 como si se tratara de un ser humano, de un organismo vivo. Una suerte de Frankenstein invisible, que comenzó a dar grandes zancadas por las ciudades del mundo con inverosímil destreza y ferocidad. Un monstruo nacido para durar un año, y acaso para mutarse en otros monstruos menores que perdurarán, entre nosotros, toda la vida. Medité sobre su presente, su pasado y su futuro. Reconstruí de memoria su 'personalidad', lo imaginé con tronco, pies y cabeza, un organismo capaz de causar tan inmenso daño en tan poco tiempo. Un killer. Merecería un estudio médico-legal (forense) en términos policiales y criminalísticos, en manos de químicos, físicos, biólogos, psicólogos e informáticos. La novela negra de 2020 no dista de la realidad. A menudo, en estas líneas, me aterró pensar que los hechos, contagiados también ellos del cariz de los acontecimientos, reflejaban un año monstruoso, sin tregua, donde la palabra muerte coronaba el cenit de nuestros miedos. ¿Quién no ha temido morir en 2020? ¿Y cuándo antes ocurrió tal cosa, semejante psicosis mundial simultánea, con tan exacta sincronía? Creo que nunca había ocurrido algo así, nunca el mundo entero estuvo tan unido en la desgracia y tan indefenso. Nunca ningún autor pudo imaginar una trama de esta naturaleza. Y nosotros venimos de haberla vivido, no en las páginas de un texto ajeno, sino en el curso de nuestras vidas. Esta biografía, a vuela pluma, contiene ese viaje al revés de un argumento ya vivido que me dispuse a escribir para su lectura posterior.

Fue en el mes de noviembre, a uno tan solo del final, cuando las presentes

notas cobraron forma velozmente. Era un año especial, cumplíamos 130 de existencia del periódico que dirijo, DIARIO DE AVISOS. No pudimos nunca imaginarnos un aniversario que no podíamos celebrar, porque las fiestas quedaron prohibidas. Comencé a escribir estos apuntes como si estuviera haciéndolo en el aire, como en un palimpsesto, del que temí perder pasajes enteros borrados por un golpe de viento en los desiguales combates entre la memoria y el olvido. Supuse que el mejor sitio era ese, el aire, y me imaginé en globo sobrevolando la realidad. Desde ese momento no dejé de sobrevolar el año.

Eran fechas terminales, ya en la antevíspera de la Navidad. Nos parecía mentira haber consumido un año entero con la obsesión de sobrevivir a un fantasma. Y, al mismo tiempo, era confortable comprobar que las fechas que se avecinaban nos devolvían un aliento desalojado por el virus: el de volver a estar juntos. Pero, al mismo tiempo, cómo y cuántos. Las autoridades no tardaron en poner límite, aforo, también, a las cenas de Navidad.

Una mañana, las buenas noticias parecieron abrirse paso tras diez meses ininterrumpidos de miedo en las miradas de los rostros embozados, bajo una soledad imperativa. Allí, en lo que empecé a llamar los meses arrepentidos del año infausto, asomaron los primeros brotes verdes de 2020.

Joe Biden, un hombre gris y agotado, que había superado dolencias de cierta gravedad en su vida y atravesado los pasadizos secretos de la política americana, en la cima del poder de la primera potencia, alcanzó la gloria, en las postrimerías de su carrera, con 78 años, como un emperador decente asumiendo la obligación histórica de salvar los dominios inconmensurables de su nación y, a su vez, reorientar el rumbo apremiante del mundo, cuando la nave universal ya se hundía, por el virus y el desgobierno, ambos compitiendo por el trofeo detestable de la devastación. Ganó las elecciones, y los Estados Unidos, y América toda, y Europa, y Asia, y África, y la aislada y solitaria Oceanía, las cuatro esquinas del mundo pudieron respirar, al fin, con alivio. La derrota de Trump presagiaba la derrota de la pandemia. Era la mejor señal. Biden, en castellano,

parecía invocar el Bien, como Trump sugería la trampa y el trampantojo.

No fue la única buena nueva del penúltimo mes del año bisiesto que habíamos sufrido como en una tortura china (acaso nunca mejor dicho), lenta y malvadamente. También sucedió una de aquellas mañanas otoñales de noviembre. Primero fue la farmacéutica norteamericana Pfizer, coaligada con la empresa de biotecnología alemana BioNTech. Y a continuación, su competidora Moderna, de los Estados Unidos. Y, en tercer lugar, la Universidad de Oxford y la compañía farmacéutica AstraZeneca, con sede en Reino Unido. Las tres instancias dieron a conocer sus respectivas vacunas, con altísimos porcentajes de eficacia en los seres humanos. ¡Vacunas del 90% de éxito e, incluso, capaces de un resultado aún superior! ¡Eureka! ¡Había vacuna en tiempo récord para curar a la humanidad! Como vaticinó y casi ordenó en su día la enérgica Von der Leyen. El dr. Tedros Adhanom, exultante y feliz, en contraste con su habitual descaecimiento, prorrumpió en elogios hacia los padres de las tres criaturas. Tengo grabada en la memoria la portada de nuestro periódico con la foto del director general de la Organización Mundial de la Salud (que en alguna ocasión bromeé, no sin fundamento, comparándolo con el papa de la ciencia desde el Vaticano de la OMS), con el dedo índice señalando los viales de los tres antídotos homologados en occidente (pues la vacuna rusa Sputnik V, con la que Putin se vanagloriaba de haber sido el primero y de ofrecer una eficacia del 95%, carecía, a decir verdad, de consenso global). En la imagen, Adhanom Ghebreyesus afirmaba pletórico: “Ahora hay una esperanza real de vencer al virus”.

Miré al cielo, hipnotizado por sus palabras, como si los dioses jubilados de la Historia nos estuvieran contemplando y escuchando, en sus estancias postreras, y recordé las palabras de Flaubert. Me dije que las nuevas circunstancias recién dadas, la llegada de Joe Biden y la aparición simultánea de las primeras vacunas milagrosas, parecían proveer un nuevo orden internacional. La economía volvería a situarse en la senda del crecimiento, las gentes volverían a relacionarse entre sí progresivamente y, lo que me parecía en esencia estimulante, la

nueva referencia política mundial ya no sería Trump, sino un político de la vieja guardia, un demócrata, un hombre tranquilo, cuyo ascenso a la Presidencia de los Estados Unidos proyectaría una gran influencia en los nuevos dirigentes, tentados hasta apenas unos días antes por imitar las andanzas del símbolo del poder omnímodo encarnado en la figura atrabiliaria de un político todopoderoso capaz de las mayores excentricidades que se puedan imaginar. Era como volver al orden, a los sosiegos defenestrados por una ola de histeria y odio en las relaciones internacionales. Como recuperar las esencias de la democracia, de la diplomacia, de la buena vecindad. No soy tan ingenuo como para creer que Biden es el Mesías reconstruyendo un mundo angelical de las cenizas del mundo de Trump. Habrá guerras, opresión, cantos de muerte, el pájaro gris pardusco hará de las suyas, como decía Whitman, habrá redobles de tambor. Pero todo será distinto, menos agrio, menos ruin, menos infamante, menos horrible… El annus se acabó.

Eran dos noticias como dos bombas contra el enemigo número uno, el coronavirus, y el número dos, el desgobierno de los hombres. Contra la pandemia y el populismo insolidario y desestabilizador que contagiaba los países más distantes de la Tierra: desde Brasil al Reino Unido, desde Filipinas a la Europa nórdica, del Este y central, desde Rusia a Turquía, y desde Corea del Norte a los confines sórdidos de las autarquías y dictaduras que aún persisten en el planeta. La vacuna curaría a los enfermos y a las convalecientes economías. Y Biden, el héroe surgido en la vejez de un hombre curtido en mil batallas, se disponía a sanar a la nación más influyente de la Tierra, enferma. Era el médico de la pandemia política. El vacunólogo del coronavirus del populismo. La salud del hombre requería de ambos cuidados, del galeno de la Casa Blanca y de los epidemiólogos y sus laboratorios para inmunizarnos del virus. Las dos vertientes, en una, sintetizaban lo mejor de la biografía de 2020. El resto eran escombros, ataúdes, hospitales y pánico.

De manera que teníamos motivos para celebrar la llegada en buena hora del

candidato demócrata a la Casa Blanca, su victoria en las urnas, como digo, daba aliento, de paso, a la abatida democracia, de cuya consistencia y salud empezábamos a albergar dudas preocupantes y descorazonadoras. Ella, tan enferma como nosotros, a punto de morir.

Estábamos en el tránsito de un mundo hacia otro, como describía la sentencia de Flaubert que me daba tantas vueltas en la cabeza En ese puente entre el pasado y el futuro de nuestra civilización. Un puente envuelto en las penumbras de lo desconocido. Caminábamos por él temiendo tocarnos entre nosotros, guardando la distancia, bajo un cielo brumoso y oscuro, sin poder divisar la luz ante nuestros ojos. Todo el año estuvimos así, avanzando a ciegas. Ese puente que muchos llamaron túnel, por ser el símil más común, nos convenció de una cosa: estábamos solos. Y a ese estado, en ese extraño impasse, lo llamé, por tanto, el síndrome de Flaubert, que en su retiro de Croisset, en una de sus cartas, bajo la intensa soledad en que se sumergía a escribir en busca de 'le mot juste' (la voz exacta), escribió las palabras que me recito a mí mismo como un mantra para dar la bienvenida al nuevo mundo y decir a 2020 adiós, conscientemente solos pero, al fin, victoriosos: "Cuando los dioses ya no existían y Cristo no había aparecido aún, hubo un momento único, desde Cicerón hasta Marco Aurelio, en que solo estuvo el hombre".

La biografía de 2020, dos mil años después de aquel trance histórico de soledad del hombre antepasado, la había ido escribiendo en el aire, tal como señalé. En ese ámbito, entre lo irreal y lo emergente, entre la verdad y la mentira de los hechos acaecidos, tan contagiosa esta última como el virus, imaginé que el mejor estado para otear y narrar nuestras vivencias insólitas durante estos meses era, en efecto, un globo. Un globo aerostático, sí. En él sobrevolé cuanto aconteció.

Y con este adagio que me conmueve e incita arrobadoramente, me subí al globo y ascendí sobre las cabezas de mis semejantes ambicionando abarcar en su totalidad lo sucedido durante este año, cuya biografía, como la de aquel em-

perador hispano, resultó tan tormentosa. ¡Qué vida la de 2020! ¡Cuánto daño, cuánto dolor, cuánta inercia e instinto exterminadores en el monstruo inaudito que desfiguró nuestro sistema de vida hasta hacerlo irreconocible! Como si de un aliado se tratara de las formas execrables de terrorismo que veníamos padeciendo en episodios aislados, cuando las torres del imperio fueron derribadas, hasta los continuos atentados traicioneros en plena calle, de un modo salvaje, el virus parecía haber irrumpido desde el ámbito mágico de las tinieblas con el único fin de arañarnos y penetrar hasta las entrañas del mundo y los seres vivos. Nosotros, las víctimas, sentimos en carne propia la verdad desvelada por el enemigo: éramos tan inermes, vulnerables, frágiles, quebradizos, impotentes, y era tan incierta nuestra supremacía sobre la Tierra. Entonces fue inevitable pensar en ella, en la Tierra. Y en nosotros, sus virus. En la enfermedad, en la pandemia que sufre el planeta. En la inclemencia de nuestros actos que la erosionan y debilitan desde hace tiempo, quizá irreversiblemente. Como si una vez confinados, nuestra propia casa amenazara ruina por la acción de un ejército de termitas, producto de nuestros desatinos. Éramos la pescadilla que se mordía la cola.

El año que termina no ha dejado títere con cabeza. Pero debo admitir cierto aprendizaje. Hemos aceptado que somos débiles, donde nos creíamos infalibles y superiores a todas las etapas previas de la civilización. Hasta qué punto ignorábamos nuestras flaquezas. Venimos de acodarnos en la barra del falso siglo XXI, creyendo que ya estaba aquí, pero desconocíamos que la sombra del siglo XX, el de las guerras, era alargada y aún cubría, con pereza, nuestra falta de rumbo, el norte equivocado de nuestros pésimos dirigentes. En esa barra de bar no cesábamos de brindar por éxitos tecnológicos apoteósicos. En efecto, éramos ingenuos y vulnerables. Y un día perdimos la inocencia. Aquel día en que el horror hizo acto de presencia y que yo vinculo, en la distancia, a este miedo de dimensiones tan grandes.

Cuando el 11 de septiembre de 2001 fueron abatidas las Torres Gemelas, en cierta forma, caían al suelo, a causa del atentado yihadista, los símbolos de unos

dioses que parecían invulnerables y saltaron todas las alarmas en nuestro mundo y nuestra conciencia colectiva. Nuestra manera de vivir quedó expuesta para siempre a los peligros más crueles. La seguridad, los mecanismos de defensa resultaron inapropiados para los nuevos riesgos que se expandían por todo el planeta (ahora comparo aquel desamparo con el de nuestra Sanidad). Las moles esbeltas del World Trade Center en Nueva York cedieron al ataque de los pilotos suicidas, y el asalto por aire dejó secuelas, además, en la sede del Pentágono. Los aviones secuestrados por la red de Al Qaeda no solo acabaron aquel día con 3.000 vidas humanas, desnudaron las defensas de la supuesta primera potencia del mundo y arraigaron en todos nosotros un sentimiento de impotencia, el complejo del Talón de Aquiles.

Han transcurrido casi 20 años, pero en aquel 2001 no arrancó la nueva era que nos habíamos prometido, fue una resaca de las guerras anteriores del siglo XX y una suerte de postdata a las generaciones llamadas a coger el timón de un nuevo mundo. Fuimos conscientes de que teníamos miedo. Entonces, se aplazó el destino, se alargaron los plazos sucesorios y se abrió un largo paréntesis de desconcierto e incertidumbre. El lago que arrastra las aguas de este síndrome. A la espera de los nuevos dioses, los antiguos habían revelado sus carencias, no eligieron correctamente sus grandes pasos, ni siquiera el primer hombre que pisó la Luna, Neil Armstrong, el 21 de julio de 1969, se endiosó a su regreso del espacio. Prefirió la discreción, el silencio, la soledad. Cuando ese mismo hombre señalado con el dedo de la Historia para dejar su huella estelar caminó junto a nosotros, en la isla en que vivo, y todos vimos que era de carne y hueso, agotado por el peso de los años y de la celebridad, nos mostraba la imagen de un siglo que nadie encarnaba mejor que él, y que se estaba yendo como el astronauta nonagenario, con pasos demorados, sin que el mañana tuviera un significado inmediato. Ese mañana ya es hoy, heredero del miedo del 11-S y de la soledad del hombre que paseó sobre la Luna, sembrando el sueño de viajar a otros mundos y, acaso, un día emigrar lejos de aquí.

Acaso en globo solo sea posible entender cuanto digo, suspendidos en el aire comprendemos que solo estamos seguros de los nuevos peligros lejos de las ciudades y las multitudes, en el ancho espacio atmosférico donde sentirnos autónomos e inabordables. Pero estamos aún en la etapa preliminar, a mucha distancia del éxodo de los viajes colonizadores a otras latitudes en busca del equilibrio y la sostenibilidad que nuestro planeta ha ido perdiendo, o, para ser precisos, que hemos ido provocando y precipitando que pierda. Y ha sido esta pandemia la que ha puesto las cartas boca arriba.

Como se afirma de los accidentes de aviación, una cadena de causas y errores explica un desenlace fatal. Veníamos de experimentar indicios, acontecimientos turbulentos que no cuadraban con la lógica de la historia reciente. No me he vuelto un pedante esotérico, pero creo comprender en la metáfora del virus el colofón de una cadena de acontecimientos, a cual peor, y si hemos de hacer un diagnóstico realista, ahondemos en las causas, en los errores del pasado y, sobre todo, en los graves despropósitos de los últimos tiempos, que generaron un estado creciente de temor, de desconfianza, de inseguridad y de desigualdad. Todo ello convertido, a la postre, en el caldo de cultivo de una desgracia de gran magnitud. Alguien confesó, en este proceso introspectivo de búsqueda de los porqués, una verdad como un templo. Todos esperábamos, con el corazón en un puño, que hubiera una terrible guerra nuclear. Y, sin embargo, eran los virus, los enemigos microscópicos, los adversarios potenciales reales más previsibles. Se lo oí decir a Bill Gates, que fue demonizado por una corriente conspiranoica que vio un complot en la pandemia y designó al cofundador de Microsoft como el principal inspirador del presunto contubernio.

Solo en momentos de delirio político, económico y social se producen salidas de pata de banco, sobresaltos y contrariedades que alteran lo que conocemos como orden internacional con mayúsculas, un estado de cosas manejable y comprensible. En esos paréntesis traumáticos de la historia hubo guerras mundiales y pandemias de distinto origen y repercusión. En nuestro caso, en el pa-

roxismo del aparente siglo XXI, nos las prometíamos muy felices, nos hicieron creer en el paraíso del moderno capitalismo, un mundo definitivamente libre y liberal, que se había librado del comunismo, tras la caída del muro de Berlín y la transformación de la Unión Soviética. Recuerdo haber ido al encuentro de Mijail Gorbachov, uno de esos hombres que dio pasos decisivos como Neil Armstrong. Lo vi llegar a la isla y me dirigí a él con admiración y respeto, para contemplar de cerca a aquel protagonista del siglo XX que había sido capaz de dar un volantazo a la Historia, con su andadura determinante sobre la Tierra. Me sonrió como si un encuentro tan inopinado entre uno de los estadistas más célebres del mundo y un periodista fuera a dar sus frutos. Yo quería entrevistarlo. Entrevistar a uno de los grandes protagonistas de la Historia tal como la entendíamos hasta el otro día, hasta el 11 de marzo de 2020. Me remontó a 1992, en Lanzarote. Duró semanas la amistad con Mijaíl Gorbachov. En ellas caminamos muchos kilómetros cada mañana en compañía de Raisa, los guardaespaldas y un reducido grupo de colegas. Hablamos a solas en la intimidad de La Mareta, donde el matrimonio se alojaba lejos de las intrigas de Moscú. Nos confesó el móvil de su vida, la esperanza de sus ideas reformistas para reinventar la URSS y el orden internacional, para hacer posible un desenlace feliz de la Guerra Fría y refundar la paz. Por eso contribuyó a la caída del muro de Berlín. Por eso puso fin a la tiranía soviética y lanzó su perestroika y su glásnost para establecer la democracia y la libertad como quien planta una semilla y deja crecer el árbol. Con frecuencia me tengo que convencer a mí mismo de la veracidad de aquellos días que compartimos en estrecho contacto con Gorbachov, el abrazo que nos dimos en una ocasión en público, y, finalmente, el adiós del hombre que había cambiado la Historia, timoneado la transición política de Rusia y el final de la Guerra Fría. El Premio Nobel de la Paz. Acaso el último de una saga de dioses de la política internacional del siglo XX. Lo recuerdo girándose, el último día, de vuelta a Moscú, ya de espaldas hacia su propio destino incierto, como una imagen que contenía todas las imágenes de una despedida de mayor calado.

Gorbachov y quizá la época decían adiós en la isla donde por primera vez en su vida había disfrutado de unas vacaciones fuera de su país.

¿Por qué resumo este recuerdo en mitad de la narración de un año inhóspito? Porque Gorbachov elegía el camino indicado, y era uno de los líderes que alumbraban la expedición. Cuando abandonó la política el hombre de la mancha rojiza en la cabeza, se fue difuminando su fama, la categoría de icono y desaparecieron sus símbolos, su rostro, su angioma. La floreciente paz tras la distensión comenzó a resquebrajarse. Los dirigentes que vinieron después no eran de su pasta y valía hasta desembocar en Putin, caricatura del sistema dictatorial con el que él había acado. Repaso mentalmente el percal de cada uno de los nuevos adalides y siento una nostalgia sincera de Gorbachov y su generación de próceres de la paz del mundo y de la democracia global.

Todas las grandes soledades de que he sido testigo me han golpeado estos días como si explicaran los antecedentes de un cambio de era y de héroes del que no nos habíamos percatado hasta que llegó 2020. Yo vi una vez la mirada intensísima y penetrante de Tito, un hombre infinitamente solo en las postrimerías de su vida. Me detuve delante de él, frente a frente, en una pausa de la Cumbre de Países No Alineados de La Habana. Año 1979. Yo tenía 22 años. Lo vi hierático como una estatua y me detuve a contemplarle, a pocos metros, y a saludarle con la mirada. Se quedó absorto y paralizado, como si no pudiera moverse. Tito me miró como si eso bastara. Y comprendí su enorme soledad y silencio. Cuando esbozó una sonrisa casi imperceptible fue como si cobrara vida la efigie y me mirara de lejos. Estaba en otra parte, no estaba allí. Nadie se acercaba a él. El gran mariscal Tito permanecía sentado e inmóvil en el reducido pabellón de su país, Yugoslavia, la que él mantuvo unida como una federación indisociable hasta su desintegración en las guerras posteriores a su muerte. Debía de haber cumplido ochenta y muchos años. Toda la vida ya le quedaba muy atrás. Alguien entonces irrumpió y me despedí con un gesto que fue correspondido por el hombre de hierro que emergió en Europa tras la Segunda

Guerra Mundial. ¡Josip Broz, Tito! Ocho meses más tarde murió.

No cabe afirmar que de las cenizas de la última gran guerra y de la herencia de sus líderes supervivientes hayamos sido capaces de construir un mundo mejor. Solo la tecnología ha ganado la batalla y ha superado al hombre, que va camino de ceder el testigo a otro hombre. Al futuro robot que le suceda. Por si teníamos dudas, el virus acaba de confirmárnoslo este mismo año.

Solo necesito unas líneas más en esta incursión política para conformar los debidos antecedentes. Tanto el eurocomunismo como la socialdemocracia fueron descafeinando sus distintas teologías, dando tumbos y respingos, y ese repliegue fortaleció como nunca los formatos neoliberales conservadores con vocación de ocupar los grandes espacios del centro y la derecha. Margaret Thatcher, Helmut Kohl, Ronald Reagan y Bush dieron forma a ese margen de la historia reciente. Líderes de una izquierda moderada a inofensiva que no asustaba al capital como Tony Blair (la Tercera Vía), Schröeder o Felipe González contribuyeron a consensuar la conciencia de que un nuevo rostro de capitalismo solidario aguardaba tras el telón de las décadas finales del siglo XX y sería el nuevo modelo de libertades imperante extendiéndose por medio mundo. Sin Guerra Fría ni bloques geopolíticos, la historia desembocaba, al fin, en un edén liberal, donde la economía alcanzaría sus mayores niveles de crecimiento tecnológico y habría que atenuar la degradación del medio ambiente para hacer perdurable, amén de habitable, el planeta como ecosistema.

En lontananza, quedaba el recuerdo, acaso un humo lejano, de antiguas y recientes revoluciones que mitificaron a personajes de la Historia que ahora nos parecían inverosímiles: Ho Chi Minh, Che Guevara, Fidel Castro, finalmente Gorbachov. La oportunidad de haber conocido bien a Castro y Gorbachov me depara las sensaciones que ahora someto a reconsideración, comprendiendo que en apenas unos pocos años hemos cruzado de una orilla a otra de la historia y ya resulta aquella remota y superada, y esta, insólita, impredecible y, a poco que nos equivoquemos, hasta aterradora. Los fantasmas han vuelto en tropel

a ocupar sus escaños, a legislar las nuevas rutas de la vida y a imponerse, en su caso, por la fuerza. Trump y su corte fantasmagórica, arrastrando el peor estiércol del pasado siglo, como el racismo y las múltiples semillas de la desigualdad, nos había convencido de que suya era la gloria inevitable de un nuevo totalitarismo. Por tantas razones como las aquí expuestas, yo me cuento entre los que temíamos lo peor. Y empecé a biografiar el año con la moral por los suelos, hasta que empezaron a sonar las campanas. Biden y las vacunas fueron los primeros tañidos felices de un año que se parecía a una moneda en el aire.

Asomó la cabeza una niña. Que dijo cuatro verdades. El presidente Trump, que como todos los inquilinos de la Casa Blanca era una especie de líder del mundo occidental, se burló de ella cuando en diciembre de 2019 había sido designada por la revista Time como la persona del año en su portada e intervino en la cumbre climática COP25 en Madrid. "Qué ridículo", escribió Trump en su cuenta de Twitter, ironizando sobre la estudiante sueca Greta Thunberg que había predicado en la ONU contra el cambio climático. "Greta debe trabajar en su problema de manejo de ira y luego debe ir a ver una buena película con un amigo. ¡Relájate, Greta, relájate!"

La pequeña nórdica, con el rostro celeste de trenzas de Pipi Calzaslargas, nos convocaba a arreglar la casa, cuidar las habitaciones, limpiar las ventanas, regar el jardín del mundo y evitar el colapso del planeta. En la historia que aquí cuento volvieron a cruzarse las palabras de Thunberg y Trump, como dos cabos de una cuerda que se tensa, cada uno tirando de su lado en contraposición. Una suerte de David contra Goliat, sin piedra ni honda, con la maroma de extremo a extremo. La niña y la bestia. El 5 de noviembre de 2020, casi un año después, Greta le devolvió la mofa a Trump en Twitter, cuando este arengaba desde su cuenta para que se detuviera el escrutinio de los Estados en los que iba perdiendo: "Qué ridículo. ¡Donald debe trabajar en su problema de manejo de ira y luego debe ir a ver una buena película con un amigo! ¡Relájate, Donald, relájate", le espetó. Ella había abogado públicamente por la victoria de Biden.

Así se las gastaba 2020 cuando alumbró el primer día de enero y todo parecía un lago en estado de calma.

Quedaban dos cuestiones por resolver. La salud de la población y de la política. Como en la famosa hipótesis Gaia, que a Lovelock le llevó a concebir el planeta como un organismo vivo fruto de la interactuación de elementos igualmente vitales, la política es posible considerarla como un sistema animado de relaciones entre seres inteligentes. La política como ser vivo, como organismo con su estado de salud y sus problemas de conservación y supervivencia. Y lo que hemos comprobado, al cabo de dos décadas de este siglo que se pretendía paradisíaco, es que la política mundial estaba gravemente enferma, postrada en la cama, antes de que llegara el virus. Los líderes, por lo común, presentan una sintomatología inquietante, rayana en la demencia, y los modelos de gobierno se revelan obsoletos, incapaces de administrar con acierto la vida de los habitantes del planeta, sin margen de maniobra para corregir a tiempo los desequilibrios, el hambre y la salud. Esta última ha saltado por los aires, mostrándose como el principal Talón de Aquiles del modelo de gobierno y convivencia que nos hemos dado. El coronavirus no ha hecho sino poner al descubierto las carencias. Pero todas juntas. Las sanitarias, las económicas, las políticas, las psicológicas, las individuales, las colectivas, las ideológicas, las filosóficas, las educativas, las asistenciales, las higiénicas…. Y eso que hasta entonces parecíamos distraídos en una discusión agotadora sobre la urgencia de afrontar los graves problemas del cambio climático, permitiéndonos ponerlos en cuestión, dando por sentado que, de resto, todo iba bien. Vivíamos en ese estado de candidez y torpeza. ¿Ha habido alguna etapa, al menos de la historia reciente, en que se dieron la mano de tal forma la estupidez de los líderes y una pandemia en mitad de los desafíos ambientales que amenazan la supervivencia del planeta?

El mundo, en efecto, estaba enfermo antes de que el virus lo pusiera de manifiesto con brocha gorda. ¿Era este un planeta confortable, sano y seguro, acaso? ¿La niña Thunberg era un extraterrestre? ¿La sosia del Principito? ¿O sus mani-

festaciones, proclamas y discursos en la ONU eran las verdades del barquero? ¿Volaba en buena dirección la Tierra? ¿O el rumbo de la nave amenazaba con un final trágico ante la adversidad de las condiciones y la ineptitud de quienes estaban a los mandos guiando los destinos de 7.000 millones de pasajeros atrapados en las redes y en los videojuegos de sus móviles y tabletas?

Llegó 2020 y mandó parar. La sanidad de europeos y norteamericanos no era del primer mundo. La cáscara de la verdad. Roto el huevo, el mundo quedó huero. La sanidad pública era deficiente, moría con facilidad la gente enferma de aquella rara bronquitis, el primer mundo no tenía respiradores suficientes, ni guantes, ni batas, ni mascarillas protectoras siquiera para el personal sanitario. La economía no disponía de paracaídas para amortiguar una caída libre semejante, otra crisis a poco más de diez años de la anterior. ¿Y líderes, dirigentes, jefes de Gobierno? Sin darnos cuenta, el oficio de gobernar se había vuelto una actividad insoportablemente mediocre, carecía de personal cualificado, de mano de obra formada y capaz, de políticos confiables. En buena parte, las comunidades de vecinos ensayaron modos y maneras para dar respuesta al desafío que se instaló en todos los rincones del mundo como la única evidencia irrefutable: Sálvese Quien Pueda.

De manera que habíamos llegado, como digo, a esta orilla tras una serie de miedos sucesivos que habían ido preparando el estado de alarma al que íbamos a desembocar. ¿El mundo en estado de alarma? La mera formulación de esta pregunta nos habría aterrorizado antes de que todo sucediera. Veníamos de miedos menores, siendo en su momento los más importantes en nuestra vida cotidiana. Miedo al Sida en 1981. Miedo a la Gran Recesión en 2008. Miedo a la gripe A en 2009. Los miedos se fueron superponiendo, creando capas en nuestra piel indefensa. Veníamos de temer al cáncer, a los ataques cardíacos, al tótem de la guerra nuclear en ciernes, a los accidentes de tráfico, a los brotes de violencia… Desde el último tercio del siglo XX y hasta la llegada de 2020 proliferó un miedo creciente entre los ciudadanos a los lobos solitarios, los te-

rroristas desalmados capaces de aniquilar a seres inocentes sin venir a cuento. Desde Timothy McVeigh, autor del atentado de Oklahoma City, con 168 vidas segadas y centenares de heridos, mediante un camión-bomba, pasando por Theodore Kaczynski, 'Unabomber', que alentó una campaña de cartas bombas con víctimas mortales, hasta los atentados callejeros islamistas de Bataclan, en París, en 2015, y los que Cataluña, en 2017, se desataron en el paseo de las Ramblas de Barcelona, una tarde inesperada, en que una furgoneta blanca kamikaze arrolló a la gente salvajemente, a las órdenes del Estado Islámico, la sensación de temor era creciente en cualquier esquina del planeta. El mundo se había convertido en un lugar poco deseable. Pero, en la escala de miedos, nunca hay límite. Cuando llegó el virus fue como tener miedo por primera vez.

En 2020 hemos entrado en un túnel y nadie nos avisó. En las galerías de agua de Canarias es costumbre usar en jaulas prospectivas la figura de un personaje cobaya fundamental, el pájaro canario, para que avise de los niveles de intoxicación en el ambiente de la gruta. Si el pájaro se desvanece, se detiene la incursión subterránea por peligro de muerte. Nadie hizo ninguna exploración preventiva en este túnel trampa de 2020, porque los primeros contagiados (y Canarias fue el lugar de España que inauguró la alerta de un visitante positivo, como pronto los íbamos a denominar contrariando el significado de la palabra, y uno de los primeros de Europa detrás de Italia) parecieron anecdóticos y remotos. El alemán que fue detectado con COVID en Hermigua (La Gomera), en enero, se restableció, junto a sus compañeros de viaje, tras dos semanas de cuarentena, y nadie le dio mayor importancia al aviso. El pájaro no murió, tan solo se sintió indispuesto. Una tontería. Pocos meses después, todo el Archipiélago, toda España y, encadenadamente, gran parte de Europa cayeron redondos y fueron, fuimos, confinados. Desde entonces no hemos parado de sumar contagios, muertos y personas que, por suerte las más, se recuperaban.

Antes de que Trump contrajera el virus, en vísperas de las elecciones, había coqueteado con la idea de restar relevancia médica a la pandemia. Rechazó

primero llevar mascarilla, y la revista The New Yorker le dedicó una de sus comentadas portadas mediante un dibujo del rostro del presidente con la frente tapada por una mascarilla como si tuviera vendados los ojos.

Aquella cita de Flaubert seguía resonando en mi cabeza, siempre venía a cuento y resultaba fulminante: "Los viejos dioses habían muerto y los nuevos no habían llegado todavía. Hubo un momento en que el hombre estuvo solo". Estábamos, en efecto, solos. Estoy convencido de que este es uno de los momentos de mayor soledad humana que haya habido. El momento Flaubert. Uno de esos tiempos muertos que se ha tomado la Historia. El novelista francés situó su sentencia en el imperio romano. Dos mil años después, se cae a pedazos otro imperio, paradójicamente cuando más fuerte y dotado tecnológicamente parecía. Estamos en escenarios paralelos. Este año ha puesto la guinda de ese desplome. Es lo que se llama estar en medio del vórtice del huracán.

Los viejos dioses habían muerto y los nuevos no habían llegado todavía. Hubo un momento en que el hombre estuvo, en efecto, completamente solo. Este. La mirada al año de la devastación, la biografía a vuela pluma de estos doce meses de navegación, a modo del escribano que copia todo lo que ve como presa de un estado de hipertimesia, me llevó a anotar pasajes en este cuaderno de bitácora en el que reproduzco, sucesos, escenas, fracciones de historias, incidencias, ocurrencias y acontecimientos de mayor o menor calado, para poder creer más tarde, algún día en que mañana todo vuelva a ser normal, distinta o indistintamente normal, que esta travesía por el año de la máscara fue auténtica. Ocurrió. Y concebí un viaje en globo para extender la mirada a todo lo que me rodeaba, mi isla, el archipiélago, el océano, Europa, América, Asia, la cercana África, Australia, el ámbito de la pandemia, el mundo, a vista de pájaro. Bajé en el globo a menudo a pisar tierra y recorrer las calles. En el irreconocible estado de soledad que con frecuencia dominó nuestro entorno, siempre tuve la esperanza de que la gente volviera a ocupar los sitios que solía frecuentar antes, las playas, los cines y teatros, los estadios y aeropuertos, donde sabíamos que

no estábamos muertos porque latía el corazón y la gente fluía como la sangre en las venas. Era la economía que languidecía delante de nuestros ojos y daba mucha tristeza. Parecía una economía en estado vegetativo. Cuando la aflicción me embargaba ascendía en mi globo testimonial y sobrevolaba de nuevo la realidad, dejando pasar los días y las noches. Vivir en el aire, dicho esta vez no de modo despectivo, suele hacerlo gente con buen humor. Volar es un modo de sonreír mirando hacia abajo, incluso invita a la burla, como en las azoteas de nuestra infancia. Experimenté esa sensación mientras escribía este libro, sin embargo, melancólico.

2
Y CÓMO LE EXPLICO ESTO A MI HIJO

"No hay oso blanco encaramado en su témpano del polo que viva más olvidado que yo en la tierra"
(Flaubert)

DIVERTIRNOS

En medio de esta tormenta de año revirado y mala leche, ha habido escenas desternillantes. Como en la película de Roberto Benigni, La vida es bella, vuelve a ser verdad que el humor y la visión histriónica de nuestra existencia en ocasiones se impone a las desgracias que nos asolan. El teatro del buen humor en los campos de concentración nazis se prodigó más de lo que puede pensarse

a bote pronto. Y fueron, entre otros, actores españoles los que destacaron en esa faceta. Era la comedia de los parias, el brío incombustible de nuestra vis cómica en situaciones extremas, la sonrisa del condenado en el último soplo de vida en el paredón.

AÑO BISIESTO

Las señales no eran buenas. Todo año bisiesto llega precedido de la mala fama de su género. Suelen ser años catastróficos y mal encarados. Este se ha llevado la medalla de oro. A los hechos me remito. No era imaginable el cariz que tomarían los acontecimientos cuando en enero aplaudíamos entusiasmados la llegada de un año tan simpático y bien parecido, con su armonía de dígitos y su bella coreografía de cisnes y ceros en la cifra redonda que simulaba una dupla perfecta de los felices años veinte. Nada más lejos de la realidad. Era el Año de la Edad Media, un año desprevenido que habría quedado suelto como un meteorito en el laberinto del tiempo. Tentados a decirlo a lo grande, era el Fin del Mundo (Fin de mundo, escribió Neruda, "el societario solitario"), o su ensayo general, el que estaba a punto de caernos encima. Ahora ya podemos decir qué sucede cuando se desencadena un apocalipsis de esta envergadura. Y entre todos los testimonios aquí tendrán su espacio asignado los que arrojen buenas noticias, de entre aquellos que pueden llamarse a sí mismos supervivientes, y los que engrosen la lista de bajas como en toda guerra, entre los cuales cobran una significación especial, por el espanto que producen las escenas, los ancianos solos y abandonados en sus lechos de muerte de algunas residencias españolas y otras latitudes. Víctimas indefensas, de cuyas últimas horas solo podemos imaginar el horror en que se apagaron sus vidas: encerrados en habitaciones aisladas, sin asistencia, sin ayuda, quizá sin alimentos. Algunos testigos indirectos aseguran haber oído sus voces desesperadas, los llantos y golpes en las puertas pidiendo socorro sin éxito.

BORGES....

De esos años que la literatura tantas veces invocó. Lees a Borges y te sumerges en sus laberintos, el ser absoluto, el hombre siendo todos los hombres. Por esta vez (también), Borges tendría razón y se lo perdió. El mundo se tornó un inmenso laberinto, de bocacalles infinitas, pasadizos sinuosos y truculentos, y una fiera invisible y ubicua aterrorizó a la población. Por una vez, todos los seres eran, éramos, un ser mismo y unísono. Y en todas partes parecía suceder la misma cosa. El mundo se volvió igual. A Borges le hubiera hecho ilusión vivir esta realidad imaginada, presentida, temida y nunca vivida antes. El Fin del Mundo tal como lo entendíamos. La Fin del Mundo, como invocan los isleños en el terruño profundo. Leo con gusto a Borges. Nos retrata.

Y CÓMO LE EXPLICO ESTO A MI HIJO

Lo contemplo en su desempeño natural de los días contrariados de este año. Desde el primer miércoles de enero se diría que su actitud ha sido agradecida, se ha ido amoldando a las exigencias de cada semana, de cada mes. Sustituyó las correrías con sus amigos en el parque, durante el encierro, por largas tertulias telemáticas, que pronto derivaron en videojuegos de multijugadores. El Roblox y sus mundos virtuales paralelos les llenaban el tiempo de sus fantasías, pero no cabe ignorar los riesgos de adicción que entrañan. Conservó el hábito de las clases de piano, esta vez digitales, y jugó continuamente con Teddy, la coneja más doméstica y sociable que conozco. Mi hijo, Ángel, y su madre, Lucía, soportaron estoicamente la cuarentena, mientras yo afrontaba el confinamiento del periódico. Pero, cómo le explico a mi hijo lo que nos ha sucedido en 2020. El año en blanco. El del ensayo de Saramago sobre la ceguera.

DETRÁS ESTÁ LA ACTUALIDAD

El monólogo. El monográfico. El monotema. Y el minotauro de mi admirado Borges. El laberinto de los días del coronavirus. He tenido la sensación de un

continuo déjà vu. Cada día recordaba necesariamente al anterior y a todos los precedentes. Era como un día año. El annus horribilis no se rigió por el tiempo real, sino por el imaginario. Todo él pareció de ficción, de Poe o de Lovecraft, un año prefabricado en una parte ignota de nuestra conciencia, de nuestra mente. Tenía que tocar y tocó. Era inevitable que cada cien años cayera el meteorito. Y cayó y esparció el virus por todas partes. Busqué afanosamente la actualidad detrás de la tramoya del virus, para enterarme de lo que ocurría en tanto nos tenía eclipsados el bicho. Sucedían, seguían sucediendo cosas, aunque nos parecieran inverosímiles.

CONSPIRANOICOS.

Una de las consideraciones que más me impresionó de este año que en paz descanse fueron los ataques a personajes domo, de esa especie de bóvedas humanas de nuestro tiempo, como Bill Gates, acusado de haber propalado el 'virus del virus' (el presunto timo del coronavirus) para dejar a la humanidad en estado de shock y poder inocularle más tarde, con ocasión de la vacuna providencial, una suerte de microchip de la generación 5G con que controlarnos la vida en adelante y supercherías por el estilo. Las teorías conspiratorias son muy socorridas en cualquier asunto trascendental, ya no digamos en una pandemia. Desde George Soros hasta Bill Gates, los afines a esa ufología del complot dieron rienda suelta a sospechas sin límite. El negacionismo cobró cierto auge entre algunos personajes de la farándula española como Miguel Bosé, que solía moverse en el filo de la navaja. Pero Twitter y Facebook no perdonaron las extravagancias del cantante y lo apartaban de sus redes con castigos temporales, lo marcaban en corto como a Trump. El uso de la mascarilla se convirtió en un signo ideológico de la pandemia (no llevarla era común en negacionistas de ultraderecha), una señal inequívoca, a favor y en contra. Protegerse con ella era una declaración de principios, significaba alinearse en defensa de su función profiláctica, aceptar la lucha de las autoridades contra el patógeno. Pasearse a

cara descubierta por lugares públicos abiertos y cerrados, sin guardar las distancias preceptivas, ha sido una señal evidente de negacionismo, de rechazo de la ciencia, la Sanidad y la política, conjurados, para este sector de la opinión pública contrariado con las autoridades y los llamados expertos oficiales de la enfermedad. En medio de la confrontación EE.UU.-China, reavivada compulsivamente por Trump y Jinping en aras del liderazgo mundial, a nadie extrañó que los partidarios de una interpretación conspiratoria del virus de Wuhan afirmaran desde el minuto uno que se trataba de una pandemia intencionada, promovida por China para debilitar al enemigo mundial. Trump, antes de contraer la enfermedad, desdeñó de ella, refunfuñaba maldiciendo a la prensa que buscaba fotografiarle con mascarilla. "No les daré ese gusto", profería. Estaba la ya citada portada de marzo, de The New Yorker, con su rostro sonrosado con tupé amarillo chillón, ocultos los ojos por una mascarilla tapándole los ojos como una venda. Y antes de abandonar el Hospital Militar Walter Reed, donde estuvo ingresado tres días, se dejó fotografiar en un gesto despectivo arrancándose la mascarilla con esquivez, al tiempo que restaba gravedad al virus comparándolo con una simple gripe. El chinavirus, como bautizó al agente causante de la COVID, debe ser motivo, en su opinión, de una justa reprimenda, amén de una sustanciosa indemnización por parte de Pekín por haber infectado al mundo. Palabra de Trump.

SIMÓN Y EL FILÓSOFO

La pandemia, en España, estuvo en manos de un epidemiólogo aventurero y de un filósofo bienaventurado (aquel se contagió, este no). Fueron la pareja de personajes del año. El filósofo, Salvador Illa, ministro de Sanidad, asumió el mando de la lucha contra el virus y protagonizó un encontronazo (y sucesivas trifulcas) con la presidenta de la comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, ante las reticencias de la regidora del PP a la hora de aplicar las restricciones en su comunidad cuando en la segunda ola se dispararon los contagios en ve-

rano de manera alarmante. Illa impuso el cierre de la capital y casi una decena municipios y ambos se declararon la guerra. Pero, en líneas generales, pese a que España sufrió de lleno la pandemia en su primera y segunda vueltas, Illa siempre dio la impresión de ser un gestor aplicado y mesurado. Sin embargo, las dosis de paciencia a que invita su condición profesoral se vieron desbordadas por los acontecimientos en más de una ocasión. Esta ha sido, además de una crisis sanitaria y económica, una crisis de nervios, como ha probado el parlamentarismo español, durante sesiones a la greña en las cámaras que hacían pensar en los brotes de ira documentados por los psiquiatras, incluso, en terapias de desahogo. Quién sabe si el subconsciente, al desatar tales grescas delante de las cámaras de televisión, salvó la vida a más de uno liberando las tensiones acumuladas por la pandemia. El caso de Simón es sugerente. Contribuye a pensar que lo raro sobresale y destaca. Su tono de voz aguardentoso y su imagen física, el pelo a lo Einstein, más cierta calidez en sus ruedas de prensa y tendencia a la aventura, como demostró en su aparición televisiva con Calleja, lo han convertido en un personaje icónico, irónico y hasta clónico (le salieron gemelos). Es el fetiche de la COVID en España. Eso no obsta para que Simón sea una estrella con luces y sombras. Antes de que finalizara el año cometió el patinazo de bromear en una entrevista con las enfermedades y las enfermeras infecciosas, y tuvo una gran contestación. En los prolegómenos de la pandemia en España cometió errores de cálculo de grueso calado, como recomendar acudir a la manifestación del 8M y más tarde, con mayor experiencia de campo, tras la desescalada, mostró dudas en público sobre las bondades de la mascarilla, habiéndose revelado con el tiempo en una cuasi vacuna (así la calificaron dos doctores en Medicina de la Universidad de California, en San Francisco, Mónica Gandhi y George W. Rutherford, en un artículo publicado en The New England Journal of Medicine): ayudaría a generar inmunidad a través de lo que se conoce como variolización o variolación, una práctica que se aplicó antes de que se contara con vacuna para la viruela, mediante la exposición a una dosis

suave del virus, con el fin de atenuar los contagios mediante enfermos asintomáticos por ese método. Simón no pareció acertar a valorar en su día el valor preventivo del cubrebocas, cuya generalización lo acabaría convirtiendo en uno de los pilares del arsenal contra el SARS-CoV-2, y la posible causa de haber duplicado el número de contagiados sin síntomas. Pero a Simón se le perdonan sus errores y se le acepta como es. Cuenta con detractores, pero cuando se piensa en alguien relacionado con la COVID en España para ilustrar una camiseta, se recurre a él, que ya forma parte de la fauna y farándula del merchandising de la pandemia.

EL OSO BLANCO DE FLAUBERT

Esta es nuestra realidad histórica -me decía a menudo-, y hemos de reconocernos en ella, no en unas cuantas ideas y nociones acerca de ella, sino en todos los aspectos y pormenores que la comprenden. En mi cuaderno anotaba sucesos más o menos trascendentes, descubrimientos y meras anécdotas, hechos puntuales y acontecimientos extraordinarios. El año ha sido un baúl, que contiene todos los trastos y atavíos de sus doce meses, como doce figurantes disfrazándose de incontables personajes representando una obra coral. En el inventario de lo acontecido hui de su clasificación por días, semanas y meses; no hice una biografía cronológica del año 2020, sino una aproximación a sus numerosas latitudes. Pensé, a menudo, en sus actores principales. Era evidente la primacía de Trump, su ubicuidad demencial, gobernando a golpe de tuit de modo compulsivo. La oscura relación que mantenía con Putin, como dos cómplices de un juego diabólico adictos al poder de un modo maléfico. Y en las mujeres, Merkel, Jacinda Ardern, cayéndonos bien en cierta forma por su innegable inteligencia y por arreglárselas al margen de los mandamases luciferinos de las mayores potencias. Había políticos de toda laya en Francia, en España, en Italia, en Suecia, en Reino Unido, en Portugal o Grecia, de derecha, de centro o de izquierda. Pero estaban también los otros, los rematadamente malévolos, los

de Turquía, Corea del Norte, Filipinas, Bielorrusia… Y los de ese mundo aparte que los europeos no acabamos de comprender, los de Israel, Irán, Siria, Irak… En esas manos hemos estado mucho tiempo. Y en 2020 todos debieron apagar el fuego por igual. El coronavirus los unificó ante el peligro común, en una insólita camaradería coyuntural, y parecieron compartir la necesidad de aliarse ante el peligro. Acaso sus mecanismos de defensa contra la pandemia mantengan durante un tiempo los lazos que parecieron tejer. Sería recomendable. Pero no debemos pecar de ingenuos. El mundo está en las peores manos, con contadas excepciones. De ahí la sensación que percibí en esta diacronía de 2020 de estar bajo lo que empecé a llamar el síndrome de Flaubert, a la sombra de sus dudas y resignaciones, en la soledad de su retiro rural en Croisset, en la Baja Normandía, en una casa confortable a orillas del Sena, desde donde escribió en la más absoluta soledad célebres cartas a la poeta Louise Colet. El hombre solo en el interregno de los dioses, dos mil años después, era él, Gustave Flaubert, en el que me inspiré para contar estos hechos inenarrables de otro modo. Aquel hombre solitario ahora era encarnado por todos nosotros a la vez bajo el confinamiento de los meses descarnados de la horrible primavera en la completa soledad de los hogares cerrados a cal y canto, por cuyas ventanas y balcones asomaban unas manos cada tarde que aplaudían desquiciadamente al aire. “No hay oso blanco encaramado en su témpano del polo que viva más olvidado que yo en la tierra” (G. Flaubert).

3
EL MUELLE DE BEIRUT SALTA POR LOS AIRES. ¡LO QUE FALTABA, UNA GUERRA NUCLEAR!

"Ser estúpido, egoísta y estar bien de salud, he aquí las tres condiciones que se requieren para ser feliz. Pero si os falta la primera, estáis perdidos" (Flaubert).

EL MUELLE DEL FIN DEL MUNDO

La doble imagen de las explosiones de nitrato de amonio de la capital libanesa nos transportaron por un instante, el 4 de agosto, a las Torres Gemelas de Nueva York el 11-S de 2001. Pero no se trató, hasta donde se ha podido inferir

de la tragedia, de unos atentados propiamente dichos como en Estados Unidos. Fueron, al parecer, la negligencia y el desatino en la custodia de un cargamento peligroso almacenado durante años los que provocaron una desgracia que costó más de 200 vidas humanas y 6.500 heridos. El cielo de Beirut enrojeció bajo los efectos de una doble detonación equivalente a centenares de toneladas de TNT. La Hiroshima libanesa costó la dimisión del Gobierno y la imputación del primer ministro, Hassan Diab, junto a otros tres ministros por negligencia. Posteriormente, fue calibrada como una de las deflagraciones no nucleares mayores de la historia, la 1/20 parte de aquella bomba atómica detonada también a principios de agosto de 1945. Rodaron cabezas tras este accidente que coincidió con el final del juicio por el asesinato del ex primer ministro Rafiq Hariri, en 2005. Pero el suceso puso de manifiesto que el año vomitaba, cual dragón, todo el fuego de que era capaz por la boca. Y nos quedamos todos mirando a la pequeña pantalla estupefactos ante las imágenes del infierno de Beirut, como ante las de Nueva York casi 20 años atrás. Aún podían ponerse más feas las cosas, pensamos desde una nueva normalidad que había digerido como habitual convivir con la COVID mientras asomaban otros peligros y otras desgracias.

LAS BUENAS NOTICIAS

Tenía sentido en 2020 el oficio de un inspector que siguiera la pista de las buenas noticias. Eran necesarias y escasas. Como una operación secreta, el responsable de tal misión tendría por objeto descubrir, indagar y documentar las eventuales buenas nuevas que diera de sí un año tan secano en alegrías y copioso en desgracias. En esa cornucopia no estaba solo el coronavirus, sino toda la cascada de contratiempos y reveses. Sin embargo, un año tan antipático guardaba en el fondo de sus alforjas ciertas buenas noticias, dignas de un espeleólogo de la buena suerte, que las sacara a relucir desde las profundidades de las cavernas de 2020. Haberlas, haylas. Las buenas noticias. Comenzando por las múltiples y veloces candidatas a vacunas del virus hasta... Sin ánimo de

contrariar una nómina semejante, cabe decir que en la lista de buenas noticias podríamos y deberíamos incluir la campaña de recuperación en Australia del demonio de Tasmania, ese peligroso marsupial, de feroz mordida (considerada la de mayor potencia en todo el mundo animal), amenazado de extinción por la injerencia de la colonización humana de su hábitat en el siglo XVIII y por un demoledor cáncer facial que atacó a la especie. No en balde, son las incursiones humanas en los ecosistemas naturales el origen, al fondo de la historia, de esta pandemia. Aquellos vientos trajeron estos virus. Cada cual, si lo mira bien, encontrará en el secadal del año un puñado de buenas noticias personales.

QUINO Y LOS DEMÁS

Aquí abajo, en las grutas cavernosas de un año mal encarado había gente con sentido del humor y con sentido común. Los dos sentidos que más escaseaban. La muerte de Quino, el padre de una criatura excepcional, Mafalda, que enfatizó ese otro sentido en retroceso, el sentido filosófico de la vida, convino con otras defunciones del año. Se fueron cabezas privilegiadas, santos en vida, genios con genes inusuales..., que buena falta que nos hacen y nos harán en la remontada que nos espera a la vuelta de la esquina. 2021, esa montaña, nos convoca en toda su altitud, y requerimos de mucha sabiduría, además de músculo, para la hégira del día después. Pondremos nombres a otros muertos célebres del año también ya fenecido.

LEEMOS THE LANCET…

Fardamos de lecturas científicas. Este virus nos ha vuelto unos cultos estúpidos queriendo estar a la última sobre materias que nos superan: la epidemiología, el galimatías de la ciencia de los virus, ese mundo, sinceramente, inextricable para los neófitos. Nos hemos vuelto, diría, unos adictos a la ciencia con pedantería. Este ha sido el año de los científicos, de los virólogos, epidemiólogos, microbiólogos y, sobre todo, de los vacunólogos. Hemos estado al

corriente de la contrarreloj de las vacunas como si de una segunda carrera por el espacio se tratara. Hemos visto a Putin celebrando la conquista del primer antígeno contra la COVID antes de que fuera sometido a las tres fases clínicas de rigor. A Trump, proponiendo a los expertos que le asesoran el ensayo de una prueba consistente en la inyección de lejía en humanos para atacar al bicho. Pasamos de defender como beatos la cloroquina a abrazar el remdesivir, cuando vimos la foto de dos médicos chinos (uno de ellos murió) que se habían vuelto negros por el tratamiento milagroso. Y hemos leído artículos o reseñas de artículos aparecidos en Sciencie Inmunology, Nature Medicine o The Lancet. Esto era algo inimaginable; nunca sucedió antes, ni en la anterior pandemia, hace una década, por la H1N1. Le preguntaron, al final de su vida, hace años, al novelista y economista José Luis Sampedro quiénes gobernarían el mundo en el futuro y respondió: "Los científicos". Sampedro murió antes de que su profecía se viera confirmada. A lo largo del ejercicio 2020, todos los gobernantes alardearon de rodearse de comités de expertos que les asesoraban. Medio centenar de organismos científicos reprendieron en España a los políticos, a comienzos de otoño, por enfrascarse en batallas estériles sobre el número de contagios y las medidas de restricción. Los políticos fueron criticados por los científicos por actuar sin hacerles caso, pese a revestirse formalmente de su asesoramiento. Esa era la nueva correlación de fuerzas. El pulso entre la política y la ciencia parecía evidente. Madrid ilustró los enfrentamientos político-sanitarios debidos a conflictos ideológicos entre el Gobierno autonómico del PP y la coalición de gobierno PSOE-Podemos. "En salud, ustedes mandan, pero no saben", espetaron a los políticos 55 asociaciones de médicos y enfermeras en un manifiesto, en octubre, para que frenaran la discusión y pasaran a la acción. En su carta abierta a los dirigentes, a través de la plataforma Change.org, plasmaron un decálogo de medidas que los políticos deberían tomar en consideración. Y en la misma no dejaron lugar a dudas del espacio central que la ciencia quería ocupar en esta crisis: la respuesta de la Administración solo puede basarse en la mejor

evidencia científica disponible, "desligada por completo del continuo enfrentamiento político". La ciencia, sin pasar por las urnas, se consideraba investida del poder del conocimiento. Y eso nadie podía discutírselo. Pero quedaba sentado el precedente. Si bien leíamos toda información científica que caía en nuestras manos sobre la COVID, no perdíamos de vista las tarascadas políticas. Y en una de estas, saltó la noticia de unas elecciones municipales rusas en las que la limpiadora del Ayuntamiento desbancaba en la alcaldía a un hombre de Putin. Me llamó la atención el caso, le puse rostro a la mujer y averigüé todo cuanto pude acerca de los pormenores.

LA CANDIDATA DE PEGA

Marina Udgódskaya es una mujer de 35 años que trabajaba en el servicio de limpieza del Ayuntamiento de Povalíjino, un municipio de 400 vecinos en la región de Kostromá, al noreste de Moscú. El alcalde, del partido de Putin, Rusia Unida, le pidió que se presentara para cubrir las apariencias, ante la falta de rivales. Pero las urnas le jugaron una mala pasada, y Nikolái Lóktev, el oficialista que daba por sentado que sería reelegido, perdió por una clara diferencia de votos ante Marina la mujer de la limpieza (34,04% y 61,7%, respectivamente). Ella no renunció a su inesperado asalto a la alcaldía al frente de una testimonial plataforma de pensionistas. Ese día recogió la basura por última vez y acaso en la papelera yacía la foto del alcalde en algún folleto de propaganda electoral. Marina recibió en 48 horas un cursillo exprés de buena gobernanza y anticorrupción. Veremos qué encuentra cuando, por deformación profesional, le dé por levantar alfombras.

EL FMI ALERTA DE CAÍDAS ESTREPITOSAS DEL PIB EN EL MUNDO

Hubo un periodo, entre marzo y abril, en que la economía mundial estuvo detenida casi completamente. Un hecho que carecía de precedentes históricos. Habíamos imaginado (como algo dantesco) un apagón de internet, pero nunca se nos pasó por la cabeza un cero económico mundial. El Fondo Monetario Interna-

cional, que dirige Kristalina Georgieva, no pudo disfrazar la realidad a la hora de hacer el parte de guerra. Un país como España sufriría una contracción del 12,8 por ciento y, para dar idea del monumental socavón, en una economía de dos millones y medio de habitantes como la canaria, el batacazo sería el doble. Sus turísticas islas entraron en un túnel oscuro y tenebroso, sin pajolera idea de que tuviera siquiera salida. En los anales de los años precedentes no había, como señalo, noticias de un hundimiento tal. La propia Georgieva extrajo, de entre los posibles escenarios comparables, el crac de los años 30, desatado por la histórica caída de la Bolsa de Estados Unidos en 1929. Aquellos, ya remotos, fueron días de acritud y desamparo, a raíz del jueves, lunes y martes negros, y desembocaron en una Gran Depresión que laminó, en efecto, las economías de medio mundo. Con todo, aun con el pánico que aquella crisis provocó en el conjunto de la sociedad, ni entonces ni en la más reciente y larga Recesión de 2008 se registraron caídas tan bruscas y estrepitosas del PIB con tan incierto porvenir, dadas las causas, esta vez no financieras, sino sanitarias, y esta era la cara inédita del drama. Las recetas han sido diametralmente opuestas entre la Gran Recesión y esta hecatombe por la COVID. El austericidio ha dejado paso esta vez a políticas anticíclicas y expansivas, que los economistas denominan keynesianas. Y en España, en particular, ha sido providencial la contribución del Estado con una dotación generalizada de ERTE y ayudas a las empresas mediante créditos ICO, a fin de atajar un apocalipsis de paro y cierres empresariales en cascada. La peor crisis en cien años se dice pronto. El confinamiento dinamitó la economía e incluso después algún país siguió adoptando medidas extremas, aterrorizado por la incontinencia de los enfermos y los muertos. Israel emprendió en mitad de la segunda ola de COVID un confinamiento que cifró en un año. Un año confinado. En cierto sentido, el año nunca salió del cascarón. No hemos sabido qué hubiera pasado de haber sido un año normal. Esa historia nunca la conoceremos. Estaba el molde, pero no la masa. Un año vacío. En blanco. Invisible. Como el virus.

4
¡VIDA EN VENUS! ¡YA TENEMOS VECINOS!

"Cuando entré en tu casa me pareció volver de nuevo al pasado, a uno de esos hermosos crepúsculos tristes del año 1843, cuando aspiraba el aire desde mi ventana, lleno de tedio y con la muerte en el alma"
(Flaubert).

LOS INDICIOS APESTOSOS DE VIDA DE LA FOSFINA DE VENUS

Los científicos, amos del mundo como nunca antes, según hemos dicho, nos crearon expectativas de vida extraterrestre cada vez que pudieron. En verdad, llegó un momento en que pensamos que estaban a punto de hacer un anuncio oficial sobre la evidencia de vida en otros planetas, y en tal sentido algo debo

contar más adelante a tenor de mesa comidilla. Solían matizar que se trataba de hipotéticas vidas microscópicas, de asomos de vitalidad primaria, pero dejaban caer, con ello, la eventualidad de vidas superiores e inteligentes, al menos en nuestra irreprimible imaginación. Fue el caso de Venus. Una de aquellas jornadas tristes y aciagas, saltó la noticia del hallazgo en la atmósfera de Venus de fosfina, un gas apestoso que delataba, al parecer, la existencia de indicios de vida. Luego, con el paso de los días, la esperanza se fue difuminando. Suele pasar con esta clase de desvelamientos. Pero la semilla quedó sembrada en el subconsciente. A ello se sumaba, sin venir a cuento, la difusión por parte del Pentágono imágenes grabadas de extraños objetos voladores no identificados (ovnis) en plena acción, que empujaban a otra categoría de elucubraciones. ¿Vida inteligente, acaso, en el exterior? Desde que Elon Musk – no será la única vez que este nombre salga a relucir en estas páginas- envió al espacio con éxito el primer vuelo privado de esa naturaleza por encargo de la NASA no hemos podido por menos que pensar que el sueño de Stephen Hawking de buscar casa alternativa en otro planeta está más cerca, y es más, resulta inevitable. Como en todo turista o familia que busca desplazarse a otro país, la pregunta es dónde y en qué momento se producirá ese éxodo previsible en el futuro. ¿A Marte? ¿A Venus? Esta maquinación, con toda su dramaturgia, anida en cada uno de nosotros, máxime tras este aviso a navegantes del virus depredador, que amenaza con volver una y otra vez, e invita a huir como sea a otra parte, tarde o temprano.

¡INYÉCTENSE LEJÍA, NO USEN MASCARILLA...! Y OTRAS OCURRENCIAS DEL AMO DEL MUNDO

Hubo -como se dijo- un Calígula en la historia del que quedaron escritas muchas locuras célebres. Insomne, recorría de noche los pasillos del palacio ordenando a grito pelado, ¡hágase de día! Derrotado, exigía a sus tropas recoger conchas de la playa para fingir una batalla contra el dios de los mares...

Pero Trump no tendrá que envidiarle a Calígula el podio de los dislates como gobernante. Con mayor poder aun que el emperador romano, el actual amo del mundo sugería en una conferencia de prensa, como antes mencionamos, ante los gestos de asombro y bochorno de su asesora científica, que había que experimentar con inyecciones de lejía en personas con el virus para desinfectarlas. En otras ocasiones no ocultó su desprecio hacia las mascarillas y recetó medicamentos sin respaldo alguno de la ciencia. Llamó a la COVID, en mitad de su convalecencia, una enfermedad más leve que una gripe y proclamó el tratamiento al que sus médicos lo sometieron, un cóctel de fármacos, como la curación universal. "¡Daré órdenes de que se le dispense a todo el mundo gratis!", mintió poco antes de las elecciones.

EL CRUCERO DE LA MUERTE

Aquel trasatlántico, el Diamond Princess, surcó los mares de su ruta con el diablo a bordo. Era el primer barco con coronavirus entre sus pasajeros. Y estuvo navegando dando tumbos, sin puerto donde atracar para evacuar a los pasajeros, porque llevaba a bordo un peligroso polizón, ¡el bicho! El primer infectado fue desembarcado en Hong Kong. Pero pronto la cifra de contagiados se elevaba a medio millar. Murieron algunas de las personas infectadas, cuando la enfermedad era una completa desconocida. La mayoría sobrevivió. Centenares de estadounidenses que viajaban entre sus más de 3.000 pasajeros y tripulación provocaron una sofisticado operación de rescate, y otras naciones copiaron el despliegue. El crucero era el segundo lugar del mundo después de China que acaparaba toda la atención en el umbral de la pandemia, en el mes de febrero. Su cuarentena durante más de dos semanas en el puerto de Yokohama, en Japón (como la de un hotel en Tenerife), ilustraba por anticipado lo que aún el mundo ignoraba que le iba a suceder en masa: el confinamiento universal. El barco representaba una metáfora del mundo. Un barco con gente enferma sin sabe dónde meterse.

EL FIN DEL MUNDO AÚN NO ES ESTO

En 2009 tuve que viajar a América y crucé el Atlántico con un sentimiento de culpa ante la eventualidad de ser portador de la llamada gripe A. Habida cuenta de que se originó en Estados Unidos y prosiguió su razia en México, en realidad, era como el retorno del virus. Pero la influenza A (H1N1) tenía rango de pandemia de la OMS y eso imponía, era una responsabilidad social. Ahora, cuando Pedro Sánchez, invocaba un sentido de disciplina y exaltaba el heroísmo de quedarse en casa, evitando el contacto humano, el abrazo español y hasta el ósculo de los catecúmenos, para conjurar la propagación del coronavirus, han vuelto a asaltarme aquellos fantasmas. No pasó nada y el virus se quedó con nosotros. Se nos corteja con consignas que apelan a la militancia cívica y se nos convierte, en la práctica, en conmilitones de una guerra. He visto las calles de Santa Cruz desiertas a las pocas horas de la primera andanada de Sánchez, que seguí desde un bar que ahora no abrirá sus puertas en cumplimiento del estado de alarma. Santa Cruz venía de explayarse en un Carnaval sirocado que bordeó la suspensión con la suerte de cara, pues al día siguiente de un domingo de piñata fue diagnosticado positivo el médico italiano hospedado en el sur y, de inmediato, aislado el famoso hotel cobaya de Adeje.

Desde ese momento asistimos a una cascada de confinamientos en el exterior, que culminó en nuestras propias lindes con la apoteosis del estado de alarma. Imposible no alarmar si se decreta, justamente, una alarma. Tan inviable como invitar a abandonar en orden un recinto en llamas. A China se le metió entre ceja y ceja salvar el prestigio amurallando Wuhan, la cuna del virus, y ya nadie discutiría que ese método es el procedente. China es un país con la transparencia abolida que asegura que con la orden de reclusión resolvió el problema, y, una vez cantado victoria (a confesión de parte, relevo de prueba), una ristra de países notablemente contagiados, como Italia y España, no dudaron en copiar el guion, aunque algunos virólogos le concedían

expectativas más modestas. España en tiempos no era reconocible sin toros ni flamenco, carente de su aguafuerte. Ahora el pan y toros ha mutado en pan y fútbol, y esta vez no solo las calles se amortecían, sin ocio ni clamor, sino que la gente se quedó, de pronto, sin goles. La cuarentena lo abrasó todo, del estadio a la pinacoteca, de la terraza al bar de la esquina.

Esta alarma no se parecía en nada a la de hace una década, cuando Pepiño Blanco militarizó los aeropuertos por la huelga encubierta de los controladores aéreos. Ahora esto era una tormenta perfecta, la simbiosis de las maldiciones, y el resultado es una pandemia, una recesión y una psicosis colectiva. La gripe estacional en España la padecieron hace un par de años 800.000 personas y hubo cerca de 15.000 muertos (6.300 el año pasado). Y en Canarias mata a una setentena. La gripe común, que suele superar el nivel basal y acabar en epidemia, tumba cada año a entre tres y cinco millones de personas y quita la vida a más de 300.000, incluso 600.000 en el mundo, la mayoría con enfermedades subyacentes o avanzada edad. El virus se ha viralizado y promueve cierres, cuarentenas y aislamientos en distintos rincones del planeta. No es que España se haya subido a la ola, es que este tsunami inunda la política mundial. China tiró por elevación y todos le secundamos en su receta de brocha gorda. la parálisis del mundo era previsible (Bill Gates ya se lo temía: un virus nos cogería con las defensas bajas). Ahora la recesión ya nadie la discute y en las Islas podemos decir que hemos vivido el colapso turístico que tanto temíamos. ¿Resucitaremos al muerto? Estoy convencido de que sí. Pero saldrá caro y acaso nada sea ya jamás igual. Repentinamente, nos hemos despertado con las agallas de un samurái en este harakiri colectivo. Era posible desconectar al monstruo en que nos habíamos transformado. Esta es la prueba. Somos el zombi que había bajo todas las capas que acabamos de quitarnos de un decretazo. Y el planeta lo va a agradecer, aunque tanto martirologio no sea ajeno a las trifulcas entre chinos y yanquis por la famosa hegemonía mundial. Ese partido sí que no se ha suspendido.

La cuarentena como método no es nueva, tiene más de 600 años de historia, desde que en los dominios medievales de Venecia la ciudad de Ragusa probó la medicina por primera vez y funcionó contra la peste negra, que acabó con el 60% de la población europea. Empezaron por el trentino y pasaron al quarantino, porque 30 días de aislamiento se revelaron insuficientes. No nos llevemos las manos a la cabeza; esto ya está inventado y se soporta. Un portavoz chino acusó directamente a Trump de meterles el diablo en casa; no cesaron de repartirse culpas en una riña barriobajera. En Canarias entramos en barrena, sin turismo, sin comercio, sin mucho margen de soberanía alimentaria y a expensas de la obra pública, una panacea de doble filo. Quedarnos en casa fue una cura de salud. Una impagable terapia de apego familiar entre perfectos desconocidos: padres e hijos. Sin fútbol ni ganas de callejear por si las moscas, el aislamiento debió de suscitar otro baby boom sociológicamente reseñable como el de los anglosajones tras la Segunda Guerra Mundial; y los políticos no cesaron de lavarse las manos como Poncio Pilato.

Es el miedo a puerta cerrada. Y afuera nos espera la crisis mañana. Nos hemos subido a un tren con rumbo desconocido. Ni siquiera sabemos si el tren está en marcha. Todo es muy extraño. Corrieron las cortinas de las ventanas y estuvimos meses en stand bay. Nadie sabía contestar si el remedio era peor que la enfermedad.

CUARENTA AÑOS DEL ASESINATO DE LENNON

A Los 40 años de la muerte de Lennon, que se encamó por la paz con Yoko Ono, resulta inevitable ‘imaginar’ aquel asesinato como una eterna mala hora que nos aguarda a la vuelta de la esquina por cualquier motivo y en los días menos pensados de nuestras vulnerables vidas. Esa clase de amenaza truncadora de sueños, esperanzas y biografías es la que marca el reloj de las horas más trágicas, indefectiblemente, las horas del infierno. El año que dejamos atrás se rigió por ese reloj. Los minutos, las horas no eran del tiempo habitual al que

estábamos acostumbrados. Eran señales, momentos llenos de sucesos temporales angustiosos, uno tras otro, y nos invadió esa intermitencia a intervalos dolorosos. No eran siempre penas enormes, pero sí su montaña, la acumulación de ellas. “No son las grandes desgracias”, decía Flaubert, “las que crean la desgracia, ni las grandes felicidades las que hacen la felicidad, sino el tejido fino e imperceptible de mil circunstancias banales, de mil detalles tenues que componen toda una vida de paz radiante o de agitación infernal”. El año estaba compuesto de esa clase de circunstancias, surgidas de un escape de las cañerías del tiempo que envolvieron sin cesar todos los días y los meses de su peste. Me escapaba en globo deseando respirar aire limpio, no siempre lo conseguía. En estas postales de 2020, efemérides como la de Lennon entristecían tanto por el hecho como por la conciencia de la fragilidad humana, que fue la pesadilla colectiva de este periodo. Mark David Chapman, el asesino, afirma desde la cárcel -donde once veces le ha sido denegada la libertad condicional- que debió ser condenado a la pena de muerte. Las fechas del infierno no se olvidan. Aquel 8 de diciembre de 1980 el joven Chapman llamó por su nombre al cantante en el edificio Dakota, cuando entraba de madrugada junto a Yoko Ono. “¡Oye, John!”, le dijo antes de descerrajarle cinco tiros con una pistola del calibre 38. “Había sangre por todos lados”, relataba ahora el periodista Alan Weiss, que vio llegar al hospital al exbeatle, cuando tenía 40 años y le quedaban apenas minutos de vida, víctima de una fama culposa. Murió -podía haber sido Elizabeth Taylor, según la lista del asesino- por ser extremadamente conocido, según confesaría Chapman, mitómano que deseaba encarecidamente ser igualmente célebre por un acto tan execrable.

SÁNCHEZ, EL AVE FENIX, Y LA NEOZELANDESA EFICIENTE

Es innegable la condición de renacido del presidente español Pedro Sánchez. Ahí están sus credenciales. La caída a los infiernos, el purgatorio y la ascensión. El militante que desafió a la aristocracia de su partido y llegó a la secretaría

general. Alguien que censuró a un gobierno sin ser diputado y se convirtió en presidente sobre la marcha, de la calle a la Moncloa. Un caso paradigmático de 'self made man'. Una historia novelera. Y en esa trama le cayó una bomba encima. No una bombita, una bomba mundial que esparció sus efectos por todo el planeta. A Sánchez no lo venció el coronavirus, pese a que buena parte de su familia lo contrajo. Y timoneó, con aciertos y errores, la pandemia, declaró el estado de alarma, ganó y perdió brillo su historia de hombre hecho a sí mismo. Pero era indiscutible su capacidad innata para sobrevivir. Cualidades no le faltaban para el momento que le tocó gobernar. Un equilibrista en un Congreso hiperfragmentado, que lo hacía inasequible a grandes mayorías. Quizá ese espejo llevó a los italianos a votar en referéndum la reducción de su Parlamento. El español fue elegido como su presidente favorito por la neozelandesa Jacinda Ardern, durante un debate electoral. ¿Qué rumbo tomarán los gobiernos del mundo entre el declive de las ideologías, el auge de los populismos y la ultraderecha, en mitad del azote de la crisis dantesca que hereda 2021?

EL AÑO DEL SHOW DE TRUMAN

Como en la película, vivimos un año bajo vigilancia. Y una vez afrontada la pandemia en toda su amplitud, bajo la segunda ola tras el verano y el inicio de los meses críticos de otoño e invierno, sin vacuna hasta entonces, solo restó llevar a rajatabla las tres medidas prescritas de modo oficial e inexcusable: la mascarilla, la distancia social y el lavado de manos. Las autoridades no ocultaron su deseo de vigilar la salud de los ciudadanos. Y de paso, algo más. Las App de rastreo de contagios se convirtieron en un perfecto chivato social descargado en los móviles. Entramos en otra era. En tan solo meses de ensayo, se volvió viejo el debate entre seguridad y libertad. Y en medio se coló casi sin discusión la evidencia de que nuestras vidas empezaban a ser vigiladas, controladas, guiadas. El que no se ha leído 1984, de George Orwell, tiempo ha tenido.

DIVERTIDO Y MACABRO

Podemos seguir riendo y disfrutando, o malviviendo de miedo antes de que nos mate el virus, el cáncer o un accidente. El que suscribe le ha visto las orejas al lobo antes de que todo esto -todo esto es 2020- aconteciera. El año triste. Los payasos también quedaron confinados y sin público, pues los aforos se vieron afectados en los teatros y salas de espectáculos. Los estadios, que eran el circo, quedaron vacíos. Como las calles, a menudo, los aeropuertos y las zonas turísticas. Con todo, hubo escenas para desternillarse.

5
LAS CÉLULAS T

"No sientes esas náuseas de tedio que impulsan a desear la muerte. No llevas dentro de ti el aburrimiento de vivir".
(Flaubert)

UNA NUEVA ERA SIN TURISMO DESPUÉS DE XI JINPING

El presidente chino hoy no podría venir como si tal cosa a visitar el Teide como hizo en noviembre de 2019 después de participar en la cumbre de los BRICS en Brasil.

El mundo dio un volantazo en pocos meses desde que pasó por aquí Xi Jinping. Desde que su país sufrió el brote de coronavirus (del que nunca vamos a

poder olvidarnos) nada ha sido igual y Canarias, en plena escalada de autolesión, un día de este año desistió de recibir turistas para evitar el contagio. ¡Qué tiempos aquellos en que podíamos celebrar la llegada del poderoso huésped de Pekín y soñar con millones de chinos entrando por nuestros aeropuertos! Durante el confinamiento y el parón económico esa posibilidad nos aterrorizaba.

Canarias cerró sus hoteles y España y Europa sus fronteras. El Archipiélago decidió autoaislarse. España también respecto al mundo. Y Europa enmendó su espacio Schengen, blindada en compartimentos estancos su heterogénea conformación, y afrontó, en la práctica, una estrategia militar de choque frente al coronavirus, el enemigo público número uno. Como si de un asesino en serie se tratara, regiones, países y continentes dictaron una orden de busca y captura contra el prófugo invisible. Pero ese fantasma cuyo rostro esférico y averrugado empapelaba todas las ciudades del mundo consiguió desatar una pandemia económica sin precedentes, que ya va ganando a la de índole sanitario en esta carrera de estragos y efectos destructivos. Pronosticar un crac del 20 parece lo más natural, pues por menos se vino abajo la economía y se vampirizó el mundo laboral convirtiendo la condición de trabajador en una categoría privilegiada, a la que aún no han conseguido retornar muchos de los damnificados de la crisis de 2008. Tenemos, por tanto, la memoria fresca de la Gran Recesión que duró una década y remitió hace unos pocos años, y nunca del todo. Con la decisión de Canarias de abrazar un periodo impreciso de turismo cero, con hoteles vacíos y restaurantes cerrados bajo el estado de alarma, la crisis económica era obvio que sería de caballo y tocaba preguntarnos por el día después. Dados los elogios de la OMS a España por su valiente contribución a la onda sísmica del autoaislamiento, solo cabía hablar de los hechos consumados.

Los ingleses optaron, al principio, por una estrategia acaso suicida, que aspiraba a ser lúcida. Mr. Johnson decía no actuar por desconocimiento (algunas informaciones aseguraban que, incluso, disponía de un dosier secreto según

el cual la odiosa enfermedad duraría hasta la primavera de 2021 y afectará al 80% de la población), pero su receta no fue, inicialmente, el estado de alarma ni el confinamiento en casa, sino todo lo contrario, la inmunidad en grupo. A la vuelta del verano, cuando la pandemia habló inglés, Johnson se desdijo y metió a la gente entre cuatro paredes. Vimos a Bolsonaro dando la mano en Brasil a la gente, y a López Obrador besando a los niños de México. Que cada palo aguante su vela. Pero, dicho todo esto, no dejó de impresionarnos con qué facilidad habíamos hecho una inesperada transición del siglo XXI al XX, de un salto hacia atrás, para volver a hablar con el vecino de ventana a ventana, devolver todo el sentido a la azotea y el balcón y, por último, sellar nuestros hoteles que han sido nuestras gallinas de los huevos de oro, y renunciar al turismo con admirable abnegación. España se cerró a cal y canto, como cuando la piel de toro acababa en los Pirineos. No nos abocábamos a una crisis impuesta; esta la habíamos diseñado nosotros mismos con la fe ciega de creer estar haciendo lo más correcto. Y que la historia nos juzgue.

LA MUERTE DE LA JUEZA GINSBURG

Era negra y progresista, defensora de las causas nobles y frenaba con su presencia la llegada de magistrados afines a Trump cuando el país se preparaba para votar. Trump no lo dudó y puso en su lugar a la ultraconservadora, ultracristiana, antiabortista y defensora del derecho de portar armas Amy Coney Barret.

REDUZCAN EL PARLAMENTO, NO HACE FALTA TANTA GENTE

En Italia no se lo pensaron dos veces, como apuntamos. Echaron el freno de mano y acordaron en referéndum recortar sensiblemente el número de escaños del Parlamento. La pregunta es si el ejemplo cundirá en las restantes democracias agotadas y clientelistas. Toda una profesión a la baja, la política,

se ve obligada a renovarse o morir. La mala praxis durante la pandemia ha dejado flotando en el aire, junto a los aerosoles que transportan el virus, la sensación de ineficacia de la clase política. El gremio se tambalea.

LAS CÉLULAS T

Nos hicimos el máster correspondiente y todo el que quiso supo qué eran las células T. Ahora estamos al día y cuando nos hablan de vacunas preguntamos: ¿y cuántas células T es capaz de generar? Las enigmáticas células T. Era como entrar en otra dimensión, en aras de hallar respuestas cuasi cuánticas a la inmunidad. Si no siempre se debía a los anticuerpos, como parecía deducirse, a qué extraños agentes secretos cabía agradecer la protección de los que superaban la enfermedad. Y los científicos empezaron a hablarnos de una misteriosa clase de glóbulos blancos, hasta ahora irrelevantes popularmente. Nos explicaron que se trataba de unas células inmunes encargadas de identificar y eliminar a patógenos invasores o células infectadas, con ayuda de proteínas que portan en su superficie y que actúan como armamento eficaz contra el enemigo. Billones de proteínas atacan su objetivo específico. Al parecer, las células T -o linfocitos T- continúan con nosotros, en la sangre, durante años después de una infección, como un ejército durmiente dispuesto a intervenir cuando haga falta. En el combate contra el coronavirus, por lo visto este ejército de salvación actúa aún en ausencia de síntomas. Algunas sorpresas añadieron intriga y fama a estas células, al advertirse que determinadas personas carecían de anticuerpos frente a la COVID, pero no de células T. Existe la sospecha de que, en algunos casos, el paciente tenía una inmunidad predispuesta al virus antes de resultar infectado, gracias a las células T. Entre el 40% y el 60% de los sujetos no expuestos poseían estas células, según los estudios que empezaron a hacerse con creciente expectación. Y fueron consideradas, en efecto, un arma secreta de inmunidad en esta guerra desesperada contra el virus. De tal calibre es el hallazgo del papel de estas células amigas, que ya se piensa con fundamento que protegen durante

muchos años, y lamentablemente sus reservas se pierden con el paso del tiempo, lo que explicaría la mayor indefensión de las personas mayores a la enfermedad. Acaso los simples resfriados comunes sean una de las espoletas que generan la producción de células T altamente beneficiosas para enfrentar coronavirus, que son palabras mayores. También suponen una ventana abierta para futuras vacunas. Fue una de las buenas noticias del año. ¡Ufff! ¡Cuánto se agradecen! Eran esas noticias que te hacían levitar. Y que invitaban a mirar el mundo a vista de pájaro, deseando verlo pronto en pie, haciendo vida normal. Esta pandemia nos educó, quizá para siempre, en una visión ciertamente global del mundo. Ya no en el sentido crematístico de la palabra globalización. Sino en el esencial y casi sentimental modo de vernos como una sola población, un solo pueblo. Pensábamos, ojalá el mundo salga de esta, como si habláramos de un problema familiar. Mi imagen de viajero en globo contemplándonos a todos, aquí y allá, era la que más se acercaba a ese fin.

LA OMS Y LAS ENFERMEDADES X

El tremendismo, la desmesura del problema, lo desmedido de la crisis de 2020 puso en la primera línea de fuego a organizaciones como la OMS. Y no cesó de meter miedo para que se le respetara y obedeciera. La OMS había hecho un buen trabajo predictivo un año antes, cuando lanzó su estrategia sobre el futuro de la gripe, y avisó de la precariedad de los sistemas sanitarios públicos para hacer frente a una pandemia. Pero una vez apareció esta, no fue un dechado de aciertos, también cometió errores. En algún momento se produjo una suerte de competencia entre la OMS, los distintos altavoces científicos y la clase política por ver quién mandaba en esta guerra. La OMS aspiraba a ser el gran oráculo de la emergencia. El Vaticano del coronavirus y Tedros Adhanom, el papa. Cuando se pronunciaba en rueda de prensa el director general, asumía ese rol, encíclica tras encíclica.

Hablaba Tedros Adhanom. Palabra de dios. Nunca el mundo tuvo tantos gobiernos paralelos disputándose el poder, ni semejante caos, por tanto, en el puente de mando.

LA MADRE DEL DEMONIO

Con la documentación de que se dispone se sabía a ciencia cierta que una pandemia tocaba a la puerta. Y era solo cuestión de tiempo toparse con el virus cara a cara. Un virus de armas tomar. Transcribo al etíope Tedros Adhanom, en marzo de 2019: "El riesgo de que un nuevo virus de la gripe se propague de los animales a los seres humanos y cause una pandemia es constante y real. La cuestión no es saber si habrá una nueva pandemia de gripe, sino cuándo ocurrirá. Debemos mantener la vigilancia y prepararnos, porque el costo de una gran epidemia será muy superior al de la prevención". Presentaba con ese vaticinio la Estrategia Mundial contra la Gripe 2019-2030, un ambicioso vademécum para prevenir la inevitable batalla contra un virus vandálico a escala universal. Alguien menciona el síndrome de la cabaña que explica la misantropía de quienes, tras la cuarentena, se resistían a pisar la calle.

Adhanom no es dios, ni la OMS el oráculo de Delfos. Pero es la autoridad máxima en el olimpo de los virus. No le hicieron ni puñetero caso. Hace un año. Noam Chomsky, autoaislado con 91 años en Tucson, Arizona, se muestra crítico con los gobiernos neoliberales que desoyeron las advertencias de que venía el coco. Teme la llegada de gobiernos más autoritarios, tan escépticos sobre las amenazas nucleares y el calentamiento global. El autor de 'El miedo y la democracia' no renuncia a soñar con gobiernos más humanos y competentes.

El coronavirus. Cada año este asesino regresa al escenario del crimen. En Wuhan acusan a la célebre viróloga Shi Zhengli de ser "la madre del demonio". Ella jura que es inocente y reputados colegas que han escrutado el genoma del bicho le dan un voto de confianza. ¿Y los que hicieron caso omiso a

los augures, qué serían: los padres putativos de ese mismo diablo? Nos impresionan las cifras de la Covid-19. Pero todos los años se registran en el mundo mil millones de positivos con gripe estacional y suelen morir entre 290.000 y 650.000 personas, pese a la existencia de vacuna, sin que se declaren estados de alarma y aislamiento. Eso es cierto, aunque no por ello baste para dudar de las bondades de los confinamientos. Ante un patógeno que suele ser compasivo con el 80 por ciento de la población afectada y más o menos feroz con el 20% restante, hubo países como Suecia que sorprendieron apostando por la inmunidad de grupo, no sin recibir un vendaval de reproches. Tras los buenos resultados iniciales de su autodefensa pasiva, una vez se adentró en sus dominios la segunda ola, estos países se rindieron a la evidencia, y optaron por medidas duras, más de las que por entonces adoptaba, por ejemplo, España. El tiempo hará balances y dictaminará. Ha sido el ímpetu y el caudal del desbordamiento del virus lo que colapsó los sistemas sanitarios de medio mundo, después de hacer oídos sordos a todas las advertencias, junto a la casuística de un endriago que no terminamos de desentrañar. Si este big bang de la medicina de las gripes se extiende a enfermedades sin cura hasta ahora por falta de financiación, estamos de enhorabuena, pues en el mundo que viene de los robots lo que peligra es la raza humana.

Cuando Obama, en diciembre de 2014, y Bill Gates en 2015 y en octubre del año pasado alertaron de esta pandemia no eran brujos, estaban bien informados. Era un secreto a voces: “Probablemente puede que llegue un momento en el que nos tengamos que enfrentar a una enfermedad mortal, y para poder lidiar con ella, necesitamos una infraestructura, no solo aquí en casa, sino en todo el mundo, para detectarla y aislarla rápidamente”, apostolaba el primer presidente afroamericano citando el precedente de la “gripe española”.

Ahora que nos lamemos las heridas ante la mayor conmoción económica en tiempos de paz, con la eurozona y España en bancarrota, nos preguntamos por qué no se hizo nada a tiempo. La gran negligencia histórica. De haberse

invertido en hospitales, UCI y equipos de protección sanitaria, antídotos y tratamientos, no se habría encerrado a la gente ni paralizado la economía. Estados Unidos habría evitado las sepulturas en los parques de Nueva York y los cadáveres descompuestos en los camiones de mudanza. Hemos retransmitido el apocalipsis, pero cruzamos las fronteras y la ficción mutó en una fatalidad real.

Ahora, hemos socializado el virus. Y lo que queda es la pandemia de la economía.

6
LA LIBERACIÓN DE LOS NIÑOS

"Adivino el porvenir. Es que la antítesis se yergue sin cesar ante mis ojos. Nunca vi a un niño sin pensar que ese niño terminaría por convertirse en viejo" (Flaubert).

EL PEOR VIRUS, EL DESGOBIERNO

Hoy la vida adquiere un significado del que antes carecía. Todo cobra una nueva dimensión y cada día, cada instante, se llena de sentido. Eso hemos ganado, al menos: conciencia humana. Es curioso, no la conocíamos y estábamos vacíos sin ella; ahora es como si empezáramos de nuevo a vivir. Una de las cosas de las que aquí se va a hablar es de las secuelas y, acaso, entre otras, esté

el olvido de cuanto hayamos padecido hasta el final. También se habla del peor efecto del virus en nuestras vidas, de la libertad, de la ingobernabilidad y de una ocurrencia tan ingenua como apremiante: el partido imprescindible que nunca existirá. Cuando ya todo sea historia nos costará trabajo dar crédito, desde la recurrente memoria selectiva, a las escenas que hemos presenciado disfrazadas de una normalidad aparente. Porque este pandemónium tendrá su fin, antes o después, y se impondrá un nuevo statu quo, que debutó con la liberación de los niños tras el confinamiento. Comenzaremos a olvidar. Es un riesgo probable. Veremos diluirse en sus más mínimos detalles los peores recuerdos de la pandemia que nos partió por la mitad y cubriremos con nuestra propia censura los acontecimientos que nos impactaron durante la larga cuarentena de esta peste ateniense. Si los sabios tienen razón y el mundo dará un volantazo en su fisonomía, temo que no sentiremos la diferencia, a lo sumo haremos como aquel poeta expulsado de su Roma entrañable a los confines del imperio, que adulaba al emperador para ganar su perdón en vano. Una vez desconfinados, con mejor suerte que Ovidio, que nunca salió del destierro en la aldea del Mar Negro, gozaremos como Ulises de una segunda oportunidad y la calle será como un feliz regreso a Ítaca. ¿Entonces, no quedará ni rastro de estos meses de travesía en el desierto de ciudades que no reconoceremos como nuestras? ¿Volveremos a la jungla, a la jauría, a la política rapaz? Es posible. Y la democracia, tal como la entendimos, acaso caduque más deprisa, y la crispación sea más sofisticada y cruel.

No vamos a poder ser hoy muy optimistas, no. El horizonte no invita a concebir un edén maravilloso, sino el paisaje sórdido que tenemos delante. Si no tomamos medidas, lo que viene es el mundo de los Bolsonaro y del 'doctor' Trump, con sus consejos de desinfectación. La estulticia en lo más alto de la esfera pública, la gerencia mundial de los torpes, el eclipse de la política de las buenas causas. A eso vino el coronavirus, a anunciar un nuevo mundo, ¿peor que el anterior?, y a fijar la nueva era. El año I d.C. En la Atenas de Tucídides, como recuerda Virgilio Zapatero, el flagelo tardó años en desaparecer, con sus

etapas de quiescencia y rebrotes, y fue determinante en la Guerra del Peloponeso. También entonces se cebó con los sanitarios, diezmó la población y en el curso de unos pocos años alcanzó un auge inusitado el incivismo social y político de una democracia no escrita. El historiador y militar ateniense, testigo y víctima de la epidemia, constató la crisis moral que trajo consigo. Me miro en ese espejo y me pregunto si la historia se repite, si nosotros seremos actores pasivos de una degradación inexorable en los próximos meses y años, si el incivismo y la pérdida de los valores que dan sentido a nuestro sistema político y de vida se desencadenarán de un modo insoslayable. Y esa posibilidad me genera pesadumbre.

¿Qué necesitamos? Una nueva y rápida disrupción de los grandes principios, si no con estos mimbres, con otros. O el precio será una tormenta perfecta: la peor crisis sanitaria, la peor crisis económica y la peor crisis política. El desorden. El desgobierno. Necesitamos urgentemente pasar de la distopía a la utopía.

Venimos de asistir en estado de shock a una invasión de realidad modificada y acaso salgamos convertidos en unos perplejos crónicos, expuestos a los bandazos de indeseables ideologías. El primer mandatario del mundo sugirió, como vimos, inyectarse desinfectantes para limpiar los pulmones y penetrar bajo la piel haces de luces para reducir a un virus que es sensible al calor y la humedad. Esto, en pleno siglo XXI (en teoría), si no hemos perdido la cuenta. Ya con Kim Jong-un fuera de combate, ¿qué lejos quedan sus bravatas nucleares y qué mínimas? Ojo, hemos jugado a la ruleta rusa, con miles de muertos sobre la mesa mientras los líderes discuten de repartos de poder, y de esta sesión diabólica, o aparece el fantasma de una tercera fuerza generosa o se rompe la baraja. Tenemos imágenes en la retina de las patrullas militares y policiales sofocando la rebelión individual de los escapados para recorrer unos metros al aire libre, a riesgo de dar con sus huesos en la cárcel. Una parte del vecindario en sus horas no plausibles vigila y delata desde la ventana a quien se salta el estado de alarma. Algunos violaron la cuarentena en un coche de rally para so-

bresaltar a la gente de madrugada. "¿El mundo está loco? No. El ser humano es extraordinario", proclamaban los internos del psiquiátrico bonaerense de Radio La Colifata en una campaña de publicidad, que citaremos aquí más de una vez. Pero resulta que el mundo sí está loco y no todos los seres humanos son extraordinarios. La penosa dosis de líderes perturbados halla al fin su mejor caldo de cultivo. Imaginar unas islas con el 50% de paro sin que nos sacuda el volcán es una quimera. O nos mandan el helicóptero de dinero que usaron los americanos en la Gran Recesión o nadie -salvo los adictos a la poltrona- cogerá el poder en el futuro ni que se lo regalen en una bandeja repleta de mociones de censura. Como ha dicho Alfonso Guerra, ahora la política está mal vista por la sociedad y los mejores no quieren meterse en ella. Vendrán los peores ejemplares de esa fauna, como los animales salvajes que toman las ciudades vacías, a ocupar o recuperar las instituciones como los buitres caen sobre la carroña en un eterno trampantojo populista de caridad. La nueva normalidad nos debe una buena nueva. Brindemos como el día de la desescalada por la libertad de los niños. Mañana por la de todos.

La democracia va a envejecer muy rápido. Hago votos por que un día irrumpan esas fuerzas bienintencionadas; diré más: que sean fuerzas sin vocación de poder, que nos vacunen del riesgo de involución. Que traigan esperanza con su presencia desinteresada, pues su papel histórico será el de facilitar las mayorías y ejercer de guardián, aun al precio de no gobernar nunca con tal de impedir el peor de los virus de una sociedad: el desgobierno.

PANDEMIA

La palabra del año oscila entre muchas de toda una lexicografía en torno al coronavirus. Quizá la palabra pandemia fue la que estuvo en boca de todos más tiempo. La pandemia, el pan nuestro de cada día.

MASCARILLA Y OTROS HÁBITOS OBLIGATORIOS Y PUNIBLES

No era Carnaval, y donde lo había, como Santa Cruz de Tenerife, fue suspendido. Pero por esta vez se decretó la orden de ir enmascarados a todas partes, como un complemento más necesario que la ropa interior. Y acaso sea inédito el hecho de multar por no llevar mascarilla (cuando en España se hizo lo contrario en tiempos de prohibición de las carnestolendas). Junto a otras prohibiciones, como la de fumar caminando por la calle.

NEGACIONISTAS

Son una versión de los movimientos conspiranoicos que vertieron desde primera hora toda suerte de bulos e infundios sobre la enfermedad. De ella se desprendió, de inmediato, la creencia en estos ámbitos de que gente como Bill Gates estaba detrás del supuesto montaje del coronavirus. Gates, como aquí recordamos, había venido augurando desde hacía un lustro la posibilidad de una pandemia vírica. Confesaba en sus conferencias que desde niño temió una guerra nuclear, porque era el principal peligro que se cernía sobre la humanidad desde la última posguerra mundial y durante la guerra fría. En la familia de Gates, según contó, sus padres guardaban en el garaje bidones repletos de alimentos enlatados, y que, sin embargo, él había llegado a la conclusión de que la mayor amenaza real era una epidemia vírica. De esa clase de profecías se hizo un mundo de elucubraciones y los sucesivos voceros que fueron prodigándose en las redes sugerían, como vimos, que lo que pretendía el magnate de la comunicación electrónica era colocarnos a todos un microchip de 5G. Y esa matraquilla arraigó en los mentideros digitales. Numerosas fueron las invenciones y falsedades que se pusieron en circulación. Hasta que, avanzado el año y en plena segunda ola de COVID-19, irrumpieron con fuerza los negacionistas, un barco en el que al principio cabían todos los descontentos y escépticos y que finalmente se fue reduciendo a quienes, insolidariamente, optaban por cuestionar la gravedad de la crisis sanitaria, animando a la población a desobedecer las instrucciones de las autoridades. La movilización perdió pronto adeptos,

desde el momento que algunos negacionistas con cierta implantación comenzaron a discrepar en público de determinadas consignas descabelladas de esta contracorriente. Negar la existencia del coronavirus, para algunos de ellos, se convirtió en un dogma de fe. Hubo detenciones por no llevar mascarillas en las concentraciones y más de uno contrajo la enfermedad y mostró público arrepentimiento. En España, al filo del fin del año, se suscitó una polémica sobre la contención de los bulos. El Gobierno anunció una oficina contra la desinformación, que generó suspicacias y rechazo en los medios de comunicación y partidos políticos. La UE no halló motivos de alarma, sin que ello acallara las reticencias.

VIENE UN FUTURO QUE NOS LLEVA HACIA ATRÁS

La V será asimétrica o lo que resulte ser. Pero la crisis económica -alguien la ha llamado la Gran Reclusión- no puede tener peor pinta. Antes las cosas tenían una dimensión proporcionada. Las guerras eran guerras, con su devastación y su tregua y su pipa de la paz, con sus víctimas y victimarios. Las crisis eran crisis y duraban un tiempo y después se recuperaba el bienestar común, tenían su infierno, su purgatorio y su salvación. Pero es verdad que decimos antes y no pensamos en hace 700 años cuando las epidemias se llevaban por delante a más de la mitad de la población y dejaban una crisis eterna. Nuestro umbral es el del siglo XX. Todavía pensamos como si estuviéramos en mil novecientos y pico. Yo tengo recuerdos de los años 60 y de los 70, y para mí era lo máximo haber vivido la Transición de la dictadura a la democracia. Y el 23 F de Tejero constituía un trance imborrable, donde todo estuvo a punto de irse al garete: la libertad, los partidos, los sindicatos, las manifestaciones o el derecho de huelga, que era un reflujo sindical sagrado por la falta de costumbre.

Éramos tan angelicales. Por esa razón no pudimos dar crédito a los ya aludidos ataques a las Torres Gemelas, en 2001. Era una barbarie desmedida, que superaba nuestro listón de caos y muerte, y en aquellas imágenes perdimos la

virginidad sentimental ante los horrores acaecidos y que estaban por venir. Pero era lo máximo. No podía suceder nada peor. Y, pese a ello, albergábamos la seguridad de que todo volvería a su sitio. Nuestras vidas recobrarían su dimensión lógica, los hechos no se saldrían de madre.

Bueno, tuvimos que convivir con los lobos solitarios y aquellos atropellos, de cuando en cuando, de las furgonetas de la muerte en las Ramblas de Barcelona, y las bombas caseras, de ollas a presión rellenas de metralla, poco antes de la meta del maratón de Boston… Pero como habíamos perdido la virginidad, teníamos que consentir ciertas extralimitaciones de un orden convencional. La realidad era pura y dura. Al fin y al cabo… Con esta línea de pensamiento hemos ido tirando. Gente del siglo XX, celosos de las conquistas sociales, enamorados del derecho a viajar, fans transfronterizos de la globalización y los nuevos horizontes de Internet. Pero gente del siglo XX, eh. De la era del hombre que fue a la Luna. De las nuevas tecnologías que nos harán más felices. Del cine y la literatura. De la gran ficción y de las grandes fricciones. Teníamos la dieta perfecta. Los sueños, de una parte, y los placeres mundanos, de la otra.

Cierto que la Gran Recesión de 2008 fue el punto de no retorno. ¿Por qué me cuento todo esto? Hay algo, "yo no sé", decía Vallejo que de pronto nos hace polvo, desgracias, "golpes de la vida, tan fuertes…, golpes como del odio de Dios". Y son barruntos de futuras adversidades, incluso de terribles condenaciones que somos incapaces de comprender y gestionar con nuestras limitadas entendederas. Son golpes de la vida que exceden nuestro umbral de tolerancia humana. Gente del siglo XX. El otro día, porque fue el otro día, nos cayó a plomo esta nueva y descomunal catástrofe. Y hemos perdido el último resto de inocencia que nos quedaba. De un salto, hemos cambiado de siglo. Pero el futuro no nos llevará hacia delante, sino hacia atrás.

LA NUEVA NORMALIDAD, EL FIASCO Y LA ALARMA

El fiasco del confinamiento fue creer que se había vencido al virus. Era tal

el deseo de romper a llorar de alegría con el mensaje eufórico que las autoridades proclamaron a los cuatro vientos, “hemos ganado esta guerra”. Nada más lejos de la realidad. Se dio paso a lo que se denominó la nueva normalidad, y el gozo cayó en un pozo a las pocas semanas. Con el inevitable periodo de relax, el virus regresó con fuerza y se propagó de nuevo con carácter planetario. La llamada segunda ola de COVID fue una cura de humildad para gobernantes y ciudadanos. Si el mundo, alguna vez, habría de parecerse entre sí y tener una misma identidad, ese momento había llegado. Fue una repetición aumentada de la primera ola. Y desató airados enfrentamientos políticos entre gobernantes y ciudadanos y entre las administraciones regionales y sus respectivos gobiernos centrales. Pasó primero entre Trump y las autoridades de Nueva York y otros Estados, y se reprodujo en países como España, al negarse la comunidad madrileña a acatar las órdenes del ministro de Sanidad del Gobierno central, Salvador Illa, para atajar la escalada desbocada de contagios. El Gobierno, a la vista del peligroso desencuentro, impuso el estado de alarma. Durante días y semanas se contagió también el miedo a ser de nuevo confinados. Cuando llegó el otoño, con las aulas abiertas y la economía, por regla general, salvo el turismo y los sectores asociados, en pleno funcionamiento, la gente se preguntaba por la vacuna que tanto se había preconizado y, durante la espera, se potenció la mascarilla (ya dijimos que era como la vacuna sucedánea), el lavado de manos o la desinfección con gel hidroalcohólico y la distancia social.

CRISIS ECONOMICA, ¿UNIDAD? GUERRA

Entre los escombros de la guerra sanitaria, se declaró la guerra económica, seguramente más vasta y profunda que la primera. Y el lenguaje bélico, las espinas de la refriega del virus, la crispación tras el confinamiento arraigaron en la clase política un clima de enfrentamiento que no perdonó el sentimiento trágico de la vida que se había instalado desde marzo. En esa confrontación, las invocaciones a la unidad de los gobiernos (España es un buen ejemplo de ello)

resultaron inútiles. De las estériles llamadas a la unidad se pasó a una batalla sin cuartel, acorde con los condicionamientos, entre partidos, que llevó las cosas a los extremos, rara vez a los consensos (Canarias fue acaso una excepción). Jamás vi una crispación tal, pues nunca antes la vivimos en mitad de las miserias humanas de una pandemia. En Madrid, en estado de alarma, se celebró el 12 de octubre una edición kafkiana del Día de la Hispanidad, Fiesta Nacional. El rey saludó a afines y adversarios (entre estos últimos a quienes pedían la vuelta de la República, como Podemos) y el presidente socialista Sánchez, a sus enemigos de la comunidad de Madrid, cuya jefa de gobierno, Ayuso, del PP, se negaba a las medidas de excepción contra el auge del virus. ¡Qué virus, el otro, anidaba dentro de las cabezas de la peor clase política que ha tenido España, algo que ciertamente parece genérico en el plano internacional! La nueva generación crece con las peores dioptrías de la democracia. Va a ciegas con esta era de endiosados, justo cuando no había tales dioses.

7
SI ESTO ES LA FICCIÓN, SOÑEMOS LA REALIDAD

"Lloro demasiado por dentro para derramar lágrimas por fuera".
(Flaubert)

EL ENEMIGO PENETRÓ HACE TIEMPO EN LA CIUDAD

No es grata la sensación de que todo se reduce a un continuo parte de bajas. "El enemigo no está a las puertas, penetró hace tiempo en la ciudad", dijo Sánchez en su emotiva disección-disertación de las medidas del Gobierno para afrontar esta guerra espeluznante. La pauta ha sido esa, la guerra frente a la amenaza común. Nunca con tal consenso en la contienda: poderosos Estados junto a los

más débiles, en el campo de batalla contra la sombra vagarosa del monstruo que mata a traición. Una guerra ecuménica. En 'La peste', Camus se admiraba de la solidaridad humana, desasida de deidades, sola y numerosa frente a la plaga. En nuestro caso, muertos célebres opulentos (el marqués de Griñón) e infectados celebrities (Tom Hanks, el príncipe Alberto, ministros y políticos) liberan un aroma equiparador: nadie está libre del azote de la bestia. Y la sociedad se ha desconcertado, acostumbrada a envidiar a ricos longevos y a asociar la miseria a la enfermedad y la muerte. Todo el dramatismo de este momento funesto excede la capacidad digestiva ante los peores desastres soportados hasta este momento: la economía, el clima e, incluso, la salud, pero nunca tan apocalípticos, no más allá de lo imaginable como ahora. Solo basta asistir a la apelación de Sánchez a la noción del coraje.

La Unión Europea abraza un anatema impensable para salvar a sus hijos, los Estados miembros, encerrados en casa tullidos de espanto: levanta el control del déficit y la deuda. La valerosa Ursula von der Leyen, que presidía desde hacía pocos meses la Comisión Europea, hizo público el perjurio: la suspensión del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, para que los países puedan disparar el gasto público contra la diana de la pandemia. La herejía de Bruselas ha exigido activar por primera vez la cláusula de escape general, prevista para casos de extrema gravedad. ¿Cómo pretender que ante las medidas y el verbo de esta guerra -estado de alarma, cuarentena, patrullas militares, cómputo de contagiados y muertos, y estas señales de naufragio de Europa-, nosotros, simples conejillos de Indias, no entremos en estado de pánico? Si esto fuera una prueba de fuerza, un simulacro, un ensayo urbi et orbi para medir la capacidad mundial de respuesta humana ante una calamidad gigantesca, se necesitarían generaciones para borrar los efectos secundarios. Si alguien concibiera tal experimento, ya se sabe que la humanidad entera es una fiel cobaya. Pero se trata de una pandemia real que está fuera de control, y, sin embargo, todo lo antedicho se sostiene, saldremos de esta aturdidos como de un ictus global, sin memoria y

sin hábitos sociales, torpes ciudadanos entumecidos, instruidos a presión en el distanciamiento social y las tres negaciones medulares: el beso, el abrazo y la mano, prohibidos.

Debemos asumir el sacrificio, respetar las instrucciones, renunciar a la restricción de las libertades, que serían las palabras de Camus. Esto se parece más a la ficción; soñemos, por tanto, con volver a la realidad. Aquí solo falta que descienda un marciano sobre nuestras cabezas y dé sentido a este despropósito.

¿Es la guerra? Pues sea. La tentación de pensar que esta pudiera ser la Tercera Guerra Mundial no deja de resultar esperpéntica. Estos días he recordado las escenas de la visita del presidente chino, Xi Jinping, a Tenerife, a fotografiarse a las faldas del Teide, cuando éramos todavía cándidos y confiados. Y esa imagen del poderoso mandarín obra como una premonición del confucionismo que íbamos a practicar en casa conversando, sin la felicidad constante, sino en frecuentes cambios. También Darwin soñaba con venir a ver el volcán y el drago y lo dejamos en el puerto de Santa Cruz, en el siglo XIX, en cuarentena por si el Beagle traía el mal del cólera inglés. Cuando el mundo era real y visible, nuestro código de conducta no contemplaba ni por asomo un fin de ciclo como este, donde las calles y las ciudades se vaciarían y la economía dejaría de funcionar. El crack absoluto. Esto que ahora pertenece a nuestro nuevo acervo y estilo de vida era inimaginable, y las grietas del sistema amenazan sucesivas crisis. Si ahora lo primero es salvar la salud, mañana nos espera la pandemia económica. Vivimos al día, partido a partido (Simeone, como Simón, también otro filósofo). En prisión consecutiva. En el mundo rehén de hoy caben múltiples mundos familiares. Los balcones erigidos en palcos para las salvas de aplausos vespertinas a los héroes de la Sanidad, que pelean sin fusiles, sin casi equipos de protección. Los pequeños dibujando y comunicándose online con los amigos de la escuela. Padres e hijos jugando a la jenga y al parchís. Las estancias de la casa disfrazadas de parques, cafeterías y terrazas de lectura hacia el exterior como en la Rue del Percebe de Ibáñez. Es compatible esta armonía de hogares redes-

cubiertos con las primeras fricciones en la calle de quienes se saltan la orden de aislamiento o increpan a la policía, y acaban detenidos y condenados. Puestos a remar, rememos. No nos queda otra. Todas las buenas noticias se agradecen y nos invitan a albergar esperanzas de un final del cautiverio más temprano que tarde. Nos aferramos a la cloroquina de la Segunda Guerra Mundial, pero supimos luego que esta vez no salvaba vidas como sí en Indochina frente a la malaria. Estimula creer a Von der Leyen prometiendo una vacuna para otoño. Cumplió su palabra, nunca lo olvidaré. Toda ansiedad por acabar de cerrar rápido este paréntesis agrava, no obstante, los signos depresivos que acompañan las esperas prolongadas. Llegará el día en que volvamos a salir a la calle, como de un campo de concentración, y nos abracemos, y será la señal de que hayamos vencido al miedo, que estaba detrás de todo, acorralándonos.

P.D. ¿Por qué este periódico (nuestro centenario DIARIO DE AVISOS) sale a la calle en medio de la cuarentena y cuenta la vida diaria en la web y el papel? En 'La peste', que he traído a colación, el médico Rieux, un ateo que cura a enfermos, lo explica, en diálogo con el periodista Rambert:

-"…Es preciso que le haga comprender que aquí no se trata de heroísmo. Se trata solamente de honestidad. Es una idea que puede que le haga reír, pero el único medio de luchar contra la peste es la honestidad.

-¿Qué es la honestidad? -dijo Rambert, poniéndose serio de pronto.

-No sé qué es, en general. Pero, en mi caso, sé que no es más que hacer mi oficio."

LA COMUNICACION EN BANCARROTA

La pandemia desmanteló el statu quo de los medios tradicionales de comunicación. La prensa, la televisión, la radio... entraron en un proceso de reconversión urgente, apremiados los editores y empresarios del sector por la espantosa caída de la publicidad, y por la irrupción de medios de entretenimiento y portales digitales que asestaron un duro golpe al mundo de la información convencional. Acaso

el periodismo debiera al virus una ruina temporal para renacer de sus cenizas al cabo de un determinado paréntesis. ¿Pero tendrían paciencia esta vez los dueños del negocio? ¿Jeff Bezos confiaría en el futuro del Washington Post?

EL CIELO APOCALIPTICO DE SAN FRANCISCO

Los devastadores incendios de EE UU dejaron imágenes alegóricas de un mundo en llamas, que exhibía sus demonios y llagas al rojo vivo. El fuego saltó el río San Joaquín con la voracidad del virus que penetraba por todos los resquicios hasta el último rincón de las casas, como una invasión de termitas.

UN AÑO QUE PARECIA MIL AÑOS

Como un año indefinido o el inicio de un tiempo continuo e interminable, 2020 era un año que parecía mil años.

LA DESGRACIA DEL MUNDO

Nada antes, en el tiempo reciente, provocó algo semejante. Este año adquirió tal aspecto dantesco que era candidato a ser uno de los peores años de la historia, pero la historia tiene la memoria frágil, pues hubo tantos otros años infernales… Pero nunca el mundo antes fue un único organismo como tal, enfermo a la vez y tan convaleciente simultáneamente como ahora. Porque este mundo no tiene nada que ver con aquellos mundos separados antes de la irrupción de internet. Es el mundo, todo, el que tose a la vez, y el que sufre una neumonía global.

LAS CIUDADES VACÍAS DEL MUNDO

Nueva York, París, Roma, Madrid, Berlín...comenzaron a parecer la misma ciudad solitaria e indistinta.

FIN DE LA POLIO EN ÁFRICA. ¡HURRA!

Fue una de las pocas grandes noticias buenas en los malos tiempos que corrían.

Ascendí cuanto pude en mi globo y respiré hondo. ¡Hurra!, grité.

CASO KITCHEN. ¿QUIÉN DIJO QUE NO HABÍA UN WATERGATE ESPAÑOL?

He aquí una de las grandes novelas negras de este período. Estalló en pleno año como una pieza para Netflix. El tesorero del PP, Luis Bárcenas, fue descubierto en su momento haciendo trampas con las cuentas del partido, con la famosa 'caja B'. ¡Los Papeles de Bárcenas!, clamó la prensa e indagó la policía. Releo a menudo la larga conversación de Pedro J. Ramírez con Bárcenas. Este país se volvió Estados Unidos. ¿Quién dijo que no había un Watergate español? Lo hubo antes y después. Aquí no se ha parado de espiar al adversario. En mi tierra chica, en Canarias, se hace y se guardan los trapos sucios soterrados. Y cuantos saben lo que ha ocurrido callan. Pero en el caso Bárcenas comenzó a aflorar la mierda. Bajo la epidermis de la corrupción no tardó en aflorar, denso y opaco, el fuego fatuo de los cadáveres ya putrefactos de la política en las cloacas del Gobierno del PP. Era una pequeña pandemia, contagiosa y sórdida: el dinero, el poder, los secretos de la alta y fétida política. De eso va el caso Kitchen-, en el Gobierno y en el PP, que era la misma cosa, emprendieron una operación clandestina -al parecer, con fondos reservados- para sustraerle a Bárcenas -y esposa, mientras él ya purgaba cárcel y en los períodos de libertad- los documentos comprometedores para el partido. Ahora saltaban las cuadernas del barco, y delante del juez el ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, y su número dos, Francisco Martínez, exsecretario de Estado de Seguridad, se escupieron las vergüenzas a la cara. Es uno de los episodios más chuscos de la reciente historia de la corrupción en España. Entre los implicados figura el preboste del espionaje policial, José Manuel Villarejo, todo un personaje de novela negra, en cuyas bodegas almacena grabaciones furtivas a la más variada fauna de la política y la empresa del país. El que da nombre al caso es otro policía, el comisario Olivera, apodado 'el cocinero' ('Kitchen', cocina en inglés). Los hechos acaecieron entre 2013 y 2016, bajo el escándalo

destapado de la fortuna de Bárcenas a buen recaudo en Suiza. Desde el Ministerio del Interior, supuestamente, fue orquestada la trama para anular a Bárcenas, cuyas pruebas ocultas en alguna parte podrían salpicar al Gobierno de Mariano Rajoy y a la honorabilidad del partido en el poder. Para ello captaron al chófer de Rosalía Iglesias, la mujer del extesorero popular. Le pagaron 2.000 euros mensuales durante dos años y le compraron una pistola que costó 700 euros. Luego, una vez que cumplió su parte, fue premiado con un enchufe en la Policía. Es que 2020 dio para intrigas y tejemanejes a tutiplén, cuando esta picaresca afloró al levantarse las alcantarillas en los palacios de Justicia, mientras el virus continuaba haciendo de las suyas. No hubo tregua en el infierno.

LA MASCARILLA UNIVERSAL

Visto con el paso del tiempo, es indudable la bondad de la máscara a falta de vacuna, como ya hemos admitido aquí. Pero resulta inevitable la imagen encubierta del poder mandándonos a callar, tapándonos la boca, amordazándonos, dicho en clave de Harari, el sabio joven historiador de esta era de las tecnologías de la vigilancia. La Gioconda desaparece de nuestros rostros, escribe Bernard Henri-Levy.

EL PÁNICO

Nunca hubo tanto pánico durante tanto tiempo en tanta gente a la vez. Si el mundo pudiera sentarse a hablar, de un extremo a otro, habría, al fin, un mismo tema de conversación. Y en esa tertulia universal sobre el virus de la pandemia presidiría una sensación que no se podría leer en los labios, ocultos tras las máscaras, sino en los ojos, en la mirada: el pánico.

EL EXPERIMENTO DEL SIGLO

Es inevitable pensar en el gran experimento, pero lo menciono con pudor, no peque de conspiratorio esto que digo. En la burbuja de los días de este año

hemos ido dando tumbos sin más voluntad que buscar una salida desesperada a la situación, al confinamiento, al contagio del virus, al contagio de la casa como enfermedad de arrinconamiento y depresión, y al hecho mismo de matar el tiempo en tiempos de tanta mortalidad. Nuestro único afán ha sido poner fin a este paréntesis. En otras circunstancias nos dicen que Alemania entraría en recesión (como así ha sido) y se iba a confinar (como también sucedió ya en el mes de diciembre), y nos habríamos puesto cardiacos elucubrando sobre las consecuencias de la previsible caída de turistas de esa nacionalidad en nuestras Islas y el consiguiente caos para la economía europea, y demás. Ahora la noticia llueve sobre mojado. ¿Qué nos puede perturbar el repliegue del turista alemán si es al turismo en su integridad al que hemos reducido a cero? La búsqueda de una salida a todo, a la que empecé refiriéndome, coexiste con la conciencia adquirida de que todo se ha hundido irremediablemente. Y, por tanto, hemos ingresado en un bucle, donde todo puede ser blanco o negro. Y ambas cosas a la vez. Podemos salir de esta con plena satisfacción (algunos empresarios se reconocen en esa tesitura, pese a todo) o con el rabo entre las piernas. Podemos sentirnos afortunados y desgraciados en paralelo. Porque la vida nos ha cambiado tanto en dos meses que ya nada es verdad ni mentira, ni del color del cristal con que se mira.

Las semanas de encierro, el bombardeo constante de noticias desgarradoras y un interminable hilo que conducía a ninguna parte impedían que diéramos (no hay hilo de Ariadna, no hay nada) con esa puerta de salida al laberinto. Luego entramos en las fases de desescalada, y todo volvió a empezar, la pandemia resurgió con más fuerza, era insoportable, lo es. Somos más que nunca como niños, incipientes y agradecidos, celebramos la reaparición de los viejos escenarios con esa mezcla de añoranza y deslumbramiento, pero, como en una pesadilla, no hacíamos sino caminar sobre una cinta mecánica, sin movernos del mismo sitio. Iban cayendo los muros del encierro, el laberinto se deshacía por generación espontánea, y regresaba el paisaje de la ciudad. Con cierto titubeo, acertábamos a pedir un café en un bar elegido al azar y aguardábamos impacientes a que el

camarero nos sirviera la pócima de libertad.

Estábamos contentos y nerviosos por el regreso a la normalidad, como si tras meses de presidio obtuviéramos permiso para transitar por las calles y regresar a la celda a dormitar el sueño de una reclusión disfrazada con mascarilla para ponernos a salvo del aire peligroso que se respiraba afuera. La nueva normalidad que queremos que se parezca tanto a la vieja, a la de siempre. Pero estábamos imbuidos del miedo a una vuelta atrás, a que nos fuera revocada la libertad condicional, bajo esa espada de Damocles con que nos intimidaba el Gobierno, dueño y señor absoluto de nuestro destino para mayor beneficio de nuestra salud. Nos avisaron de que si había rebrotes de contagios se restablecerían los límites y las murallas volverían a alzarse con su tramoya automática. Eso fue lo que temimos todo el tiempo. Y los peores pronósticos se confirmaron.

Estamos en la fase del duelo. Ha muerto mucha gente. No es necesario que haya muerto un familiar, el luto es genérico, nos abarca a todos. No se recuerda una sensación funeraria semejante. No es que la muerte nos haya cogido por sorpresa como una novedad amarga, claro que no, esta ha sido una inundación de muerte ajena y propia, un desbarrancamiento de vidas en tan poco tiempo. Nadie estaba preparado para este estrés de muertes.

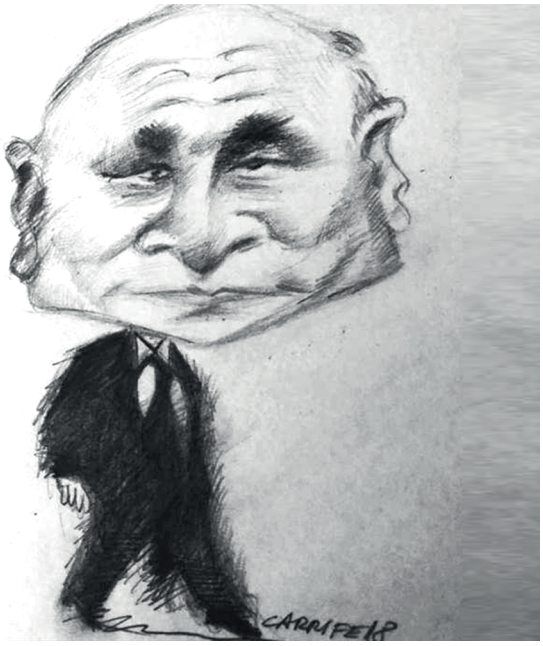
Murió Julio Anguita. Y no de coronavirus. Una muerte tras otra, se fueron yendo en estos meses últimos de cuarentena y escabechina gente anónima y personajes públicos. Habrá que hacer el recuento y balance de esta diáspora de vidas que se fueron para siempre. Anguita, el de "programa, programa, programa", el califa rojo, el comunista, el pensador y el verso libre. Cuando la política española constaba de actores previsibles que se turnaban en el poder, Anguita era la mosca cojonera que impedía que las ovejas se durmieran en el hemiciclo. Los tiempos corren deprisa y a España ya no la conoce ni la madre que la parió, como decía Alfonso Guerra. Pero en la política española, a diferencia de otras democracias menos cicateras, a estos personajes se les encasillaba y condenaba a la hoguera del olvido. Vivimos pegados a la mediocridad cortoplacista de los gerentes del voto y

de las miserias del poder mezquino. A tal punto que este huraño coronavirus nos ha vuelto a humanizar, nos ha recordado quiénes somos y nos ha puesto a cada uno en su sitio. ¡Cuánta pobreza intelectual desprenden los sectarismos ideológicos de España! Anguita, como Rajoy o Zapatero, como González o Aznar, como Iglesias o Casado, y como Arrimadas o Susana Díaz, ocupaba un escaño, más allá de las Cortes, en el imaginario colectivo de este país. Pero el cainismo político lo excluyó de la vida pública, como si viviera con su hermano en Tenerife, preso de esa otra insularidad. El sectario oficio de dirigentes de la peor catadura.

Lección aprendida. Somos el gato de Schrödinger, asumiendo, entre las cuatro paredes de la caja, la paradoja de estar vivos y muertos y felices y tristes y todo ello a la vez.

EL PERIODISTA

El periodismo desempeñó un papel esencial. Antes comentamos su crisis, su bancarrota. Pero seguía siendo un oficio imprescindible. No pareció alcanzar la gloria y el prestigio de las otras actividades y profesiones emergentes, como los científicos, los epidemiólogos, los sanitarios, los rastreadores, los militares en labores de desinfectación, los negacionistas mediáticos... El periodista pasó desapercibido. Estuvo en primera línea de fuego, como en una guerra de verdad, frecuentó las UCI, convivió con el peligro, pero trabajó con un perfil bajo. Acaso la razón esté en que en esta ocasión, el enemigo, el Bin Laden de este genocidio, nunca daría una entrevista. La televisión nunca podría acceder a él. El coronavirus era un tema, pero sin rostro. Lo cual impidió que los medios de comunicación ejercieran todo el poder de atracción que se les supone en otras contiendas de la historia. Esta guerra transmitida en directo no la asociamos por ahora a ningún periodista en particular. Estamos acostumbrados a tener a mano esa clase de referencias, un Chaves Nogales, en sus páginas de ‘A sangre y fuego’, ‘Héroes y bestias’…



8
HIBERNAR LA ECONOMIA, PARAR EL MUNDO

"No son las grandes desgracias las que crean la desgracia, ni las grandes felicidades las que hacen la felicidad, sino el tejido fino e imperceptible de mil circunstancias banales, de mil detalles tenues que componen toda una vida de paz radiante o de agitación infernal".

(Flaubert)

CONFINAMIENTO Y CIERRE

Fue en el momento más duro cuando se produjeron confinamientos y cierres económicos. Pero enseguida se reparó en que parar la economía y aislar paí-

ses cerrando las fronteras provocaría una crisis de incalculables consecuencias. Como así fue. Y cuando se restableció la vida económica ya era tarde, el turismo no volvió a ser lo que era, sin sus destinos ni mercados emisores de antes, en realidad se dejó de viajar, y múltiples sectores y subsectores se vieron sumidos en una parálisis general. Detener la economía del mundo (el 85 por ciento estuvo paralizada durante el encierro de primavera) había sido un suicidio. El virus no era vencible, y permanecería activo hasta que hubiera en el mercado una vacuna eficaz. Acaso, de manera involuntaria, la mayoría de los países había actuado como una secta destructiva. A sabiendas de la desinformación imperante, los gobiernos se erigieron en oráculos e impartían órdenes que la población cumplía con fe ciega, salvo excepciones, como miembros adeptos de una secta. Los líderes cambiaron después sus consignas: habrá que aprender a convivir con el coronavirus, la economía no se puede volver a parar jamás. Daban unas órdenes y sus contrarias. Y nadie pestañeó.

LOS CONSULTANTES. LA PITIA Y EL PAPA

Como en el oráculo de Delfos, la Pitia, la pitonisa, debía satisfacer las innumerables preguntas de los consultantes. De un modo natural se reprodujo el mito de las profecías e interrogantes del monte Parnaso en la antigüedad griega. La adivina o pitonisa, unas veces, era Cristine Lagarde (BCE), otras Kristalina Georgieva (FMI), a menudo los presidentes de los gobiernos y en el caso de Trump, ese era su papel favorito, repartiendo instrucciones, veredictos y pronósticos sobre nuestro inmediato futuro. A golpe de tuit. En ocasiones también ejercía de Pitia Tedros Adhanom, el director general de la Organización Mundial de la Salud, que aquí hemos comparado con un papa laico del coronavirus. En cambio, el Papa del Vaticano guardó un perfil bajo durante la crisis, hasta que, al irrumpir el último trimestre del año, se animó, asomó la cabeza y arremetió en una encíclica contra el sistema neoliberal con clara intención de condenar a las élites del capitalismo salvaje. De esto hablaremos más adelante.

LOS ANCIANOS EN LA PICOTA

No se recuerda una devastación semejante de nuestros sabios más queridos, los más antiguos del lugar. Nuestros ancianos. Como quiera que hemos normalizado el trato deshumanizado de la gente mayor, sin reparar en sus tesoros personales de conocimientos y experiencias, ni en su poder transmisor de sentimientos pujantes, ni en su labor de constructores del mundo que habitamos, cuando arreció el virus hizo estragos en los geriátricos, como dijimos y debemos repetirnos en adelante. Fue el episodio más negro de la pandemia. Unos murieron de modo selectivo, al negárseles atención decretándoles una muerte segura, y otros, peor aún, abandonados a su suerte en las habitaciones de residencias sin personal, por deserción de este ante el temor de los contagios o por simple dejación. De ese capítulo oscuro, trágico y sonrojante se hablará con pesar con el paso del tiempo. Cuando llegue la vacuna, deben ser los primeros en recibirla. Este deseo, al menos, se podría cumplir. Y en las páginas finales de nuestro viaje, confío en que lo celebremos.

LOS ENFERMOS DE SIDA Y CÁNCER TIENEN MOTIVOS PARA QUEJARSE

Nunca sus respectivas enfermedades -y tantas otras de marca no menorse vieron socorridas y atendidas del modo que lo ha sido el coronavirus, siendo, con razón, las suyas más letales y haber llegado antes. Ni en inversión presupuestaria mundial, ni en esfuerzo científico, ni en medios humanos y materiales, ni en bagaje sanitario, ni en prioridad política, aquellas y otras enfermedades, cuya brutal incidencia se viene produciendo desde hace tanto tiempo, pueden compararse con la COVID. No tardarán, con toda justicia, en poner el grito en el cielo, en cuanto el virus escampe. Pienso en ello, en la vaguedad del aire en que me suspendo para escribir estas notas. Las importantes y las más banales.

ANATOMÍA DE LA COVID: EL CODO

Nunca pudimos imaginar la importancia que cobrarían las cosas más insospechadas y menos relevantes. Ni que la causa de ello sería un agente imperceptible, minúsculo y atroz. Si hubo lógica anterior, quedó abolida como una sombra abarca todo el perímetro soleado impidiendo ver la luz. Poeta de las cosas simples, se define Gamoneda. Una multitud de pequeños sismos, de esas innumerables alteraciones de la vida cotidiana, ha desatado una gran conflagración planetaria y ha puesto el mundo patas arriba, como decía Eduardo Galeano, con el ombligo en la espalda y la cabeza en los pies. Y con la mano en el codo.

El codo es la nueva mano en este mundo contrahecho, es el muñón subalterno, que ha sido llamado a filas en mitad de una guerra que ni le iba ni le venía, pues los codos no aprietan gatillos ni arrojan lanzas ni flechas. Ni tienen maña con los microscopios, si de eso se trata. Este codo providencial ha permanecido siglos en la reserva para suplir al órgano prensil a que ahora le convocan. La mano era la despensa donde estaba depositada la mayor parte de nuestra información y la muy preciada facultad del tacto. La encomiable virtud de tener mano izquierda corre el riesgo de convertirse en la cualidad de dar codazos (más acorde con los modales políticos en vigor). Y ya se sabe de qué mundo veníamos, donde dabas la mano y se cogían el brazo. La nueva normalidad es una exaltación del codo. Y el codo nunca fue la parte amable de nuestra anatomía; debe su mala fama a la expresión bruta de su peor conducta: el codazo. El deporte, en todas sus modalidades, ha sido el teatro de los codos. La nariz de Luis Enrique tras el codazo de Tassoti que el árbitro no vio o no quiso ver era todo un poema (érase un hombre a una nariz pegado, robemos el verso a Quevedo). Y su enaltecimiento como método para progresar en la vida lo encumbró de un modo sórdido y vergonzante, pero, a su vez, eficaz. La política, por ejemplo, no se entiende sin coces y codazos.

Pero hubo culturas que dieron al codo cierto prestigio, como unidad de longitud. El templo de Salomón es de una pasmosa regularidad, se nos dice: su

Sanctasanctórum es considerado un cubo perfecto de 20 codos de largo. Si ahora vamos a familiarizarnos con nuestro codo, para lo bueno y para lo malo (para saludar y para derribar alcaldías), sepamos que a lo largo de la historia tuvo un rango de medida por su peculiaridad antropométrica: casi todas las culturas que lo usaron a tal fin nombraban su distancia hasta la mano abierta (codo real) o hasta el puño cerrado (codo vulgar). Y así, con ligeras variaciones, estaban el codo egipcio, el de Mesopotamia, el de Babilonia, el de Nippur…

El codo, reflotado y elevado a los altares, tras la proscripción del saludo manual por miedo al contagio, ha tenido que cubrir el expediente sin tiempo para entrenarse, a fin de llamar ascensores, abrir picaportes y saludar como una falsa mano, de tal modo que ya ejerce una función social de primer orden. Ahora cobran mayor sentido las coderas en jerséis y chaquetas. Al codo se le ve en las fotos en plena efervescencia, encarnando la condición de nueva extremidad de cortesía universal. Se especuló mucho con hacer inclinaciones con la cabeza como alternativa asiática. Y el codo no se lo ha pensado dos veces, ha tomado el relevo de la cultura prerromana del apretón de manos, que fue hasta ahora el gran rito de hospitalidad, el de las famosas teseras de tiempos remotos, el choca esos cinco de los caballeros medievales, que se saludaban con la mano derecha porque a la izquierda llevaban la espada. Pero toda esa gestualidad secular de normas no verbales se vino abajo hace tan solo unos meses. Y el omnipresente coronavirus demonizó el saludo con la mano por ser un repositorio de enfermedades víricas capaces de detener el mundo. El codo era un suplente perfecto, que había caído en desuso, como el dedo meñique de manos y pies. Nos acordábamos de él cuando teníamos las dos manos ocupadas. Ahora pide paso en los protocolos oficiales. Y los políticos chocan los codos con cierta ridiculez, habituados a darse codazos. Recuerda a Trump que debutó en una cumbre de la OTAN con mandobles de codo para ponerse delante en la foto de familia.

El codo, ese gran desconocido, que permanecía en un segundo plano y apenas cobraba notoriedad cuando nos dañábamos el periostio o se quejaba el tenista y

alguna otra molestia cubital, se ha convertido en mano de Santo como la artemisa vernácula con la que el presidente de Madagascar asegura que su pueblo se cura de la Covid-19. Hemos desempolvado viejos accesorios y rehabilitado a este codo perezoso, que no se ha visto en otra. Viene a colación el pacta sunt servanda de Pablo Iglesias, la locución con la que el vicepresidente segundo ha abierto una cizalladura en el Gobierno de coalición tras el nonato acuerdo con Bildu para derogar la innombrable reforma laboral, que más parecía un pacto hecho con el codo que con la mano. Lo pactado obliga, dice la consigna de la antigua Roma, que ha derivado en un gobierno a codazos.

Hace un año, por estas tierras, se celebraban elecciones que defenestraron a CC de un plumazo. Los gobiernos se sucedían hasta entonces como por inspiración divina y eran frecuentes los codazos al socio de turno (el último en diciembre de 2016, cuando Clavijo expulsó al PSOE del Gobierno). Así, de las urnas de aquel 26-M y de los pactos de colactación con el gomero Casimiro Curbelo, nació el Pacto de Progreso, que refundó la práctica totalidad de las instituciones y derrocó el viejo régimen tras un cuarto de siglo. La historia, a veces, corre muy deprisa, como hemos visto y vivido en apenas tres meses. ¿Quién nos iba a decir que aquel 26-M no era solo una ola, sino un tsunami? ¿Y que vendrían otros cataclismos y dejaríamos de darnos la mano? ¿Y la ruina se haría rutina? Pues, a la vista de esta última, guste o no guste, el depuesto apretón de mano ha de dar paso al codo con codo, que es la única manera inteligente de afrontar la reconstrucción. Y este pueblo es inteligente.

PATADAS Y COCES

El codo fue la primera idea del saludo alternativo, una vez amputada la mano de la cortesía social. Empinar el codo tenía mala fama, era mal visto, no podía celebrarse en público sin sentir vergüenza y, en cambio, en los albores de esta crisis de salud, se vio reconocido -el codo- como el signo de cortesía más a mano, una vez defenestrada esta tras siglos de monarquía como reina universal

del saludo humano. El muñón cobró prestigio, como la cabeza inclinada de los orientales o la mano al corazón. Pero pronto se disuadió del codo, pues no guarda la distancia social preceptiva. Alguien pensó en sustituirlo por los pies. Patadas y coces, un nuevo código de urbanidad.

EL ÍNCUBO Y EL SÚCUBO

Nunca un año encarnó las dos versiones seductoras del demonio. El virus enamoró a unos y mató a otros. Se celebraron aquelarres para contagiarse la enfermedad y persecuciones contra el bicho invisible. El mundo se volvió loco, hipocondríaco, maniático... en un estado de pandemia demencial. Y el diablo se refociló en todos los órdenes de la vida, fogoso y satisfecho de sus estragos.

UNA FAMILIA EN TORNO A UNA MESA

A tenor de lo estipulado sería considerado un grupo de convivientes; no tendrían necesidad de usar mascarilla, a buen seguro no cuidarían la distancia social, es muy probable que no hayan observado las debidas medidas higiénicas y, en particular, el lavado de manos. Según voces expertas, ese era uno de los focos de transmisión de la enfermedad. La familia, por primera vez, no era un sitio seguro. En ese mundo vivimos en 2020. La gran familia. La gran pandemia.

STEVE BANON, LA BALA REGRESÓ A SU DUEÑO

El ideólogo de Trump era un personaje de cuento de terror infantil. El malo expandiendo la semilla por el mundo. Hasta que un día la bala regresó a su dueño y lo hirió. Steve Banon fue acusado de beneficiarse de lo recaudado para construir un muro en México. Fin del cuento.

ALAN GARCIA, LA BALA SE ALOJÓ EN SU CABEZA

En abril de 2019 Alan García se quitó la vida. El pequeño genio familiar, heredero de una cuna política de progenie jerárquica, el llamado a gobernar

a los peruanos por encima de todas las cosas pidió un minuto a los agentes y se retiró a su habitación antes de salir de su casa detenido. Se oyó un disparo y fue encontrado ya muerto. Alan vivió el terremoto de 2007, la corrupción y la reconstrucción de las ruinas del país, pero huyó de un futuro entre rejas. No tuvo paciencia y se borró. Perú fue en 2020 uno de los países de América y del mundo con mayor mortandad durante la pandemia de coronavirus. Su propia lacra, tan contagiosa como el virus, era la corrupción bajo gobiernos usurpadores como el de Fujimori, que fue elegido por el pueblo, erróneamente, en lugar de Vargas Llosa. Eclipses como este cruzaron otros cielos antes del año de la máscara. Trump, Bolsonaro, Duterte... Soberano, el pueblo se había decantado por gobernantes execrables, desmereciendo en ocasiones a quienes después, como el escritor peruano, se verían recompensados con el premio Nobel. Alan García ya había escrito de puño y letra sobre sus hombros, grabado a fuego, el final de su tiempo, antes de que estallara, pocos meses después, la bala del virus en nuestras cabezas.

LA VACUNA O BOVINA

En la guerra por la vacuna salvadora contra el coronavirus, todo eran alegrías. Rusia registró la suya, como dijimos, y la proclamó a los cuatro vientos antes de haber culminado siquiera los ensayos clínicos. Y poco después, uno tras otro, los distintos laboratorios comenzaron a pausar sus pruebas por las extrañas enfermedades sobrevenidas a algunos de los voluntarios. Una vacuna tarda años en ser elegida. Esta urgía tanto que las universidades y la industria farmacéutica no podían esperar hasta el punto -en unos casos más que en otros- de que avanzaban dando tumbos, errando y corrigiendo sus fórmulas y prototipos.

UN EJÉRCITO DE ASINTOMÁTICOS

En la segunda ola, los asintomáticos ya eran la gran mayoría. Una de dos,

o el virus había tomado la determinación de vivir y dejar vivir, adaptándose a una coexistencia pacífica, o tres modestas medidas preventivas (la mascarilla, la distancia social y el lavado de manos) habían logrado domesticar al bicho, evitando sufrir grandes cargas virales. Con todo, aumentaron, en paralelo, los hospitalizados y muertos. La mayoría salvaba el pellejo, pero el virus no se iba de vacío.

KOBE BRIANT TOCÓ EL CIELO

Kobe Briant ejecutó el último vuelo de su vida, ya fuera de la cancha, junto a su hija Gianna, en un viaje mortal en helicóptero cuando acompañaba a la pequeña promesa a un torneo de baloncesto en su academia, en California. El impactó provocó una bola de fuego.

NAVALNI QUEDÓ EN COMA Y NO FUE POR EL VIRUS

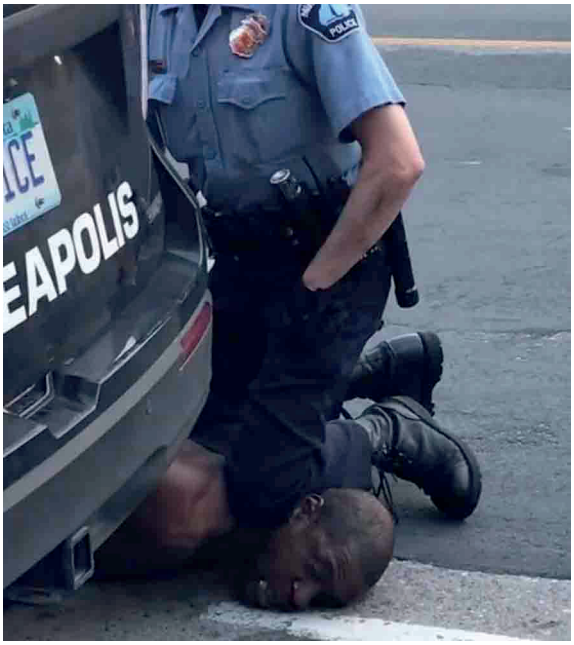
El opositor ruso se sintió indispuesto al subir al avión que lo llevaba de Siberia a Moscú y se desmayó. Luego entró en coma, fue hospitalizado y logró sobrevivir. Más tarde, lo atendieron en Alemania y se recuperó. Había sido envenenado en Rusia con Novichok. Antes de embarcar, tomó una tasa de té en el aeropuerto. Era tal el cúmulo de evidencias, que Europa estudió sanciones contra la Rusia de Putin. El virus no fue el único agente exterminador en 2020. El hombre era, desde mucho antes, el lobo del hombre.

RACISMO EN EE.UU., DÓNDE SI NO

El año del coronavirus. El año del miedo. El año de la crisis económica. El año de la pandemia. El año del hambre. El año de la pobreza. El año del turismo cero. El año de las fronteras. El año de la máscara. El año de Trump. El año del racismo.

Un supremacista blanco adoptó el perfil de supuesto lobo solitario y ya sabemos que buscó a Martin Luther King hasta que lo acechó y cuando el líder

asomó la cabeza se la voló. El racismo sigue corriendo por las venas de Estados Unidos. Cuando el 25 de mayo el agente blanco Derek Chauvin presionó el cuello de George Floyd, negro, durante casi nueve minutos hasta asfixiarlo, hubo revueltas y manifestaciones que comenzaron por Mineápolis, escenario del asesinato y se propagaron en varias semanas por todo el país. Pero el presidente Trump pareció comprensivo e indulgente con el policía que seguramente le habrá votado a la presidencia en 2016. Y no fue un caso aislado. En agosto, otro ciudadano negro fue abatido por un agente en su coche en presencia de sus hijos y salvó la vida milagrosamente. Al de Floyd se sumó entonces el nombre de Jakob Blake, que quedará paralítico. Los agentes que ocasionan estos crímenes suelen ser detenidos, a la espera de certificar que se hace justicia condenándoles. No tardó en salir en libertad el agente Chauvin, pendiente de juicio. La fianza ascendió a un millón de dólares.



9
LA RODILLA DE CHAUVIN

"He cavado mi agujero y en él me quedo".
(Flaubert)

ESOS MINUTOS INFAMES DE LA MUERTE DE GEORGE FLOYD

La muerte de George Floyd logró opacar durante días la repercusión del coronavirus en Estados Unidos, lo cual da idea de su enorme impacto en la conciencia de la opinión pública. Desde el asesinato de Martin Luther King, en los años 60, no se había desencadenado un estallido social semejante en la nación de Walt Whitman, el poeta homérico. Estos sucesos son demasiado multitudinarios y terribles: el coronavirus, el racismo, la violencia, con sus odios y

muertes. Y han ocurrido, están ocurriendo, se amasa entre tantas manos ese pan negro, en sentido literal, que una sola imagen, de cuantas recuerdo, honra a ese pueblo: la de un grupo de policías blancos con una rodilla en el suelo en son de paz. De resto, las soflamas represivas del presidente confirmaban su precipitada caída en los infiernos.

Era como un icono antropomorfo del virus en esos minutos infames de la muerte de George Floyd a manos (a rodillas) del oficial de policía Derek Chauvin. Dos nombres y rostros que ya pertenecen a la nomenclatura de las tragedias existenciales de Estados Unidos y de nuestra época, como lo fueron los atentados a Martin Luther King y John Fitzgerald Kennedy. ¡Con cuánta celeridad hemos devorado páginas enteras de la historia estos días, entre un patógeno y otro, la rodilla de Chauvin! Hablamos de pandemias como si se hubiera abierto la caja de Pandora y afloraran la devastadora Covid, el cáncer racial, la democracia herida, la mortecina economía, o sea, las peores plagas de manera atropellada e incontenible.

Todo ha tenido la magnitud, la desmesura, a que nos hemos acostumbrado estos últimos meses sin tregua. De pronto, el 25 de mayo, en Mineápolis (de tan mencionada, tan familiar como una ciudad de Tenerife) ese agente blanco aplastó con la rodilla el cuello de un afroamericano que clamaba en el suelo auxilio porque se asfixiaba e invocaba a su "mamá" desesperado. La mayoría de las víctimas de la COVID en ese país son latinos y afroamericanos, que se sienten en la piel de George Floyd, víctimas de un monstruo, encarnado en el policía desalmado del vídeo. Derek Chauvin era el virus. Y Floyd, amén de víctima global, por extensión salpicaba a Trump, a quien la pierna criminal del policía oprimía también electoralmente. Noviembre amenazaba la continuidad del republicano sórdido, con las urnas ensangrentadas por las muertes del coronavirus y la de Floyd, y la rabia de los millones de parados y, en particular, de los latinos y negros, que se han llevado la peor parte. "No puedo respirar", las últimas palabras de Floyd, se reproducían en boca de Trump. Hemos visto

a Gianna, la hija de seis años de Floyd, en hombros de la exestrella de la NBA Stephen Jackson, afirmar: "Mi papi cambió el mundo". Si se consumaba el vuelco electoral, estaba en lo cierto. Y estuvo.

A Floyd lo apodaban el 'gigante amable': de dos metros de estatura, era "un hombre amoroso", afirma su última pareja y madre de esa niña. No tenía los antecedentes inmaculados, porque le pesaban cinco años en la cárcel por robo a mano armada en el pasado, pero este exjugador de fútbol americano y baloncesto, rapero y vigilante de seguridad, se había convertido en un buen hombre y ayudaba a personas sin hogar y sonreía a su paso y era afable y querido por los vecinos de Powderhorn, donde murió con 48 años delante de todo el mundo. Además, era uno de los 40 millones de parados de Trump por el coronavirus. Y era positivo, según la autopsia. Doble víctima en un país enfermo de COVID y racismo.

Cuando, acusado de querer comprar cigarrillos con un billete falso de veinte dólares, cayó en manos de Derek Chauvin y otros tres policías, después detenidos, el país entero y acaso el mundo, como aseguraba su hija, entró en otra dimensión. Trump terminó recluyéndose en el búnker de la Casa Blanca asediado por los manifestantes llenos de ira ante las barreras metálicas de la mansión presidencial. Estábamos ante una potencia exangüe por la cadena de desgracias, que se cortaba las venas, en mitad de un charco de sangre.

Si abriéramos un paréntesis y habláramos de España, pensaríamos que el virus mutó en lo político, y de ahí que los dirigentes relincharan en el Congreso, se insultaran y hasta alentaran el fantasma de Tejero entrando por la Cámara gritando "¡Todo el mundo al suelo!. Cada país tiene su teología y su tautología: "un criminal es un criminal, un golpista es un golpista…". Los yanquis arrastran la sombra del Ku Klux Klan y sus enormes magnicidios. España ajusta cuentas con el franquismo y regresa cíclicamente al hemiciclo donde forcejean Tejero y Gutiérrez Mellado, y Suárez y Carrillo no se arrodillan. Como Francia hace con su revolución del siglo XVIII y su mayo del 68. Y así todos por un es-

tilo: Alemania, Europa conviven con el pecado de Hitler y se conjuran contra el neonazismo que se expande por el continente. La muerte de George Floyd es un caso de manual. Recuerda a Putin (el de la mano alargada que sirve té a Navalni) sofocando el asalto del teatro Dubrovka en 2002 por terroristas chechenos: todos ellos fallecidos junto a numerosos rehenes tras una expeditiva operación rescate con un potente gas secreto. La mano dura de Putin es la que blandía estos días Trump sin éxito frente a su secretario de Defensa sobre el uso del Ejército. Tan miserable y tosca como la rodilla del agente que presionó el cuello de un negro inocente esposado bocabajo en el asfalto. Putin y Trump, chapoteando en el coronavirus, anhelando no perder el trono. El yanqui ansiaba un baño de sangre para imponer su auctoritas frente al blando Joe Biden. La deriva de Putin es más lóbrega y grosera: se arroga el margen a gobernar hasta cumplir 84 años, ¡en 2036! El mundo en que vivimos es una ciénaga y los líderes adictos no reparan en barros. Lo de la alternancia es un cuento. Aquí el que pierde el trono pierde el juicio y sufre abstinencia del poder. Tenemos ejemplos cercanos.

Pero mientras escribo, el mundo es un interrogante. Las enfermedades, los derechos humanos, el hambre que acontece… No estamos en tiempos de paz, no. Si el virus era la guerra, esto no es la paz. Es esta estética del elefante en cacharrería, de Bolsonaro escupiendo el pésame a los brasileños, "lamento todos los muertos, pero es el destino de todo el mundo". Es esta hora infausta de los gobernantes que nos tocaron en suerte. (George Floyd ha venido a quitar la mascarilla a estos jerarcas devotos del poder a urnas y dientes, porque no les queda otra.) Es la pierna asesina que oprime el cuello del negro en paro por el coronavirus. Es la espada de Trump y su harakiri.

EL PARADERO DE KIM JONG UN EN EL DISPARADERO

El pequeño y matón presidente norcoreano salió de la escena durante la pandemia. Corrieron rumores sobre su estado de salud, el posible coma y la muere. Pero oficialmente siguió vivo e invisible como el virus. Una hermana parecía

suplirle de facto asumiendo funciones delegadas. Dejó de exhibirse públicamente. Kim, que había sido el primer factor de riesgo, el detonante de una posible guerra nuclear, al paso de los ensayos de sus cohetes vertiginosos, había dejado todo el camino expedito para que el SARS -CoV-2 hiciera el trabajo sucio por él. Acaso, si sigue vivo, el hombre-cohete reaparezca de verdad (pues hubo noticias confusas sobre el retorno del personaje), y entonces el virus le ceda el testigo.

SINTURISMO

¿Es concebible en pleno siglo XXI un mundo sin turismo? Helo aquí. 2020 certificó la defunción del modelo económico tal como lo conocíamos, el sector más poderoso de nuestra era sucumbía. Y el borrón y cuenta nueva cercenó de un plumazo el sistema de vida de millones de personas, trabajadores y empresarios, amén de viajeros, que optaron por replegarse en sus propios países ante el temor de contagiarse y sufrir cuarentenas en el extranjero. El "quédense en casa", de Angela Merkel resumía la nueva situación. El cambio brusco de la economía no es fácilmente soportable en el corto plazo en prácticamente todo el planeta al mismo tiempo, lo cual equivale a la mayor transformación que se conoce en términos de macroeconomía y de microeconomía universal. En realidad, en términos del sistema de vida establecido hasta entonces.

LOS OVNIS COMPITIERON CON LOS DRONES Y LOS METEORITOS, PERO CUNDIÓ LA SOSPECHA

Como el parecido engaña, ovnis y drones pulularon por el cielo y sembraron la duda. Si los extraterrestres inteligentes disponen de medios para visitarnos lo habrán hecho con cautela para no contraer el virus y llevarlo de vuelta a sus planetas. Dado el cariz del año, cuyas tragaderas en variedad y número de percances, catástrofes y adversidades quedó fuera de toda duda, nos hemos preguntado, no sin cierto temor, si, además, sería la oportunidad para una in-

vasión foránea procedente del espacio, adonde hemos ido, sin tener muy claro si alguien podía devolvernos la visita, sin que podamos conocer con antelación sus verdaderas intenciones. Pero, por suerte, ese extremo permaneció en sus ámbitos imaginarios, sin cobrar carta de naturaleza. Lo que nos faltaba…

MESSI, RONALDO, NADAL, ESOS EXTRATERRESTRES

Los únicos indicios de vida extraterrestre inteligente han sido hasta ahora ciertos deportistas que han roto todos los esquemas, como el futbolista hispano-argentino Lionel Messi, el portugués Cristiano Ronaldo o el tenista español Rafael Nadal. El primero conmocionó a su club con el anuncio, después frustrado, de abandonarlo hacia otros destinos. El segundo, tras abandonar el Real Madrid, siguió volando entre las estrellas, y el tercero ganó la 13º edición de Roland Garros, su vigésimo Grand Slam, confirmando que no es de este mundo. Ambos denotaban atravesar un momento de cambio en sus vidas. Al término del año no se tuvieron noticias de ninguna operación rescate de este par de ET.

NADAL, FEDERER, DJOKOVIC, LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Al conquistar Rafa Nadal su 13º Roland Garros, hubo un lapsus, la creencia colectiva de que la pandemia había sido un mal sueño. Duró ese instante de gloria y al momento regresamos a la realidad. En su magia y portento, el tenista español nos reconcilió con los sueños de los héroes que necesitábamos en el año del síndrome de Flaubert, y retornamos contagiados del misterio a los dulces y felices iconos que siempre nos dieron alas como civilización. En términos deportivos, Nadal, Federer y Djokovic son una santísima trinidad en el universo del tenis, y una extraña alegoría invita a pensar en el gobierno de nuestras vidas según caiga la pelota a un lado u otro de la red.

¡ÁRBITRO, LA HORA!

Maradona era el Mar del Fútbol cuando el deporte guardaba las formas, la

vida era reconocible y había baños de multitudes. Vivió como un Poseidón, adicto a las tormentas, y murió, como el año, enfermo y extraviado, con los estadios vacíos, la pelota en el altar y la mano de vuelta a casa, a su dueño.

Era uno de esos dioses sensibles y coléricos, fiel al rol, y se quedó sin sitio cuando estalló el coronavirus, con la hinchada dispersa, las gradas atónitas y el espectáculo del fútbol, como dice Valdano, imitando a la vida. Un balón se aleja ahora flotando en ese mar solitario. La simbología concierta sus acuerdos con los actuales acontecimientos de ese modo tan homérico. La muerte y exaltación de Maradona, la gloria ya depositada en la vitrina y una sensación luctuosa de final de ciclo, justo cuando termina el año que nos echó todo a perder, no deja de resumir cuanto ha sucedido en estos meses caóticos. Maradona no podía morir en otro contexto, sino en este, fronterizo, con la desaparición progresiva de los últimos dioses, los referentes sociales que marcaron nuestra vida, y con una mitología nueva por hacer cuando acabe el partido. En el interregno, no cabe mayor nobleza que la de ser agradecidos por los servicios prestados. Nos hicieron felices. Aunque no haya habido un tiempo huérfano como este, que se recuerde, la memoria no miente y da aliento para buscar las nuevas raíces con la herencia cultural, deportiva y sentimental de tantos dioses penates que eran como de la familia.

El mundo cambió de un plumazo en 2020 y el astro que marcó una época se fue, con el epílogo tardío del siglo XX, homónimo de este año descolgado del tiempo. Pasamos página y toca refundar el modelo de vida con nuevos pilares. Como llegó Biden, se marcha el argentino de la odisea albiceleste. Nos congratula ver a Biden derrocando a Trump, el supremacista que dividió de nuevo el mundo entre blancos y negros. Abrazamos ese gol que cambia los tiempos al final de un año infausto como un partido trabado. Necesitamos delanteros que arreglen la mala racha del equipo del mundo y marquen la diferencia. Vacunas que nos revitalicen al límite de nuestras fuerzas para regresar al campo debidamente infiltrados. Calentar en la banda con nuevas estrellas capaces de dar un

vuelco a este resultado adverso. Jugar a vivir otra vez, con líderes y paradigmas que están empezando a llegar. Y con un nuevo reglamento para esta vida de nuevo cuño. El que teníamos ya no sirve, corresponde a una realidad que fue depuesta, a unos protagonistas que ya no están en primera línea o han pasado a mejor vida. Las nuevas reglas de juego han de ser diseñadas cuanto antes, pues este partido, en cierta forma, se está disputando sin normas, con instrucciones obsoletas. Conviene sancionar las zancadillas de quienes provienen del antiguo régimen y se resisten a ceder el trono, a admitir la derrota, a rendirse. Es otro mar el que baña el mundo ahora que las aguas se renuevan por fin.

No sería la Navidad más feliz de la niñez, esta última Nochebuena faltarían muchos abuelos en las mesas de los hogares. Como antaño, habría restricciones, menos de todo y de todos. En mitad de esta mala pesadilla, nos hemos ido adaptando a soportar el final de las cosas y de los seres queridos. No por ley de vida, sino por inercia. Pues la tragedia de esta pandemia ha sido el ocaso antes de tiempo de hombres y mujeres que estaban sanos. Nada que ver con la vejez o la enfermedad consuetudinarias tal como las entendíamos, sino a machamartillo, en el cadáver reiterado de un tiempo muerto. Ver irse a Maradona o a Luis Sepúlveda, que escribió Un viejo que leía novelas de amor, o a Carlos Ruiz Zafón, que nos llevó al cementerio de los libros olvidados en La sombra del viento, o a Aute, que nos cantaba Al alba, o a Pau Donés, a Emilio Morricone, a Ernesto Cardenal, a Max von Sydow, a Sean Connery o a Quino, que nos legó a Mafalda, entre todos los muertos que se cobra el año de la parca, ha sido parte de este guion sucesorio. No ha importado que las muertes se debieran al virus, pues en la mayoría de los citados no ha tenido nada que ver. Ha sido el hecho sobrevenido de estar predispuestos, como nunca, a decir adiós para siempre a una serie de gentes que nos importaban mucho a muchos. No hay novedad en la muerte. Es algo con lo que contamos. Pero en 2020 ha sido como morir por antonomasia. De modo que invertimos los términos y cabe preguntarse, junto a quién ha muerto, quién ha nacido, quién emerge. Interesarnos por los que vienen.

En esas estamos. El mundo se juega la Champions de la COVID, con tres vacunas en cabeza. Si hubo genios en el fútbol como Maradona, por qué se resisten en política los Messis y Ronaldos, y terminamos este año con líderes patosos y marrulleros, como si no hubiera cantera, viendo a Pedri hacerse mayor de edad precisamente el día que murió Maradona, y convirtiéndose, de ese modo, en uno de los que vienen en pleno éxodo de iconos.

Cuando llegó diciembre, nos quedamos a las puertas del final del partido. No sería un borrón y cuenta nueva. Queda prórroga para rato. Y el 20 de enero debería consumarse la alternancia en la Presidencia de los Estados Unidos, en una ceremonia global que trasciende la explanada del Capitolio de Washington sobre la mítica colina. No niego que nos asaltaban miedos y dudas mirando el reloj, ¡árbitro, la hora! De manera que diciembre tenía dos maneras de acabar el tiempo de juego reglamentario. Con vacunas, con Biden, con tregua. O con un susto impensable marca de la casa, con una gran trastada. No pienso mencionar la palabra maldita, pero apelábamos al número 10 que derrotó a Downing Street, al embajador de los locos bajitos como cantaba Serrat, al que acababa de ascender a la máxima categoría, al que nos miraba desde el palco del Boca en lo más alto, para que interpusiera su mano entre Trump y el botón. Y redimiera el pecado del día en que fingió ser Dios.

Y EL PÚBLICO Y MICHAEL ROBINSON DESAPARECIERON

Fue como en un espectáculo de David Copperfield. El público desapareció de las salas, de los teatros, de los estadios... el riesgo de contagio obró el efecto óptico de un mundo sin público, cuando toda la vida y la economía se habían basado hasta el momento en la presencia de espectadores, consumidores y demandantes. Amén de los destinos sin turistas, de los espectáculos con butacas y gradas vacías, de los comercios sin clientes y de las calles, en buena parte de la geografía mundial, con escasos peatones y coches, y los bares con las barras vacías, por controles de aforo, dado el avance del virus en la pri-

mera y en la segunda ola, hubo que aceptar la evidencia del fenómeno y las casas se convirtieron en los nuevos bunkers de una guerra contra fantasmas. En medio de la desolación, un día de aquellos, se nos fue también Michael Robinson. Era una señal, entre otras, de que los astros volvían al cielo.

10
CIEN DÍAS DE SOLEDAD

"La diferencia que ha existido siempre entre mi modo de ver la vida y el de los demás ha hecho que me encerrase (¡no bastante, por desgracia!) en una áspera soledad de la que nada lograba hacerme salir".

(Flaubert)

LA FIESTA DE LA DESESCALADA

Recuerdo las vísperas de cumplir cien días de la declaración del estado de alarma, cuando volvimos al punto de partida, la normalidad exhaustiva que un día sufrió otra declaración, esta de guerra, por parte de un microbio. "A pesar de todo el poder económico, militar y tecnológico de las naciones, este

pequeño microbio nos ha humillado". Con resignación, el controvertido director general de la Organización Mundial de la Salud (OMS), Tedros Adhanom Ghebreyesus, admitía en mayo este desatino en la Asamblea Mundial de la Salud y describía al petit adversario como un virus eficiente y escurridizo que se mueve como un incendio forestal. Centenares de miles de personas han perdido la vida y cientos de millones han perdido el empleo. Al abrir las ventanas, veíamos el paisaje de siempre, pero era de noche: estábamos abocados a la mayor recesión después de la de 2008. De ahí la oscuridad. Fin de la alarma y comienzo de la crisis. La posguerra será dura.

Cien días esperando ese día, recobramos la libertad de movimiento, aun a costa de ceder a los Estados el control de nuestros pasos y acaso de nuestras vidas, mediante las tecnologías de vigilancia, que cuidarán de nosotros y nos espiarán. España probaba con carácter piloto en La Gomera la app preventiva de futuros rebrotes. En las previsiones del historiador israelí Yuval Noah Harari, esta era la siguiente fase: la supervisión de la intimidad y los positivos en una misma aplicación. El viejo constructo de la libertad mutaba en manos de los medios de rastreo contra el contagio. Apple y Google ponían a disposición su sistema inalámbrico Bluetooth: libertad a cambio de salud.

Lo que celebrábamos era la fiesta de la desescalada, el grato solaz presencial de la vida en comunidad tras el estrés telemático. Pero había un mundo mistérico de bulos que nos aguardaba tras las cortinas de aquellos cien primeros días, un mundo pandémico, que tardaría mucho tiempo en sentirse seguro, aunque abriéramos todas las fronteras de Schengen y nos propusiéramos viajar en estado de gracia.

La propia OMS, que o sobreactúa o peca por defecto, no dejó de tener razón cuando, a escasas horas del destape, advirtió de que la plaga se estaba acelerando, con más de 150.000 nuevos casos en un solo día. América, sur de Asia, Oriente Medio… La precavida Alemania, de pronto, padecía positivos a centenares tras un brote masivo en un matadero, con miles de personas

aisladas. Las procesadoras de carne, con operarios hacinados y condiciones ideales para el virus, eran los grandes focos de infección. Esto nos traía malos recuerdos de la neumonía china seis meses antes, en los puestos insalubres de animales y verduras, cuando Wuhan era en diciembre de 2019 el epicentro de la pandemia y apenas le dimos crédito. Ahora, ese déjà vu cobraba cuerpo en el mercado mayorista de Xinfadi que abastece a Pekín. Llevábamos medio año con la psicosis del contagio tomando mentalmente la temperatura de toda ciudad que estornude, y mirando de reojo los mercados húmedos de Asia, en cuyas lonjas sacrifican y venden animales en medio de charcos de sangre, vísceras y agua, auténtico caldo de cultivo de esta plaga que para entonces simulábamos haber derrotado saliendo a la calle a por todas, sin haber vencido lo más importante: el miedo.

Veníamos de vivir cien días de soledad, en estricto régimen familiar, contando las prórrogas de la alarma. Los psiquiatras dirán mañana si superamos la prueba, aunque algunas señales de desvarío se han dado entre los dirigentes, que están para dar ejemplo. La guerra no había cesado, pues si ya era la segunda ola, o una de tantas, la única diferencia es que nos habíamos puesto la mascarilla para pelear con los fantasmas y mantendríamos metro y medio de distancia para sortear las microgotas de Flügge de la saliva humana enemiga. Si Zafón y su personaje vivieran, en el cementerio de los libros olvidados velarían por rescatar el recuerdo de los hechos acontecidos, por que nunca se nos borren de la memoria. La normalidad que estrenábamos tenía esas aristas que recojo en 'El Libro del confinamiento' publicado por este periódico: la tentación de pasar página. De pronto, recobrábamos toda la responsabilidad sobre nuestros actos dejando atrás la tutela del Gobierno durante cien días de obsecuencia. La memoria selectiva, decía Saramago, "tiende a borrar las partes duras…, pero hay que tratar de ser honestos". Diez años después de su muerte, sentimos nostalgia de las instrucciones cívicas del autor de 'Ensayo sobre la ceguera', la novela que se parece tanto a esos cien días de soledad.

No fue el hombre cohete, ni el emperador chino de la Nueva Ruta de la Seda, ni el misántropo jabalí de la KGB, ni los lobos esteparios islamistas, ni los recurrentes extraterrestres. Fue el coronavirus. El felón. De tal modo que regresamos a la anómala normalidad con la mosca detrás de la oreja. Cierto, teníamos conocimiento de causa y epis, pero no bastaba con la epistemología, necesitábamos la vacuna, o nada volvería a ser normal. ¡Qué guerra más extraña! Se gana lavándonos las manos, dejando de besarnos y abrazarnos, y de querernos, como si fuera el virus del desamor. Vamos con pies de plomo al encuentro de la realidad. Quizá ya no queden restos de raciocinio. Porque esta pandemia es un estado de locura. El patógeno atacaba a los pulmones y disparaba a la cabeza. Que un presidente recomendara tomas de lejía serían las cosas de Pàmies, si no se tratara del amo del mundo, y que Miguel Bosé acusara a Bill Gates de querer implantarnos microchips o nano bots en una vacuna contra la Covid ha generado otra clase de brote. El presidente de la Universidad Católica de Murcia (UCAM), José Luis Mendoza, afín a la tesis del cantante de 'Amante bandido', tachó a Gates y George Soros de anticristos. El pandemónium de la pandemia convoca todos los aquelarres y las redes sociales han hecho del bulo un género de culto. Por desgracia la crisis económica no lo es, y esa maldita verdad incuestionable nos hará morder el polvo de esta guerra, mientras lunáticos, chiflados y estafadores hacen de todo esto un cuento chino.

TIKTOK, TIKTOK

Como las manecillas del reloj, el tiempo siguió su curso en su órbita digital, donde el virus no pudo hacer daño. Siguieron las horas dando saltos siderales, en el orbe de la 5G. Y aparecieron nuevos canales que competían con el SARS-CoV-2 en la capacidad de penetración y contagio. Ese fue el caso de Tik Tok.

LA HUMANIDAD REGRESA AL ARCA DE NOÉ

Los miles de inmigrantes a bordo de pateras y cayucos prosiguieron impasibles sus rutas sin menoscabo por los riesgos de la COVID. La humanidad partió un día de Botsuana y se expandió. En cierta forma, los inmigrantes buscan la salvación en sus arcas de Noé.

EL ARMAGEDÓN Y EL FIN DEL MUNDO

EL Apocalipsis es el libro que desliza este término para referirse al Fin del Mundo. Pero el Armagedón no es broma si nos detenemos a otear desde un globo cómo está el infierno aquí abajo. De manera que por qué no, este bien podría ser el Fin del Mundo. Falta saber si, como algunas especulaciones sobre el Principio del Mundo, cabe hablar de uno o de varios big bangs y otros tantos armagedones consiguientes. Y este solo fue uno entre tantos otros mundos y finales. Acaba uno, empieza otro.

EL PAPA CARGA CONTRA LOS LIBERALES Y PROFETIZA EL FIN DEL CAPITALISMO SALVAJE

El papa Francisco debió de hacerse una composición de lugar. Si el fin del mundo es esto, me sincero y cuento lo que pienso y callo. La encíclica 'Fratelli tutti' (Hermanos todos) sobre la fraternidad y la amistad desembocó en un ataque directo a la línea de flotación de las potencias occidentales, al declararse contrario al dogma neoliberal. Como el papa Pío IX en 'Quanta Cura', en 1864, Bergoglio condena el liberalismo. Denuesta populismos y liberalismos. "El mercado solo no resuelve todo", sentencia. "Se trata de un pensamiento pobre, repetitivo, que propone siempre las mismas recetas frente a cualquier desafío que se presente. El neoliberalismo se reproduce a sí mismo sin más." La crisis sanitaria del coronavirus, a su juicio, prueba que no se puede fiar todo al mercado. Leo con atención los 98 folios del desahogo del pontífice; fueron escritos durante la pandemia, que, a

ojos del papa, ha sido como una bofetada de realidad. “El mundo avanzaba de manera implacable hacia una economía que, utilizando los avances tecnológicos, procuraba reducir los costos humanos, y algunos pretendían hacernos creer que bastaba la libertad de mercado para que todo estuviera asegurado. Pero el golpe duro e inesperado de esta pandemia fuera de control obligó por la fuerza a volver a pensar en los seres humanos, en todos, más que en el beneficio de algunos”. El dogma de fe liberal, sostiene, “es un pensamiento pobre, repetitivo, que propone siempre las mismas recetas frente a cualquier desafío que se presente”. Populismos y nacionalismos se llevan también su parte en el reparto de mandobles papales. “La historia da muestras de estar volviendo atrás. Se encienden conflictos anacrónicos que se consideraban superados, resurgen nacionalismos cerrados, exasperados, resentidos y agresivos”. Pero la solución, sostiene, no es la globalización actual. E intrínsecamente critica la ofensiva de Estados Unidos intentado fracturar la unidad europea. Recuerda, a su vez, que la tradición cristiana no sacraliza la propiedad privada, en favor del principio del uso común de los bienes creados. Se refiere a “las sombras de un mundo cerrado” para criticar la manipulación de conceptos como democracia, libertad o justicia. Condena la prevalencia de una lógica de mercado, el desempleo, el racismo y la pobreza; la desigualdad, la esclavitud, la trata, el tráfico de órganos. Repudia a las mafias. No tiene reparos en citar al Buen Samaritano, “un extraño en el camino” y llama a la sociedad “analfabeta” en el cuidado de los débiles. El papa propone recetas sencillas para ser un solo mundo (“aquí no se salva nadie solo”, afirma) que profese el amor fundacional de la humanidad: la benevolencia es una de ellas. Recuerda a los falsos amos del mundo que todo país es también del extranjero. Clama por los inmigrantes, que se desgarran huyendo de guerras, persecuciones, desastres naturales, traficantes sin escrúpulos, y recomienda crear las mejores condiciones de vida en origen para evitar emigrar. Pero el derecho a buscar una vida mejor

en otro lugar debe ser respetado. Llama a la integración, ciudadanía plena. Utiliza su metáfora favorita: como en un poliedro, el conjunto es más que las partes individuales, pero cada una de ellas es respetada en su valor. Y, por último, se explaya sobre lo que denomina 'la mejor política'. Dice no a la corrupción, al mal uso del poder, y sí a una política centrada en la dignidad humana y no sujeta a las finanzas, porque "el mercado solo no resuelve todo". Se abona a una corriente de verdaderos "poetas sociales" y "torrentes de energía moral" que deberían involucrarse en la vida social, política y económica. A su juicio, la vida es "el arte del encuentro". Se posiciona contra el relativismo. Reivindica recuperar el "milagro de una persona amable". Conviene el perdón, afirma, pero no el olvido. No se puede ni debe olvidar horrores como la Shoah, los bombardeos atómicos en Hiroshima y Nagasaki, las persecuciones y masacres étnicas... la guerra, en opinión del pontífice, no es un fantasma del pasado, sino una amenaza constante, un fracaso de la política y de la humanidad. Ya no cabe apelar a una posible guerra justa. "¡Nunca más a la guerra!". Considera el papa que estamos asistiendo a una tercera guerra mundial en etapas, de ahí que demanda la eliminación total de las armas nucleares, y con el dinero invertido dotar un Fondo Mundial para eliminar el hambre. Rechaza la pena de muerte, aboga por su abolición. En su encíclica erige un canto a la memoria de Martin Luther King, Desmond Tutu, Mahatma Gandhi y el Beato Carlos de Foucald, modelo de hermano universal. Amén.

DON NICOMEDES, EL ÚLTIMO PASTOR

Es el pastor incombustible. El más antiguo de su demarcación canaria. Los años no pasan por él, porque vive al margen del tiempo, sin prestar atención a los avances tecnológicos y las tendencias y modas. La pandemia le jugó una mala pasada. Su mujer enfermó y tuvo que vender el rebaño. Ahora, ya restablecida, regresa al oficio con las pocas cabras que logró

retener. No es de cambiar costumbres. En casa, los nietos, como antes los hijos, no se muestran predispuestos a seguir sus pasos, como tampoco su dieta. “Ellos se alimentan con galletas y yogur, yo con leche y gofio”. Es el pastor. Nosotros, el rebaño. De esa clase de seres que guían el mundo sin saberlo.

11
EL VASO DE AGUA

"Hoy me anunciaron que de aquí a quince días recibiré, desde Esmirna, unos cinturones de seda. Me he puesto muy contento. Confieso esa debilidad. Hay un montón de nimiedades como esa que son importantes para mí".
(Flaubert)

UN MODERNO EPICUREÍSMO

En plena crisis económica-financiera -la Gran Recesión de 2008- cobraron una importancia inusitada las cosas simples. Se pusieron de moda los opúsculos sobre la vida corriente y los hábitos cotidianos. Pasear, recordar los hitos de la infancia, promover iniciativas de coste cero que elevan la moral, encon-

trarse con amigos, hacer excursiones, visitar sitios estimulantes… Toda suerte de prescriptores del deleite de vivir sembraron un moderno epicureísmo que trataba de vencer la desgana y melancolía con que la crisis dañó al espíritu de la gente amenazando con engendrar una depresión psicológica colectiva sobre los escombros de la desolación económica. Esa saga de obritas de autoayuda de notables pensadores, filósofos y ensayistas preocupados con aquella pesadumbre global tuvo impacto en la opinión pública y ahora creo llegado un momento muy parecido en que la gente demanda esa clase de invocación de prácticas y aficiones devaluadas pero tan necesarias como eficaces para pasar el mal trago. El vaso de agua. Esa pócima.

Estamos en la hora crítica de la salida del túnel de la COVID. El paisaje es tétrico. La tristeza aumenta ante lo sucedido y lo que está por venir. Los primeros testimonios del estado de opinión de la calle se muestran desalentados y desalentadores. Los oráculos más fehacientes -los organismos internacionales y el Banco de España- despliegan sin pudor una enorme pancarta que anuncia paro, cierres empresariales y parálisis económica hasta tocar fondo como nunca antes en el último siglo. Se venden los hoteles. Es la hora de los fondos buitres. Si la memoria -selectiva a tales efectos- no ha logrado borrar del disco duro los pasajes de la Gran Recesión, la gente se vendrá abajo con tan solo pensarlo. Es aquí donde recobran valor las enseñanzas de entonces. Volvemos al escenario de la década pasada. Hubo mensajes inteligentes que activaron rincones pasivos y aletargados del ciudadano apesadumbrado. De pronto, se paró el reloj y la economía estremeció los cimientos de la sociedad. El anciano Stéphane Hessel dio a la luz su célebre ¡Indignaos!, pero también irrumpieron los bestsellers que comento sobre las distracciones más comunes. Jon Kabat, el médico que nos invita a meditar, alumbró 'Vivir con plenitud las crisis'. Y así por el estilo hay una legión de autores de autoayuda que nos allanan el camino en trances como este.

Todo era tan infausto que nos alegrábamos con cualquier cosa. Ir al cine adquirió un valor sentimental que nos conectaba con la infancia y nos motivaba.

Por suerte, esta crisis no será financiera, pero será hosca y desconcertará mucho durante una temporada. Recurrir a los placeres de bajo coste y alto valor motivacional adquiere un gran significado, como la suerte de poder beber un vaso de agua cuando tenemos sed.

EL ESPIONAJE, CARRÉ Y EL PACIENTE DE LA CLÍNICA DE BERLÍN

Los piratas de internet hackearon a grandes empresas. En España noquearon a la compañía de seguros de la potente Caixa, Adeslas. Y tardó en levantar cabeza y resetear todos los servicios. Un caos que alerta de la facilidad con que las mafias cibernéticas penetran en cualquier sistema por inexpugnable que se crea. En medio de la COVID, proliferaron como nunca los delincuentes cibernéticos. La búsqueda de interferir y dañar sistemas de comunicación y seguridad con el fin propósito de robar información se produjo a gran escala durante el año. Ya en la recta final del ejercicio, con Trump contra las cuerdas, trascendió un más que probable hackeo intensivo de origen ruso a varias agencias gubernamentales de Estados Unidos. El todavía presidente miraba para otro lado, restando credibilidad a las sospechas que apuntan a su amigo Putin, aun contradiciendo la propia versión oficial de los hechos y el dedo acusador de su secretario de Estado, Mike Pompeo, señalando al Kremlin. En la paranoia de Trump no solo todos los dardos iban a parar a China, sino que, a su juicio, los piratas informáticos habrían sido enemigos de su campaña que adulteraron los resultados. Era imposible tomarse en serio al amo del mundo, pese a que lo chistoso de su insaciable adicción a mentir nos pudiera costar siempre caro. Pues no se trataba de asuntos baladíes, sino de la seguridad de la primera potencia del planeta. En su Camelot, Putin hizo algunas revelaciones antes de fin de año a los periodistas, rindió homenaje a su amigo Trump, anunció, ante la llegada de Biden, que su país contará con armamento supersónico para reequilibrar las fuerzas, restó veracidad a las

imputaciones sobre el hackeo y se permitió ironizar sobre el envenenamiento de Navalni, al que evitó mencionar por su nombre y citó como "el paciente de la clínica de Berlín". Putin habló de Navalni sin rodeos, tras conocerse que varios oficiales del Servicio Federal de Seguridad (FSB, por sus siglas en ruso) se turnaron durante meses y acaso años para seguir al opositor en sus viajes por Rusia hasta el momento en que sufrió el atentado de la taza de té. "Créanme, si hubieran querido, habrían llegado hasta el final", sentenció el jefe de Estado ruso con media sonrisa. El mundo y sus dirigentes rezuman la atmósfera de una insólita ficción de espionaje. Pero para entonces ya había muerto John Le Carré, a los 89 años, en un hospital de Cornualles, en Inglaterra, poco antes de que su isla zarpara definitivamente de Europa tras cumplirse el último plazo del brexit, al que se opuso en vida y obra antes de decir, también él, adiós.

ESTAMOS LEJOS DE MARTE, PERO EL TEIDE DA EL PEGO

La Nasa lanzó un robot al espacio programado, si no se arrepiente por el camino, para llegar a Marte y traer muestras. La misma misión contempla un experimento en la Tierra simulando un territorio clónico del planeta rojo. Y el sitio elegido fue el Teide, en Tenerife, el más parecido al terreno rocoso de Marte. De manera que en un volcán, el tercero más alto del mundo desde el fondo de mar, muy cerca de donde vivo, se ensayan los pormenores de un aterrizaje en Marte. En cierta forma, eso nos hace sentirnos un poco marcianos, que es lo que le faltaba al año para estar rematadamente loco.

¡PAREN MOTORES! Y EL MUNDO SE PARÓ

Calculan los expertos del FMI que en el confinamiento de primavera el 85% de la economía internacional estuvo completamente parado durante varias semanas. Y ese infarto económico mundial, esa parada cardiaca, dejó a las distintas economías en estado comatoso. La crisis es producto de ese colapso. Nunca había pasado antes algo semejante. Ahora, el enfermo guarda convalecencia,

con los hoteles cerrados, las playas desiertas, los restaurantes vacíos y los trabajadores camino del paro. No es un sector en crisis. Es toda la economía en la bancarrota. Es nuestra vida colectiva a la intemperie.

LOS AMIGOS ACTUALES DE TRUMP SON SUS ENEMIGOS POTENCIALES DE MAÑANA

Durante su presidencia, Donald Trump tuvo la habilidad de irse enfrentando con sus amigos y colaboradores de confianza, que no cesaron de nutrir las librerías de confesiones contra él: desde Bolton, el exasesor de Seguridad, hasta su exabogado Michael Cohen, condenado a tres años por evasión fiscal, por mentir al Congreso y por pagar a dos mujeres durante la anterior campaña electoral para que no revelaran las aventuras extramatrimoniales de Trump, que anunció un libro sobre este y vio torpedeada su prisión domiciliaria antes de hacer valer su derecho a publicar la obra que temía su exjefe. Trump fue coleccionando libros de memorias de todos ellos poniéndolo a parir. Hasta una sobrina publicó un revelador testimonio familiar, con el que, de paso, se embolsó una bolsa suculenta y contribuyó a la bibliografía inspirada en un presidente esperpéntico, que rivalizaba con el virus por batir el récord de búsquedas en Google.

LOS ESTIGMAS DEL AÑO

Se le pueden aplicar los baldones más asociados al infierno que el año no se inmutará. No es lo suyo la imagen. Es un año Trump de pies a cabeza. Un año Frankenstein. Lo deforme le mola. No debemos cortarnos a la hora de adornarlo de todas las indecentes cualidades de un año nefasto. Denuéstenlo hasta hartarse. Nos parecían ambos (Trump y el virus) inacabables. Cuando antes de concluir 2020 supimos que el año los devoraba a los dos (en noviembre, las elecciones y las vacunas se encargaron de hacer ese trabajo) respiramos con alivio. El reality show duró lo que duró.

DIEZ AÑOS DE INSTAGRAM, CUATRO DE TRUMP Y UN HUEVO

La aplicación y red social de Facebook cumplió una década. De todas, acaso sea una de las marcas menos feroces y dañinas de Internet. Su foto más celebrada es la de un huevo. Para entender 2020 no podemos eludir sus contenidos. Los diez años de Instagram se cumplieron cuando acababan los cuatro de Trump, que es el tupé del huevo.

MAMÁ, ¿POR QUÉ EN 2020 LOS RICOS SON MÁS RICOS Y LOS POBRES MÁS POBRES?

Lo cierto es que los más ricos dispararon sus fortunas tras el confinamiento, hasta alcanzar un récord de 8,7 billones. Nada hace más irascible la situación del año dantesco que comprobaciones como esta. Cierto que numerosas empresas han cerrado y, por tanto, sus dueños sufrido las consecuencias. Pero los más ricos ni se han despeinado. Suya es la fortuna de enriquecerse aún más en medio de la mayor pobreza que se recuerda. Y estando en estas, conviene preguntarse dónde se han metido los gurús, los sabios de la economía, llamados, como en otras épocas de vacas flacas, a orientar a gobernantes y empresarios para reflotar el barco y evitar un crac irreversible que desencadene hambre, miseria y muerte. Amén de guerras.

CONFINAMIENTO Y DISTANCIAMIENTO SOCIAL

De un giro copernicano, las nuevas normas de urbanidad aconsejan distanciamiento social, evitar saludos físicos y, más aun, rehuir por todos los medios reuniones de personas de distintos hogares. Estas en muchas partes fueron prohibidas, así de claro. La pandemia, en su segunda oleada, atemorizó a Europa, América y más de medio mundo. Merkel, en Alemania, recomendaba como un mantra quedarse en casa disuadiendo de viajar, cosa que Canarias lamentaba mucho. Londres se sometió a severas medidas de restricción. Francia, Holanda, República Chequia .... un mundo burbuja,

sin contacto social, confinado en sí mismo, sin relaciones interpersonales y mucho menos con extranjeros. Sin turismo ni economía abierta tal como la entendimos siempre, la crisis emula una tormenta perfecta de imprevisibles consecuencias. Le estamos regalando a 2021 un paquete bomba por Reyes.

CUANDO ÉRAMOS FELICES Y NO LO SABÍAMOS

La pandemia continúa desplegándose, llegó el verano y no necesitamos otra serpiente que ocupe su turno. Curiosamente, el coronavirus nos ha vacunado de espanto. Pero hubo un tiempo, antes de que llegaran los cataclismos, en que éramos felices y no lo sabíamos. Porque de saberlo, como decía Umbral en Mortal y rosa, "nos habría fulminado la angustia".

Pasaban cosas convencionales, la vida cotidiana era normal. Ignorábamos aquella suerte de cara; el infierno, tras las cortinas, aguardaba al cambio de siglo para irrumpir. Nos ahogábamos en un vaso de agua, lo cierto es que nuestros percances eran nimios, vistos en la distancia y comparados con los monstruos de verdad que luego hemos conocido. Aquellos eran contratiempos de medio pelo: sustos de salud, cierto trance laboral, un desengaño amoroso, una polémica, un vecino malquistado… A cambio, perseguíamos sueños verificables, viajábamos, leíamos con avidez las novedades literarias… ¡Cuánto gozo en la lectura! Devotos de García Márquez, Julio Hernández recitaba de memoria los comienzos de 'El amor en los tiempos del cólera' o 'Cien años de soledad', y yo le encendía el puro de América, fumábamos juntos Montevideo, la casa de Uslar Pietri en Caracas, la Cuba indómita de Fidel…, al calor del café de la tarde y la sombra del quiosco Numancia, que era un yate invertido.

Nunca se vivió tanto de día y de noche. ¿Santa Cruz un muerto? Santa Cruz la nuit, como decía Francisco Pimentel. Díganmelo a mí, que nací noctámbulo, depuré el insomnio hasta altas horas y siempre cogí a la noche por la palabra. Hasta en las grises horas matutinas de la banca, cuando trabajaba

en la entrañable Caja de Ahorros, había afinidad, allí encontré a algunas de las mejores personas que he conocido, como si predominara un fenotipo social conciliador.

A tal punto llegaba nuestro entusiasmo que abrazamos la idea de que una paz definitiva era posible. Fue cuando los bloques parecían resolver sus diferencias, como si dos placas tectónicas hicieran las paces tras duros encontronazos en la astenosfera. Algunos líderes mundiales como Gorbachov -cito al que conocí- hicieron albergar aquellas esperanzas románticas, siquiera del modo en que John Lennon y Yoko Ono, en mitad de la guerra de Vietnam, habían celebrado sus encamadas de la paz.

Los años felices duraron décadas en un confort que ahora añoramos reducido a las cosas más simples. Íbamos al cine, compartíamos tertulias y teníamos, por lo general, proyectos. De aficiones menos sofisticadas que hoy, había hobbies que nos resultan simpáticos y pueriles, si bien jugar al trompo avivando su efecto giroscópico y desplazarnos en patineta han vuelto y la nostalgia adquiere visos de modernidad.

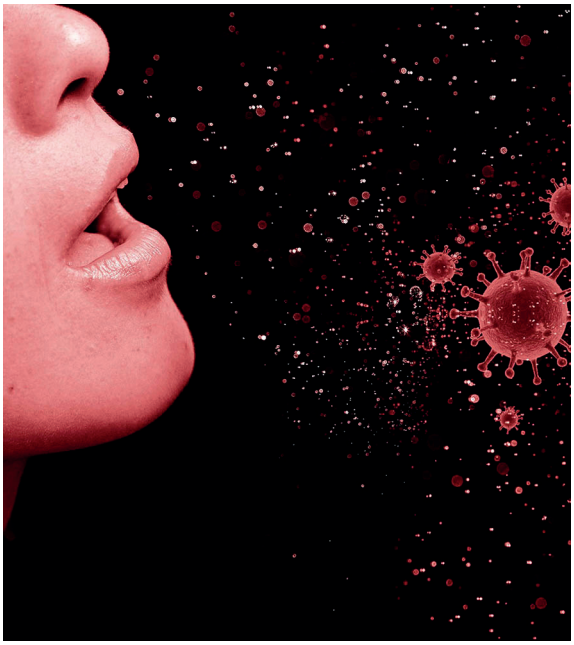
¿Cuándo se jodió el mundo? Calculo que la etapa dorada que cito se prolongó desde mitad de los años 70 hasta finales de siglo. Fueron nuestros mejores años. Hubo un golpe de Estado fallido, pero ahora comprendemos que no era lo peor que podía sucedernos. Todas esas décadas -he incluido el llamado tardofranquismo, en que escapé al acecho del comisario Herrera cuando todos los días nos iban a detener- son ahora los sueños inversos de nuestras vidas, como si nos propusiéramos imaginar tener un destino como aquél. Valía la pena estar allí y vivirlo, porque los sueños se palpaban en el ambiente, eran inminentes. Le vimos, al fin, el rostro a la democracia, que, tapada por el embozo de la dictadura, era la gran desconocida, y huelga decir que cogimos carrerilla y nos prometimos un porvenir próspero y halagüeño. El hecho de ver nacer un país libre fue un parto impagable. La motivación daba alas a la sociedad y nuestras fuerzas parecían hercúleas, capaces de

cualquier empresa. La resaca de ese ímpetu llegó, años después, en el Mundial de Sudáfrica, que ganó España y santas pascuas, cuando lo siguiente ya era el final de la ensoñación. Nuestro pequeño pueblo insular dependiente, atrasado y fatalista también tuvo su porción de fiesta en la tarta, cuando tomó las riendas del autogobierno y nos parecía mentira. Todo era un debut promisorio. España había sido una isla con Franco y ya era un país. Y Canarias, el país de las islas, conservaba las fotos migratorias para saber de dónde veníamos, cuando llegó exultante el turismo y le dio la vuelta al calcetín. Hubo un instante en 2007 en que hasta el paro crónico descendió por debajo del diez por ciento. ¡Era como vivir en el paraíso!

El día que impactó el asteroide que trajo estas desgracias dormíamos la siesta de los nuevos ricos. Es posible, como vimos, que el golpe de realidad llegara en septiembre de 2001, el día 11, y desde entonces hemos ido encadenando desgracias hasta esta pandemia. Los milenaristas invocaban el efecto 2000; quizá el demonio llegó con retraso a su cita con la historia. El cambio climático, la Gran Recesión, el terrorismo viral y esta fogarada de coronavirus han sido nuestros jinetes del Apocalipsis. Instalada la nueva realidad, nuestros sueños se derriten. La democracia que nos amamantó entró en barrena y quien la trajo encarna el cuento del tesoro de un rey emérito que leerán los niños de mañana con desencanto.

El virus puso todo patas arriba, y este estado de desánimo quizá idealiza aquellos años felices. A las puertas de Radio Club, el paisaje era bucólico, el mar del muelle y el macizo montañoso de Anaga… Gilberto Alemán disfrutaba, a la hora del güisqui del mediodía en la terraza del Montecarlo, contemplando la bahía con la esperanza de ver asomar entre las aguas el fantasma de San Borondón. Habíamos creado un club de solteros de oro y los fines de semana la Avenida de Anaga era un hervidero de pubs, nos hacinábamos sin temor a contagio alguno. Cruzábamos la calle y despedíamos la noche en la terraza del Jet Foil, donde hicimos amistades perdurables en la maresía ínti-

ma de Santa Cruz asomados al océano, en aquella quietud de cubierta de barco tan agradable. Acaso esa fuera la mejor travesía de nuestras vidas a bordo de la isla, en estado de gracia. ¡Qué felices éramos y no lo sabíamos! "Creo que si mirásemos siempre al cielo acabaríamos por tener alas", escribió Flaubert. Por eso me elevo en globo para evadirme del mundo real y regresar a los ecos de un tiempo no tan remoto que flota en alguna parte de nosotros.



12
LA GOTÍCULA, QUE RECORRE EL AIRE Y SE ALOJA EN NUESTRA CARA, MATA

"He terminado, desde hace ya mucho tiempo, por reconocer que, para vivir tranquilo, hay que vivir solo y poner burletas en todas las ventanas por miedo a que el aire del mundo llegue hasta uno".

(Flaubert)

UNA EVIDENCIA ABRUMADORA

Un grupo de científicos sostiene que existe "evidencia abrumadora" de que la COVID-19 se transmite por aerosoles. En alguna unidad médica así se constató y desde entonces se extendió la hipótesis como la pólvora. En España, el

sabio Simón lo puso en tela de juicio y acabó cediendo a la creencia como quien le da la razón a un loco.

LAS COMORBILIDADES QUE NI CHIQUITO DE LA CALZADA HUBIERA PODIDO MEJORAR

Se puso de moda toda una cornucopia de palabras sofisticadas, extrañas y desconocidas, que, de la noche a la mañana, pasaron a formar parte del vocabulario de políticos, periodistas y ciudadanos. Las comorbilidades, un palabro que parecía salido del léxico de Chiquito de la Calzada ("Comorr"), en referencia a las enfermedades adicionales al margen del patógeno del coronavirus, era un perfecto adorno para dárselas de entendido. Y es que la pandemia generó mucha "falta de ignorancia", mucho soplagaitas.

EL DÍA DE ANTES Y EL MUNDO DE DESPUÉS

El filósofo y periodista francés Bernard Henri-Lévy teme por el cariz del mundo de después, ese náufrago de nuevo en tierra pero sin navegación posible para evadirse. Es un misterio todavía indescifrable el mundo que nos espera detrás del telón. A Umberto Eco le interesó escudriñar en el tiempo, en el punto fijo que determina los husos horarios y se retrotrajo al día de antes. Ya hemos dicho que la mitología nos ayuda a entender lo que nos pasa, de la mano de Flaubert. Los dioses antiguos habían muerto y los nuevos aún no habían llegado. Ese momento en que el ser humano estuvo solo es algo parecido a este periodo, al año que biografiamos. Un año en blanco, que, sin embargo, alumbró este mundo del día de antes y del día de después. Como un fantasma.

LO COTIDIANO REPLEGÓ A SU EJÉRCITO ANTE LA INVASIÓN DE LO UNIVERSAL

Las cosas simples se vieron alteradas, como ya dijimos. La jerarquía de los hábitos pasó a tener otra escala de valores. Pasear, hablar con los amigos, tomar

café distendidamente, ir al cine o de compras, viajar, hacer, deshacer las maletas, ir a una biblioteca y tomar un libro prestado, acudir a una fiesta, presenciar un partido de fútbol en el estadio, cenar con amigos, abrazar, besar, intimar con alguien por primera vez, celebrar un cumpleaños.... el 99 por ciento de las actividades humanas más habituales, las más cotidianas, quedaron suspendidas, relegadas, cuando no abiertamente prohibidas, y la vida, el carácter, el estado de ánimo se agrió. En lugar de aquellas huestes del día a día, lo que llamaríamos el ejército de lo cotidiano, se impuso el invasor, el virus y su diktat universal: la pandemia.

TRUMP NO TIENE CURA

Cuando reapareció tras enfermar de COVID soltó aquello de que había sido lo mejor que le podía haber sucedido, "una bendición" lo llamó, porque se sometió a una terapia que se reveló como la curación. Pero, lejos de tamaña quimera, ya todos sabían la catadura moral del mensajero, envuelto en leyendas conspiracionales en mitad de la campaña electoral, que hacía inverosímil semejante efecto providencial de la farmacopea empleada en su caso. Sencillamente, Trump no tiene cura.

EL INCUNABLE DE MAO ZEDONG VALORADO EN 250 MILLONES DE DÓLARES, DESTRUIDO, Y NO FUE EL VIRUS

Pensaron que era falso. Los chinos fueron la nacionalidad estrella del año, parieron el virus en Wuhan y no pararon de salir en los telediarios por las cuitas de Huawei, la ruta de la seda, el 5G, el tiktok... y el manuscrito de Mao. El año chino, el chivo expiatorio.

ELON MUSK TIENE TRABAJO: LE ENCARGAN UN ESCUDO ANTIMISILES HIPERSÓNICOS

El ingeniero americano está en racha. Lleva a EE.UU. a la estación espacial

en una nave privada y le encargan desde el Pentágono un escudo contra misiles hipersónicos. En estas páginas, su nombre regresa, va y viene, hay algo en este sujeto que nos invita a imaginar, como en la antigüedad, viajes inéditos a lugares desconocidos, donde nos llame la curiosidad cualquier terra ignota.

LA PROFESORA QUE JUEGA A INTERCAMBIAR MASCARILLAS SABE QUE ES UN ALUMNO POBRE

En Las Galletas, en la isla de Tenerife, la profesora detecta a los niños menos pudientes que acuden a clase con la mascarilla usada y juega con disimulo a intercambiar la prenda para darles una nueva sin herir su susceptibilidad. Publicada la noticia, un padre anónimo hizo una importante donación de mascarillas al colegio al día siguiente.

LA VIDA NO SE DETIENE. MAMÁ, HE VISTO EN EL CHARCO UN DRAGÓN AZUL

En mitad de la pandemia, el fotógrafo Sergio Hanquet deslumbra con el hallazgo en aguas de su isla, al sur de Tenerife, de pequeñas babosas brillantes de tonos azules y dorados de pocos centímetros y una evidente belleza. Durante semanas, el dragón azul, que solo puede causar urticarias en algunas picaduras y solo la muerte en el peor de los casos, despierta una gran expectación y los niños se olvidan del virus buscando ejemplares de la especie en las playas y los charcos.

RUTTE, EL HOLANDÉS DE HIERRO, NO ES CRUYFF

El fútbol holandés podía llamarse frugal. Cruyff volaba y era de seda. El hilo de holanda es de lienzo fino. Pero el primer ministro holandés, Mark Rutte, es más Stoichkov. Y Sánchez se topa en la banda con él, que le hace una zancadilla. Europa reproduce sus peores fantasmas. Si en la Gran Recesión nos sacaba de quicio el austericidio del ministro alemán de Finanzas, Wolfgang Schäuble,

partidario de expulsar a Grecia de la UE, esta vez era el primer ministro holandés, Mark Rutte, el que enarbolaba el hacha y troceaba los fondos anticrisis de Europa llamados a paliar la mayor tragedia económica en un siglo en nuestro entorno político. El pulso que este grupo de países frugales del norte de Europa mantuvo con España e Italia, y, en la práctica, con Alemania y Francia, reproducía el peor esquema de la UE: el Norte contra el Sur, con un tufo supremacista que tiraba para atrás. Son países, los nórdicos, que habían sorteado la pandemia en su primera oleada con menos daños sanitarios y económicos y no estaban dispuestos a aplicar la máxima de "hoy por ti, mañana por mí". Ya en marzo, en los días más negros de esta crisis, el ministro holandés de Finanzas, Wopke Hoekstra, se ganó la reprobación de España y los países amigos por la salida de pata de banco de sus palabras en una rueda de prensa tras un Consejo Europeo en la que pidió a Bruselas que se investigara a los estados del sur del club (España e Italia para más señas) por no disponer de reservas suficientes para hacer frente a las pérdidas por la COVID. El deslenguado ministro se mofó de España y los españoles con denuestos de manirrotos, y antes de que Sánchez le llamara a capítulo, su homólogo portugués, el socialista António Costa, calificó su actitud de "repugnante" y de una "mezquindad recurrente". Costa llegó a mostrarle a Holanda la puerta de salida de la UE si estba incómodo como país contribuyente neto. España empezó pidiendo coronabonos europeos, mancomunar la deuda y olvidar las recetas intervencionistas de recortes y reformas severas para acceder a los fondos europeos. El fondo de reconstrucción de la Comisión Europea de 750.000 millones de euros, abanderado por su presidenta, Ursula von der Leyen, era hecho jirones por los líderes pijos de Holanda, Austria, Suecia, Dinamarca y Finlandia, reacios a que el 60 por ciento de ese Plan Marshall fuera a fondo perdido, o sea, no reembolsable. Heredaban el látigo de Schäuble y deploraban a los países mediterráneos por su fama de relajación en el gasto y la deuda. En los países nórdicos se recogen en casa a media tarde a refugiarse del frío y en la Europa meridional, templada y festiva se nos hace

de noche en la calle. Günter Grass, nuestro huésped palmero, el Nobel de 'El tambor de hojalata', que era alemán como Schäuble, criticó en vida a quienes en Europa, entre otros, su propio país, maquinaban echar de la UE a Grecia por su escaso rigor en el manejo de las finanzas en la Gran Depresión de finales de la década pasada. En el poema de Grass titulado 'La vergüenza de Europa' venía a decir si estaban locos proscribiendo a la cuna de la Europa profunda, y el riesgo de ruptura se conjuró con mano izquierda. Ahora, a coro, Lagarde (BCE), Merkel, Macron y el sursum corda le decían a Holanda y sus acólitos nórdicos de la Europa pitiminí que dejar que se ahoguen los vecinos del sur, sin prestarles la ayuda debida es desconocer que en ese barco vamos todos y nos iremos a pique a la vez. "Yo no soy el culpable, el holandés es el responsable del desastre", clamó Viktor Orbán, contra Rutte por condicionar la ayuda, en su caso, a la calidad democrática de su Gobierno. La ayuda por la COVID castiga a Orbán por autoritario y a Sánchez por su socio Podemos, como hace diez años a Tsipras por Syriza. Pero el coronavirus ataca por igual, no entiende de credos políticos. Y no tardó en imponerse el sentido común y el sentido de justicia. El fondo de la Next Generation, el de la recuperación europea, se impuso y España podría recibir una inyección de 140.000 millones de euros. La palabra de moda era la resiliencia, que inspiraba esa ayuda extraordinaria a partir de 2021. Y los países frugales no tardarían en sufrir en carne propia el flagelo del virus en su segunda y tercera olas.

LA RELIGION, UN AÑO DE FE

Dadas las circunstancias de un año irredento y las plagas bíblicas que se cebaron en él, el coronavirus y el año apocalíptico en sí mismo fueron cuestión de fe. Creo en 2020 todo poderoso... Otra cosa fueron las simpatías o antipatías que despertó. Quo vadis, satanás. Intuyo que de este parto aflorará, tarde o temprano, una nueva corriente de creencias y sectas…

EL OTRO 2020

Hubo una cara y una cruz de este año. Conocida la cruz, debiéramos preguntarnos qué fue de la cara. El año de Jano mostraba una entrada y una salida. Durante un tiempo pareció insaciable en desolación. Los que se adentraban en él no salían de su agujero negro, no se prodigaron casos de lugares, países inmunes a la atrocidad del virus. Pero hubo estancias, áreas que no sufrieron el azote del coronavirus. Y supieron guardar el secreto. Lugares inmunes por naturaleza.

EL OXÍMORON

¿Puede alguien, en un hipotético juicio al año 2020, salir en su defensa, argüir parabienes en su favor, beneficios para la humanidad, lecciones de porvenir, enseñanzas y recetas de por vida? ¿Ese abogado defensor dispondría de testigos? ¿Y el jurado popular dudaría a la hora del veredicto? ¿Y cuál sería la sentencia? Todo está en el aire, aquí arriba, desde donde planeo.

13
¿SE PUEDE SER FELIZ EN ESTE CAMPO DE CONCENTRACIÓN?

"A veces tengo grandes hastíos, grandes vacíos, dudas que se ríen en mi cara, en medio de mis satisfacciones más ingenuas. Pues bien: no cambiaré todo eso por nada, pues me parece, en conciencia, que cumplo con mi deber, que obedezco a una fatalidad superior, que hago el Bien, que estoy en lo Justo".

(Flaubert)

SOLO LOS NIÑOS LO PODRÁN SABER

Una secta que propugne las bondades de este apocalipsis no es descartable en el horizonte. Incluso, una religión. Pero aquella película ´La vida es bella´,

de Roberto Benigni, invita a hacernos la pregunta. Y solo los niños la podrán responder.

LOS PSICÓLOGOS Y PSIQUIATRAS SE HARÁN DE ORO

Cuando todo esto acabe, y es posible que dure un lustro hasta que se apaguen sus últimos rescoldos, la profesión más solicitada será la relativa a la salud de la mente. En ningún otro periodo de los últimos cien años hubo un periodo tan intensamente traumático.

RESILIENCIA

La citábamos antes. Fue el laboratorio perfecto para incubar miedos e invocar la capacidad de resistencia y superación. El virus generó las condiciones para poner a prueba la resiliencia humana. Como quizá nunca antes en la historia. Conocidas las adversidades que conducen a la muerte, con el cáncer y la guerra a la cabeza, eran hasta ahora completamente desconocidas las que implican la muerte en vida, segundo a segundo, sin pausa. Y el virus hizo acto de presencia.

EL JUEGO DE LOS DILEMAS: A VER, ¿QUÉ ES MAS CONVENIENTE, SALVAR VIDAS O ECONOMÍAS?

Antes de que la pandemia devorara hasta el sentido común, un veterano virólogo de provincias afirmó en la isla de Tenerife: “Mis maestros me enseñaron que cuando enferma la economía, el hambre mata”. Y todo quedó dicho.

LA DOCTRINA HIGIENISTA Y LA OBSESION CONSIGUIENTE

Resultaba inevitable que se inculcara a la opinión pública el mantra de lavarse las manos cada dos por tres, de desinfectarse con gel hidroalcohólico intermitentemente y ello no desarrollara una inevitable obsesión de proporciones masivas desconocidas. Porque todo cuanto sucedió en el laberinto de este año

constituyó una primicia. Si una vacuna tarda años en alumbrarse, en esta ocasión fue cuestión de meses y así por regla general. De manera que la obcecación asumida mecánicamente derivó en psicosis colectiva y el grueso de enmascarados padeció el tic higiénico de manera compulsiva y demencial. Era un precio previsible. Muchos no contrajeron el virus, pero se volvieron majaras.

MASCARILLAS DE MARCA

Enseguida en la consumista sociedad en que se declaró la pandemia fue imposible evitar que se hicieran diseños de la prenda y que los más pijos trataron de distinguirse con alguna singularidad, bandera, lema o señal de distinción. Modelos de máscaras lucieron sus diseños. Los más patriotas bordaron la enseña nacional en lugar visible. Pronto prohibieron acudir a hospitales con máscaras de tela. Y se abrió un debate sobre la rigidez de la norma. Una madre denunció que su hijo autista era obligado a llevar mascarilla para poder acompañarla en una gran superficie, ante la negativa del vigilante de dejarlo pasar desprotegido. No hubo consenso. Otros, debiendo llevarla sin excusa, se negaban de malos modos. Hubo altercados en aviones. Un turista británico alardeó en las redes sociales de haber cubierto el viaje a Tenerife comiendo durante cuatro horas papas fritas con tal de no ponerse la mascarilla y poder contar la odisea. En otros casos hubo reyertas a bordo de los aviones, que alguna que otra vez, tuvieron que aterrizar en aeropuertos de paso por emergencia al desencadenarse alguna tangana entre pasajeros. Un taxista contó en la prensa que había pedido a un cliente que se pusiera la máscara y se llevó una mala contestación, prólogo de la paliza que le infligieron el negacionista y sus acompañantes al término de la carrera, negándose a pagar el servicio. Se impuso la ley de la selva.

AMAL CANTA EN LA TORRE EIFFEL

Amal es una cantante y guía de la torre Eiffel. Una excelente voz ganadora de premios nacionales e internacionales, incluidos los obtenidos en la televisión

de su país de origen, Marruecos. Los turistas, pocos para una de las maravillas del mundo a causa de la pandemia, la escuchaban cantar durante la visita, y le aplaudían agradecidos del recital extra de la intérprete cicerona. Amal canta ahora detrás de un pequeño telón: su inseparable mascarilla.

EL LIMBO ES ESTO

Por qué razón en mi caso se trata de tres imágenes (nube, luna y viento) lo desconozco. Pero sé que tenemos adherencias, signos de salvación a lo largo de la vida. Esos vientos existen, son de niñez y vejez, y nos llevan en volandas, hacen cabriolas con nosotros, con aparente riesgo y desatino, pero suelen ser protectores, incluso milagrosos. Me explico. En 63 años he visto las orejas al lobo en distintos periodos y países. Nunca acierto a comprender por qué me libré de esos riesgos temerarios. Corresponde al misterio del porvenir, a los astros, a los dioses o a Dios en persona. Si hay un día y un dios estipulados de antemano en algún calendario de destinos, eso somos.

En Taganana, a cubierto de sus montañas, participaba activamente en poner a prueba mi buena estrella (mi padre se quejaba siempre de mala estrella; no obstante, llegó a ser nonagenario). En casa eran célebres mis despeñamientos, las veces que besé los abismos, la manera histriónica en que una cabra rebelde de mi rebaño me arrastró por un precipicio, y los continuos accidentes que sufrí en los riscos de Anaga. Siempre salía ileso, con lesiones de poca monta.

Pero hubo un país y una escena que nunca podré olvidar.De todas mis resurrecciones, fue la más extraordinaria. Y tengo testigos. Circulábamos en moto, en fila india, cada uno en la suya, un grupo de cuatro amigos, por una carretera secundaria de Cuba. En un momento determinado, mi máquina -de alquiler- se averió y ante la amenaza de que me arrollaran los coches en dirección contraria, decidí suicidarme con cargo a mi buena suerte providencial. Nada ayudaba a ese optimismo: el paisaje a mi diestra era una hilera de árboles y piedras en la selva antillana. Cuando finalmente me arrojé al arcén del bosque ya no confiaba

en otro milagro. En efecto, las piedras me recibieron y el impacto se produjo. Pero me levanté raudo como un fantasma y cuando mis amigos llegaron corriendo a socorrerme miré arriba y vi aquella nube en el cielo y enseguida la luna, y comprendí que había sido otra vez el viento, un golpe de aire, nada grave. Seguía intacto. Vivo en el cielo de Cuba. Pasaron años, con contratiempos nunca tan desmesurados. El curandero del Price me rescató un dedo que di por perdido jugando al fútbol.

Y un día viajé a Perú con el periodista Javier Cabrera, obsesionado con ver el Machu Pichu, y conocí el país y a la mujer que iba a ser la madre de mi hijo. Fue cuando hicimos una excursión a la bella laguna de Huacachina, a cinco kilómetros de la ciudad de Ica. Por la tarde, de regreso, el cielo se tornó violeta, la carretera empezó a moverse sinuosamente como una cama de agua y el taxi se detuvo para que nos apeáramos rápido. De pie en la calzada sentimos que el suelo se estremecía, de pronto oscureció de golpe en mitad de un gran apagón y nos cogimos de la mano para no caernos. Alguien de entre nosotros me miró con miedo adquiriendo conciencia del peligro que enfrentábamos: "¿Esto es el final, verdad?", preguntó. Otras voces le daban la razón. "¡Es el fin del mundo!", gritó una persona a nuestro lado. Duró dos minutos y 55 segundos. Tuvo 8 grados en la escala de Richter. Hubo 597 muertos y 2.291 heridos. Aquel terremoto nos perdonó la vida hace ahora trece años. No había caído en ello cuando un wasap de Lucía me lo recordó y se lo contamos como todos los años a Ángel, que poco después de aquel susto vino al mundo. Todos tenemos nuestros siniestros particulares. Cristino de Vera me dijo que había sobrevivido muchas veces. Si el limbo es esto, 2020 es parte de un sueño, real, como las continuas caídas de las que siempre me levantaba ileso.

NO TEMAN SOLO AL VIRUS, VIGILEN TAMBIEN LAS INFECCIONES NOSOCOMIALES

De siempre quisimos creer que un hospital es un sitio seguro donde solo

poder curarnos. Sin embargo, la experiencia nos dicta algunas enseñanzas y decepciones. Se pueden contraer virus y bacterias, en especial en lugares críticos como las UCI. En el Hospital Insular de Gran Canaria el coronavirus se cebó, incluso, con enfermos de paliativos (y no libró de su presencia al Hospital tinerfeño de la Candelaria), cuyas muertes engrosaron la lista de la COVID. Sí, en los hospitales se está expuesto a infecciones sobrevenidas. Las imprevisibles nosocomiales.

EL VIRUS SE BASTÓ SOLO CONTRA TODO EL MUNDO

Fue, lo es aún, una guerra sorprendente. El virus se disfrazó de ninja y perpetró un matrix monumental. Se expandió por todo el planeta y causó cuantas bajas pudo. Su Talón de Aquiles no fue identificado con precisión. Unos confiaron en que el calor le hacía flaquear, pero, no obstante, progresó en zonas cálidas inasequible al desaliento. En su escondite, el virus se rio de todos y cometió tropelías sin cuento. En su diario acontecer, ejecutaba una cuenta atrás. Sabía que un día habría una vacuna que lo vencería. La horma de su zapato.

NO HAY MAL QUE CIEN AÑOS DURE, PERO ESTO RECUERDA A LA GRIPE ESPAÑOLA

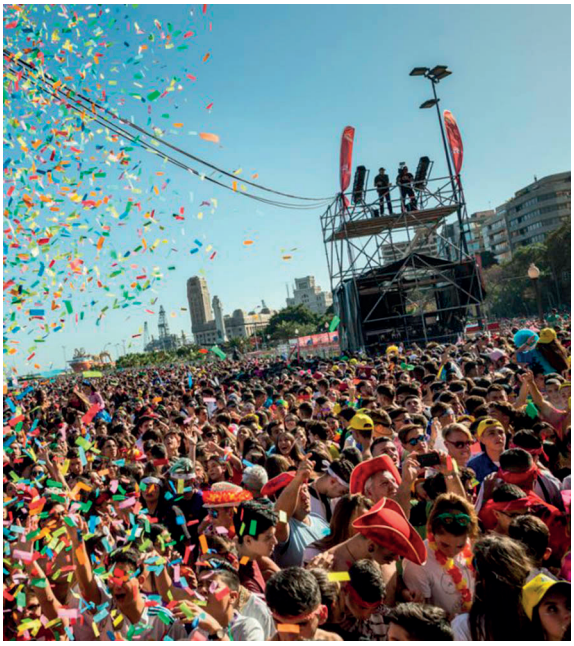
En los mentideros conjeturales nunca se advirtió como se debiera que la gripe española podría celebrar su centenario con una réplica. Porque este coronavirus ha caído al siglo de aquella. La historia hace sus propias cuentas. Y se repite.

LOS NIÑOS ERAN MÁS GORDOS Y SEDENTARIOS

El confinamiento, las cuarentenas, el distanciamiento, la poco recomendable movilidad... generó niños obesos y adictos a los videojuegos. El virus marcó a toda una generación y le ha dejado secuelas, hábitos poco saludables...

Y LOS OTROS ENFERMOS ENFERMARON AÚN MÁS

durante la resaca de la primera ola de COVID, ya inmersos en la segunda, se sucedieron los testimonios de personas con otras patologías que se quejaban de desatención por las listas de espera para casos ajenos a la pandemia. Muchos empeoraron por esta razón y murieron. Algunos, cohibidos por la monopolización de medios sanitarios para combatir el virus, desistieron de pedir asistencia y aguardaron en sus casas hasta que Dios quisiera.



14
¡VIVA LA MASCARA, ABAJO EL CARNAVAL!

"Abrió el armario. Sobre un estante vi una máscara negra y un dominó con cintas azules. También había, colgados de un clavo, unos pantalones de terciopelo negro con galones de oro, restos marchitos del anterior carnaval."
(Flaubert)

EL VIRUS QUE MATÓ AL CARNAVAL EL AÑO DE LA MÁSCARA

En mi ciudad, el Carnaval es la fiesta más importante. Pero la máscara ha sido su desgracia. El alcalde anunció la suspensión de los Carnavales ante el peligro sanitario y las prescripciones oficiales que impiden actos multitudinarios. La paradoja del virus que mató al Carnaval el año de la máscara.

MUERE ERIK EL BELGA

Era el mayor ladrón de obras de arte religiosas del siglo XX.

¿UNA GUERRA CIVIL EN ESTADOS UNIDOS?

En Michigan detuvieron a una milicia de ultraderecha por pretender secuestrar a la gobernadora demócrata y declarar una guerra civil en el país atrapado en la trampa de Trump, en vísperas de las elecciones.

LOS PREMIOS NOBEL PASARON DESAPERCIBIDOS

La atención estaba centrada monográficamente en el bicho. Todo giraba alrededor de él. Nada había logrado jamás acaparar tanta atención universal. En pandemias anteriores, incluso más graves, se multiplicaban los altavoces, internet, las redes sociales, la inmediatez electrónica de la noticia con su ubicuidad casi absoluta que nos impide vivir apartados, al margen del resto del mundo. Esta era la primera gran pandemia -descontada la del H1N1, que no tuvo su incidencia ni de lejos- de la era cibernética. Las lecturas son dantescas, pues el anterior monotema mundial, el terrorismo yihadista, se ha visto gratamente sorprendido por un enemigo más veloz, feroz y atroz, que puede enseñarle muchas salvajadas indeseables. En este contexto, los premios Nobel despertaron un interés meramente anecdótico. Pasaban desapercibidos. ¿A quién le interesaba lo más mínimo la identidad de los agraciados en mitad de la escabechina? Todos se esforzaban por dar aspecto de normalidad al derrumbe, pero el alud era innegable y la polvareda lo tapaba todo. Salvo los aludidos sabelotodo que, en la ceremonia del postureo de todas las ediciones del Nobel de Literatura, no tardaron en fardar de conocer sobradamente a la agraciada este año, ¡ah, la gran Louis Gluck!, dijeron desayunándose con la noticia del premio y de la existencia de la minoritaria poeta norteamericana, disimulando, claro está, esto último, como vimos.

LE CAYÓ EL GORDO Y LO MATÓ

En el ecuador del año, ya habida cuenta del enemigo común, alguien de 43 años compartía una velada con amigos en la terraza de un hotel de Marbella. Y le cayó encima un voluminoso turista inglés de mediana edad, que se precipitó desde el balcón por causas desconocidas y lo aplastó. Los dos murieron en el acto. ¡A todos nos cayó encima el año!

REPASO MENSUAL CON RESPONSO INCLUIDO

Si en su año de vida, la larva, la mariposa y el monstruo de 2020 han cubierto las etapas de desarrollo, hemos podido comprobar que su evolución difiere de los antecedentes conocidos. Mes a mes sucedieron hechos que en otros años corrientes habrían despertado una mayor curiosidad y repercusión y que pasaron desapercibidos ante el listón impuesto por el virus que aplastó todo lo demás. El estado de ánimo, el estado de desánimo, se vio dominado por la monótona y absorbente descripción diaria de contagios, hospitalizaciones y muertes. No se hacía con otras enfermedades, tan o más letales, acaso por la novedad y el éxito mediático entre comillas del coronavirus. Pero resultó evidente que nada alteraría esa lógica distópica del año demoledor. Desde el alto ventanal de un globo errante, se observa la tierra como siempre, los edificios, rascacielos y pequeñas casas rurales en su sitio, las autopistas, los caminos, senderos, jardines, parques, las montañas, los barrancos... Todo aparenta normalidad, incluso paz, no hay mucho tráfico, o al menos no tan caótico en todas las ciudades como antes. Las guerras locales también han decaído. Hay, sin embargo, ríos de gente en muchos sitios dispersos de las ciudades, comúnmente periféricos. Son las colas del hambre, de la pobreza. Eso sí sobresale como algo notable y constante. Pero a vista de pájaro sería un año pacifico, amable, sereno. La tragedia se disfraza, también se enmascara. Basta descender, regresar en el globo y pisar la realidad para comprender qué está pasando, ¡una catástrofe! Mes a mes no ha sido un año similar. Ha habido hechos fulgurantes, se ha seguido haciendo lo que más

nos gusta, deporte, cine, arte, cocina, televisión, literatura, música... pero el runrún del miedo al contagio, a enfermar y poder morir opacó todo lo demás. Solo en globo se recobra la libertad de sentir y disfrutar de las cosas felices. Arriba, donde el virus no llega, flota la vida.

COREA DEL NORTE, FIEL A SU COSTUMBRE, SACÓ A PASEAR UN NUEVO MISIL

Sin despejar las dudas sobre la situación, pervivencia o deceso de su líder máximo, Kim Jong-un, Corea del Norte volvió a las andadas y exhibió su nuevo misil balístico de alcance intercontinental. Kim Jong-un podrá estar vivo o muerto, pero hay cosas que no las cambia ni el virus, la terquedad aniquiladora, la sed de destrucción del ser humano, encarnadas en este caso en un país genocida, pero comunes a muchos otros estados subidos al mismo carrusel.

LA VIRGEN DE LA PANDEMIA.

En un pueblo de Tenerife, un pintor seleccionado al azar pinta la imagen de una Virgen. Es un recuerdo de la imagen que existió y desapareció de la iglesia para acabar siendo de propiedad privada. El pintor cumplió el encargo en mitad de la crisis sanitaria y la Virgen adquirió cierto carisma auxiliador en la pandemia. También el pintor sintió algo especial mientras hizo sui trabajo fiel al original. Incluso, su compañera quedó embarazada tras una larga espera. Era inevitable buscar asideros emocionales, y la Virgen de la Pandemia cumplió su rol.

EL MUNDO QUE NOS ESPERA A LA VUELTA DE LA ESQUINA

No se divisa en lo alto. Ni en globo me atrevo a hacer pronósticos, visto lo visto en 2020. Se tiende a pensar que los años son consecutivas monedas de uso corriente, más brillantes o más desgastadas o sucias o desperfectas, pero

monedas, al fin y al cabo. Como el mismo perro con distinto collar. No es así, ni siquiera un viaje en globo cabe llamarse a engaño. Toda la tramoya puede cambiar de un día para otro. Pueden aguardarnos grandes sorpresas impensables en el baúl de los años. Basta con situarnos en enero, cuando albergábamos tanta esperanza, con lo bien que sonaba 2020, de que fuera un año venturoso. Las apariencias no solo engañan, pueden hasta acabar matando. ¿Quién se atreve a hacer cábalas sobre 2021? El año de la vacuna, bienvenido sea. Si se reserva alguna otra sorpresa malévola, que no nos coja con la guardia baja. Vamos a tardar mucho tiempo en dejar de ser desconfiados.

LA MISMA DANZA CADA CIEN AÑOS

Había una lógica tozuda, que no era ningún secreto. Basta ahora con mirar al virus a vista de pájaro y atar cabos, aunque nos estremezca la coincidencia: los plazos, las muertes, las causas … parecen un rito infernal. En los últimos 500 años hubo siempre epidemias por estas fechas. No debió cogernos por sorpresa. ¡En qué estaríamos pensando! Estas son las pruebas.

Para empezar, en 1518 hubo una insólita epidemia de baile -una plaga de danza, una fiebre de brincos y saltos-, en las calles de Estrasburgo, sin cifra oficial de muertos. Hacia el mes de julio una mujer comenzó a bailar desenfrenadamente y la secundaron centenares de personas presas de un brote de coreomanía mortal, que se reprodujo por toda Europa con rebrotes temporales sin explicación. Aquel fenómeno, según algunos, provocado por los hongos del cornezuelo, entre múltiples conjeturas inconsistentes, nunca fue esclarecido. Se habilitaron espacios y contrataron músicos para complacer a los afectados, la fiesta duraba semanas y meses y las víctimas se desfogaban hasta morir. Hubo peregrinaciones y traslados a capillas para buscar la cura de la locura de una peste fastuosa del baile. En Italia se atribuyó a la picadura de una araña y derivó en tarantelas para separar el veneno de la sangre. Todo en vano. Los danzarines recorrían pueblos disfrazados con guirnaldas en el pelo y extraños atuendos,

blandían palos de madera y a veces se exhibían desnudos, incansables, hasta romperse las costillas y morir infectados por la picadura de la coreografía. Dos años después -hace exactamente medio milenio-, se encadenan epidemias sucesivas con el intervalo de una centuria. En 1520 murieron de viruela más de 50 millones de indígenas en América. Cien años más tarde, siguiendo mis cálculos, sobrevino la gran peste de Milán, con centenares de miles de víctimas. Un siglo después, en 1720, fiel a la cita, estalla la gran peste de Marsella (más de 100.000 víctimas). En 1820 fue el cólera. Y en 1918-1919, la gripe española (de 50 a 100 millones de muertos). Yo nací el año de la gripe asiática, en el 57, que mató a dos millones de personas, pero queda fuera de la cronología de ciclos calcados de cien años de cadencia de peste, que es la que viene al caso.

La última bocanada viral, por ahora, es nuestro coronavirus de 2019-2020, heredero de esa reincidencia irrefutable de pandemias. (En el recuento, disculpen la digresión, sobresale un brote de peste bubónica en San Cristóbal de La Laguna, que provocó una auténtica masacre local, con cerca de 9.000 personas fallecidas, en una isla poblada por apenas 20.000.)

Quiero decir que estábamos avisados por la historia recurrente, y había una epidemia marcada en nuestro almanaque genético que nos aguardaba por estas fechas. El que no ha corrido tiempo ha tenido ("cito, longe, tarde": "huye rápido y lejos, regresa tarde", decían los galenos de la antigüedad a los contagiados en las pandemias). En cinco siglos no ha fallado el encuentro fatídico con la peste de turno. Cada cien años, reaparece como el monstruo de un lago infecto al cabo de la segunda década. Puntual como un clavo. 2020 no iba a ser diferente.

Ya comentamos aquí que el profeta Tedros Adhanom alertó a los gobiernos el 11 de marzo de 2019, justo un año antes de que la OMS, que dirige el inmunólogo etíope, declarase la pandemia por coronavirus. Al presentar la Estrategia Mundial contra la Gripe 2019-2030 advirtió que "la cuestión no es saber si habrá una nueva pandemia, sino cuándo ocurrirá". (Recordó que la gripe afecta a 1.000 millones de personas cada año y provoca más de 600.000 muertes.)

Como la solución es la vacuna, oremos en dirección a Oxford, nuestra meca occidental. Ahora, Adhanom abandona el discurso apocalíptico, para dirigirse a los habitantes de un planeta enfermo e instruirles en la necesidad de aprender a convivir con el virus extrayendo sus enseñanzas: "Nos ha permitido imaginar cómo sería el mundo con cielos y ríos mucho más limpios".

Si la cosa se pone fea… dijimos. De los tres escenarios que se habían previsto, hemos pasado a un cuarto estadio empeorado. El cuarto oscuro. Hay un compás de espera y este silencio (lo conocemos bien por el cine) es el que precede a la escena que hiere nuestra sensibilidad.

José Luis Sampedro decía que los líderes del futuro serían los científicos, como dejamos señalado aquí. La vacuna es nuestra Excalibur para esta batalla. Vacunas la británica, la china, la española…, no vaya a ser que la rusa sea una toxina en una taza de té, como le pasó a Navalni (y antes, al espía Litvinenko o los Skripal, padre e hija, y todos los puteados por Putin). Navalni es el síntoma de esta época en que la danza de la muerte, como en la peste de baile del siglo XVI, nos depara líderes demenciados, y estos son los generales de la guerra contra el virus, cuyo ejército de clones nos va ganando de calle.

Hay una crisis de cordura, que no deja de ser una deriva de la pérdida de rumbo de un mundo nefando, con gobernantes de perra chica. En este caladero y con esos peces gordos nos ha caído la peste de cada siglo. No bastará con que Joe Biden/Kamala Harris lleguen a la Casa Blanca. El censo de líderes revela una alta tasa de enajenación mental. Y ese virus en todos los tiempos también ha sido una constante histórica. Suetonio describió a Calígula, que quiso nombrar senador a su caballo y ordenó a sus soldados aquello de que recogieran conchas en la playa tras una derrota para fingir un combate con el dios de los mares. "Recuerda que todo me está permitido, y con todas las personas", decía el emperador perturbado. No hemos progresado tanto como creemos en 2.000 años de historia, imperios y pestes.

15
EL REY EXILIADO

"Es la hora en que me quedo solo y, mientras los demás duermen, abro el cajón donde guardo mis tesoros".
(Flaubert)

La salida de España, en agosto, del rey emérito Juan Carlos I, asediado por las investigaciones judiciales que se encadenaban dentro y fuera del país sobre presuntos escándalos de corrupción relacionados con su persona, habría paralizado, en condiciones normales, la vida pública nacional, con indudable repercusión en toda Europa. Sin embargo, en medio de la pandemia, fue como una raya más para un tigre. Juan Carlos, el padre fundador de la democracia española tras la muerte de

Franco, y el artífice de un largo periodo de paz y libertad impensable en la historia de inestabilidad y represión de un antiguo imperio decadente, el que fuera reconocido en toda América como 'campeón de la democracia' y en Europa como un monarca moderno bandera del proyecto integrador de la UE, se exiliaba al modo vergonzante de los reyes depuestos y nada impedía conceptuar su marcha clandestina de una clamorosa huida.

Juan Carlos pasó, en el curso de apenas unos años, de la gloria al ocaso. Su última extravagancia, la de viajar a Botsuana a cazar elefantes en 2012, mientras su pueblo padecía el zarpazo de la Gran Recesión desatada en 2008, le costó cara al destaparse tras sufrir un accidente doméstico: dos años después abdicó en favor de su hijo, Felipe VI, cuando temió por la Corona a causa de su desgaste y el calvario mediático que ya presentía. Entonces se expuso al ojo de la Justicia, al perder de esa manera la inmunidad que confiere la Constitución a los jefes de Estado.

La caída en desgracia del rey que abortó un golpe de Estado fascista en 1981 no lo tenía solo a él como protagonista, sino también a su amante, Corinna zu Sayn-Wittgenstein, una mujer de negocios turbios que no tardó en revelar el lado oculto de una relación en absoluto meramente sentimental: la bolsa de ese amor ascendería a 65 millones de euros, el importe de la presunta mordida pactada entre reyes, Abdulá (Arabia Saudita, fallecido en enero de 2015) y Juan Carlos, que este último habría transferido finalmente a su amante, con la que rompió después sin conseguir recuperar el botín, según el relato periodístico del culebrón.

Corinna iba a ser la perdición del rey padre. Se citó en su apartamento londinense de Eaton Square con el conocido comisario de los líos, José Manuel Villarejo -que no es ningún desconocido en estas páginas-, y un testigo, el empresario Juan Villalonga. En ese encuentro, en la primavera de 2015, habló por los codos de su relación con el hombre más poderoso de España y fue como abrir la caja de Pandora. La princesa germanodanesa (en junio de 2019 perdió el título al contraer matrimonio su ex, el príncipe Casimir zu Sayn Wittgenstein, y volvió a ser Corinna Larssen) se soltó la lengua en confesiones escabrosas, como si ignorara que el comisario la estaba

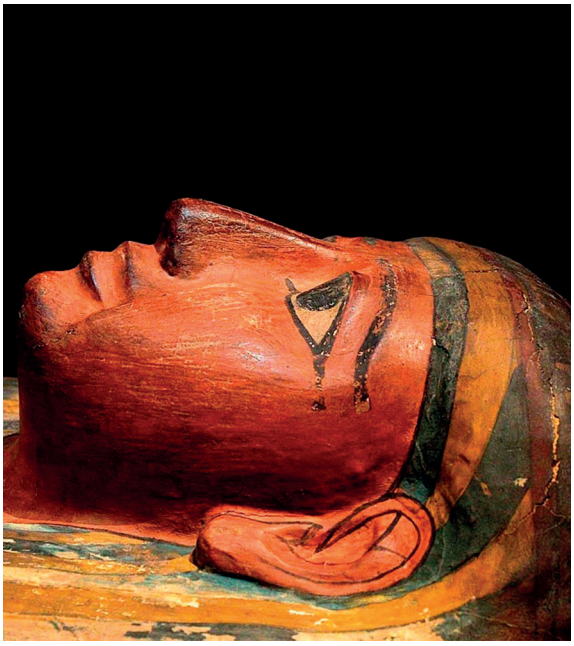
grabando furtivamente. O acaso fue tan generosa en detalles para mayor riqueza en la transcripción de sus palabras. Y saltó la bomba en medios confidenciales y en periódicos como El Español. Finalmente, el boca a oreja desembocó en una investigación judicial en Suiza y otra posterior en España. Y Juan Carlos cayó rodando por las escaleras como en Botsuana, presa del baldón de los cien millones de dólares sauditas de que le acusaba Corinna en concepto de supuesta comisión por mediar en el contrato del AVE a la Meca a empresas españolas.

El reinado de su hijo nació con las sospechas de corrupción sobre su familia desde el minuto uno, primero por el caso Nóos, que llevó a la cárcel a su cuñado Iñaki Urdangarin, y ahora, en mitad de la pandemia, por la presunta fortuna de su padre oculta en el extranjero y fraguada con métodos supuestamente ilícitos. Juan Carlos, el rey emérito, mito de la democracia española que desbarató el tejerazo y llevó la corona tras la muerte de Franco, desde 1975 hasta 2014, nunca pudo prever cómo iba a acabar ni con qué degradación de su imagen pública. Uno de aquellos días en que toda España, antes de que el virus acaparara la conversación, hablaba de la cuenta millonaria de Juan Carlos en un banco suizo, Felipe tomó una decisión dolorosa: renunció a toda herencia eventual de su padre y le retiró la asignación anual de palacio de casi 200.000 euros. Era marzo de 2020, el mes y el año de la cuarentena.

El rey emérito se convirtió en un apestado. "Majestad, querido Felipe, con el mismo afán de servicio a España que inspiró mi reinado y ante la repercusión pública que están generando ciertos acontecimientos pasados de mi vida privada, te comunico mi meditada decisión de trasladarme en estos momentos fuera de España", escribió Juan Carlos en la carta que dirigió en agosto a su hijo, en plena pandemia, para levantar vuelo, en secreto, hacia Abu Dabi, donde su vida, con 82 años, obedece al paradigma del otoño del patriarca, de los viejos mandatarios retirados en remotos paraísos apeados del poder. En la capital de Emiratos Árabes el rey emérito se ayuda para caminar con un bastón de fibra de carbono. Todos sus pasos le alejan de España, donde investigan su patrimonio y le persigue la sombra de sus viejas amistades inconfesables, no solo las sentimentales sino también las empresariales. A causa de

estas últimas debió regularizar con la Hacienda española el pago de un dinero no declarado, fruto de un donativo del empresario mexicano Allen Sanginés-Krause. El monarca honorario abonó, en diciembre, 678.393,72 euros en tal concepto por el uso de tarjetas black financiadas por el citado intermediario. Algunas de las líneas de investigación sobre Juan Carlos a cargo de la fiscalía del Tribunal Supremo español y del fiscal suizo Yves Bertossa comprometerían el futuro del monarca exiliado por corresponder a los años posteriores a su abdicación en que perdió la inmunidad.

El año concluyó sin que Juan Carlos, enfermo de nostalgia, volviera o le dejaran volver a la Zarzuela como se especulaba, y, en cambio, en el discurso de Nochebuena, su hijo le censuró implícitamente por su conducta: "Los principios éticos están por encima de los lazos familiares", dijo pretiriéndolo elípticamente y se invistió como rey "renovador" para salvar una Corona quemada por el incendio del padre y el debate reavivado entre Monarquía y República, que espolean las dos Españas.



16
EL DRAMA QUE NO ERA TEATRO

"Yo estaba solo por dentro y ahora estoy también solo por fuera".
(Flaubert)

GUISO DE TILAPIA CON CEBADA Y CEBOLLAS EN EL ESTÓMAGO DE LA MOMIA HACE 6.000 AÑOS

El hallazgo en el inagotable Egipto arqueológico nos abstrae y entretiene en medio del bombardeo informativo de la COVID. Ese fue el último menú del finado. El plato típico de los faraones. Impresiona que un mínimo resquicio orgánico entre los restos, pese a la multitud de tiempo transcurrido, permite desentrañar el secreto como si hubiera acaecido antes de ayer.

COMO DICE WHITMAN, LO QUE PASA EN TU PUEBLO, EN TU RINCÓN ES IMPORTANTE

Ciudadano del mundo, aquí hallarás la paz, dice el poeta. Más que nunca, hemos sido ciudadanos del mismo mundo. Cada pueblo, cada rincón han sido importantes, la vida volvió al hogar, a buen recaudo. Y fue como volver a la infancia, cuando pasábamos más tiempo en casa, sin que nos obligaran.

NUNCA MIRÉ TANTO AL MAR Y AL CIELO CON DESESPERACIÓN

Desde la ventana en la avenida marítima de la ciudad, cuando no desde el globo de esta incursión biográfica, nunca había necesitado tanto mirar el paisaje del océano y el cielo en busca de un pasillo para cruzar al otro lado, donde el espejo devolviera la imagen de nosotros, nuestro entorno, nuestro mundo, tal como eran y éramos ayer antes de esta desolación.

Y EL SILENCIO, REDESCUBRIR EL SILENCIO

Como éramos tan ruidosos, esta dieta de silencio nos ha venido bien, por otra parte, para bajar los decibelios de la vida anterior.

LA CARCAJADA

Nadie quiso creer al personaje del profeta. Lo dieron por loco al final del monólogo. Si hubiera existido el predictor de una revelación semejante en público, de lo que nos ha sucedido y aún nos acontece, y nos hubiera adelantado este pandemónium que ahora conocemos de primera mano, no habríamos dado crédito a sus palabras, y, tras escucharle, nada de lo expuesto habría sido tomado en serio. Como si fuera un iluminado dando rienda suelta a una alucinación. En las tres cuartas partes de este año hemos entrado en otra era y nuestros códigos de conducta y el nuevo canon por el que nos guiamos entrañan nuevas magnitudes de lo bueno y lo malo, lo grave y lo leve, lo verdadero y lo falso. Todo el mundo anterior se ha visto alterado. No, nadie, de haberlo pretendido, nos ha-

bría podido convencer, alertar o disuadir, tras su aspecto burlesco de predicador de lo oculto, vestido de negro sacro con su mochuelo de Minerva, de mascota, que al final emprendería vuelo, como entre un ciclo histórico y otro.

Así que el susodicho habría salido a escena y comenzado a decir disparates. Que el día D todos contraeríamos un pavoroso miedo que nos enjaularía en casa y alejaría de la calle como si de un campo de exterminio se tratara. Que los gobiernos decretarían la prohibición expresa de salir siquiera a pasear. Que, por la misma razón, los niños dejarían de acudir a clase y los mayores no podrían ser visitados, por mandato legal, en las residencias geriátricas. Que el encierro empezaría por unos países y continuaría por otros, de manera discontinua, hasta hacerse unísono. El Ejército recorrería las calles para abortar cualquier deserción y la policía multaría y podría detener a los insubordinados. El relator no daría más pistas sobre los motivos de la alarma. Solamente expondría los hechos a modo de alegoría. El mundo iba a ser confinado.

Nos miraríamos, los unos a los otros, al principio, sorprendidos, inquietos, perturbados por la idea dantesca del confinamiento mundial. De las escuelas cerradas. De las calles desiertas. Y al instante, giraríamos la cabeza para seguir el hilo de aquel anuncio, que, a juicio del adivino, "aunque parezca mentira, será real". ¿Qué más dijo, qué más auguró? Habría continuado afirmando que no era su deseo hacer un cuento cruento, pero que iba a morir mucha gente, decenas, centenares de miles, acaso un millón, quizá más. Pero, dado el volumen de pérdidas humanas por las múltiples enfermedades mortales, cuyas dimensiones son mayores, no nos asustaron los muertos. Sí la soledad, el aislamiento, la conciencia de una reclusión insoslayable en todos los rincones del planeta. Después dio algunos detalles.

El viaje iba a desaparecer. La gente dejaría de hacer lo que más placer le producía hasta entonces: volar de un sitio a otro. Incluso, echaríamos a los visitantes de nuestro lado, los llevaríamos en masa a los aeropuertos, y, ¡hala!, fuera de aquí. No era vergüenza, era miedo a volar, a subir a los aviones, a cruzar el

aire, atravesar las nubes, y llegar a cualquier otra parte. Porque, como se había dicho desde el principio, un miedo atroz -y, entre otros, ese- se apoderó de la humanidad. Las personas, salvo excepciones, dejarían de viajar. A más de uno de entre nosotros quizá ese vaticinio sí nos estremeció. ¿De qué íbamos a vivir, si en gran medida dependíamos de que la gente viajara? Y entonces prestamos más atención, quizá, al arúspice del búho, intrigados.

Las playas dejarían de tener la utilidad acostumbrada. Serían espacios desérticos, sin columbarios pero con aspecto sepulcral, y nos horrorizamos un poco más, porque, amén de la entrañable concurrencia de esa clase de espacio, la playa es la vaca que nosotros ordeñamos.

No se extendió en profecías económicas. Habló de un paro gigantesco, del hundimiento del PIB mundial. Balbuceó que durante el enclaustramiento los países detuvieron la actividad económica, unos más que otros, y el mundo se desfiguró por completo. El infierno no era similar en todos los países. Las fronteras habían sido cerradas, era asfixiante el aislamiento, reiteró. Los isleños de toda la vida no se inmutarían, pero el mundo continental entraría en estado de shock. Era algo nuevo y horrible. Continentes aislados. Islas vastísimas e incomunicadas.

Tras una pausa, dijo que los gobernantes, un buen día, abrieron la mano y la gente volvió a pisar la calle, pero todavía tenía el miedo en el cuerpo. Hubo mucha inadaptación. El orador pareció más documentado. Mencionó datos estadísticos, cifras apocalípticas. Entonces, advirtió que nada volvió a ser normal. Algunas ciudades cosmopolitas, citó Madrid, Londres, Nueva York, eran focos del desastre y la gente huía de ellas como alma que lleva el diablo.

Entre el público, una voz preguntó si el fútbol habría desaparecido también; otra se animó y requirió información sobre los teatros y espectáculos culturales… El orador habló del temor a los aforos. El fútbol sería a puerta cerrada, con las gradas vacías; la cultura se serviría en pequeñas dosis, para clientes escasos. Se pondría de moda la palabra suspender. Desde una modesta feria hasta la en-

trega solemne del premio Nobel. Habló, por fin, de España. En su retahíla, soltó que el rey padre abandonaría el país asediado por los escándalos de su fortuna en medio del caos. Por primera vez todo el mundo estaría igualmente mal, patas arriba, no apetecería emigrar. Habló, sin embargo, del instinto africano de moverse y citó a estas Islas, como un guiño local de su guion. Tuvo palabras de elogio para la ciencia sin dar más explicaciones. Deliró sobre la proliferación de líderes demenciales y, de pronto, deslizó una pregunta como si supiera la respuesta: ¿Vive Kim Jong-un? Pues, recordó, antes de que sucediera todo el horror descrito anteriormente, el mayor peligro era una guerra nuclear. Y, con evidente ironía, concluyó diciendo que todo podía haber sido aun peor. Nos miró, como si nos enumerara, y predijo: "Ahora están boquiabiertos. Mañana se taparán la boca". No lo entendimos y rompimos todos a reír en una sonora carcajada. Él también, tras su máscara, y, antes de retirarse, soltó con las manos al ave rapaz, que sobrevoló nuestras cabezas. En el vestíbulo todos parecían coincidir en que estaba loco el personaje de la función.

LOS MESES ARREPENTIDOS DEL AÑO MALVADO

He podido verlo desde arriba, pero donde mejor se le conoce es por dentro. Todos lo hemos penetrado. El año malvado tuvo meses que se arrepentían. En su interior había un mundo de cavernas y grutas, de confinamiento. Daba la impresión de que no estabas nunca en la superficie, que todo lo exterior se había transformado en un entramado de cielos oscuros y subterráneos. Llegué hasta el alma de este año. Como hemos hecho todos los peregrinos de esta huida a ninguna parte. Cierto que hemos parecido borregos. Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Todos los gobiernos señalaban en la misma dirección. Y solo hicimos lo que nos mandaban quienes iban delante, como en toda emergencia en que solo se piensa en escapar y alguien abre paso. Cuando la mirada era cenital, el espectáculo resultaba pesaroso, daba pena tanta gente discurriendo por las tripas del monstruo, en estado de alarma. Todo es distinto desde arriba. El globo imita la

rotación de la Tierra, se evade como un astro. Soñar en ello ayuda, no hay nada como sobrevolar los problemas.

HE AQUÍ EL SIGLO XXI. EL PLANETA NOS SEÑALA

Si la naturaleza se expresa con el lenguaje de los fenómenos y catástrofes, el planeta nos ha dicho, así estoy yo, así me siento, en ese estado permanezco. El planeta, enfermo, nos señala y ahora podemos comprender cómo se siente un mundo que entra en erosión y no tiene vacuna. Nosotros somos los virus de ese planeta. Ese planeta ahora somos nosotros. He aquí el siglo XXI. Era esto.

BUSQUEMOS LA PALABRA QUE MEJOR LO DEFINA

Si cada año tiene su icono léxico, este también entre una multitud de vocablos, de venablos, de palabros y tecnicismos. El año de la máscara, parece una definición exacta.

LOS NUEVOS CONCEPTOS DE ALEGRÍA, TRISTEZA, FRACASO Y ÉXITO.

Las palabras nos dan la espalda, se han dado la vuelta como un calcetín y a veces significan lo contrario que antes. Lo que nos aburría en el pasado ahora nos puede resultar exultante. Lo que nos ponía tristes, acaso nos alegre.

UN LISTADO DIARIO DE MUERTOS. QUÉ BARBARIDAD

No hemos reparado en el daño que produce vivir en un continuo parte de bajas y seguir como si tal cosa. Cientos, miles de muertos...y no detenemos la marcha, pasamos de largo, con esos muertos en la cuneta. ¡Qué monstruosidad! ¿Éramos así?

EL HARTAZGO RETICULAR

¿Y si de esta salimos vacunados de otras muchas cosas? Inclusive, la depen-

dencia de las redes y su condicionamiento vital. ¿Y si entre tantas movilizaciones, surge un movimiento antirredes sociales que imponga un cierto retroceso a espacios de vida analógica y convencional? Nos sorprende esta clase de preguntas. Y sonreímos. Pero imagino a Zuckerberg, a Jeff Bezos, a Tim Cook preocupados escuchando semejante vaticinio en sus cabezas.

COLÓN, DEFENESTRADO

En mitad de todo el lodo, uno de esos movimientos intransigentes promovió el derribo de las estatuas de Colón. Y procedieron a ello. Día tras día, vimos las imágenes de los monumentos al descubridor por los suelos. Era como una multiplicación del acto simbólico de la efigie de Sadam Husein, en Bagdad, devastada por los soldados del ejército de los Estados Unidos. La historia siempre se inspira en sus propias cenizas, y todo cuanto sucede es producto de esos rescoldos. Acaso hubo un coronavirus calcado a este, por sus proporciones. Ya sé que hubo pandemias peores de otras pestes, pero fue hace tanto tiempo que no pudimos recordarlo cuando sobrevino. Ahora leo a vista de pájaro ese palimpsesto y me sobrecoge la idea de un deja vu eterno. Releo algún pasaje en los libros de historia que cargo, y me amarga la sola sospecha de que esos horrores que dan vértigo desde este globo errante puedan repetirse algún día y me los callo al escribir estas líneas.

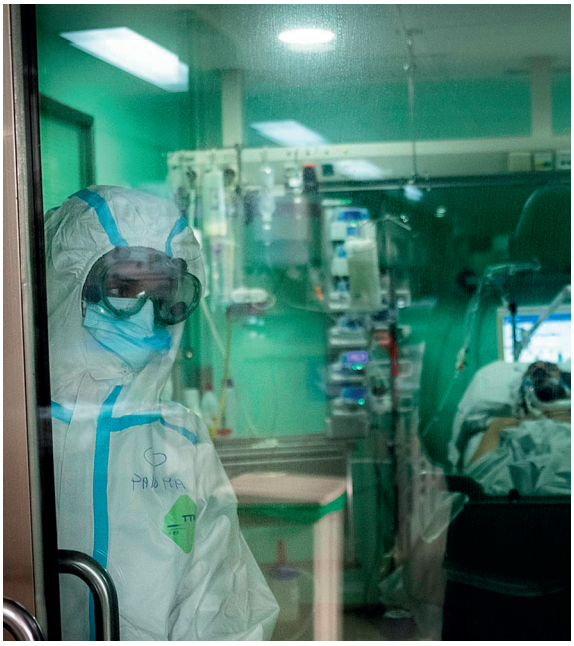
EL CASO GÜRTEL, EL CASO BÁRCENAS, EL CASO KITCHEN, REMEDOS DEL CASO WATERGATE

En España los sucesivos escándalos políticos remiten a la era Nixon en Estados Unidos, como comentábamos antes. Las condenas firmes a empresarios que prosperaron al abrigo de los gobiernos del PP y los llamados papeles de Bárcenas desenredan una trama de corrupción y espionaje que transpira por todos los poros las conjuras del caso Watergate. En la tupida red de intereses, de sobornos, de enriquecimiento ilícito y de financiación irregular del partido

en el gobierno se respira una querencia enfermiza de espionaje y complot. La irrupción en escena del ya citado supercomisario Villarejo, que hacía doblete como funcionario del Estado y agente 007 por cuenta propia, sugiere escenas cutres de los bajos fondos político-policiacos. El país estaba acostumbrado a que cada cierto tiempo resucitaba el espía Francisco Paesa, tras haber engañado al exdirector general de la guardia civil Luis Roldán huido de España por corrupción. Pero, bajo el azote del virus, adquirió la condición de pillastre nacional, y acaso internacional, este José Manuel Villarejo, una vez en prisión acusado de organización criminal. Villarejo pinchó todos los teléfonos habidos y por haber (me recordó todo el tiempo al Montesinos de Fujimori), grabó a todo quisque que se atrevió a reunirse con él a hablar, y también pinchó, al parecer, el costado de la dermatóloga Elisa Pinto, con arma blanca, causándole una herida incisiva en presencia de su hijo, algo cochambroso. Ambos lo identificaron como el autor de la agresión que añade mugre a toda esta historia: Villarejo, en labores turbulentas, al servicio de un preboste del mundo de la empresa envuelto en una trama por esclarecer de acoso a la doctora. Lo dicho, personajes y argumento son carne de cañón de Netflix. La tangentópolis española bien merece un desarrollo judicial y novelesco. Y ambos presumo no tardarán en producirse. Un país donde la fortuna del rey emérito es investigada por sospecharse que sea fruto de mordidas, donde el partido conservador que ha gobernado durante años es acusado de aceptar donaciones de empresarios de cabecera beneficiados en las obras públicas, y donde afloran pruebas de que un comisario habría cometido espionaje fuera de la ley al servicio de bancos, partidos y particulares, aporta toda la carnaza necesaria para recrear la ficción nacional de las cloacas oficiales. Hago recuento de todo este cúmulo rudo de nubarrones y miserias humanas, y respiro hondo. Aquí arriba, donde todo cuanto acontece abajo resulta sentina insignificante, ni siquiera el virus goza del prestigio terrorífico que tiene a ras de tierra. Es el aire, que estos meses está más limpio de polución, el que llena mis pulmones y me recompensa.

LA TUBERCULOSIS MATÓ A 1,4 MILLONES DE PERSONAS UN AÑO ANTES Y NO SE TRANSMITIÓ

Y no hicimos ningún carrusel para transmitir en vivo y en directo la evolución de los decesos. Y así sucedió con otras múltiples enfermedades de fatal desenlace. Millones de personas que murieron en el anonimato, mientras los célebres muertos de la COVID, muy a su pesar, eran objeto de exhibición mediática, por más que sus nombres se preservaran (que no siempre), como una liturgia macabra.



17
ERA COMO APAGAR UN INCENDIO EN TODA LA CIUDAD CON UN CUBO DE AGUA

"Hay que esperar cuando se está desesperado, y andar cuando se espera".
(Flaubert)

LA OLA QUE INUNDA LA CIUDAD

En las páginas de El País, el coordinador del equipo de traslados de enfermos graves entre los centros de la comunidad de Madrid, describe el colapso sanitario de la primera ola con esas palabras, "como apagar un incendio en toda la ciudad con un cubo de agua". Gráfico y certero el doctor Miguel Sánchez, el cerebro del traje de las UCI.

GENERACION COVID

Con un millón de muertos se puede hacer literatura, pero en el mundo no se muere solo de coronavirus. El riesgo de hacer de esta enfermedad el monotema de la salud, como ha ocurrido, fue hacernos perder la perspectiva y el gran angular. En el mundo se muere a diario de cáncer, del corazón y de obesidad, entre múltiples afecciones que estaban presentes antes del 14 de marzo del estado de alarma en España y siguieron estándolo con posterioridad al 21 de junio de la desescalada. Lo que ha hecho la COVID es monopolizar la atención, seducir a los científicos y prometer votos a los políticos a cuenta de la vacuna. Dicho lo cual, aceptemos la gravedad del virus. Se mire por donde se mire. Sanitariamente, no tanto por el millón y medio de muertos, que compite en inferioridad de condiciones con los 35 millones del sida o de la malaria, como por el colapso de hospitales y la saturación del personal médico. Y económicamente, porque ha partido por la mitad el PIB de la humanidad al completo y nos va a dejar a todos una larga temporada fuera de combate. Esta es la generación de la COVID, llamémosla ya por su nombre. No la del 5G. Y lo que le ha tocado vivir y lo que te rondaré morena es lo no visto en cien años a la redonda. Venía cargado el siglo XXI con su cohetería tecnológica y su Al Gore y su Greta Thunberg. Y resultó, de pronto, que la verdad más incómoda sería el virus chino, que ha dado el argumento electoral a Trump, quizá el primer muerto político del coronavirus que no consiguió resucitar en las urnas. La causa contra el cambio climático lo tenía todo a su favor. Las multinacionales ya habían metabolizado la inversión paliativa ante el CO2 y apostado por el coche eléctrico. Ha sido de la noche a la mañana como se ha colado la pandemia y ha obligado a los guionistas a trabajar a destajo en el nuevo culebrón. Saldremos del coronavirus y la generación de la COVID -que le ha visto las orejas al lobo- será ecologista pero del medio ambiente y de la salud. Del planeta y las personas. Lo cual trae a colación -con sus tópicos y simulaciones- aquella vieja teoría de nuestro globo como la metáfora de

un organismo vivo, aquella hipótesis Gaia que nos llevó a leer hace 40 años las ideas entonces revolucionarias del químico Lovelock, como de Allan Poe pasamos a Lovecraft, atrapados por la Tierra y el terror. Ambas cosas están ahora mismo de máxima actualidad y, a mi juicio, darán sentido a nuestras vidas futuras de inmediato. Como quiera que el miedo se ha adueñado de nosotros quizá para siempre -ya no quedan curanderos que nos quiten el susto con albahaca y oraciones-, vamos a tomarnos en serio, en lo sucesivo, lo del calentamiento global y las pandemias. Cousteau escribió aquella carta de los derechos humanos de las generaciones futuras, que envió a la ONU desde un buzón de La Laguna. Falta alguien que, a la vista de los acontecimientos, escriba la misiva de los derechos y deberes de la generación COVID.

¿ES ESTO UN LARGO CREPÚSCULO?

Mi pregunta no es meteorológica, sino existencial.

LOS AGUJEROS NEGROS DE STEPHEN HAWKING

Aquel célebre físico amaba la ingravidez, era un buen pasajero para un globo. Stephen Hawking había sobrevivido medio siglo a una muerte segura. A su lado penetré por un pasillo gélido, en el corazón y cerebro de una súper computadora. Y recordé que Hawking no toleraba un ambiente helado, a riesgo de morir en el acto. En otra ocasión le tuvieron que hacer una traqueotomía. Hice esta observación a sus cuidadores, le consultaron y dijo que quería atravesar el pasillo, no dio marcha atrás. Así había conseguido superar el pronóstico de sus médicos de una muerte segura hacía cincuenta años. Finalmente, murió unos años después de aquella experiencia. Y acaso librarse del coronavirus le ahorró un posible sufrimiento, como víctima de ELA, no habría entendido, pero sí acatado, el confinamiento, la cuarentena, el encierro. Habría preferido subirse en globo y estar aquí, cerca de sus agujeros negros.

LA INMUNIDAD DE REBAÑO, OBJETO DE CONTROVERSIA

Eran los nórdicos los que apadrinaban la tesis de la inmunidad de rebaño. Los británicos, al principio, se confiaron pensando en ella. Pero todos, finalmente, cedieron a las recomendaciones del uso de mascarilla, distancia y aseo de manos. Y la inmunidad de rebaño, la suposición de que un contagio comunitario ayudaría a doblegar la curva al cabo de un periodo de transmisión, fue perdiendo crédito a medida que los expertos descubrían nuevas facetas de un virus desconocido hasta entonces, capaz de aparentar un mínimo daño en olfato y gusto y desatar a los pocos meses un párkinson o una esclerosis múltiple. O la muerte.

FRANKENSTEIN SE LEVANTÓ Y ECHÓ A ANDAR POR LA CIUDAD

Fue imposible no imaginarnos las hipótesis más diversas sobre el monstruo y no cesaron de alimentarse teorías acerca de que el coronavirus de 2020 había sido un producto de laboratorio chino. Durante el año algunos científicos de esa nacionalidad desertaron y se radicaron en Estados Unidos, sin que pudiéramos dilucidar hasta qué punto su reacción obedecía a un acto deontológico o a un capítulo más de la soterrada guerra secreta de dos colosos por hacerse la vida imposible. La visión de Frankenstein despertando en el laboratorio y lanzándose a grandes zancadas apisonadoras por las calles desconcertadas de la ciudad del mundo resultaba irreprimible.

PAÍSES EN ESTADO DE ALARMA, CALAMIDAD O CATALEPSIA

Hacia finales del año, Francia declaró el estado de emergencia en París y otras ciudades; Portugal decretó el estado de calamidad, y España el estado de alarma. En realidad, buena parte del mundo se encontraba en un estado de catalepsia. Desde arriba, no se apreciaban las diferencias, pero a poco que el globo descendía era palpable la sensación de miedo a un nuevo confinamiento. Donde mejor se estaba era en el cielo.

RÍANSE DE 2008, LA COVID TRAJO UNA CRISIS DE VERDAD

Como si aquello, la Gran Recesión financiera de 2008, que tanto pavor produjo, fuera de risa, esta crisis sanitaria se tradujo, a la par, en una dantesca crisis económica, como si se hubiera desdoblado en una mutación calculada del virus del infierno. Las teorías conspiranoicas encontraron fácil acomodo a sus sospechas de que el virus había sido prefabricado en China para desmoronar a Occidente. Esa era la creencia de Trump, mientras contraía el bicho y se medía a Biden en una campaña electoral a vida o muerte. Esta controversia nos ocupará mucho tiempo en el futuro con certidumbres que ahora desconocemos.

QUE ACABE PRONTO, QUE SE VAYA...

Nunca habíamos deseado tanto que acabara un año cuanto antes. En nuestra ilusión colectiva, pensábamos que 2021 sería otra cosa, que todo volvería a la normalidad tras cruzar de un año a otro. Que habría una vacuna definitiva y volveríamos a estar a salvo. Y el sueño era gratificante. Si tenías hijos, familia, confiabas en ese instantáneo cambio de secuencia. No cabía mayor deseo. Y era un clamor en todo el mundo. Que acabe pronto, que se vaya...

HUBO OTROS AÑOS PEORES DE LA HUMANIDAD

No es el fin del mundo, como no lo fue antes en circunstancias también demoledoras que hicieron temer lo peor. Pero acaso esta vez lo que ha sucedido no tenga precedentes por cuánto, cuándo y cómo ha ocurrido, en un instante de la historia inédito que permite por primera vez apreciar una pandemia en toda su extensión como un hecho simultáneo y, por tanto, más dramático que ningún otro por tener plena conciencia de ello. La historia transmitida en vivo y en directo como si fueran sus últimos días.

CALENDARIO CHINO.

Año de la rata. De la supervivencia.

LOS HITOS DEL DRAMA QUE RECORDARÁN LOS LIBROS DE HISTORIA

Desde el principio se le vio venir. Fue con la crisis de Estados Unidos e Irán, con los incendios voraces de Australia, los conflictos y revueltas en Hong Kong y las protestas raciales en la primera potencia del mundo cómo el coronavirus explotó en campo abonado y no se sintió solo en el resto de la cosecha de acontecimientos adversos. Como un año funesto.

Y A HOLANDA SE LE BAJARON LOS HUMOS

Está Europa con la COVID que le sale por las orejas. Hasta los países nórdicos, que habían orillado la primera ola de primavera con una sensación de inmunidad engañosa, terminaron sufriendo el flagelo del virus y a regañadientes se embozaron como el resto de los mortales. El primer ministro holandés Mark Rutte le vio las orejas al lobo, lejos de aquella displicencia de Wopke Hoekstra, su ministro de Finanzas, que acusaba por entonces a España e Italia de no haber ahorrado lo suficiente para afrontar una crisis como esta.

El incidente desagradó tanto al primer ministro portugués, António Costa, que lo tildó, como apuntamos, de "indignante" y le mostró a Holanda la puerta de salida del club. El golpe de realidad ha sido incontestable en esta fase (Europa acumulaba siete millones de positivos y cerca de 250.000 muertos), en particular en los Países Bajos, que hasta entonces fiaban el control de la pandemia al sentido común de sus ciudadanos y dejaron el uso de la mascarilla al criterio de cada cual. La situación era irrebatible en toda Europa. La República Checa lideraba el ranking, seguida de Bélgica, Holanda, Francia, Reino Unido y España.

Los contagios se dispararon desde mediados de septiembre y ya Holan-

da era el tercer país más afectado del actual caos en Europa. Rutte se había puesto ejemplarizante arrogándose el escudo protector que suponía la responsabilidad individual de sus compatriotas. Pero a estas alturas del repunte del patógeno, los médicos y expertos de su país ya no se tragaban la teoría de una inteligencia cívica superior de los holandeses y pidieron medidas leñeras como todo el mundo para evitar el tsunami.

Para hacernos una idea, Holanda, que ejerció presión sobre Alemania para entorpecer los fondos de Next Generation de la UE contra la crisis de la COVID, superaba ya a España (con tan solo 17 millones de habitantes) en incidencia acumulada de contagios. Holanda era un caso de referencia. De una parte, el ciudadano permanecía celoso guardián de sus derechos individuales, y de ello deberíamos aprender, y mostraba cierta impertinencia cuando recibía órdenes de prevención de salud. Llamaba a su anterior confinamiento "inteligente", no había hecho antes cuarentena, ni acaso distanciamiento social exigente. En vísperas electorales, Rutte, la cara señoritinga de Europa, que daba lecciones a los países del sur y profesaba una encubierta inmunidad de rebaño, preguntaba tapándose la boca a Sánchez y Conte qué recetas aplicaban en España e Italia.

Por aquí somos fieles al harakiri nacional y nos hemos acusado de haberlo hecho todo al revés. Pero no era tan inteligente el norte y tan bestia el sur. Ni el famoso alarde del comportamiento social nórdico resultó tan fiable frente al exceso de afecto latino. Era más simple, el virus no respeta moldes culturales y salpica a todos por igual. Solo funciona la corta y vertiginosa experiencia que hemos adquirido para combatirlo. De ahí las medidas y normas de protección. Aún con vacuna viviremos atados al nuevo código de conducta una larga temporada, hasta que escampe el temporal, dicho en español y en holandés.

¿UN AÑO CON FINAL O ERA EL TRÁILER?

Me sorprendo preguntándome en la inmensidad del espacio abierto si

cuanto ha acontecido abajo, bajo mis pies, ha sido un año con final o el tráiler de una película que no termina el 31 de diciembre. ¿Y si todos subieran a un globo como yo y se evadieran? ¿Se elevaría hasta aquí el origen del mal, o una vez sin público haría mutis por el foro? ¿Por qué en lugar de confinarnos, no volar en globo hasta una altura de seguridad?

18
LAS REDES INVOCARON TANTO EL APOCALIPSIS QUE SE HIZO REALIDAD

"Aunque muchos me rodeen, sigo estando solo".
(Flaubert)

LOS HECHOS ACUDIERON AL RECLAMO DE LA IMAGINACIÓN

Es una manera de interpretar los hechos. De tanto crear las condiciones, de dibujar el fantasma en el espacio virtual y de imaginar unas circunstancias semejantes, acaso ¿no habrán acudido los hechos a ocupar el sitio que la imaginación colectiva en las redes les había creado sin medir las consecuencias?

EN LA CIUDAD DE LAS MÁSCARAS LA REALIDAD SUPERÓ A LA FICCIÓN

Siendo Santa Cruz de Tenerife, como dijimos, la ciudad del Carnaval por excelencia, el lugar a donde van a parar las máscaras unos días al año, en esta ocasión se alteraron los factores, y la máscara se implantó un año casi entero, y con carácter obligatorio, siendo el carnaval un acto voluntario. Pusimos de manifiesto la contradicción, cómo el virus contravino la costumbre y subvirtió la tradición. La ciudad sucumbió ante la inesperada hegemonía de la máscara. Era como si Venecia fuera el mundo entero todos los días y en todo instante. Como si Santa Cruz de Tenerife erigiera su transformismo en hábito y la careta de la isla se deslizara en la larga noche del tiempo invadiendo todas las orillas del globo a su alrededor hasta cubrir con su máscara los hemisferios. Y esa sensación mayúscula de Carnaval antivírico hizo que se perdiera el hecho diferencial por mor de la orden imperativa de llevar mascarilla indefectiblemente para protegerse del patógeno. Y el alcalde, con toda lógica, se rindió a la evidencia y suspendió corporativamente la fiesta por esta vez hasta mejor ocasión en que las multitudes puedan volver disfrazadas a la calle, por voluntad propia, sin mandato de ningún tipo. Hasta entonces, la isla del Carnaval es el mundo y carece de sentido celebrar la fiesta en el ámbito íntimo de unas calles de una ciudad concreta. Cuando vuelva la fiesta, será señal de que el mundo está curado. Y el jolgorio honrará la máscara, devolviéndole su rol natural, de ocultamiento travieso y engañador, ya no de embozo terapéutico. Sobrevolar ese espectáculo resultará emocionante, y ese viaje en globo tendrá en mi caso, entonces, una secuela de nostalgia por cuanto se cuenta en estas páginas.

EL AÑO DEL FIN

Entre las rarezas de este año tan insólito en todos los aspectos, sorprendió el hermetismo de Francis Fukuyama, a cuya advocación liberal enmendó la plana el mismísimo papa. Su fin de la historia (1992) con el fin de año, el año

del fin, está aquí y el profeta no dice esta boca es mía. No busquemos lógicas al margen en este año finisecular. Busquemos a Francis Fukuyama a ver dónde se ha metido. Su 'fin de la Historia' se torna un brindis al sol. No es el fin de las ideologías del siglo XX, el imperio del libre comercio y el nuevo reinado de la economía. Es el fin de la economía y de la política juntas, arrumbadas al desván del tiempo rezagado por la irrupción de los nuevos desafíos de la salud humana. Y es el comienzo del nuevo orden con la ciencia a la cabeza, con los científicos en la proa, anticipando las vacunas del futuro. Ya la política no podrá abstraerse del bien común de la salud y la fortaleza de los sistemas sanitarios públicos, porque esa será la verdadera defensa en el nuevo tiempo que se inaugura. Las vacunas y las terapias de la emergencia, como verdadero arsenal frente al enemigo que acaba de llegar y se quedará para siempre, engendrando un permanente estado de guerra entre los virus y los anticuerpos. Y todo lo demás girará alrededor de ese estado biológico de las cosas. La epopeya del siglo XXI es esta. El reequilibrio de fuerzas. La globalización -cuya manifestación acerba es el virus- exigirá, en el nuevo escenario, la conformación de alianzas entre estados en aras de una defensa común de la salud, y la geografía no se limitará ya a establecer fronteras territoriales. Las uniones europeas, americanas, asiáticas y africanas serán -deberán ser- comunidades globales de cooperación sanitaria y, por ende, económica. La política habrá de hacerse un hueco en ese ranking de poderes y alzarse como el sastre que teje esas costuras del nuevo mundo.

LA CANCIÓN, LA FRASE, LA BANDERA DEL AÑO CREPUSCULAR

En España se recuperó durante el confinamiento un viejo tema del dúo Dinámico, 'Resistiré'. Pero pronto pasó de moda. "Vienen meses muy duros", repitieron los gobernantes, y el mantra arraigó en el subconsciente general, acaso valga como latiguillo del año. O cualquier otra de las muchas expresiones que se dijeron. Y la bandera bien podría inventarse. No se agitó ninguna en particular. Si el ave del año es la codorniz común, diseñemos una enseña con ella y sobre-

volemos las cabezas, las azoteas, los puentes, las autopistas y las colas en hora punta que no tardaron en volver en cuanto salimos del confinamiento. La señora codorniz tiene la palabra, domo en su día en España llevó su nombre una famosa publicación contestataria de humor ingenioso e inolvidable.

LA OMS LA CLAVÓ: AÑO DE LAS ENFERMERAS

Fueron, en ocasiones, el familiar escoba que sustituyó a los hijos, padres o cónyuges, a quienes se negó despedir al enfermo terminal por motivos de seguridad. Muchas enfermeras murieron contagiadas en esta pandemia. La OMS quiso así recordar a Florence Nightingale (la enfermera británica pionera que rompió una lanza por la igualdad cuando ingresó en la Royal Statiscal Society) en su nacimiento 200 años atrás. La ONU también había declarado 2020 como el año internacional de la sanidad vegetal.

365 DÍAS PARA OLVIDAR Y UNO PARA REDIMIRNOS

Los años bisiestos se las traen. Solo cabía esperar una sorpresa grata en el día sobrante, un colofón que compensara tanta desolación. Ese día 366 flotó todo el tiempo como el talismán del año de la mala suerte, el clavo ardiendo al que aferrarse, el ancla y salvavidas. Y acaso ese día que llevara la contraria a los otros 365, como un aliado de la especie humana, rebelde y protector sea el que nos haya deparado las pocas luces que brillaron en el árbol de alguna parte que pudo estar en un bosque, en un oasis, en una casa cualquiera a la espera del papá Noel puntual, o que estuvo en nuestra imaginación. El árbol del día benefactor del año bisiesto que nos arruinó la vida. Y ese árbol sea el que reforeste el mundo, luminoso y vital.

2020, AÑO 0

Todo retornó al cero, incluso el turismo. Se erigió en dígito y sinonimia de un año vacío.

EL ABRAZO DE LA TIGRESA AL ABETO

Fue declarada la mejor fotografía de vida salvaje de 2020. No es una imagen trucada y contrasta con la suspensión de los abrazos por el virus. La tigresa rodea con sus brazos el abeto y ese instante, captado por el fotógrafo, ganó el Wildlife. Toda una premonición. Una imagen preciosa.

LOS OBITUARIOS DE ANCIANOS SE MULTIPLICARON Y LA ESPERANZA DE VIDA SE RESINTIÓ

Luis Sepúlveda, el autor de 'Un viejo que leía novelas de amor', se fue con 70 años en la riada de la COVID.

¿PODRÍA 2020 HABER SIDO EL MEJOR AÑO DE LA HUMANIDAD?

La pregunta no deja de ser inquietante. Plantea tantas opciones. En adelante viviremos con la obsesión de ese año en blanco que nos deben. Tendremos la edad de un año menos. Y el año encantado que ande en alguna parte se convertirá en una aparición latente. Alguna vez creeremos estar viviendo dos años juntos, pues el que nos robaron, ese 2020 que no conocimos, entrará a ráfagas en nuestras vidas, quizá poco a poco, en porciones, queriendo ocupar su espacio, sus meses, semanas y días. A él también le deben un lugar. Y a nosotros nos quedará esa intriga, ese mito, el extraño fragmento del tiempo que fue arrasado por un virus.

EL DRAGÓN QUE EXPELE AEROSOLES DE COVID POR LA BOCA

Los científicos discutieron mucho sobre la posibilidad de contagio por el aire, como pusimos de manifiesto, dudaban de si el virus volaba en aerosoles. Añadamos algo. Hicieron comprobaciones hasta dar con una conclusión certera. En determinadas condiciones de falta de ventilación, en circuitos cerrados y en circunstancias tales que la gente se pusiera a gritar, a dar voces enérgicas como si disparara con saliva, era posible que el SARS-CoV-2 emigrara

por el aire en pequeñas gotitas supermanes o como en una escena de Star War. De ahí se derivaron otras consecuencias. Se prohibió cantar en las misas. La ópera dispuso la distancia a la que el público estaba a salvo de la ira del tenor.

¿EN QUÉ PAÍS EL PUEBLO NECESITA UN DIVÁN CON URGENCIA?

El interés por las armas bate récords en Estados Unidos. El país no solo necesita médicos intensivistas para combatir el virus bronquial, sino un ejército de psiquiatras para derrotar al virus mental.

NOSTALGIA DE ADOLF HITLER, COMO LO OYEN

En Europa es manifiesta la añoranza del Führer. Grupos de ultraderecha anhelan ver los prados reverdecer con esa semilla del infierno. Era hasta cierto punto una lógica de la logia del año más cruel que se recuerda. Pero… Mala noticia en Grecia: Amanecer Dorado es condenado por organización criminal. Y, anecdóticamente, en Namibia arrasa en las elecciones municipales un candidato que se llama Adolf Hitler, y que, por suerte, se disculpa por la mala idea que tuvieron sus padres al nombrarle. Pero en el ánimo de muchas organizaciones políticas integradas en el sistema democrático no se ocultaba una querencia hitleriana inquietante. Media Europa, y la propia Alemania origen de ese virus que provocó la II Guerra Mundial, viven en el temor de que tales fuerzas alcancen un día el poder. No es improbable. Y entonces, el fantasma de 2020 sobrevolará de nuevo nuestras cabezas, como si en efecto el futuro se hubiera hibridado con el pasado en una infausta mutación. Y no tendríamos vacuna capaz de salvarnos de esa epidemia. Pensemos en esto con la experiencia de lo vivido en carne propia en 2020. Si el virus de la ultraderecha, que se contagia entre humanos, prospera y gana el pulso a la democracia y la libertad, habremos perdido no la guerra, ni la vida, sino el alma.

CUANDO EL VIRUS EMPEZÓ A AULLAR HUBO MENOS LOBOS SOLITARIOS

Fue dicho y hecho. El virus acaparó toda la escena. Y los terroristas islamistas, tan activos hasta entonces, sembradores de un miedo cerval entre los ciudadanos de cualquier rincón del planeta a ser atacados por lobos solitarios en plena calle, arrollados por coches en marcha, o acuchillados salvajemente mientras paseaban, parecieron remitir, y así fue en gran parte del año. Pero no se habían impuesto las buenas conductas universales, ni mucho menos. En cuanto el virus se hizo consuetudinario, volvió la yihad, la venganza repulsiva y el juicio por los atentados en Charlie Hebdo en 2015 en París, la revista satírica que había publicado caricaturas de Mahoma, cuya sentencia condenó a los catorce acusados por la matanza a penas que oscilaron entre cinco años y cadena perpetua, y en particular a Ali Riza Polat, cómplice en los tres ataques de aquella jornada sangrienta, a 30 años de cárcel. En Francia se desató un agrio debate sobre el islamismo radical. Un profesor, Samuel Paty, fue decapitado en París en octubre de 2020 por mostrar en clase unas caricaturas del profeta. Y este hecho derivó en la caza de los alumnos que lo habían delatado por exhibir las viñetas en el aula en el aniversario de la masacre. El presidente, Emmanuel Macron, que venía de enfrentarse en sus tres años y medio de mandato, a la revuelta de los chalecos amarillos, encabezó una campaña para contrarrestar el islamismo terrorista, y se vio obligado a defender sus ideas y consignas frente a los más duros ataques hacia su persona desde dentro y fuera del país. Recep Tayyip Erdogan, el presidente turco, puso en duda su salud mental. Hubo cosas que el virus no pudo cambiar. Por doloroso que resulte, los nuevos atentados callejeros devolvieron a la calle los miedos reconocibles anteriores a la pandemia, y fue como regresar a la terrible normalidad pre-COVID. Todo, incluido esto, invitaba a evadirse en globo. Pero aquí abajo era donde estaban las raíces del conflicto humano de nuestro tiempo. Y no procedía otra cosa que tener los pies sobre la tierra. No siempre era posible

volar, ni siquiera con la imaginación, atrapados en la realidad de los hechos de un año crudo, como caído del árbol a destiempo.

Y TODOS JADARIOS A LOS DIEZ MESES

Ahora solo cabe imaginar cómo será la vida cuando regresemos a la normalidad, si habrá condiciones para entonces sobre las que asentar una sociedad que se parezca a aquella. Porque debemos invocar cuanto antes un estado de cosas convencional, sencillo y confiable. Uno de los síndromes que vamos a arrastrar una larga temporada cuando todo esto acabe es la desconfianza y la aprensión. Nos hemos vuelto suspicaces, retraídos, ermitaños. Cancelamos la agenda de contactos, porque nos han cincelado en diez meses para vivir diez años acojonados, no socializar, ser huidizos y solitarios (a riesgo de ser menos solidarios bajo ese recelo), en favor del círculo conviviente, cuán magno dogma. Cuando llegó el weekend del Halloween fuimos apercibidos -con llamadas al orden- para cortar por lo sano las fiestas del aquelarre; si nos pasábamos de la raya extramuros de la casa o la ciudad con vecinos o parientes sin catalogar, y con el semáforo en rojo, nos jugábamos el confinamiento, la trena. Los disturbios de Europa y las plazas españolas más candentes en contra de las restricciones por el acelerón del virus anunciaban a la contra un nuevo cisma: el de los negacionistas, capaces de cerrar filas con el virus contra los gobiernos.

Cada nuevo mes era una prueba de fuego como la de Julio César. Si cruzábamos el Rubicón, alea iacta est (la suerte está echada). La reprimenda por la jarana nos podía salir cara, otro encierro a cal y canto. Para esclavos ya instruidos, bastó que España decretara seis meses de estado de alarma sin un píleo de libertad con tantos meses por delante. Todos, menos los reacios, asintieron. El 14 de marzo del primer decreto quedará para siempre como nuestros idus de marzo, que han llegado, pero aún no han acabado, como dijo el vidente romano. “¡Cuídate de los idus de marzo!”, hagamos

caso al inglés que de eso hizo un drama.

Hubo un tiempo en que el año romano duraba diez meses y empezaba en marzo; el décimo era diciembre. ¿Qué decálogo hacer de los primeros diez meses de 2020?, nos preguntamos en noviembre. Por citar, citemos algunos hechos. Del amago de guerra en enero de Estados Unidos e Irán, tras atentar Trump contra Qasem Soleimani, el general iraní, habíamos llegado a la orilla del hallazgo de agua en la luna. Un glosario de acontecimientos jalonaba el año enmascarado, con el primer gobierno español de coalición; el 'brexit'; la calima del fin del mundo; el hundimiento del petróleo en los mercados; el primer vuelo privado con astronautas al espacio; el exilio de ida y vuelta del rey Juan Carlos; el envenenamiento ruso de Navalni; el pucherazo de Lukashenko y las revueltas de Bielorrusia… Tendríamos para hacer un inventario sin aburrirnos. Y sin mencionar al innombrable.

Podíamos hacer esa semblanza provisional del año, al décimo mes, ignorando, en efecto, la tiranía del virus, como hacía el personaje, tan socorrido en estas páginas, de Roberto Benigni en 'La vida es bella', que convertía el campo nazi ante su hijo en una mentira piadosa. Podríamos sorprendernos haciendo apología de un año extraordinario, como dirían los locos de Radio La Colifata. Asegurar a pie juntillas que ha sido, estaba siendo la mayor experiencia de superación de nuestras vidas. Y que el suplicio del recuento diario de muertos, enfermos y altas no nos estaba afectando tampoco tanto. Que es cierto que algunos niños dormían con las manitas cerradas en puño para no tocar las sábanas por temor a contagiarse, pero que siempre hubo trastornos compulsivos y no es nada de particular. Que era toda una aventura atravesar mes a mes este año bisiesto, haber llegado al décimo, y que era una lotería estar vivos y poder contarlo. Que cuando Europa se volvía a confinar (porque, de pronto, el virus se recreció e inundó Alemania, Reino Unido, Francia, Italia y Países Bajos, en tanto España se apretaba el cinturón con restricciones prenavideñas en cascada), nada impedía que a nosotros nos

sucediera lo mismo, como cuando nos encerraron manu militari y el Ejército vigilaba las calles y no nos dejaban circular , como cuando a las siete de la tarde todos salíamos a las ventanas a aplaudir a los sanitarios, a los bomberos y a la policía, que nos prohibía salir a pasear siquiera con la crisis de ansiedad inevitable de aquellos días, y hubo detenidos y hasta presos por saltarse la cuarentena, pero aplaudíamos por aplaudir con ganas, con rabia, con lágrimas, con gel en las manos.

Podríamos repasar los mejores recuerdos de una letanía de hechos sin acritud y con sus momentos divertidos. De cómo nunca hubiéramos sabido, si no es por 2020, que se podía vivir sin fútbol, sin cine, sin cafeterías, incluso sin ir al trabajo, recluidos en casa a machamartillo, y atiborrarnos en el sofá en un mundo de gordos, jadarios y sedentarios universales. ¡Lo que nos ha enseñado este condenado año maldito…!

Nos ha dado una lección de humildad, pues todos somos iguales ante el virus, ante el oprobio del virus. ¡Qué demostración más ejemplarizante y cruel! Nos ha quitado la venda de los ojos y nos hemos puesto la mascarilla en la boca sin pretextos. No es tiempo de remilgos. El que no entrara en razones acababa en la UCI. Nunca le vimos las orejas al lobo tan cerca. Ya podemos decir que sabemos lo que es una pandemia, esta sí que es una experiencia que podemos contar. Ver para creer. Hemos visto a Boris Johnson al borde de la muerte. Y a Trump toser con cara destemplada. Y a otros jerifaltes no los hemos vuelto a ver, como a Kim Jong-un, que se lo tragó la tierra. Diez meses como diez mandamientos, como los diez dedos de las dos manos, y nos han parecido diez años por lo menos. Podríamos ser los fantasmas de una raza extinguida. Pero seguimos al pie del cañón, cumpliendo las normas, viendo las barbas del vecino arder y poniendo las nuestras a remojar. Francia, Alemania, Bélgica, Chequia, Holanda, Italia, Gran Bretaña, Austria, Portugal… En todas partes cuecen habas. Y en estas pequeñas islas descreídas no quedaba otra que remar, seguir remando hasta el infinito y más allá.

LOS PRECIOS DEL PETRÓLEO SE RESINTIERON

La pandemia hundió los mercados petrolíferos. Y dejó una historia de buenos y malos poniéndose zancadillas. Los precios del crudo cayeron a negativo.

INEVITABLEMENTE, HEMOS TENIDO QUE RELEER EL LIBRO DEL APOCALIPSIS

La sensación del desenlace llevó a más de uno a tomar entre sus manos los libros sagrados, entre ellos el del Apocalipsis, queriendo leer en algún pasaje cómo termina todo. Pero nada de lo que nos pasaba estaba escrito. Éramos como ese oso de Flaubert, encaramado en su témpano del polo olvidado en la tierra.

LLEGÓ EL INFORME AROPE PUNTUAL A LA CITA: LOS POBRES SE YERGUEN EN SU CIMA

Una radiografía de la exclusión volvió a poner colorados a los responsables públicos. Aunque esta vez compartían el banquillo de los acusados los gobiernos y el asiento vacío del espectro presentido por todos. Pues la miseria no era en esta ocasión responsabilidad exclusiva de las autoridades, sino, sobre todo, del virus que dinamitó la economía y siguió amontonando pobres. Las colas del hambre se popularizaron como nunca. Eran habituales y kilométricas en las calles de las ciudades, en los días señalados para el reparto de las bolsas de la caridad. No eran imágenes del romanticismo dolorido de Dickens, sino escenas monumentales de hambruna en llaga viva, en el siglo más avanzado de la historia y más herido en su orgullo.

JACINDA ARDERN, EN NUEVA ZELANDA, REELEGIDA TRAS LA PANDEMIA

Su caso, ya citado otras veces en estas páginas, resultaba paradigmático. Tuvo el reto de gobernar bajo la pandemia y salir ilesa. Las elecciones en su

país, Nueva Zelanda, fueron después objeto de estudio. Un fenómeno transitable para recobrar la fe en la democracia en el año que la tiró por los sueños y la pisoteó. Valga retomar su ejemplo a estas alturas del libro.

BEETHOVEN, EN EL 250 ANIVERSARIO DE SU MUERTE, SONÓ EN EL MAYOR TELESCOPIO DEL MUNDO

El director honorífico de la Orquesta Sinfónica de Tenerife, Víctor Pablo Pérez, mencionó las circunstancias que hacían excepcional el concierto que se grabó en el Grantecan, bajo el cielo del Roque de los Muchachos, en La Palma. La sinfonía Heroica del genio alemán es una obra única, cósmica, universal, que evoca el abrazo de los seres humanos en un momento trágico. Leonard Bernstein solía decir que Beethoven había tomado prestada la obra del cosmos, porque esa pieza ya existía alojada en ese lugar mágico como no podía ser de otra manera. Víctor Pablo Pérez añadió que si un extraterrestre oyera la grabación hecha ahora, en pleno 2020, en el mayor telescopio del mundo, en la isla canaria, diría que ese planeta -este- está sufriendo.

GALDÓS, DELIBES...

Si en medio del aturdimiento general hubo razones para volver a las páginas de algunos célebres clásicos como Galdós y Delibes, por sus centenarios, fue signo de que no habíamos perdido el gusto y el paladar del todo, pese a que el virus los anulaba entre sus primeros estragos. A veces, el 'globero' se permite el lujo de leer a Galdós en lo alto de la noche con ayuda de la luna bajo el arrullo ondulante de un tenue zig zag. Después desciende y arriba queda el buen sabor de boca que cae también flotando entre la brisa.

LAS MAYORES CATÁSTROFES NATURALES RECUERDAN EL PELIGRO DE COLAPSAR

No solemos relamernos las heridas de la Tierra, pero son también nuestras,

de sus habitantes, que dependemos de su integridad física. El planeta tiene sus problemas de salud, que son, a su vez, los nuestros, como toda casa y sus moradores. Algunas catástrofes naturales han de hacernos reflexionar. El año nos creó ese estado de alerta. Algo que agradecerle en medio del reproche general.

19
ALMUERZO EN LO ALTO DE UN RASCACIELOS. ¿DE VERDAD ESTABAN SIN ARNÉS?

"Uno no debe mirar al abismo, porque en el fondo hay un encanto inexpresable que nos atrae".
(Flaubert)

LOS TRABAJADORES DESAFIANDO EL VACÍO

La foto es una de las más conocidas de la historia. Y hasta un navegante en globo siente vértigo ante la idea de que la imagen sea real, no esté trucada. Un grupo de once trabajadores conversa y come en un alto de la faena, sentados en una viga, sin arnés, a 260 metros de altura. La foto es de 1932 (el 20 de septiem-

bre) en Nueva York, en mitad de la Gran Depresión, y apareció publicada en el New York Herald-Tribune el 2 de octubre. Quienes han estudiado la historia de esta foto aseguran que es auténtica, pertenece a una época en que los rascacielos se construían sin las garantías actuales contra la siniestralidad laboral. Debieron de producirse accidentes mortales que se ocultaron bajo una norma no escrita de silencio en aras del desarrollo industrial, para no frustrar los desafíos por motivos de seguridad y sin que ello pudiera disfrazar un evidente desprecio por la vida de los parias de ese progreso: los albañiles de los rascacielos neoyorquinos simbolizando así a toda la clase obrera del siglo XX. Pero la imagen no es casual, es un posado publicitario para promocionar el edificio gigante, el RCA en el Rockefeller Center, después conocido como Edificio GE y finalmente rebautizado como Comcast Building. Una mítica mole de estilo art déco que en la actualidad aloja a la NBC. Los trabajadores (albañiles experimentados) son reales y su temeridad también lo sería. Entonces, buena parte de las fotos en prensa eran anónimas, pero esta la reivindicaron los herederos de Charles Clyde Ebbets, director fotográfico de Rockefeller Center. La foto resucitó en los medios de comunicación durante la pandemia como un recuerdo de otros riesgos y avatares superados en el tiempo. Y fue contraportada de DIARIO DE AVISOS en el curso del 130 aniversario de la fundación de nuestro periódico, testigo de aquel boom inmobiliario de Nueva York de los años 20 y 30.

NUEVA ANORMALIDAD

La vuelta a una vida cotidiana dentro de la normalidad fue un contrasentido. Nada podía volver a ser normal si para relacionarnos unos con otros debíamos cubrirnos la cara con mascarillas y estar a un metro y medio de distancia. Confundimos el concepto. No se debió hablar de una nueva normalidad, sino de una nueva anormalidad. "Mi vida es un lago, un estanque quieto donde nada se mueve, en donde nada sobresale. Cada día que pasa se parece al anterior" (Flaubert). En ese lago chapoteamos a lo largo y ancho de 2020. Gentes con máscaras que no bailaban ni reían… lloraban.

LA REVOLUCIÓN TRANQUILA DE JOE BIDEN

No nos cansamos de celebrarlo. Queremos volver a hablar de Biden. Bien, Biden no es Obama, pero su perfil bajo de político discreto, sin discurso ni frases memorables, caía bien por término medio. O sea que el pausado demócrata ejercía de hombre bueno, de bombero providencial que llegaba a tiempo, el llamado a arreglar el problema: el mundo. En 'La fiesta del Chivo', de Vargas Llosa, todos miraron a Balaguer, en un rincón, desapercibido, y coincidieron en que el hombre apocado debía cubrir la vacante del vacío de poder cuando Trujillo, el dictador, cayó abatido en el atentado que muchos habían deseado en silencio.

Trump era el disruptivo en 2016, el experimento con gaseosa, el heterodoxo Frankenstein que ganaba a las encuestas después de que lo hicieran el 'brexit' y el no en el referéndum colombiano del acuerdo de paz. Todavía no habíamos probado su medicina, ajenos al caos de que era capaz y a que le seguiría una cadena de desgracias, como el detonante de un efecto simpatía, hasta este ictus mundial que ha colapsado el destino global de la gente. Como una premonición de que todo puede empeorar. Por eso, el hombre tranquilo que encarna Biden, de raíces irlandesas, apodado Celtic por el Servicio Secreto de su país, el eterno senador y veterano demócrata experto en política exterior, el exjugador de fútbol americano que se opuso a la Guerra del Golfo, que da nombre a una ley contra el crimen y propone limitar la venta de armas, se convertía en una especie de pacificador que nos prometía la vuelta a la calma. Su ticket con la afroamericana Kamala Harris marcaba distancia con Trump, que había demostrado ser racista, además de machista y déspota. Biden era el antiTrump, el antídoto del virus. Aquella llamada telefónica de Trump al presidente ucraniano Zelenski para que socavara la imagen de su oponente con información contra su hijo lo impulsó en esta tercera oportunidad, como si Biden tuviera tres vidas superpuestas, la de los años 80, cuando un plagio en un discurso y dos aneurismas cerebrales lo apartaron de la carrera presidencial; la que le apeó de nuevo

en 2007 ante el destello de Obama, que le hizo después vicepresidente, y esta tercera que era la de su consagración.

¿Recuerdan a Sarah Palin, la número dos de John McCain, la divinidad del tea party, semilla de este fanatismo a degüello, que enarboló a finales de año el preceptor de Trump, Steve Bannon, con la alegoría macabra de colgar las cabezas del director del FBI y del mayor epidemiólogo americano "en picas a cada lado de la Casa Blanca"? Biden la borró del mapa en el mejor debate electoral que se le recuerda siendo candidato a la vicepresidencia con Obama. Amigo personal de McCain, ha visto ahora que la viuda del senador fallecido, la mujer que más odia a Trump por haber tachado a su marido de cobarde en Vietnam, hasta vetar su presencia en el entierro, hizo campaña por el demócrata en Arizona. Fue un puñal republicano en la espalda de Trump. Como lo fue la traición de Fox, su cadena amiga, arrastrada por la evidencia de los demás canales de que el presidente mentía invocando el "robo" electoral de Biden con el mantra goebbeliano de los "votos ilegales", como si fuera Zeus maldiciendo a Prometeo por sustraer el fuego en el tallo de una cañaheja. Los medios le cortaron la señal en el discurso en que lanzó la falsa acusación. Luego, hemos podido repasar la escena de Ciudadano Kane, donde el periódico sensacionalista del magnate elige la portada trucada prevista como plan B para el caso de que no saliera elegido gobernador: Fraude en las urnas (Fraud at polls!), se podía leer a toda plana, faltando conscientemente a la verdad. Trump plagió el jueves a Orson Welles. Y más tarde, The New York Times reveló que, en la ofuscación de la derrota, llegó a barajar la idea de invocar la ley marcial para anular las elecciones en los estados donde perdió, desplegando a tal efecto las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. En la acalorada reunión de la Casa Blanca donde barajó semejante eventualidad, sus asesores se opusieron.

Cuando irrumpió Obama en 2008 ("yes, we can"), el mundo no había perdido aún el último resto de inocencia: había guerras y paz en un pulso convencional de la Historia; las crisis se debían a causas económicas reconocibles; el

cambio climático era nuestro principal quebradero de cabeza; las avanzadas tecnologías anunciaban el despegue de la inteligencia artificial y la robótica; la gente se moría como McCain de cáncer y problemas cardiovasculares; nos esmerábamos en dejar de fumar y hacer deporte para aumentar la esperanza de vida; alardeábamos de la longevidad de la especie y teníamos tantas diversiones opcionales que no parábamos el pie en casa. El mundo y su metáfora, EE.UU., necesitaban un líder de masas, un Mesías, un orador romano, osado y carismático que diera sentido a aquella tormenta de vida explosiva. ¿En qué momento se jodió el mundo? Toda esta pésima carambola coincidió con el trampantojo de Trump, cuando el manazas golpeó bruscamente la esfera terrestre de sobremesa y el globo comenzó a girar al revés.

Estas elecciones de la Casa Blanca han sido la hipotenusa, el lado opuesto a esa realidad contrariada de los cuatro años de Trump, némesis de Obama y del sentido común. La masiva participación electoral, la mayor en más de cien años, explica la emergencia de esta cita con las urnas. Nos iba en ello el destiempo en que habíamos caído, el naufragio sin brújula. En tanto Trump cogía gusto al poder vimos con qué temeridad tentaba una guerra de destrucción masiva, como si tamborileara con el dedo junto al botón nuclear rodeado de cardiacos colaboradores. Sus cortes de mangas al multilateralismo, a la ONU, a la OCM, a la OMS y a cuantos le llevaran la contraria. Su ideología supremacista y reaccionaria, el trumpismo, quedó retratada en la rodilla de aquel agente que describimos asfixiando a George Floyd como a un muñeco de trapo. Cuatro años de pandemia de Trump. Y lo hemos resistido. Cuando el coronavirus destrozó nuestro hábitat por completo, cambió las reglas de juego y mandó a los ancianos a la UCI, todos nuestros cánones se cayeron del pedestal y entramos en una era sin pilares, como diría Flaubert. Urgía un baño de estabilidad.

Si ha vuelto la razón, si los hooligans con rifle que desafiaban el escrutinio regresaban a casa y los jueces conservadores del Tribunal Supremo anteponían salvar la democracia a salvarle el trasero a Trump, quizá un hombre tranquilo,

con la edad de los papas, fuera capaz de reconducir el mundo y dejarnos en herencia un camino de nuevo por donde andar sin miedo a encontrarnos los unos con los otros. Así fue, hasta el momento de narrar estos hechos. El Tribunal Supremo dio la razón a Biden rechazando el último intento de sus leales, la demanda del fiscal general de Texas, Ken Paxton. "Texas no ha demostrado un interés reconocible judicialmente en la forma en la que otro estado celebra sus elecciones". Fin de la demanda, tras este veredicto del alto tribunal. Ni la polémica Amy Coney Barret, ni los otros jueces designados a posta por Trump secundaron sus desvaríos. El propio fiscal general, republicano y afín, ratificó la limpieza del proceso. Y el Colegio Electoral zanjó el culebrón. Biden ganó a su rival por siete millones de votos de diferencia: 306 frente a 232.

LA FAMILIA BURBUJA DEL NUEVO ESTILO DE VIDA

La llamada familia burbuja, que hemos venido describiendo, extendió su vigencia hasta el último día del año, consagrando un nuevo estilo de vida, sin relaciones sociales, convertidas en un riesgo de salud de primer orden. En Europa se prohíben con naturalidad reuniones de personas de hogares distintos, algo que chirría en los oídos de quienes habíamos vivido en un mundo interconectado. Se refunda la convivencia, reducida a cada familia burbuja como medida de seguridad.

BAKSY NO SE DEJA VER, PERO EL NOS VE

El misterioso artista grafitero reapareció en los muros de algunas calles londinenses con sus obras ambulantes de sátira social. No se deja ver, pero él nos ve.

DE FELICES AÑOS 20 A INFELICES AÑOS 2020

Tuvimos la tentación de querer creer la vuelta de los felices años 20, pero el virus nos aguardaba detrás de la mampara.

CUANDO ESPAÑA ALCANZÓ EL MILLON DE CONTAGIADOS NO SE LO CREÍA

Cuando en la isla de La Gomera fue detectado el primer caso, un turista alemán, el 31 de enero, ya dijimos que el coronavirus de Wuhan parecía lejano e irrelevante. Hubo risas y chistes. Sería algo pasajero, insignificante. En realidad, cuando se alcanzó el millón de contagiados oficiales en España, se trataba del triple de esa cifra redonda, cuyos centenares de miles de muertos escuecen en la memoria colectiva, no apta para semejante shock.

PERO LA SALUD SIEMPRE NOS INQUIETÓ. EL CÁNCER ERA EL CORONAVIRUS, SOLO QUE NO SE CONTAGIABA

Cuando estalló el Sida, se extendió el temor al contagio y hubo una psicosis colectiva. El cáncer es más temible que el coronavirus, pero se convive mejor con él, porque no existe aprensión al contagio. Una madre soltera con una hija de escasa edad es diagnosticada de cáncer y teme por la persona que depende de ella, como un árbol de una sola rama vela por el fruto solitario que pende de ella. Todos somos árboles temiendo caer y dejar huérfanas a nuestras hojas e hijos e hijas. La vida siempre fue así, no ha cambiado nada esta pandemia.

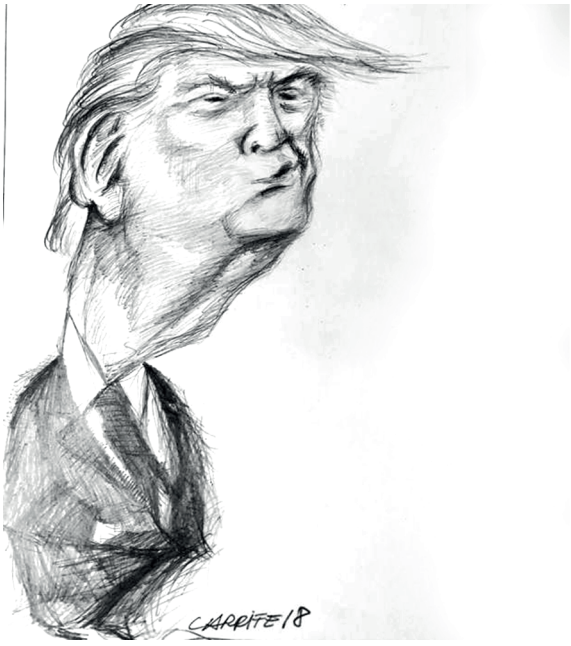
CUANDO DARWIN SUFRIÓ CUARENTENA Y EL MUNDO NO HABIA EVOLUCIONADO TANTO

Entonces, el 6 de enero de 1832, el que iba a ser padre de la teoría de la evolución de las especies se quedó sin poder desembarcar en Tenerife, la isla mito de su referente, Humboldt, en el que había leído las maravillas del drago de Franchi en La Orotava y el ascenso al Teide, y su gozo cayó en un pozo. En su diario de viaje escribió: “Cuando nuestra ancla había tocado fondo en la bahía del puerto de Santa Cruz de Tenerife, se aproximó un bote de sanidad marítima que transportaba al vicecónsul británico, varios oficiales de cuarentena, y al médico de la salud que, tras escuchar de dónde veníamos, nos dijeron que sería

imposible concedernos permiso para desembarcar hasta que no realizáramos una estricta cuarentena de doce días de duración, debido a que procedíamos de Inglaterra, donde había una epidemia de cólera, enviándonos a permanecer frente al Lazareto". El capitán del Beagle gritó: "¡Arriba el foque!", levó anclas y puso rumbo a las islas de Cabo Verde. Las Islas Canarias lo vieron irse llevando consigo el sueño de Darwin, años después convertido en un naturalista célebre. Las pestes alejan a las gentes.

VERSION DEL AÑO 20 DE UN NIÑO DE DIEZ AÑOS

Ángel se esperaba otro año para cumplir diez, pero ha tenido que conformarse con el año mal encarado de los dos patitos feos. Dice que ha procurado no entristecerse, jugar mucho -aunque lo ha hecho, sobre todo, por Internet, y admite que le ha traído problemas con los padres por la inevitable adicción a los videojuegos-, tocar el piano, leer a Harry Potter, dibujar con lápices de colores y retozar con Teddy, su mascota y casi hermana, la coneja comecables, que roe las paredes y se hace pis en el sofá. Cuando el año ya terminaba, celebró, al fin, su cumpleaños. Un acto sencillo, con pocos amigos, dado que la isla estaba en semáforo rojo. Sopló la vela mentalmente para evitar gotitas de saliva en el aire, después se puso como de costumbre la mascarilla y a verlas venir.



20
LA CUENTA ATRÁS Y EL SÍNDROME DE FLAUBERT

"A los ídolos es mejor no tocarlos: algo de su dorada capa se queda inexorablemente entre los dedos".

(Flaubert)

EL PRINCIPIO DEL FUTURO NUEVO MUNDO

La cuenta atrás de un hipotético reloj del principio del futuro nuevo mundo tras esta pandemia tiene comienzo con la vacuna y las elecciones en Estados Unidos. Aquel otro Reloj del Juicio Final, de los científicos atómicos norteamericanos, ha sido, sin duda, un simulacro gráfico y premonitorio de los momentos

críticos que acompañaron a la población mundial tras los bombardeos sobre Hiroshima y Nagasaki. El simbólico despertador ha estado aproximándose a la hora fatídica, este año, tras el arrebato de la Historia en el colmo del miedo a una catástrofe.

La última vez que los sabios de la Universidad de Chicago actualizaron la hora de este simbólico reloj en vilo fue en enero de 2020, antes de que el coronavirus explotara en un mercado de pescado y animales vivos de China como una suerte de bomba vírica, que al instante se expandió dibujando una gran nube, ya no de hongo, sino en forma de maza medieval. En enero, aun sin pandemia, se mostraban pesimistas, pues movieron las manecillas hasta cien segundos antes del Juicio Final, la más corta distancia desde que este reloj profeta viene dando la alerta como ladran los perros y vuelan los pájaros antes de un terremoto.

Los padres de la iniciativa (preocupados en su día por una posible guerra nuclear a raíz de los primeros ensayos de esa naturaleza y más tarde, también, por el cambio climático y el mal uso de las tecnologías) idearon este reloj que fuera avisando de la inminencia del mítico fin de los tiempos mediante la posición de sus manecillas respecto a la medianoche, como límite temporal. La cuenta atrás la iniciaron hace tres cuartos de siglo a siete minutos de ese epílogo. De manera que, al despuntar este año, en que nos las prometíamos tan felices como si de unos nuevos años 20 se tratara, los científicos visionarios ya se temían lo peor, sin duda influenciados por un presidente terrorífico con inclinaciones destructivas, amén del negacionismo de su mandato en materia medioambiental.

Pero me pregunto cuán cerca de la medianoche habrían colocado el minutero de haber puesto el reloj en hora, no en enero, sino en la pasada primavera en que nos confinamos o en este otoño aún bajo los efectos del vendaval de la pandemia. Es posible conjeturar, con el conocido criterio aplicado anteriormente por estos relojeros del apocalipsis, que hace una semana estuviéramos, alegóricamente, a punto de diñarla, a escasos segundos de las doce de la noche,

la hora terminal. Y que ha sido desde la victoria de Joe Biden, a la que se sumó de inmediato (nunca agradeceremos lo suficiente que la noticia no se hubiera producido antes, dando alas a Trump) el anuncio estelar de la vacuna de Pfizer con un 90 por ciento de efectividad, cuando nos situamos de nuevo, previsiblemente, en aquellos plácidos siete minutos, como en el horario más optimista con que debutara el reloj en los años 40 del pasado siglo tras la Segunda Guerra Mundial. La sensación era de alivio tras una magna confrontación y el primer sentimiento de alegría tras esta pandemia del miedo.

De ahí que mi propuesta sea tomar el testigo del Reloj del Juicio Final y empezar la cuenta atrás con ayuda del Reloj del Principio de un Futuro Nuevo Mundo. Porque en ese instante estábamos a las puertas de que acabara el año del confinamiento y un nuevo tiempo fuera posible con las ventanas abiertas de par en par.

La vacuna, la habíamos idealizado tanto, que debutó con las Bolsas disparadas antes de poder ser administrada siquiera, en mitad del tic-tac de esta cronometría del año infausto. Desde luego, la de Pfizer-BioNTech era infinitamente más creíble que la de Putin y llegaba antes de fin de año, pero a destiempo a ojos de Trump que la pretendía como señuelo de las urnas. Se quejó la bestia del decalaje entre la noticia y las votaciones, pues le habría aupado. Trump y sus trampas. Ahora que Pfizer y BioNTech, como Fox, le habían dado la espalda, montaba en cólera con su rostro enrojecido hasta arder en llama viva bajo la paja del tupé.

Biden y la vacuna. O Biden, la vacuna antiTrump. Corríamos un alto riesgo con su reelección y ahora cruzábamos los dedos para que no cometiera, en el tiempo de descuento, cualquier estupidez a la altura de su estulticia atómica. El peligro de que se produzca "una nueva guerra mundial es real", advertía en esos días el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas británicas en relación a la crisis económica global provocada por el coronavirus. Basta un error, un desliz, un pequeño conflicto y la gente se implica a ciegas arrastrando las armas y los

países. Aquí al lado, la guerra del Sáhara parecía nominarse a ese casting. La pandemia, a buen seguro, ha quebrado los equilibrios geopolíticos, y la recesión no hace sino echar leña al fuego. Trump es un animal acorralado. No facilitará la transición, porque le van en ello sus cuentas pendientes con la Justicia y con el fisco. Como presidente dejó cadáveres en el camino y como magnate, una investigación sobre su declaración de impuestos y numerosos escándalos latentes.

La vacuna y Biden nos devuelven la noción esperanzadora que habíamos perdido al contemplar las cosas. Suponen el retorno de la normalidad (ya no la anormalidad), que había desaparecido de la faz de la Tierra como si una ventosa la hubiera absorbido. Y el ser humano no puede vivir sin normalidad ni sentido común más tiempo de la cuenta. Presidido por un Calígula resucitado, el mundo iba rumbo al caos que vaticina el citado Reloj del Juicio Final. Y la propia democracia y todas sus atribuciones se irían al garete a las primeras de cambio. Pues la figura del sátrapa haría enrojecer de vergüenza a la Casa Blanca. Biden no es solo el aguafiestas de esa ignominia, sino el refundador de unos principios desarbolados. En el Futuro Nuevo Mundo del reloj que marca las horas en las nuevas condiciones estoy seguro de que habrá reencuentros y aflorará, de nuevo, la convivencia, tras el síndrome de Flaubert que impregna 2020. El novelista francés lo expresó con aquella lúcida sentencia que es la síntesis perfecta de esta zozobra tan reiterada en estas páginas, como un hilo conductor: "Cuando los viejos dioses habían muerto y los nuevos no habían llegado todavía, hubo un momento en que el hombre estuvo solo."

NOS ENCONTRAMOS AISLADOS Y PERDIDOS

He reunido estas pocas palabras como un pequeño racimo de las opiniones de la gente. La mayoría contesta sentirse perdida y aislada. Si lanzáramos una moneda al aire (aun dentro del globo, con cuidado de que no se precipite al vacío), salga cara o cruz, la suerte sería la misma. Por una vez daría igual. Nada cambiaría en el estado de ánimo. Esa desilusión, ese punto de desorientados, la

ausencia de brújula, el pensamiento ido de los sonámbulos que se dibuja en la cara de los otros y, por ende, en la nuestra, son propios de un año vacío y agrio.

EL AMOR

No encontró facilidades, pero se abrió paso. Habituado a moverse en condiciones más favorables, en la distancia corta, en el abrazo, el deseo, el sexo, el beso y el contacto de los cuerpos, ha tenido que adaptarse a los imponderables del distanciamiento y la máscara que clausura la boca y crea desconfianza. Diríase que el amor salió airoso, otra cosa ha sido el desamor. La cohabitación obligada durante el confinamiento de primavera multiplicó los divorcios y la crónica negra se nutrió de más incidentes que nunca.

40 MONJAS DE CLAUSURA CON COVID: "REZANDO SALDREMOS ADELANTE"

Me picó la curiosidad e indagué. Era un caso insólito en un convento de Sevilla. Parecieron seguras de lo que hacían. Rezando saldrían adelante.

SI ESTE AÑO HUBIERA SIDO UNA PERSONA, LO HABRÍAN CONSIDERADO UN ASESINO EN SERIE

Sus numerosas víctimas clamarían venganza, los tribunales lo enjuiciarían, finalmente, por la multitud de cargos criminales que recaerían sobre sus espaldas. Y en cualquier antiguo siglo de la Historia lo condenarían a la guillotina o sería fusilado al amanecer. Si este año de la máscara se descubriera y mostrara su rostro, sería borrado del tiempo, condenado al olvido y a la extinción. Pues ya hemos visto qué ha sucedido con otros monstruos: al cabo de unas décadas, brotan seguidores, imitadores y fans.

UN STOP AND GO

La política, de cuya cólera no se libró ni siquiera este año endemoniado, pi-

dió, a veces, un 'stop and go'. Una parada en la vida de una ciudad o de un país o del mundo para reanudar la marcha con más ahínco y denuedo. Pero nunca hubo tan pausa ni tregua. Sino un despeñamiento sin remedio. La sensación era la de estar cayendo por una ladera sin poder dejar de pensar dónde acaba el precipicio. Un año abismal.

EL AÑO HUYENDO DE ESPALDA

Siempre tendremos la visión de un año huyendo de espaldas.

LOS MALDITOS ENCUENTROS SOCIALES

En la gélida Holanda donde la gente ejerce por antonomasia el distanciamiento social de siempre, sufrieron en carne propia el azote del virus en la segunda oleada, como aquí pusimos de relieve. El bicho usa el lenguaje de cada lugar. Si en Holanda son menos afectuosos que en la Europa del sur, obrará con la táctica del descuido, se esmerará en volar más lejos y cubrir esa distancia camuflado en las gotículas de saliva, hará maniobras de distracción, salvará escollos específicos y se adaptará al medio. De manera que eso explicaría que en Holanda se extendió como un reguero de pólvora. Y el gobierno y la sociedad le vieron las orejas al lobo. Los que arrastraban otras enfermedades y esperaban para ser atendidos en hospitales y consultas temieron que podían morir sin que les dieran cita. Se generó también el pánico a perder el empleo y a la soledad. En Holanda comenzó a hablarse de un tsunami. Y se puso el foco en las... malditas reuniones sociales, las cenas familiares, las fiestas de cumpleaños, las bodas y los botellones que sustituían a las discotecas clausuradas desde marzo. Los holandeses habían querido avanzar por entre la ola de contagios en toda Europa como un país que no necesitaba palo y zanahoria, sino se bastaba con una suerte de confinamiento inteligente. Pero la realidad se volvió bruta. Y los hechos les quitaron la venda de los ojos. Entonces, se pusieron la máscara en la boca.

EN LA FARMACOPEA DE MADURO RELUCE EL SUERO DE PLASMA EQUINO

Algunos presidentes se aficionaron a jugar a curanderos y anunciaban remedios milagrosos contra el virus. Nicolás Maduro no fue menos que Trump y a finales de año proclamó la panacea: el suero de plasma equino es la cura infalible. Solo falta que sea verdad. El pensamiento mágico y la ciencia infusa. Es el Blacamán de García Márquez vendiendo milagros…

NO ES LA MEJOR COSECHA DEL SIGLO...ESTA FAUNA DE POLÍTICOS

De este a oeste y de norte a sur recorro países con la vista privilegiada de mi arnés. Confieso que el panorama es desalentador. Si nos transportamos a otras etapas históricas, y no muy lejanas, hallaremos a buen seguro más monstruos en el poder, pero dudo que tan cenutrios.

EL TELETRABAJO ES EL LEGADO DE ESTA PANDEMIA

La economía, por necesidad de supervivencia, se adaptó a la pandemia y no dudó en implantar un sistema de teletrabajo generalizado y, curiosamente, más productivo. Como gusta decir a los amigos de las frases hechas, el teletrabajo llegó para quedarse.

CERRAR FRONTERAS, BARES, ESTADIOS....¿POR QUÉ NO LA BOCA?

Inevitablemente, en medio de la eficaz protección de la máscara, surge el pensamiento crítico de sentir que nos están tapando la boca de un modo consensuado y consentido. Convengo con Harari el miedo a perder la libertad, pero ¿qué hacer?, sino huir hacia delante. ¿Qué conciencia social saldrá de todo esto? Lo peor del aserto es que, de lo contrario, seríamos más frágiles y vulnerables. Necesitamos la máscara, como necesitamos el estado de alarma para no

relajarnos. ¿En qué acabaremos convertidos?

POR NOMBRES QUE NO SEA... EL INFIERNO ESTÁ LLENO DE SUGERENCIAS

Un jugador de fútbol en Perú desata la alarma. Leo su nombre en la noticia y, como no tengo los pies sobre la tierra, dudo de que el mal de altura, como el de Machu Picchu, se me haya subido a la cabeza. El futbolista se llama Osama Vinladen. Pronto llamaremos a los niños Covid.

MARRUECOS BEBE LOS CIELOS POR SER EL AMO DE SU MUNDO

El reino alauí desafía a España y avanza veloz hacia la hegemonía de su sueño del Gran Magreb. No duda en demostrarlo con gestos inequívocos como la compra de F-35 a su ángel protector, EE.UU., camino de convertirse en la mayor potencia militar de África. Trump le hace a Mohamed VI un regalo de Navidad: le concede el reconocimiento de su país a la soberanía del Sáhara. Sin anestesia. Marruecos es el campeón de la diplomacia de la paciencia. Pero no por artera, sino por arte gana a menudo la razón. Y Trump no es un artista.

NO HAGO COMPARACIONES, PERO SI KIM KARDASHIAN ES LA MUSA DE ESTE SIGLO, ¿QUÉ SE PUEDE ESPERAR?

La heroína cumple 40 años en la cima de su popularidad, poder y extravagancia. Es el mito de esta era. Queda todo dicho.

LA FUNERARIA QUE MEJOR DEFINIÓ EL PRECIO DE LA MUERTE

Una funeraria en México sacó al muerto del ataúd y se lo llevó. Al ataúd. Por falta de pago de la familia, sumida en la pobreza más extrema. Si la vida no tiene precio, la muerte sí.

ANNUS HORRIBILIS.

¿Quién dijo lo contrario? Ni en Buckingham lo contradicen, con la reina madre por testigo en su castillo (menos) inexpugnable a una edad tentadora para el maligno que asola al mundo con forma de maza medieval.

LAMPEDUSA, LESBOS, CANARIAS

A 2020 no se le olvidó emigrar. La visión de cayucos y pateras cruzando las aguas de día y de noche entre África y Canarias, como si atravesaran la frontera de cristal entre dos mundos, que decía Carlos Fuentes, estremece. A vista de pájaro es como en la mitología griega, el río Aqueronte en plena ebullición. Las barcas fluyen como si Caronte fuera en todas ellas y los inmigrantes llevaran un óbolo bajo la lengua. Es el viaje que trata de burlar a la muerte. Canarias, puerto de paso, es como Lampedusa o Lesbos. Una prisión. No vienen solos esta vez. Les acompaña la Covid. En los muelles los atienden a duras penas, pues se acumulan a centenares y millares en espera de poder continuar el viaje hacia su destino final. Es indigno el trato, por las malas condiciones. España y Europa miraban, al principio, para otro lado, hasta que actuaron bajo cuerda aligerando la carga humana de las islas de recepción. La pandemia no es excusa. Las pruebas determinaban quién ha de ser aislado o ingresado en un hospital. El resto, una marabunta humana retenida en el suelo raso, día y noche, en las carpas del puerto o las naves de la vergüenza de Gran Canaria, reflejaban lo ignominioso de la acogida. Y no tardaron en aparecer los primeros brotes minoritarios de xenofobia.

PELÉ CUMPLE 80 AÑOS EN EL CONFINAMIENTO DE LOS DIOSES

En su mansión de Brasil celebró el cumpleaños redondo en la intimidad como un dios vitalicio. Ya comparece menos en público, por los problemas de movilidad tras sus operaciones de cadera. Aquel par de pies que golearon más de mil veces y lo coronaron campeón del mundo en tres ocasiones ahora

convalecen y le impiden andar con normalidad. Pelé, en la sentencia de Flaubert, sería uno de esos dioses idos. Su encierro voluntario no es consecuencia exclusivamente de la COVID, se produjo mucho antes, y ahora cobra un doble sentido. Cuando el mundo es un estadio vacío, dios está enclaustrado. No puede ser mayor el síndrome de soledad en el deporte de masas por excelencia. Los árbitros oyen hasta el jadeo de los futbolistas, como si fuera un partido femenino de tenis y jugara Sharapova.

21
JOSÉ MUJICA NO CULTIVA EL ODIO EN SU JARDÍN

"Si yo pudiera, cada mañana tu despertar se vería perfumado por una olorosa página de amor".

(Flaubert)

EL PAPA LAICO DE LA IZQUIERDA SE DESPIDE DE LA POLÍTICA

El legendario exguerrillero y expresidente uruguayo, una suerte de papa laico de la teología de la liberación de izquierda, se despide de la política con un abrazo en el Parlamento a su entrañable rival, Julio María Sanguinetti. "En mi jardín no cultivo el odio", dijo y se fue amargado por la COVID, que

no le deja abrazar ni hablar con cercanía a la gente. Mujica, perseguido por patologías crónicas que le convierten en carne de cañón de la pandemia, se va derrotado por el virus. No lo disimuló.

EL NUEVO TELETRABAJADOR CAMPA A SU SUERTE

Este año el paro se disparó y las empresas sufrieron severos ajustes en su cuenta de resultados. Las restricciones laborales para frenar los contagios, que fueron en aumento durante el último trimestre, no hicieron sino afianzar el sistema de teletrabajo. En mi caso, no tengo queja. La 'oficina' móvil me lleva en volandas de un sitio a otro, acunándome al compás del viento, y debo decir que el aire me brinda su cauce para avanzar de día y de noche bajo las estrellas. Estas páginas vierten en los distintos afiches escalonados las múltiples variaciones sobre un mismo tema. Si los lanzáramos al aire y recogiéramos del suelo, tendrían el mismo sentido, la lectura de este año admite un desorden intencionado. El año del caos.

NUEVA ERA

Un tsunami como el que ha acontecido deja un mar de secuelas y, a la postre, lo que se yergue es una nueva era, con nuevos ciudadanos, nuevos emprendedores, nuevos intelectuales, quizá nuevos gobernantes, nuevo mundo y nuevos dioses que estaban por llegar, siguiendo la máxima de Flaubert.

INFECTAR VOLUNTARIOS Y QUE DIOS REPARTA SUERTE

Como decía Vallejo, ¡pero hase visto! Los británicos anuncian un ensayo clínico con ciudadanos sanos que se ofrecen voluntarios a ser infectados para investigar un remedio a la enfermedad. Habíamos comprendido antes la conveniencia de probar vacunas en cobayas humanos. Pero contagiar el virus para ver qué pasa recuerda a los 'parties' negacionistas de quienes quedaban para participar en un fiestorro tipo aquelarre de la inmunidad de rebaño. Al-

gunos memes explican la terrible confusión y el caos mental que trae consigo este virus. “Ya en este punto del 2020, si viene un ovni y me lleva, no lo tomaría como secuestro, sino como rescate”, dice uno de ellos. Tomo nota para incluirlo en este cuaderno de bitácora de nuestra biografía común el peor año de nuestras vidas.

¿DÓNDE ESTÁ EL TECHO?

Ascendiendo, ascendiendo, las cifras del virus me recuerdan que debo mantener la altitud, evitar que el globo se me vaya de la mano en pleno ascenso, calcular la temperatura del aire y su densidad. Los contagios alcanzaron al término del tercer trimestre los 40 millones de casos y no tardaron en rebasar los 50 millones en un pispás, y enseguida nos situamos por encima de los 70. Cuando los muertos pasaron por primera vez del millón en el mundo todos sabíamos que la cifra era engañosa, y muy superior. Ningún país es capaz de asegurar que conoce los verdaderos datos estadísticos de la pandemia. España superó oficialmente el millón de personas contagiadas y todos, hasta el Gobierno, admitían que había que multiplicarlo por tres. Seguimos ascendiendo. Yo procuro mantener la altura estable, la mirada alerta, los sentidos afinados. Se huele en la atmósfera que el invierno agravará la tormenta, no nos libraremos fácilmente de este audaz enemigo.

EL PAPA AVALA LAS UNIONES CIVILES DE HOMOSEXUALES Y LE CRECEN LOS ENANOS

En la Iglesia y sus aledaños discuten las opiniones del papa, que a quien le visita suele pedirle que rece por él. Los papas viven en su torre de marfil no sin continuas amenazas, que desconocemos por el hermetismo que reina en la casa de Dios. (Aquel papa Juan Pablo I, acaso envenenado a los 33 días de pontificado, como Navalni, en 1978, en una taza de té, impone determinadas cautelas.) Bergoglio desliza en un documental que es partidario de las uniones

civiles entre homosexuales. “Tienen derecho a tener una familia”, afirma. Y en los ambientes progresistas sienta bien. Pero los carcas lo blasfeman en arameo.

LAS MÁQUINAS HARÁN LA MITAD DE LOS TRABAJOS EN 2025. ¿Y SI FINGIMOS SER ROBOTS?

Un estudio del Foro Económico Mundial prevé que la automatización cree en el próximo lustro 97 millones de empleos, pero otros 85 millones peligrarán. Una de las consecuencias de esta pandemia, con sus consiguientes transformaciones laborales reflejadas en el auge del teletrabajo, será a buen seguro la robotización de los sistemas de producción y de amplias facetas de la vida. Que los robots trabajen vendrá bien, pero algo habrá que pensar para las máquinas humanas, que no se alimentan del aire como mi globo.

HUBO UNA MOCIÓN DE CENSURA EN ESPAÑA QUE ABRIÓ HERIDAS EN LA DERECHA

La moción de censura de Vox a Sánchez derivó en el divorcio del espectro conservador. El líder del PP, Pablo Casado, se enfrentó al censurante, Santiago Abascal, y el debate reveló que ambos se disputan un mismo espacio y esa era la cuestión subyacente en la moción. Sánchez contempló en segundo plano el ajuste de cuentas. Y en la calle, el virus siguió a lo suyo, apolítico y visceral. Esto último se adueñó del hemiciclo como un virus contagioso.

EL INSTITUTO ROBERT KOCH

Nos aprendimos de memoria los nombres de instituciones de países ajenos, porque nos gusta alardear. Nos ocupábamos de averiguar la Incidencia Acumulada (IA) en 7 y 14 días por cada 100.000 habitantes, porque esos eran los indicadores utilizados por el Instituto Robert Koch alemán. Palabra de Dios. Eso me hizo recordar que en la Gran Recesión supimos de la existencia de

los Ocho Sabios, que asesoraban a Angela Merkel, cuando nos freía a austeridad. Y qué siempre nos intrigan los que están detrás, con su poder oculto de influencia y tutela. Por ese camino nos adentramos en las sectas secretas y logias clandestinas lideradas supuestamente por poderosos en la sombra según la leyenda. Nos atrajo siempre el misterioso club del Grupo Bilderberg, con las 130 personas más influyentes del mundo, con sus reuniones en lujosos lugares apartados de los ojos de la prensa. En esta pandemia no faltaron las especulaciones sobre los hilos que mueven manos poderosas en la oscuridad. Fue un terreno abonado a conspiradores y bulos o fakes. Muchos recordaron al padre del miércoles negro, el multimillonario George Soros, y, como vimos, al cofundador de Microsoft, Bill Gates. Sus nombres planearon sobre supuestas teorías conspiradoras para hacerse los amos del mundo mediante una pandemia infausta como la actual. No faltaron a la cita los más entusiastas propagadores del género.

CARTAS DE LOS NÁUFRAGOS DE 2020

Como auténticos náufragos, pues la pandemia nos obligaba ser supervivientes o engrosar las bajas, en esta tesitura resultaba obligado dejar escritas cartas de náufragos in extremis, antes que testamentarias, descriptivas, al estilo de las antiguas crónicas de Indias. De ese pebetero es el aroma de esta biografía a vuela pluma. Tales cartas, de ser escritas y enviadas al destinatario de los años venideros, contendrían nuestras sensaciones de náufragos y quedaría para la posteridad el testimonio masivo de los héroes, víctimas o simples testigos de esta inaudita contienda con el fantasma. Al anunciarse la vacuna, diríase que los náufragos estábamos más cerca que nunca de la orilla.

LA CALIMA NOS CUBRIÓ DE MIEDO

Fue el 23 de febrero y nos quedamos a oscuras, con el cielo, el mar y la tierra de color amarillo, todo cubierto de polvo, de arena, de miedo. Me interné

en la calima como un hombre del desierto, y no había escapatoria, nos invadió un color crema que impregnaba todo lo visible de una tintura opaca tétrica, y nos vimos, como Flaubert, poniendo burletas en todas las ventanas para que el aire del mundo no llegara hasta nosotros. Ahora entendemos aquella señal como indicio de lo que estaba por venir. Debieron transcurrir todos estos meses para regresar a aquellos prolegómenos del año nefasto y hacer la lectura debida a sus manifestaciones más tempranas.

LO QUE NO LE OCURRE A TRUMP...

Un informático holandés logra hackear la cuenta de Trump en Twitter, y desvela la curiosa contraseña. Paralelamente, descubren que tenía una cuenta bancaria en China. Una esperpéntica caja de sorpresas.

ESTADO DE ALARMA EN ESPAÑA Y VAN TRES

Con la llegada del frío y la vuelta a los lugares cerrados bajo techo para celebrar reuniones sociales, se disparan las alarmas con el tsunami de contagios en toda Europa. España declara un nuevo estado de alarma, pero esta vez evitará cerrar la economía.

LA MUERTE DE SAMUEL PATY NOS APARTA UN INSTANTE DEL VIRUS Y NOS DEVUELVE AL ESTADO ESQUIZOIDE ANTERIOR

El citado asesinato del profesor francés que mostró caricaturas de Mahoma en clase pone en estado de alerta a la Francia de Macron. “Estamos en guerra”, clama. Son días de guerra contra los fantasmas que acechan en la saliva y el sudor de la gente común, contra el calentamiento global que amenaza al planeta y, entre otros enemigos, contra los lobos solitarios que cercenan cabezas y acuchillan a viandantes sin venir a cuento. Entre todas las épocas, esta opta al Oscar de la más sórdida y cruenta.

LA COVID HACE QUE EL SISTEMA INMUNOLÓGICO ENLOQUEZCA Y SE VUELVA EN CONTRA DEL ENFERMO

El descubrimiento, al despedirse octubre, fue calificado de alarmante: en los casos más graves de coronavirus, se vuelve habitual la producción de autoanticuerpos. Los inmunólogos no encontraban una explicación al virus, que mata a unos y a otros los deja indemnes. Y al cabo de casi un año de estudios se conjeturó todo lo habido y por haber sobre esas proteínas capaces de neutralizar y acabar con los patógenos invasores que denominamos anticuerpos. Detectaron que en los casos más graves irrumpieron anticuerpos autorreactivos que atacaban a los propios tejidos del enfermo en lugar de luchar contra los microbios causantes de la infección. El hallazgo pendiente de ratificación resultaba espantoso y a la vez mostraba un camino terapéutico desconocido.

AGUA EN LA LUNA

La Nasa confirma la antes citada existencia de agua en la Luna. El año decae, cuando dejamos atrás octubre, y en la cola de este cometa se confirma la existencia de agua en nuestra residencia alternativa. Se encienden todas las luces y se dispara la imaginación. Concibo en mi módulo que el globo terráqueo, exhausto por lo mucho vivido y con los achaques del coronavirus de 2020, ve en la luna al retoño que se ha hecho adulto y le toca apechugar con los problemas de toda la familia. Pero no hay cama para tanta gente, me temo.

UNA CASTA DE PRIVILEGIADOS, LOS DEL GRUPO SANGUÍNEO 0

Cuentan expertos españoles que los del grupo sanguíneo 0 están más protegidos contra la COVID. No cesa de sorprendernos esta enfermedad que discrimina con minuciosa, casi obsesiva, fijación a unos y a otros, apenas afectando el gusto y el olfato en unos casos o acribillando sin remedio a otros, dejando a buen recaudo a saber a quiénes y por qué motivos frente al paredón a los peor parados en esta guerra que domina los podcast de la población con un filin sanguinario.

CADA DÍA QUE PASE Y SE PAREZCA AL ANTERIOR YA ES UN ÉXITO

En la morfología del nuevo tiempo, nos conformábamos con que los días se parecieran, los futuros a los presentes y a los precedentes. Era el mejor signo de normalidad. Desde lo alto, se valora lo uniforme, la armonía y el equilibrio de lo que llamamos vida, organización social, ecosistema y economía. Todo parece tan inalterable desde un globo, que 2020 a veces resulta una broma pesada.

LA UTOPÍA LA HEMOS DE REINVENTAR

Las viejas utopías ya no tienen el mismo sentido ni significado. Debemos reinventar, fabricar nuevas utopías para un mundo aterrorizado, cuya felicidad dependerá de pequeños hitos cotidianos, como poder salir a la calle sin máscara, abrazar a un ser querido, besar a quien se ame, tocar para dar y recibir afecto, y conversar, compartir, unirse a los demás en corro, como cuando niños en la pandilla. Y mientras todo ello no sea posible, por imperativo científico, la utopía ha de ser doméstica, al alcance de la generalidad, simple y viable. Enamorarse en la distancia, aplazando el contacto lo que dure la pandemia. Si el virus sale por una puerta y el amor, en toda su extensión física, entra por otra, habremos ajustado cuentas.

¡ESCÓNDANSE QUE VIENE EL FUTURO!

Nuestro drama es que le hemos cogido miedo al futuro. Añoramos el pasado en su calma y mansedumbre. Y en gran medida, el pasado va a retornar a nuestros hábitos de vida. Menos consumo, más hogar, y un círculo de amistades estrecho. Hasta que el tiempo -imprecisable todavía- determine que no ha lugar al miedo ni a la entropía. Y vuelva el orden, vacuna de esta distorsión.

¡QUÉ CAMBIOS NOS AGUARDAN!

En las parejas, en el trabajo, en los amigos, en la política... ¿Alguien tiene las respuestas? Vamos a estar muy ocupados, sospecho, en diseñarnos, con el paso de los próximos meses, un nuevo calor, nuevos regazos, una nueva sensación de hogar donde vivir.

EL ELEFANTE, ESE SABIO GRANDOTE AL QUE IMITAR

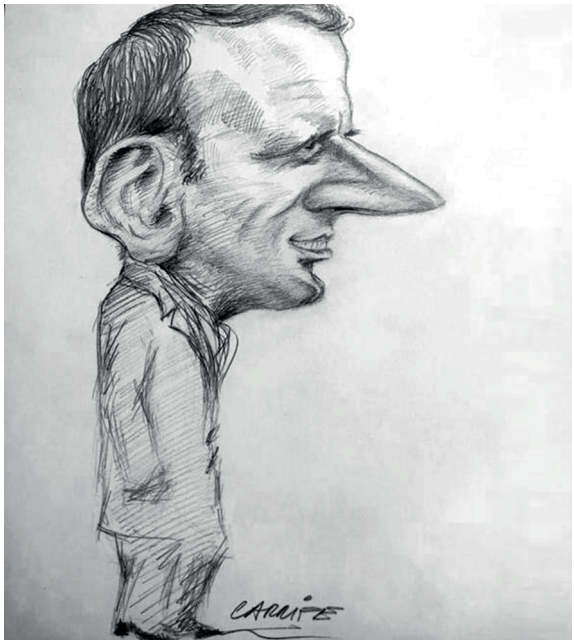
Nos transmite serenidad y firmeza.

HEMOS PERDIDO UN AÑO. EL CAMBIO CLIMÁTICO HA COGIDO VENTAJA

En contra de las primeras impresiones, el cambio climático nos cogió ventaja. Hemos perdido un año persiguiendo al virus microscópico, y el monstruo, visible y aparatoso, pasó inadvertido. Si el mismo esfuerzo que hemos hecho contra el coronavirus lo hubiéramos empleado contra el cambio climático...

SIGUE HABIENDO LUGARES MARAVILLOSOS QUE VISITAR

Los paraísos no se han ido. Permanecen en su sitio.



22
CARTOGRAFÍA DE LA EPIDEMIA

"El corazón es una tierra que cada pasión conmueve, remueve y trabaja sobre las ruinas de las demás".
(Flaubert)

DESDE ARRIBA, SU ROSTRO NO ES DE TIERRA

El rostro del enfermo, desde el aire, es inexpresivo tras la máscara.

LA METAMORFOSIS

Kafka, de haber conocido este año, que despertó como Gregorio Samsa convertido en un insecto, habría visto que la realidad de su metamorfosis no

pertenecía al mundo de la ficción, sino a este, en su Praga hoy infectada.

NI CIEN AÑOS DE SOLEDAD

se comparan con este año solo.

NUEVA ZELANDA EXPORTA BURBUJAS SOCIALES

El Gobierno de Jacinda Ardern salió airoso de la primera oleada de COVID y fundó el concepto de las burbujas sociales, consistentes en núcleos estrechos de amigos, parientes y miembros de una familia. Un núcleo de no más de diez integrantes para acotar la propagación del virus. La idea y el nombre calaron. Se crearon en España aulas burbujas en los colegios. Se cerró el círculo de intimidad en las relaciones sociales. Cuando sobrevuelo el mapa del caos es verdad que no se ven ruinas y escombros de la hecatombe, es una devastación encubierta, como inexistente y mustia. Pero me asomo y abajo late despacio el corazón de la gente. Hay tristeza. Se palpa.

AL CONFÍN DE LOS TIEMPOS

Vamos hacia alguna parte. Como un ejército silencioso, en masa, sin huestes, envuelto en sombras. Y la escena que intuyo en lo alto de esta torre de aire donde oteo el horizonte y ausculto las invisibles gentes me indica que vamos hacia el confín de los tiempos. El confinamiento. Sin un píleo de libertad que ponernos en la cabeza.

Y VENDRÁN LOS DIOSCUROS A LIBERARNOS

Vendrán de dos en dos, turnándose inmortales.

LA DESESCALADA... ESE LÉXICO DEL CORONAVIRUS QUE ENRIQUECE NUESTRA LENGUA

Llueven las voces de ese léxico que antes mencionábamos y que nos hemos aprendido de memoria. La desescalada, el hisopo nasofaringe...

MILEY CYRUS Y EL EXTRATERRESTRE

La cantante confesó haberse fumado un porro. Pero, a su vez, dio fe de que el avistamiento fue compartido por otros testigos. Conducía abstraída y un ovni la adelantó. El extraterrestre -que reaparece en este circunloquio- al mando de la máquina la miró. Hubo contacto visual, dijo. Volverán, apostilló como con nostalgia. Miley Cyrus, casi tocaya del Virus, nos contagió su inquietud.

DISTURBIOS… LA KALE BORROKA DE LA COVID

En toda ocasión y circunstancia desde los tiempos del Cojo Manteca hubo disturbios, destrozos y algaradas. En la recta final del año, cuando el invierno irrumpió y el virus dio muestras de regresar con fuerza, los gobiernos de Europa, uno tras otro, fueron decretando diversos tipos de confinamiento, estados de alarma, toques de queda y otras medidas de excepción. La respuesta no se hizo esperar, en España, el primer fin de semana de noviembre, en que se estrenaba el toque de queda: hubo manifestaciones y quemas de contenedores, choques con la policía y detenidos. Protestaban por las medidas de restricción en una amalgama de descontentos, desde empresarios de la hostelería obligados a cerrar hasta jóvenes radicales que se prestaban a un bombardeo. Pero sospechoso fue el respaldo de Vox. Como en Italia, los negacionistas y ultras creyeron hallar el abono para su estrategia de cuanto peor mejor. Hasta mis dominios no alcanzaron a llegar las bengalas, pero el cielo se iluminó con las hogueras y los fogonazos al caer la noche en la Ciudad Condal el último día de octubre.

LEOPOLDO LÓPEZ HUYE DE VENEZUELA Y MADURO NO SE LO PERDONA A LA RATONERA

Como si el ratón se hubiera escapado de la ratonera, Nicolás Maduro reaccionó como un basilisco delante de la tele española al ver entrando por

Madrid al opositor de Voluntad Popular que primero tuvo preso y terminó refugiándose en la embajada española. Terrorista, golpista, mal hombre.... lo insultó con desagrado y acritud, antes de falsear las elecciones legislativas.

LA VIOLENCIA NO SE TOMÓ UNA TREGUA

Aun en mitad de los embates del virus, la violencia no se tomó un respiro. La violencia doméstica, la crispación política, la tensión en las calles, las peleas, el terrorismo islamista, los crímenes, las reyertas, los robos violentos...El ser humano, fiel a una tradición de violencia irrefrenable, morirá matando. De ahí que las noticias del año hayan seguido siendo tan agrias y agresivas, al margen de la pandemia. La violencia de género se extendió al ritmo del virus, incontenible. La policía detuvo a un sujeto de 69 años por haber golpeado y encerrado a su mujer en un garaje a oscuras en La Orotava (Tenerife). Y así por el estilo.

EL ESCARABAJO DIABÓLICO ACORAZADO APORTA LA SOLUCIÓN PARA LOS AVIONES MÁS RESISTENTES

La Fuerza Aérea y el Ejército de Estados Unidos financian una investigación para replicar el material del élitro, la coraza que protege las alas funcionales de una especie de escarabajo multirresistente conocido como el diabólico acorazado, que no se inmuta si un coche le pasa por encima sobre la arena. Así la naturaleza arroja soluciones que la ingeniería desconoce, y entre tanto, el virus no logra detener nuestra evolución ni la ciencia se atasca entretenida en contrarrestarlo.

NUEVE MIEMBROS DE UNA FAMILIA, TRES NIÑOS Y UN PLATO DE FIDEOS

Qué explicación tenía que en China hubieran muerto nueve miembros de una familia y no del virus, cuando todo lo malo parecía girar en torno a él, no era un misterio. Lo cierto es que decidieron, por alguna extraña razón, consumir unos

fideos cocinados hace un año que conservaban congelados. Celebraron la comida el 5 de octubre y el día 10 ya habían fallecido siete de los comensales a causa de la intoxicación (provocada por el ácido bongkrékico o flavotoxina A). El día 11 murió el octavo y una semana después el que cerró la cuenta. Se salvaron los tres niños que rechazaron los fideos porque el sabor les resultó desagradable. No es la primera vez que los más pequeños dan la señal de alarma.

EN OTOÑO SALTARON TODAS LAS ALARMAS

Fue en otoño, como se había previsto. La llamada segunda ola llegó fiel a su cita, si bien el virus nunca se había ausentado del todo. El primer país que sintió el zarpazo de la nueva onda fue España, que, a poco de la desescalada del estado de alarma de marzo, en junio, sufrió el azote de la pandemia de nuevo, y al llegar el otoño decretó un nuevo estado de alarma. Fue cuestión de días. Como una balsa de aceite, el coronavirus inundó enseguida, de país en país, prácticamente todo el continente. Francia decretó un mes de confinamiento y fue secundado por Inglaterra. Alemania, Italia, República Checa, Bélgica, Austria, Polonia... las medidas de restricción no se hicieron esperar. Europa estaba de nuevo infectada de cabo a rabo. Pronto España, que parecía el epicentro de la pandemia por el número de contagios y muertes (cuyo baldón no cesó de blandirse en los cenáculos políticos, como parte del masoquismo nacional), quedó relegada a los últimos puestos del ranking, desplazada por la virulencia y la aceleración del patógeno en la mayor parte de Europa. Cuando la vacuna aún no había llegado y la economía no podía volver a detenerse como en primavera, las miradas eran de desesperación e impotencia entre los dirigentes de los estados. Pero un nuevo daño a las empresas fue inevitable. Bares, restaurantes, comercios comenzaron de nuevo, en muchos países, a cerrar sus puertas. Y los hoteles se pusieron en venta. No circulaba el turismo, anclado en el kilómetro cero casi todo el año. Las aulas de los colegios siguieron abiertas, casi más por el bien de la salud mental de los más frá-

giles. Pero el manicomio llamado mundo regresó a su estado anterior de paranoia. Y lo peor es que nos empezábamos a acostumbrar a estar locos, a hacer y decidir las cosas más disparatadas que se nos podían ocurrir para soportar la impaciencia de no salir del túnel, como insectos atrapados en esa insólita metamorfosis. Con mayor cultura de autoprotección que al principio, solo restó confiar en que la mascarilla, la higiene de manos y el distanciamiento social (a riesgo de borrar sin querer los rasgos de nuestra personalidad, de descuidar la higiene mental y de incurrir en el distanciamiento social de verdad, no solo el interpersonal) mermaran la arremetida del incontenible virus concebido o expandido en Wuhan que arruinó un año de la historia universal y las mayores esperanzas de crecimiento y desarrollo que jamás había sido posible albergar. En unas islas que soñaban con recobrar el turismo del que vivían sus habitantes esa frustración fue absoluta. Valga el caso de Canarias como el de un vestigio, todavía no fosilizado, de, espíritu viajero que caracterizaba al siglo XXI hasta que llegó la COVID y puso el mundo patas arriba.

EN LA CARRERA POR LA VACUNA, MÁS DE UNA TENÍA OTRA MISIÓN

Es verdad que hablar de vacunas era hablar de la vacuna. La vacuna del virus. Pero muchos científicos perseguían otros fines. Lo cual desmentía que la ciencia se había ofuscado en una sola dirección. Lo cierto es que trascendió, en ese bosque, la noticia de que se andaba probando una vacuna para prevenir el cáncer de pulmón, intestino y páncreas. Había otras vacunas en la autopista. Tráfico de vacunas, en el buen sentido de la palabra.

EN LAS GUERRAS NUNCA PUEDE DECIRSE QUE LA PAZ SERÁ DEFINITIVA

Volvieron las armas a hablar entre Armenia y Azerbaiyán, y se hizo un alto el fuego que dejó en el aire la desconfianza de los dos bandos, como si la paz

fuera una pausa del porvenir de una guerra interminable. Otro tanto sucedió, en el Sáhara. Sonaron de nuevo tambores de guerra.

LAS SECUELAS DE LA MÁSCARA....SALDREMOS CON OREJAS DE SOPLILLO Y CONGESTION NASAL, PERO VIVOS

Durante mucho tiempo se debatió acerca de los efectos secundarios de llevar mascarillas fijas. La inhalación continua de nuestro propio CO2 y los desechos exhalados, la sensación de ansiedad, la congestión nasal y la alergia... y, seguramente, habrá que añadir las orejas de soplillo. A falta de un veredicto definitivo, se sospechan secuelas. Pero valga pensar que será el precio de continuar vivos. ¡Ahí va ese con las orejas separadas! Sí, esos son los de la generación de la pandemia.

Y LLOVIERON MILLONES DEL CIELO SOBRE LAS CABEZAS DE EUROPA

Era tentador dirigir el globo hacia el continente para ver si caía una parte del botín en mi barquilla. Fue generosa, como dijimos, Europa con su multimillonario plan de Next Generation para salir de la crisis. La Europa de Merkel y Emmanuel Macron era sensible con el Sur de Sánchez y Conte. Macron, que como Merkel, sufriría el azote de la segunda ola del virus, fue un aliado influyente del español. Una feliz noticia para los gobiernos, que los partidos en la oposición no festejaron con la misma alegría. Les alejaba del poder. Con todo, la bolsa o la vida parecía depender de los presidentes de Hungría y Polonia -¡qué dos!-, que vetaban el acuerdo en la UE si Bruselas persistía en medir la calidad democrática de los gobiernos como condición para liberar los fondos. El húngaro Viktor Orbán planteó un pulso a los demás socios del club: o miraban para otro lado, sin reparar en autocracias, o no quitaba el pie del freno bloqueando el presupuesto de reconstrucción. Hasta que Europa se hartó y amenazó con dejarlos fuera. Agachóse la cabeza de ambos y el fondo superó todos

los trámites. Habría lluvia de oro del cielo como en la Dánae de Tiziano. No cayó ninguna pepita en el globo.

UNA ISLA SIEMPRE ES UNA ISLA

Cuando toda España estaba en toque de queda, en la entrada del otoño, las Islas Canarias quedaron exentas de la medida. Su caso era peculiar dentro del Estado y de toda Europa. La incidencia acumulada por cada cien mil personas en una y dos semanas era la más baja, mientras los contagios se disparaban por todo el continente. Cual oasis de la pandemia, la pequeña Nueva Zelanda del Atlántico no respiraba tranquila. "En una sola semana podemos sufrir un accidente y volver al inicio", clamó Amós García Rojas, jefe de Epidemiología del Servicio Canario de la Salud. Se dio la paradoja de que era el único destino europeo de sol y playa de invierno y el más seguro, pero los turistas no podían, aunque quisieran, viajar, pues en sus países guardaban confinamiento. Cuando pasó lo peor y alemanes y británicos se disponían a volar de nuevo, TUI puso los aviones para trasladarlos a ese único destino protegido de Europa: "En Canarias se está ahora más seguro que en Alemania", dijo el CEO de la compañía, Sebastian Ebel. Pero Tenerife, poco después, sufrió una oleada incontrolada. Fracasaban todas las medidas de prevención y, contrariamente a cualquier lógica, las demás islas parecían quedar paulatinamente exentas, como si el imán del virus se hubiera recluido en solo una de las ocho islas del archipiélago. Tenerife se convirtió, no ya solo en un caso clínico, sino sociológico, se decretó el semáforo rojo, hubo toque de queda y medidas de restricción especiales. La Navidad, como el Carnaval, corrían la misma suerte, reducidas a la mínima expresión (seis comensales por mesa en las noches más señaladas). Merkel, amiga de las islas, se dirigía a los suyos entre lágrimas, ante la explosión de casos en su país, hasta entonces ejemplar. Era como si Tenerife fuera un pequeño remedo de Alemania. Toda Europa, prácticamente, nadaba en el virus con diciembre disponiendo ya el telón del año. Y

en esas, Reino Unido dio la alarma de una nueva cepa en Inglaterra, que aisló aún más si cabe a la isla, en medio de las dificultades para cerrar el 'brexit', el divorcio con Europa, el mito errante de San Brandán, la Non Trubada. El virus y el 'brexit' acabaron dándose la mano, algo que teníamos prohibido, en una fusión de calamidades para el pueblo inglés en 2020.

CON RAZÓN GEORGE CLOONEY AVISABA DESDE CANARIAS A LA NAVE ESPACIAL DE QUE HABÍA UNA CATÁSTROFE

El actor viajó a las Islas antes de la pandemia para rodar una película sobre un científico que trata de alertar a una nave que regresa del espacio para que desista de volver a causa de una catástrofe producida en la Tierra. Eligió de plató natural la isla de La Palma, donde está el Observatorio del Roque de los Muchachos con el mayor telescopio del mundo. No podía imaginar cuando concibió el film que 'The Midnight Sky' (Netflix lo estrenó el 23 de diciembre) había sido una premonición.

TRUCO O TRATO, DIJO LA VOZ..... DEL VIRUS

No fue este un Halloween al uso. Los más pequeños se ataviaron a tal efecto para divertirse a medias en el colegio, en la plaza, o de paseo con la familia por las calles desangeladas. No era grato celebrar una fiesta sin jolgorio, disfrazarse cuando ya llevamos una máscara puesta y estar con la mosca detrás de la oreja por si alguien tose al lado. En fin, la policía vigilaba para que no hubiera veladas clandestinas sin protección ni control de aforo. Nada escapaba al ojo del Gran Hermano. Eran todo tan estricto y disciplinario… Flaubert escribía a su amada, "cada día que pasa se parece al anterior. Puedo decirte lo que haré dentro de un mes, dentro de un año… Aunque muchos me rodeen, sigo estando solo". Ni las fiestas ni los velatorios, ni los días ni las noches parecían distinguirse, todo formando parte de un mismo molde.

LOS ALPINISTAS CON ELA

Uno de los recuerdos más emocionantes fue la subida del volcán Teide (Tenerife) por unos atletas con ELA, para visibilizar su enfermedad. ¡Había enfermos de otras enfermedades! ¡Había vida después del virus, con sus viejas dolencias y afecciones, como una señal de normalidad! Y eso, que en sí mismo era triste, nos alegraba.

BOCABAJO VEO LOS BARCOS, BOCARRIBA, EL CIELO. ¿DÓNDE ESTOY? ¡EN EL AIRE!

Es confortable la vista. Los barcos a mis pies. Las nubes de sombrilla. El globo surca el aire en un silencio melancólico, es cierto. El mundo llora. Es inútil ignorarlo, ni que ascienda hasta el mismo espacio estelar. Y abajo Clooney, con su alerta, nos previene del peligro. Pero ni el virus puede espantarnos la nostalgia de bajar al que lo evita y sobrevuela. Como San Pedro cruzándose en el camino con Jesucristo cargando una cruz, una voz interior nos dice: ¡Quo vadis, Domine! Y bajamos junto al destino de los demás, a riesgo de que el virus nos crucifique. Hacíamos vida normal, en lo posible, nos mezclábamos con grupos de gentes, íbamos a los mismos sitios a comer en los restaurantes y tratábamos todo el tiempo de fingirnos libres de esta peste, pero la presencia policial, a veces, incluso, militar y los mensajes oficiales admonitorios nos recordaban el estado de psicosis que en realidad nos invadía.

NOVIEMBRE, CERRADO POR INVENTARIO

Alemania, Francia… los países europeos más poderosos que decidieron cerrar en noviembre estaban haciendo, sin proponérselo, inventario del año. Inventaban un modo de cortar las alas al virus. De cerrarle el paso.

23
SEAN CONNERY VOLVERÁ CON LA BALA DE PLATA

"No le demos al mundo armas contra nosotros, porque las utilizará".
(Flaubert)

JAMES BOND, DE ENTRE LOS FANTASMAS, REAPARECERÁ

Se nos fue el James Bond de la vida real. Connery, nonagenario, entró a habitar junto a los fantasmas del celuloide. Volverá entre ellos con la última bala en la recámara. La bala de plata que nos despeje el camino de una vez. Aquí arriba se está más cerca de Connery en su aventura postrera.

CANARIAS, LA GALIA DE ASTÉRIX

Las Islas Canarias se convirtieron en una especie de Galia de Astérix y Obélix, la aldea que no conseguían invadir los romanos. Cuando la segunda ola de COVID arreciaba en toda España y toda Europa, el Archipiélago canario, como dijimos, resistía con el índice más bajo de contagios. Ninguna pócima misteriosa lo explicaba y las autoridades no cejaban en las campañas de autocontrol. La pequeña Nueva Zelanda aspiraba a abrirse al turismo con test seguros como verdadero paraíso en mitad de la pandemia, pero los gobiernos británico, alemán, francés...confinaron y restringieron la movilidad de sus ciudadanos, y los hoteles y aeropuertos echaban de menos a los viajeros.

¿SON, EN VERDAD, LOS CLAVOS DE LA CRUCIFIXIÓN DE JESUCRISTO?

El descubrimiento saltó a la luz antes de que finalizara el año, antes de la Navidad, antes de que el Papa despidiera con botafumeiro el año diabólico. Y se reavivaron todas las grandes teorías sobre el personaje central de la Historia.

COLAS DE HAMBRE EN NUEVA YORK

Mi curiosidad me empujaba a volar, aun con la imaginación, a la ciudad por la que paseé en ocasiones deslumbrado por sus grandiosas moles luminosas de apartamentos y oficinas y la suntuosidad de su poderío artístico y económico, el lorquiano Nueva York, el de 'Las ventanas de Manhattan', de Muñoz Molina… En esta crisis, primero fueron las sepulturas en los parques, las morgues en los grandes camiones y, finalmente, las colas de hambre. Nueva York, en estado esquelético, era como una tomografía de la ciudad suntuaria, en los huesos.

LOS DISTURBIOS DEL NO FRENTE A LA OLA DE COVID

Grupos de alborotadores saltaron a la calle en España e Italia a quemar con-

tenedores y enfrentarse a la policía contra el toque de queda y el estado de alarma. Los negacionistas no cejaban en su ofuscación y algunos, como ya vimos, después se arrepentían desde las UCI.

ELON MUSK, EL SUPERHÉROE ESPACIAL, Y LOS CUATRO EMPERADORES DIGITALES

Hay días que dan más ganas que otros de tener la posibilidad -no dentro de treinta años, sino ahora- de subirse a una nave de Elon Musk y mudarse de planeta, lejos del coronavirus, del virus de la corona y del pelo de Trump. Uno de estos días, los amos de Amazon, Apple, Facebook y Google, los cuatro emperadores de la economía en Internet, tuvieron que rendir cuentas de su poderío ante una comisión del Congreso americano, que no reparó en reproches a la inmensa hegemonía monopolística que derrochan en perjuicio del tejido de las empresas más pequeñas. Cada uno tiene un presupuesto propio de un Estado y un incalculable control de la vida de la gente, y juntos inquietan la estructura del poder americano. El Estado medía sus fuerzas con estos imperios que habitan en su seno. El país desde el que operan, EE.UU., es la primera potencia del mundo, pero acaso lo que asuste sean no tanto, o no solo, sus ingentes fortunas respectivas, sino, además y principalmente, su probada capacidad para dirigir sus empresas y sorprender al mundo en comparación con un presidente estólido y sobrepasado que ha tenido nada menos que el timón del mundo entre sus manos.

Ni Jeff Bezos (Amazon), ni Tim Cook (Apple), ni Mark Zuckerberg (Facebook), ni Sundar Pichai (Google), CEOS de los cuatro gigantes tecnológicos, ni Elon Musk, cuya hazaña trae el sueño americano a colación, tienen un átomo de su inteligencia en común con el alopécico inquilino de la Casa Blanca, dispuesto a cambiar una ley para que su ducha tenga más presión a requerimiento de su pelo. Trump, el narciso, que ha descrito su sobrina en un bestseller que contribuyó a arruinarle la campaña electoral, nos enfrentaba a un peligro mayor

que la segunda ola de la Covid: su reelección, por más que resultara improbable al cabo de cuatro años de 'trumpantojo' y esperpento. Ha habido inquietantes muestras de estar ante una cabeza huera, capaz de despedir su mandato rechinando por la falta de fuerza del chorro del agua para lavarse el tupé o las partes pudendas. Sí, apetece evadirse lejos de líderes de esta calaña, a sabiendas de que el mundo cuenta con mejores empresarios en la élite de las nuevas tecnologías que dirigentes en las grandes potencias.

Los cuatro amos de las multinacionales tecnológicas podrán ser avasalladores e integrar el club de las personas más poderosas del planeta, al mando de un pool de empresas que juntas suman un valor combinado de cinco billones de dólares. En esa comparecencia, si bien recibían las críticas de los demócratas por abuso de poder, acaparar el mercado y anular la competencia, los congresistas republicanos cerraban filas acusándoles de antipatía hacia el flanco conservador y hacia su líder. Comparecían ante la subcomisión antimonopolio del Congreso cuatro mentes preclaras y empresarialmente cuatro Einstein de la moderna economía tecnológica, esa materia oscura que mueve el mundo; cuatro dirigentes que ya quisiera tener la política en su puente de mando. Fueron calificados de emperadores de la economía digital, acaso sin la menor exageración. En la venta online (Amazon), la comercialización de aplicaciones para móviles (Apple), la distribución de información (Facebook) y las búsquedas en Internet (Google) no tienen rival, es evidente. Estos emprendedores de garaje, como se autoproclaman, han protagonizado un experimento de desarrollo sin parangón en otras facetas de la vida humana. ¿Son acaso cuatro acreditados candidatos a ocupar los escaños vacantes de los dioses contemporáneos, en virtud del síndrome de Flaubert que se plantea en estas páginas?

Mark Zuckerberg, que atesora en sus manos tres medios tan poderosos de transmisión como las plataformas sociales Facebook e Instagram y la de mensajería Whatsapp, sería un candidato presidencial temible en un futuro

hipotético. Y exactamente lo mismo el proteico Jeff Bezzos, faraón de la venta online, el hombre más rico del mundo tras una carrera meteórica, cuyo primer recuerdo ante los legisladores fue su adolescente madre de 17 años, Jackie, embarazada de él cuando era estudiante en un instituto de Alburquerque (Nuevo México), en un país inmensamente diferente al que él, a su vez, está dando a luz en una nueva era.

Pero los congresistas del comité judicial no se oponían solamente a la desmedida posición de poder de estos empresarios respecto a la competencia, sino, a su vez, y acaso sobre todo, a que juntos representan los poderes de un gobierno en la sombra. Los cuatro emperadores del primer mundo, ante quienes nunca piensan postrarse, según dijeron. Alguien mencionó el elefante en la habitación, para abogar por que los cuatro gigantes tecnológicos sean fragmentados y reducida su concentración de poder. Los cuatro amos de las GAFA (Google, Amazon, Facebook y Apple) declararon durante horas por videoconferencia, bajo el zarpazo de la pandemia. Fueron bombardeados a preguntas sobre el alma de sus empresas y el tesoro de la información privada de sus multitudinarios clientes que pueblan el mundo. Sin duda, atesoran más conocimiento y recursos que ningún otro grupo de presión. Son, a priori, el mayor contrapoder que existe en este mundo, y, sin embargo, nadie podrá negarles inteligencia, sagacidad, determinación y valentía que resumen su valor en el mercado.

Son los dioses potenciales del tiempo que transcurre mientras el virus destruye los cimientos y las vidas de la economía y las gentes, y el porvenir será fruto de empresarios como ellos, que emergieron en la nube, hace tan poco tiempo que asusta la velocidad con que se ha disparado su extraordinaria fortaleza, casi sobrehumana, capaz de amedrentar al mismísimo Capitolio de los Estados Unidos y a la misérrima figura de su presidente, Donald Trump, que bramaba por Twitter como un descerebrado contra los cuatro jinetes del Apocalipsis. Por ese cadalso pasó Bill Gates, cofundador de Microsoft, en 1998.

Y a todas estas, quién es Elon Musk, el quinto alquimista de esta historia de poderes ocultos, ya erigido a lo largo del año en la segunda fortuna del mundo, después de Bezos y antes que Bill Gates, y que ha devuelto a Estados Unidos la autonomía de viajar al espacio y a nosotros el sueño de mudarnos de piso a un ático en Marte si eso es posible en un futuro no lejano.

Elon Musk ha hecho de sí mismo un personaje inspirado en la figura fulgurante del cómic familiar de un padre de ciencias y una madre aventurera y emprendedora. Sus raíces estrafalarias no le impiden añadir al héroe de ficción que encarna ciertos rasgos de histrionismo. Ahora, tras el éxito de su misión espacial, todo el mundo sabe quién es Elon Musk. Hace unos años, mencionaron su nombre en un aula en Santa Cruz, en la capital de mi isla: el profesor preguntó quién es el tal Elon Musk, y recuerdo que una alumna levantó la mano tímidamente y contó algunos de sus proyectos futuristas. Nadie más lo conocía. Un público todavía selecto, más tarde, supo de él por sus andanzas como fabricante de coches eléctricos, el modelo de Tesla, y de inventos que en ocasiones le llevaron, incluso, a rayar el ridículo. Durante la apología de una camioneta último grito, un colaborador, en la gala de demostración, lanzó a instancias del científico empresario, seguro de sí mismo, una bola metálica contra la supuesta ventanilla indestructible y le abrió un boquete. Musk aguantó el chaparrón de risotadas y burlas. Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa de resignación, encajando el golpe bajo. Pero en 2020 acaba de hacer historia. Su cápsula Dragon culminó con éxito el primer viaje privado de ida y vuelta de los astronautas de Estados Unidos que acaba con el gafe del Challenger y toda una serie de frustraciones consecutivas. Estados Unidos se ahorra con la nave y los cohetes de Musk una pasta gansa que le pagaba a los rusos por que le llevara al personal a la estación espacial en la 'guagua' de Soyuz. Musk, hijo de un ingeniero y de una modelo, que lleva en la sangre el espíritu nómada y bohemio (sus abuelos maternos perseguían por los desiertos una legendaria ciudad perdida y el indómito patriarca se atrevió

a dar la vuelta al mundo con un avión de su cosecha sin instrumental eléctrico), ha hecho realidad su gran sueño espacial. Antes de poner en órbita esta pica en Flandes en la estación espacial camino de empresas mayores a la Luna o Marte, desde hace un año siembra el espacio con su constelación de satélites Starlink para que Internet funcione mejor, y muchas personas alertaban de la presencia de ovnis por los focos en el cielo canario de los artilugios de este emprendedor hiperactivo que sería bien recibido en nuestras islas astrofísicas, como lo fueron Hawking, Armstrong y Alexei Leonov. A mí me recuerda Elon Musk al famoso heredero de la cátedra lucasiana de Newton en Cambridge, Hawking, los dos, físicos y visionarios, y ambos convencidos de que debemos hacer las maletas y buscar casa en el espacio. Musk alerta de que un asteroide o un supervolcán podrían destruirnos y que nos enfrentamos a riesgos que los dinosaurios no conocieron. Entre estos, enumera un virus manufacturado, el engendro involuntario de un pequeño agujero negro, una catástrofe climática o la aparición de una tecnología destructiva insospechada. Peligros todos cualesquiera de ellos que podrían dar al traste con la vida según la entendemos. Y le creemos, ahora que hemos comprobado cuán vulnerables somos en realidad bajo nuestra apariencia de superhéroes. No ignora en su catálogo de siniestros apocalípticos el armamento nuclear desarrollado en los últimos sesenta años que amenaza con nuestra desaparición como especie. “Tarde o temprano, debemos expandir nuestras vidas más allá de esta bola verde y azul o nos extinguiremos”, remata.

Un domingo de 2020 su empresa SpaceX dio un paso de gigantes en el inicio de esa era de vuelos comerciales que (después de este sobresalto mortal del coronavirus, con más razón) acabarán llevándonos un día con la familia en un viaje espacial hacia otro domicilio interestelar a vivir y fundar emplazamientos humanos, como ha ocurrido a lo largo de la historia, cuya esencia ha sido un continuo despertar de nuevos mundos mediante un instinto natural de supervivencia y emigración.

LOS ATENTADOS ISLÁMICOS RESURGEN, TEMOR SOBRE TEMOR, HASTA EL PÁNICO MONUMENTAL

Falta saber qué dimensión puede llegar a alcanzar el miedo cuando le nacen capas sobre capas y el miedo al virus coexiste con el ya conocido a la yihad y los lobos solitarios del Islam. En Francia retornaron los atentados y siguieron por Viena, Kabul...

EL TRÁFICO TRÁGICO DE LOS BARCOS DE COLORES

Los cayucos no cesaron de arribar a Canarias. En ocasiones los inmigrantes perdían la vida por el camino y a veces naufragaban en la costa senegalesa o mauritana a poco de zarpar. Un cayuco explotó y se incendió tras salir de Senegal. Murieron 140 personas. El goteo de muertos era habitual. Llegaban la mayoría en mal estado, pero vivos, y esa vez 140 perecieron en el siniestro. Entre dos millares de migrantes refugiados en el muelle de Arguineguín, en Mogán (Gran Canaria), un adolescente relata al pediatra que lo atiende que sigue en estado de shock. Logró sobrevivir, pero sus seis primos y otra decena de migrantes perecieron en la travesía de hambre y sed y a medida que iban muriendo tuvieron que ser tirados por la borda.

LOS OKUPAS SE VIRALIZAN

Lo que comenzó siendo un fenómeno aislado se propagó como una tendencia. Las dificultades de acceder a una vivienda y una trama paralela de okupación organizada desembocaron en un problema social. Algunas historias crearon alarma: familias que perdían su casa a la vuelta de un viaje o unas vacaciones, al encontrársela okupada por extraños, sin que la ley acudiera en su ayuda para devolvérselas de forma inmediata. Negocios asaltados y usurpados, propiedades invadidas... Junto al problema real de una parte de la población sin techo, emergió un nuevo género de delincuencia.

24
"¿EL MUNDO ESTÁ LOCO? NO. EL SER HUMANO ES EXTRAORDINARIO"

"Todo depende del valor que le demos a las cosas; somos nosotros los que hacemos la moral y la virtud. El caníbal que se come a un vecino es tan inocente como el niño que chupa su dulce".

(Flaubert)

LA REPÚBLICA ERRANTE MENDA LERENDA

Un individuo fue detenido por conducción temeraria y mostró un permiso de "la República Errante Menda Lerenda". La reflexión promocional de los locos de Radio La Colifata, para una campaña publicitaria, conviene al momento

largo, todo un año, vivido este 2020. En el trance de pensar que todo el mundo se ha vuelto loco, contrarrestemos esa mala opinión con la frase del portavoz de esa comunidad de sabios perturbados: "¿El mundo está loco? No. El ser humano es extraordinario".

LOS NIÑOS, ESAS VÍCTIMAS INOCENTES

La decana de los psicólogos sentenció con un ejemplo el daño colateral que han sufrido los niños en esta travesía del virus. Ellos, que parecen protegidos por una vacuna común de su calendario pediátrico: los niños tienen niveles bajos de una enzima co-receptora que el SARS-CoV-2, el virus del ARN que causa la COVID-19, necesita para invadir las células epiteliales de las vías respiratorias en el pulmón, según se describe literalmente en la noticia del hallazgo de este factor clave que protege a los menores realizado por investigadores del Centro Médico de la Universidad de Vanderbilt (Canadá), publicado en la revista científica 'Journal of Clinical Investigation'. Algunos niños pacientes dan muestras de sufrir trastornos obsesivos compulsivos. Un niño explicó que duerme con las manos cerradas en puño para no tocar las sábanas y contagiarse. Carmen Linares Albertos (Tenerife) puso el problema boca arriba. La sociedad no puede ignorar las secuelas de esta pandemia también infantil.

JAPÓN DESARROLLA UN TEST DE ANTICUERPOS DE COVID USANDO GUSANOS DE SEDA

El invento añade imaginación a una lucha de la ciencia que no renuncia a vericuetos y se desenvuelve como un gusano en busca de salidas.

LA VISIÓN HOLÍSTICA

Resta probar soluciones generales y no solo quirúrgicas. La medicina oriental, siempre abonada a una visión holística, muestra otros caminos.

CUANDO VOLVIMOS A SER ANACORETAS

En cierto modo, volvimos a las cavernas.

VIS A VIS, ENTRE LAS NUEVAS CONVENCIONES

Mejor un diálogo a dos que una reunión grupal de trabajo. Cambian las costumbres y los formatos por razones de seguridad sanitaria.

IMPIEDAD COVIDIANA, DICE LÉVY

Y el filósofo acuña una palabra de la nueva era.

TODOS APRENSIVOS

De esta no escapamos al látigo de la aprensión.

SUSPICACES, RETRAÍDOS, ERMITAÑOS, EN EL GRAN MANICOMIO DEL MUNDO

Así somos y en eso nos hemos convertido.

CANCELAMOS LA AGENDA DE CONTACTOS. NO SOCIALIZAR, SER HUIDIZOS Y SOLITARIOS

Así nos comportamos.

LOS NUEVOS DOGMAS

Está por hacer la Constitución de los nuevos dogmas que se han abierto paso.

LAS FIESTAS DEL AQUELARRE

Ahora que están prohibidas, vuelven los aquelarres clandestinos. Un mundo embrujado.

OJO CON VECINOS Y PARIENTES SIN CATALOGAR

Debemos hacer la nómina de contactos permisibles. Y su correspondiente lista negra.

EN EL TONDO DE UN KÍLIX

En la copa de cerámica yace la imagen del globo emergente, soy ese que asoma el hocico, el testigo de estos recuerdos. Somos los futuros restos arqueológicos de esta barbarie. Como los continuos descubrimientos que se sucedieron de abundantes yacimientos guanches o egipcios; en La Palma afloraron, entre las cuevas colgadas, una de figuras tiznadas desconocidas hasta ahora, y en Egipto vio la luz un centenar de sarcófagos. En una céntrica y concurrida calle de Atenas hallaron una cabeza del dios Hermes del siglo IV a.C. durante unas obras de renovación del alcantarillado. Y la momia guanche mejor conservada en el mundo, con 850 años de antigüedad, que se exhibe en el Museo Nacional de Arqueología, en Madrid, fue expuesta junto a la reconstrucción de su rostro, de unos 35 o 40 años. En los milenios venideros, entre los vestigios de esta pandemia, figuraremos nosotros, los cobayas y cronistas de su asedio.

'STRATEGIA DELLA TENSIONE'. DICE IGLESIAS QUE ES VOX

Los disturbios de España contra el toque de queda de noviembre enfrentan a la clase política. Pablo Iglesias (Podemos) señala a una estrategia de la tensión de Vox, a la italiana. El año era en sí mismo una revuelta en su origen, como en las protestas pro democracia de los manifestantes con camisa blanca de Hong Kong contra China. España y la excolonia británica semejaban dos polos del mundo: el arpón de la libertad y el populismo ultraconservador.

ELECCIONES USA. TRUMP HABLA DE TRAMPAS. BIDEN LO APLASTA. SI FUERA LA ENCARNACIÓN DEL VIRUS…

La elección del presidente más poderoso del planeta se convirtió en un proceso

a la democracia en las entrañas del país que daba ejemplo y ahora se debate entre el infierno y el cielo. Y el sistema de libertad política permanece en el limbo, cuestionado por los perdedores, emanando los malos olores de las cloacas del poder, que impregnaban buena parte de la geografía política mundial. No era solo el año del virus, sino el de la constatación de la crisis de los valores de la libertad y la democracia. El magma de la ultraderecha no cesó de avanzar amenazando a la geología política de los próximos años.

EL AÑO CONCLUYE, COMO LA PESCADILLA QUE SE MUERDE LA COLA, HALANDO DE CONFINAMIENTO

Los expertos sacan pecho e invocan volver al confinamiento. Lo hace el exasesor de Obama, Bengoa, y lo repiten muchos como él. Así empezó el túnel de la pandemia, con el confinamiento domiciliario de marzo en España y la mayor parte de los países. Así termina el año, como la pescadilla que se muerde la cola.

AQUELLOS ÁNGELES DE LAS TORRES DE NUEVA YORK EN BOCA DE ROJAS MARCOS

El psiquiatra reflexiona sobre la pandemia y nos deja resonancias de la caída de las Torres Gemelas, con que empezamos a narrar esta historia. Pues, en parte, este miedo empezó ahí, en 2001.

PEDRO ITURRALDE, A LOS 91 AÑOS, SE ELEVA COMO UNA MOTA DE JAZZ Y SE VA

El saxofonista muere tras una carrera dilatada siendo una estrella, ahora ocupa su lugar en el firmamento. La nota, la mota de jazz elevándose al infinito eterno.

“CERRAR LOS PUENTES ES UN PARCHE EN EL CASCO DE UN BARCO QUE SE HUNDE”

En mitad de la soez y burda batalla política entre la presidenta de la comunidad de Madrid, Ayuso (PP), y el Gobierno de Sánchez (PSOE), su número dos, Ignacio Aguado (Ciudadanos), nos regalaba una sentencia poética, no exenta de crudo realismo, cuando la comunidad estableció el cierre de la capital por el puente de Todos los Santos y no el confinamiento: “Cerrar los puentes es un parche en el casco de un barco que se hunde”.

EL ISLAMISMO DECLARA LA GUERRA A FRANCIA EN VÍSPERAS DEL ANIVERSARIO DEL ATENTADO DE BATACLÁN

En la Francia de Macron desembocan todas las Francias engastadas en un alambre de dramas. El terrorismo islamista vuelve a golpear el corazón de la Ciudad de la Luz a poco del aniversario de la tragedia del pub.

UN NUEVO TOTALITARISMO

Se abre paso en la pandemia un nuevo totalitarismo. Y ese peligro amenaza con acrecentarse, expandirse y generar su propia pandemia.

ACTUAR COMO SI ESTUVIÉRAMOS CONTAGIADOS

Lo propone el Fernando Simón alemán, Christian Drosten, no sin razón. Todos somos contagiosos de un mismo miedo.

LA SALIDA DEL TÚNEL...¿EXISTE?

Entramos en él, pero no sabemos si tiene salida.

¿CÓMO VA LA COSA?

La pregunta se viraliza, corre de boca en boca. Y todas las respuestas aluden al virus. Es una pesadilla sin término. Aún no hemos despertado de ella.

ESTA CRISIS NO DEPENDE DE FACTORES ECONOMICOS, NI ECONÓMICAS SON SUS RECETAS Y RAZONES

Es una crisis debida a un virus. Y toda la economía depende de una vacuna.

LOS HOTELES SON LA CARROÑA DE LOS FONDOS BUITRES

Sin turismo, están en venta, a precios tirados, como carroña para los fondos buitres, que están al acecho. Vacíos en ciudades desiertas tras la desaparición de los turistas, los hoteles y apartamentos semejan escenarios dantescos después de una tormenta, de una bomba, de una guerra, de un virus infernal… Es la extinción de una especie, los turistas, al menos en este corto lapso de tiempo de la Historia: 2020.

EUROPA ESTÁ EN GUERRA Y ESTADOS UNIDOS EN ELECCIONES

No es mundo para la felicidad por ahora.

Y TEDROS REZA POR TODOS NOSOTROS, EN CUARENTENA

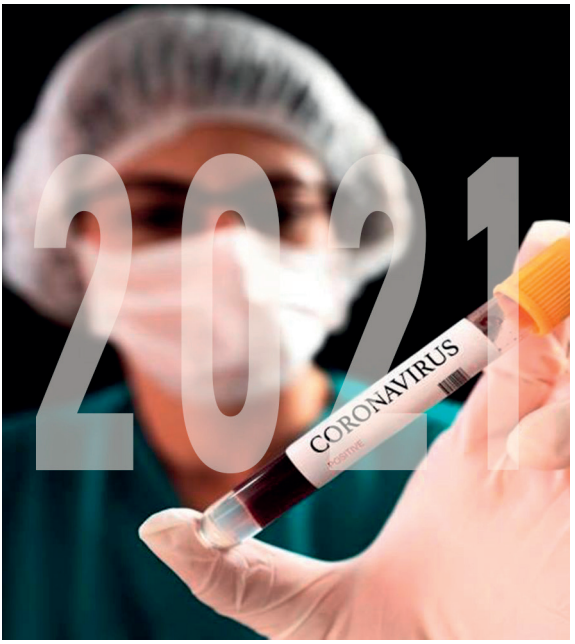
A finales de año, el director del Vaticano de la pandemia pidió que volviéramos a las cuarentenas, como a las cavernas. Él entró en una por un contacto estrecho con un contagio. Y ora por todos nosotros en capilla.

SIMÓN HACE UN CHISTE PERNICIOSO

Su gracia desgraciada sobre las "enfermeras infecciosas" lo condenó (en una entrevista en un canal de Youtube le preguntaron si le gustaban "las enfermedades infecciosas o las enfermeras infecciosas", y respondió: "No les preguntaba si eran infecciosas o no, eso se veía unos días después"). Le pidieron la dimisión los colegios de médicos de España (salvo el de Las Palmas: "El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra"), y respondió: "No abandonaré el barco".

CUANDO LOS COROS TAMBIÉN MATABAN

De la histeria por los efectos del virus no se libró nada ni nadie. Ni los coros sobrevivieron a la persecución. Ni siquiera los coros infantiles, pese a la cierta protección natural de los niños (pues poseen niveles más bajos que los adultos en una enzima que necesita el virus para invadir las células epiteliales de las vías respiratorias en el pulmón). Dado el temor a que las voces, el sonido elevado o el grito expulsaran con la saliva el patógeno mortal condenó a los coros en las iglesias y los teatros a un período de silencio vaticano y ocultación, como los trenes mudos de algunas capitales españolas. Los más fieles a la tradición musical se encerraban clandestinamente a cantar donde nadie los oyera. Un día esa locura colectiva tenía que llegar a su fin.



25
AÑO 20, SIGLO XX; AÑO 21, SIGLO XXI

"No sé nada más noble que la contemplación del mundo".
(Flaubert)

LA FÁBULA DEL TIEMPO

De una manera mimética, hemos terminado por asociar este año 20 al final del siglo XX, como si una prórroga se hubiera declarado en esa centuria, y esta pandemia sea el colofón de sus tragedias, guerras y desgracias. Si la fábula, a la que ya hemos hecho mención en estas páginas, admite esa tesis, pensemos en positivo: este nuevo año 21 será el bautizo del siglo homónimo. Entraremos, al fin, en el siglo XXI. Ya con vacuna y con Biden, sin ese otro emparejamiento de

la ira de Trump y la del coronavirus, en parte tan parejas. El siglo XXI, este que ahora arranca de verdad, será el de los robots. Y el papa Francisco se apresuró a pedir rezar para que los robots "siempre sirvan a la humanidad" (en Japón por esos días terminales del año ya empleaban carteros y camareros robots, a sabiendas de que la inteligencia artificial está a prueba de virus). ¿Qué temor alberga el pontífice?

NO TEMAMOS A UNA GUERRA, O SE PRODUCIRÁ

La campanilla de invierno o galanto, de flores blancas colgantes, resiste al frío y emerge entre la nieve. La esperanza no es baladí, ante la paz que se resiste están los hierros de invierno preservándola como una flor en los jardines inhóspitos. Dicen que en esta época del año, en los inviernos más duros, los árboles llevan flores por dentro. En los mentideros políticos se discute mucho sobre las secuelas de esta pandemia. Traerá la crisis económica -ya está aquí- y los múltiples efectos sanitarios, psicológicos y sociales. Pero algunas voces apuntan más alto: ¡habrá una guerra! Así lo dejaba caer, como dijimos, el jefe de las Fuerzas Armadas británicas. Se remontan a episodios de la historia que desembocaron en ello cuando la tensión alcanzó un punto álgido como el actual. Y es cierto que habría condiciones para algo semejante, pues bastaría el ya mencionado atentado perpetrado a finales de este año contra el científico más relevante del programa nuclear iraní, Mohsen Fakhrizadeh, cuya muerte Teherán atribuye a Israel -y en la sombra, a Estados Unidos- para desatar los truenos de una guerra en la zona, de consecuencias imprevisibles. El científico, de 62 años, fue atacado con un coche bomba y tiroteado cuando circulaba por una carretera cerca de la capital. Hay conflictos dormidos que despiertan casualmente ahora, como la citada guerra del Sáhara (Trump, en las postrimerías de su mandato, desbarató la neutralidad de su país en este conflicto y terminó contraviniendo a la ONU y cediendo a las presiones marroquíes al otorgar a Rabat un reconocimiento unilateral de su soberanía sobre las tierras saharauis

ocupadas ilegalmente casi medio siglo atrás), y muchos otros focos diseminados por las habituales zonas calientes. Dado que el hombre cohete norcoreano permanecía ausente, sin dar señales de vida constatables, las prisas por desatar una guerra nuclear parecían haber remitido. Pero no es cuestión de fiarse, de creer o no creer, de tener fundadas o infundadas sospechas. Yo me digo que no, es decir, me predispongo a negar la posibilidad de una guerra que haga saltar las costuras del mundo por el capricho de Trump viéndose perdido. Sí confío en la mano oculta que lo impida. Decía Flaubert que para ser feliz se requiere ser estúpido, egoísta y estar bien de salud, pero añadía que si faltaba lo primero, estaríamos perdidos. Pues eso. Seamos estúpidos, y pensemos al revés de la Historia, para que esta vez no se repita.

LO QUE CUENTO AQUÍ NO ES TODO LO QUE SUCEDIÓ

Esta no es la biografía exhaustiva de 2020. Debo decirlo antes de que terminemos esta conversación. Nos quedan unas cuantas pinceladas más para acabar el retrato del año. Pero he de advertir que en estas páginas no está todo cuanto sucedió. Cuando subía y descendía en mi globo no percibía la totalidad de los hechos. Leí, anoté y observé todo el tiempo todas las cosas que pude, pero una buena parte de los acontecimientos importantes estarán ausentes en mis blocs de esta travesía, donde hay espacios en blanco por olvidos o renuncios. No podría ser un relato exhaustivo y minucioso, no podría averiguar quiénes fueron, uno a uno, los médicos desconocidos que salvaron de morir a miles de personas en la primera ola de la enfermedad, cuando el virus era un completo enigma. Y estaban los ‘fakes’, los bulos de la pandemia. Imposible desmontar cada atentado a la verdad. “En estos tiempos del coronavirus la desinformación puede matar”. El comentario es de Josep Borrell. Anduve con cuidado de no errar en esos desatinos que obstruían toda narración veraz como piedras en el camino. Habíamos ido demasiado lejos en las escalas de valor que idealizaban nuestra era. Alguien lo llamó el “descrédito del progreso”. Ahora siento, al ir conclu-

yendo esta incursión biográfica por un año entre tinieblas, que, por una vez, no avanzaremos hacia el futuro, sino hacia el pasado. Otra vez resulta cierto que todo pudo haber sido peor. Sí convenimos en que la democracia sale tocada, la libertad disminuida, la economía hospitalizada y la política en la UCI (también el virus alcanzó sus pulmones), otra ciencia del poder surgirá de este trance, en la tregua de nuevos dioses, que acuñara Flaubert. Pero tardaremos en darnos cuenta. En adelante, habrá que crear, como sugieren ya algunas voces, departamentos permanentes contra los futuros virus, como hay servicios de bomberos en cada provincia ante el riesgo latente de que el fuego aparezca y devore vidas y cosas. Incólume ante el peligro, un hombre impedido simbolizaba exactamente uno de esos dioses inauditos que buscábamos para abrirnos paso en la maleza (y en la maldad del año). Vivía en su silencio absoluto, en la práctica inmovilidad como Funes, el memorioso, inteligentes los dos y comprensivos de la realidad absoluta el uno y el otro. Frente a Funes, el personaje de Borges, mi personaje era real. La década se termina también sin él, como viene a corroborar el síndrome de Flaubert. Hablo de Stephen Hawking, anterior su vida a 2020 pero vigente su memoria como de hoy mismo. Hawking resume tanto todo lo que ya no volverá a ser igual, el mundo que él explicaba mirando al orbe desembocaba en agujeros negros que devoraban la realidad. Esa sensación tuve durante 2020. La de un agujero negro que nos absorbió en la honda magnitud de su fosa, y, acaso, como nos decía el físico, en los días que lo escuché y seguí a todas partes como un poseso, habrá una vía de escape, una puerta trasera para resurgir del agujero negro del SARS-CoV-2. Se me quedaron en el tintero los pasajes que no acerté a recordar a la hora de reconstruir el vasto año devastador. Sea dicho no a modo de disculpa, sino a fuer de sinceros. Cada uno de nosotros tendrá una percepción propia y hablará de la feria como le haya ido en ella. No quise pecar de Funes, el memorioso, el personaje de Borges, que aspiraba a hacer un catálogo mental de todas las imágenes del recuerdo, mientras se recreaba, en la parálisis de su cuerpo tullido, como un solitario perfecto -superior

al eximio hombre solo de este recuento, Flaubert-, en la eterna prisión de su casa, su cuarto y su ventana, "absorto en la contemplación de un oloroso gajo de santonina".

En ocasiones, el mero aroma del vino me transportaba a una infancia de mosto en los bellos parajes de las montañas lejanas de mi ciudad, donde los niños pisábamos uvas, que eran a veces amarillas y luminosas, como las uvas doradas de Francisco Umbral. Y ese recuerdo era un guiño remoto de la memoria, una magdalena de Proust, como tantos guiños en que, absortos, queremos imaginarnos cuando éramos libres de virus, ahora que, rehenes en casa como Funes, hacemos esta memoria del año de todo el mundo como si la mirada nos alcanzara para tanto.

EL HOMBRE TERCO SE DA DE BRUCES CONTRA EL MURO Y DEBERÁ DEJAR EL PODER

A Trump le costó admitir la derrota. Como le sobraba euforia en el camino a la victoria. Al inicio de la campaña de 2016 llegó a decir, "tengo a la gente más leal, podría pararme en mitad de la Quinta Avenida y disparar a alguien y no perdería votos". Lo cual retrotrae una vez más su talante al de Calígula, que gobernó Roma el mismo período que Trump su imperio, cuatro años, y en una ocasión amenazó a su propia abuela, que lo había reprendido: "Recuerda que todo me está permitido, y con todas las personas". Trump no nombró cónsul a su caballo, pero encaja en una palabra griega que usaba el propio Calígula para definir con orgullo la desfachatez que le caracterizaba: su 'adriatepsia', su falta de pudor. Ambos, mentirosos patológicos (Trump instauró en su mandato los hechos alternativos, la posverdad, y, según The Washington Post, hasta el 27 de agosto había dicho 22.247 falsedades), convergen en una personalidad que puede llegar a resultar monstruosa. Cuando Trump se vio perdiendo en el recuento de las urnas, ordenó detener los escrutinios que le eran desfavorables; diríamos que obraba 'calígulamente', como aquel emperador que se contrariaba, en mi-

tad del insomnio, porque la noche le impidiera ver la luz del día. Perder es lo peor que le puede suceder. Odia a los perdedores. "Ganar es fácil, perder, no, no para mí", admitió el mismo día electoral. Mientras le duró la paranoia de que había ganado a Biden, Trump se enrocó en el Despacho Oval y se deshizo de colaboradores que no le reían las gracias. Cesó, por esta regla de tres, mediante un tuit abrupto y desconsiderado al jefe del Pentágono, Mark Esper, al que se la tenía guardada por acatar su orden, durante los disturbios de las ciudades, de lanzar al Ejército contra los manifestantes que reprobaban su política incendiara contra los negros. Pero los continuos fracasos de sus reclamaciones judiciales y la insostenible campaña de bulos sobre un presunto fraude electoral acabaron por estamparle la verdad en la cara. Y el 20 de enero dejaría de ser presidente. Entre sus víctimas, despidió también al máximo responsable de ciberseguridad del país, Chris Krebs, por no secundar sus acusaciones de robo en las urnas. Trump comenzó a hacer planes para volver a la presidencia dentro de cuatro años, sin duda enaltecido por el incremento de votos que obtuvo esta vez y el innegable fanatismo de sus seguidores, ciegos entusiastas de su aparente fobia al establishment.

Decía Macron, tras discutir con él, que prefería no revelar el incidente, citando a Otto von Bismarck, quien habría dicho que "las leyes, como las salchichas dejan de inspirar respeto a medida que sabes cómo están hechas" (la sentencia, en realidad, no es del canciller, aunque se le atribuye). Un comentarista opinó, al hilo de la anécdota, que Trump finge ser el hombre capaz de contarle a la gente la receta de las salchichas, cómo se cuece el poder. Y esa falacia le granjea numerosos adeptos, en actitud cuasi sectaria. "Me gusta la gente poco formada", dijo en la primera campaña electoral y conectó con quienes se identifican con su imagen de hombre tosco y millonario, símbolo del abuso de poder bajo el disfraz de hacerlo a beneficio del pueblo y no de su bolsillo, y a riesgo de amenazar por Twitter con declarar una guerra termonuclear. Tal como predijo el historiador británico James Bryce, que en 1880 recorrió Estados Unidos con

ánimo de conocerlo a fondo, existe el peligro de su democracia de caer víctima de un tirano, pero no "un tirano contra las masas, sino un tirano con las masas".

Patética fue la imagen de su abogado Rudolph Giuliani sudando tinta del rímel de sus patillas en la rueda de prensa en la que trataba de mantener vivo el embuste de la estafa del 3 de noviembre. No solo, como publicó The New York Times, "parecía que estaba comenzando a derretirse", sino que la burda maniobra de Trump también se diluyó ese día en el rostro descompuesto del exalcalde de Nueva York con los chorretones negros que manchaban la campaña orquestada desde la noche electoral por un presidente terco ya en tiempo de descuento, como si la suya fuera la deriva del virus ante la evidencia de la llegada de la vacuna a restablecer la normalidad. Por cierto, subrayemos una vez más, Trump nunca le perdonó a Pfizer que "no tuviera el coraje de hacer el anuncio (de la vacuna) antes de las elecciones".

MAÑANA, EN LA RESACA, QUEDAREMOS A ALMORZAR

-Te quiero, Peter -le dijo ella.

-Eso se lo dices a todos -contestó él, incrédulo tantos años después.

-Pero solo a ti le digo la verdad -aclaró ella por último.

Se prometieron quedar un día, quizá pronto, cuando la pandemia remitiera, la vacuna estuviera haciendo efecto, y pudieran reencontrarse, viajar para verse, citarse en un restaurante y almorzar, como en los viejos recientes tiempos en que lo hacían con cierta frecuencia. Para seguir alimentando un secreto amor inocente curtido en la distancia.

Como tantas veces, los sentimientos, las emociones, parecen querer salvarnos de la letanía de la enfermedad y del miedo a contraerla, que nos encierra y aleja. En una residencia de mayores de Alcoy, en Valencia, fue la música, El lago de los cisnes, de Tchaikowsky, el que reavivó la memoria y despertó la sensibilidad de Marta, de avanzada edad, que regresó a los escenarios de su juventud, cuando era primera bailarina del Ballet de Nueva York. El vídeo de

la anciana moviendo las manos y los brazos en su silla de ruedas al compás de la célebre música y comentando coherentemente lo que sentía dio la vuelta al mundo en las redes sociales. En Madrid y Nueva York la llamaban Marta Cinta (en Cuba la conocían por Rosamunda) y su nombre, en realidad, era Marta González Saldaña. Se le ve rejuvenecer evocadoramente estimulada por la magia de la música y después se ha sabido que murió poco después de grabar esas imágenes para un proyecto terapéutico, ya nonagenaria, en un mes que nunca olvidaremos, marzo, cuando se declaró la pandemia que pasó desapercibida para Marta entre las huellas de su vida estelar, veladas por la amnesia de su alzhéimer.

Cuando todo termine, o sea, cuando la vacuna genere confianza, será posible restablecer los lazos suspendidos, poco a poco. Las Bolsas experimentaron registros históricos cuando en noviembre se anunciaron las primeras vacunas. Aquel lunes 9 de noviembre en que Pfizer y BioNTech anunciaron un antídoto, que entonces auguraban sería eficaz un 90%, se dispararon todas las expectativas de recobrar la felicidad. Sentimos que era cierto, que había luz al final del túnel, y volveríamos a ser como antes. Tuvimos que contener la alegría, tener paciencia, aguardar a la llegada de las dosis a nuestras ciudades, confiar, soñar, tener esperanza en la vida de nuevo tras un año de éxito de la muerte, creer en la ciencia y en la verdad de los milagros humanos.

En Reino Unido iniciaban la vacunación en los primeros días de diciembre. Los camiones refrigerados de Pfizer en su planta de fabricación de Bélgica se adentraron sigilosamente en el Eurotúnel y atravesaron el Canal de la Mancha con la primera remesa de 800.000 dosis rumbo a depósitos secretos, por temor a robos y actos de vandalismo, como previó Interpol, que puso en alerta a los organismos policiales de medio mundo ante la amenaza de organizaciones criminales dispuestas a hacer negocio con la vacuna. El desplazamiento se hizo no sin una gran expectación mediática ante el debut de la inmunización, del que depende la salud de los ingleses y de su economía. La ‘Operación Panacea’ del

Ejército británico, en un alarde logístico de distribución, daba paso al 'Día-V', y la primera persona en recibir la dosis inaugural del antídoto, el martes 8 de diciembre, fue una mujer norirlandesa de 90 años, Margaret Keenan. "Es el principio del fin de la pandemia", proclamó en Twitter el ministro de Sanidad, Matt Hancock. Aunque en Rusia se adelantaron unos días con su vacuna Sputnik V, ni en el propio país ocultan el temor a que no sea fiable, pues tanto su autorización como administración masiva y voluntaria entre la población desde el sábado es fruto de una orden directa de Putin, que se ha propuesto ir por delante pese a no conocerse aún el resultado de los ensayos clínicos. De ahí que en Europa y América se haya desconfiado desde el primer día de las prisas de Moscú, y hasta de la inmunización de los chinos. No gozaron de homologación occidental. Era obvio, pues las relaciones entre estas orillas no habían sido buenas. Y desde este martes 8 todos miramos hacia Reino Unido con cierta envidia. Pronto se repetiría la escena en los distintos estados del continente, y no solo con el cargamento de dosis de la compañía norteamericana asociada a la alemana BioNTech, cuya eficacia es alta pero deberán conservarse a 80 grados bajo cero (los científicos han pensado en replicar la piel de camello, capaces de hacer grandes recorridos por el desierto desafiando el calor y un sol de justicia, con el fin de llevar las vacunas a lugares remotos). También se prevé la inmediata puesta en circulación, con los debidos permisos, de las vacunas de Moderna (EE.UU.) y AstraZeneca con la Universidad de Oxford (Reino Unido), esta última la primera en publicar en una revista científica -The Lancet- sus resultados iniciales. Pese a que la británica ofrece una cobertura del 70 por ciento (frente al 94 y 95 por ciento de las de Pfizer y Moderna), es más barata y fácil de almacenar, y curiosamente podría alcanzar una inmunización del 90% si, como sucediera en los ensayos por error, se administra media dosis al principio y una completa un mes después. Todo apunta a que puede ser la firme aspirante a convertirse en la vacuna global que necesita esta enfermedad para llegar a todos los confines del planeta, sin distinción de recursos ni condiciones de mantenimiento. Una vacuna española

se cocinaba a fuego más lento, pero también más seguro.

El papel estelar de esta historia de la vacunación correspondió a esa joven nonagenaria norirlandesa, Maggie, como es conocida la señora Margaret Keenan, la primera en Occidente en recibir una dosis del antídoto que salvará vidas. A sus 90 años, próxima a cumplir 91, inauguró el V-Day británico en el Hospital Universitario de Coventry. La enfermera filipina May Parsons fue la encargada de realizar la primera vacunación de la historia contra la COVID-19 en Occidente. Eran las 6:30 de la mañana, hora local, cuando Maggie recibió la vacuna más esperada. "Si yo puedo a los 90 años, entonces usted también puede", dijo pensando en los escépticos con este remedio, que no son pocos. Su imagen, siendo conducida en silla de ruedas por un pasillo de sanitarios aplaudiéndole en el momento histórico, dio la vuelta al mundo. Era la foto de la esperanza tras los meses, casi el año, de angustia y dolor en los masificados hospitales que surtían las morgues de seres humanos mayores y jóvenes caídos en desgracia en esta pandemia a miles y centenares de miles, como si nunca la hemorragia de muertes fuera a detenerse. Y Maggie simboliza la luz en medio de esa oscuridad, el primer ser vivo que en Occidente se protege con el escudo de la vacuna frente al enemigo infalible que no tenía rival. Se sentía como una privilegiada: "Es el mejor regalo de cumpleaños, adelantado, porque significa que finalmente podré pasar tiempo con mi familia y mis amigos en Año Nuevo después de haber pasado prácticamente sola todo el año". Conocimos algunos datos personales de la debutante. Oriunda de la localidad norirlandesa de Enniskillen, trabajó en una joyería y es madre de una hija y un hijo, y abuela de cuatro nietos. El segundo afortunado en ser vacunado fue William Shakespeare, de 81 años, un vecino del mismo condado natal del célebre dramaturgo, Warwickshire. Simpático el hecho de un nombre tan célebre para una ocasión tan especial.

La vacuna, las vacunas han cambiado el estado de ánimo colectivo en el mundo entero, hasta correr el riesgo de bajar la guardia creyendo que el mero anuncio del antídoto desanimará y hará tambalearse al virus hasta caer final-

mente noqueado antes de que sus dosis hagan efecto en nuestros cuerpos. De ese temor se hicieron eco las autoridades, que alertaron del espejismo. Las Bolsas primaron al turismo y castigaron a las empresas que habían subido con el confinamiento, como Netflix y Zoom. Hubo picaresca, actos de mal gusto. El mismo hombre que proclamó solemnemente "hoy es un gran día para la ciencia y la humanidad", el propio CEO de la compañía Pfizer, Albert Bourla, corrió a vender más del 60% de sus acciones en la empresa (unos 5,6 millones de dólares, 4,7 millones de euros) cuando experimentaron una lógica revalorización instantánea. Fue un acto de codicia que recuerda hasta qué punto, en los peores momentos, la ambición se impone al pudor.

Respecto al turismo, fue inmediata y eufórica la reacción de todos los informes: la economía crecerá a remolque del sector servicios, que recobrará su esplendor, la gente volverá a volar, a poblar las playas, nos dijeron, haciendo buenos mis mejores anhelos de ver concurridos los sitios y lugares como antes de la pandemia. La Bolsa elevó la moral. Y se empezó a cifrar en dos dígitos el crecimiento de las economías regionales y estatales de Europa y resto de continentes. De pronto, una noticia nos hacía felices. Si no hay efectos secundarios relevantes, las vacunas habrán refundado el mundo. En globo se ve más fácil, se entiende mejor qué significa ascender, flotar, vencer la gravedad. El globo terráqueo se anima a elevarse con un chute de aire caliente sobre sí mismo, a merced de las vetas del viento, y todos vamos dentro de su barquilla, ahora más airosos que nunca, viendo la estrella guía, la nova salvadora, a las puertas de Navidad, con otra cara, pero sin sustraernos a la mascarilla, precavidos de que después de la primera y la segunda ola, tras las fiestas, puede asaltarnos una tercera ola dantesca.

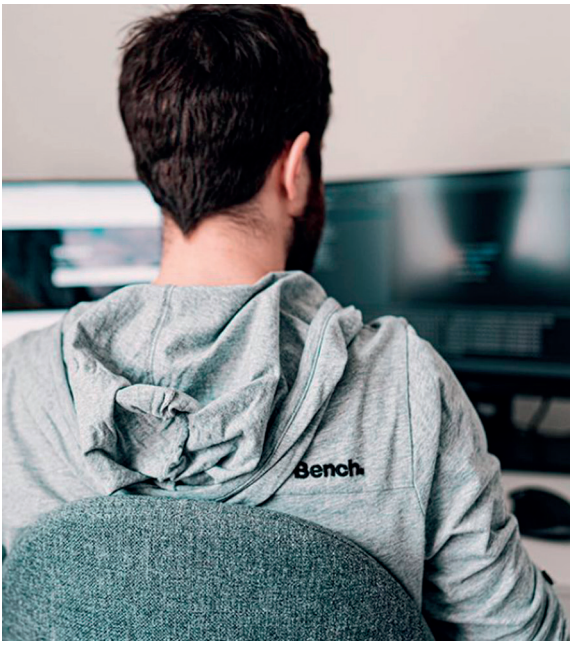
En vísperas, la canciller alemana, Angela Merkel -que por estas Islas sentimos casi como una paisana, una vecina frecuente de los bosques del Garajonay- ha sido clara, en un mensaje emocional a su pueblo, aturdida, como antes indicamos, por los contagios y muertes que asolaban su país, en contraste con

la leve incidencia de primavera. El día que habló, Alemania registraba cifras récord de la pandemia, con más de 20.000 nuevos contagios y casi 600 decesos. Merkel contuvo la respiración, su voz se volvió frágil y quebradiza, pidió tomarse en serio los consejos difundidos por la Leopoldina, la Academia de Ciencias de Alemania, que propuso un confinamiento estricto, cerrar los colegios y reducir "al mínimo absoluto" los contactos (me llamó la atención que en Bélgica permitieran tener un 'compañero o compañera de mimos' durante la cuarentena). Merkel miró a la cámara donde estaban los ojos de todo el país, y dijo como una madre asediada por la despensa vacía anunciando las malas noticias a toda la familia: "No puede ser que ahora, antes de las Navidades, nos prodiguemos en contactos, para que después sean las últimas Navidades con los abuelos, porque habríamos desperdiciado la oportunidad de hacer algo". Hacer algo es no hacer nada, como proponía una campaña en vídeo, que sugería a los alemanes acatar un periodo de inactividad, en el que ser más vagos que los mapaches (Alemania perdió 6-0 ante España en la Nations League, en la segunda mayor derrota de su historia, acaso por seguir al pie de la letra la instrucción oficial frente a la COVID). Era protegernos para proteger a los nuestros. Era separarnos, alejarnos, evitar relacionarnos físicamente con el prójimo para impedir la transmisión comunitaria del virus. Unas no Navidades, esta vez, para tener muchas Navidades detrás de las cortinas de este año, cuando las vacunas abran las ventanas y corra el aire libremente por la casa sin miedo a las gotículas voladoras de los aerosoles.

Cuando la pandemia brotó con furia en marzo y nos abrasó a todos bajo una nube de miedo, yo no hacía sino imaginarme la cara de la primera persona que fuera vacunada contra aquel flagelo. Deseaba con todas mis fuerzas poder llegar a ver a ese ser feliz que alzara la espada de la Ciencia contra el ejército de virus que mordía nuestras vidas y asestaba una puñalada en el corazón de la sociedad, proscribiendo las relaciones humanas. Nunca antes nos había sucedido una cosa semejante. Ahora, al contemplar, al fin, el rostro de Maggie, esa persona elegi-

da, antes de que el año concluyera, exhalé un rotundo ¡síííííí! Y era mi desahogo particular al cabo de meses de contenida espera.

Si la cosa funciona, dentro de poco tiempo se irá recuperando cierta normalidad real. Y unos y otros podremos quedar a almorzar como en los viejos recientes tiempos. Resulta emocionante confiar en que pronto pueda ser así. Hemos olvidado esas costumbres que nos hacían la vida más cercana. Quedar, salir, tomar algo, hablar, reír y contarnos las novedades. A lo tonto, nos hemos ido encerrando en nosotros mismos. Sin vernos como antes, sin concertar citas, sin hacer planes de pasar un rato para matar el tiempo simplemente, por puro placer de mirarnos a la cara y sentirnos juntos y vivos. Cuando no llevemos máscara, quizá ya no nos reconozcamos. Ha pasado mucho tiempo. Ni siquiera sabemos si seguimos siendo los mismos.



26
EL MUNDO DE MAÑANA

"No le demos al mundo armas contra nosotros, porque las utilizará".
(Flaubert)

Lo que el año pone sobre la mesa para mañana es un profundo problema de comunicación. De incomunicación. Es del virus de la comunicación de lo que se tratará a partir de ahora. Venir de donde venimos predispone a pensar que la génesis del coronavirus de 2020 estaba latente en el subconsciente de esta era, como una amenaza, una distorsión en mitad del flujo de las relaciones humanas. Porque veníamos de asaltar caminos desconocidos de la comunicación interpersonal. Habíamos sorteado todas las barreras imaginables e inimaginables, refundando modos y maneras de hablar, de negociar, de amar. El diálogo, las

concertaciones a gran escala y hasta el sexo se habían empoderado en el ámbito virtual de un modo alternativo. Y paulatinamente habíamos creado espacios en blanco, territorios discontinuos, falta de comunicación personal. Ya no necesitábamos estar cerca de los otros, porque teníamos a nuestro alcance herramientas de comunicación móvil muy potentes. El ser humano se 'ciberalizó' y comenzó a prescindir de pequeños contactos cuando dejaron de ser necesarios. La manera de consumir también se reinventó dando lugar al boom de las compras online. El teletrabajo empezó a dar grandes zancadas abriéndose paso, a falta de una causa mayor que lo impusiera como medio más afín al nuevo modelo de sociedad y más productivo a la postre. Nos habíamos encerrado en pequeños nichos, seguros de nosotros mismos, conscientes y orgullosos del inmenso poder comunicacional del que éramos capaces y dueños con pequeños instrumentos electrónicos en una reducida superficie de trabajo en nuestra propia casa o en las áreas de 'coworking'. De manera que cuando el virus irrumpió en nuestras vidas con todo su potencial de contagiosidad, no hicimos sino consolidar los movimientos incipientes que ya habíamos dado: teletrabajamos de la noche a la mañana como vehículo esencial de producción; desistimos de mantener encuentros presenciales e idealizamos la videoconferencia al generalizar su uso en las reuniones de trabajo y consejos políticos y empresariales. Comprendimos que estábamos en condiciones de seguir funcionando sin el vis a vis convencional. Antes nos habríamos burlado de nosotros mismos, como decía Flaubert que se sentía de la mirada imaginaria de los demás hacia su enclaustramiento, sus manías y tics de ermitaño: "A veces tengo grandes hastíos, grandes vacíos, dudas que se ríen en mi cara, en medio de mis satisfacciones más ingenuas. Pues bien: no cambiaré todo eso por nada, pues me parece, en conciencia, que cumplo con mi deber, que obedezco a una fatalidad superior, que hago el Bien, que estoy en los Justo". Así nos veo a todos. Y nos pusimos virtualmente manos a la obra. Las calles empezaron a vaciarse, las carreteras experimentaron una reducción drástica de tráfico. Las sedes de las empresas se convirtieron en

grandes recintos desocupados con un mínimo de efectivos presenciales. Este fenómeno lo vivimos en las redacciones de los periódicos sin necesidad de transición alguna. En DIARIO DE AVISOS ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. El editor, Lucas Fernández, nos lo propuso un día, al inicio del confinamiento, y lo aplicamos 24 horas después hasta hoy. Sobraba espacio en todas partes. Todo el escenario que antes ocupaba la masa laboral de las grandes empresas empezó a parecer mayor porque estaba vacío. La sociedad se recluyó detrás de las paredes de cada hogar, erigido en modernos compartimentos estancos, a modo de innovadoras fortificaciones frente al virus y contra una parada económica global que resultaba suicida como enseguida se vio. A decir verdad, el mundo siguió funcionando tras un momento de shock y desconcierto. No todas las grandes empresas podían funcionar a distancia, como las esencialmente presenciales, la construcción, el comercio, la hostelería y los servicios. Pero todo el ámbito administrativo, docente e industrial en amplios subsectores del conocimiento y la innovación eran viables sin la presencia física de los trabajadores. Esta confirmación genera ahora un trasunto de imprevisibles consecuencias. Nos hemos acostumbrado a vivir exitosamente sin necesidad de comunicarnos de manera presencial. Es decir, hemos hecho mutis por el foro. Y la función ha continuado en una suerte de hologramas como los del mago Eisenheim de 'El Ilusionista'. ¿Y ahora qué? Cuando el virus se marchite, remita, lo aplastemos o se evada temporalmente como las gripes ordinarias, ¿volveremos a las andadas?, ¿a poblar las oficinas y factorías como en la economía previral? ¿O daremos ese salto en el vacío para siempre y no restituiremos el viejo orden presencial por el que se rigió la economía antes de 2020?

Queda, a su vez, en el aire (donde este libro más claro ha tenido las cosas con ayuda del observador ubicuo que nos ha servido de guía en su globo) ese intrínseco problema que nos interroga desde el primer estado de alarma: la incomunicación y la soledad en sentido no físico, sino metafísico. Sin el abrazo, la mano, el beso, el contacto; sin la visita, la conversación in situ, la compa-

recencia, estaremos en otra escala de las relaciones humanas futuras (y no tan futuras). Si a ello se suma la asumida incorporación progresiva de la mano de obra mecanizada, el robot, sabremos que nos referimos a algo que va más allá de un atajo. No es soslayar la comunicación física solamente por razones de seguridad, ante el pánico de contraer una enfermedad mortal por el intercambio de microgotas salivares cargadas de virus y bacterias en el curso de una mera conversación presencial. Es probable que de este motivo pasemos a otros no vinculados exactamente a la causa original, pero que no nos escandalizarán menos con la mentalidad que aún nos resta del mundo convencional del que procedemos hasta hace tan solo un año. Evitar el contacto humano por criterios de eficiencia y tiempo constituye una poderosa razón. Eludir, primero ocasionalmente, y por último de manera sistemática la convocatoria de reuniones de trabajo, de encuentros de estadistas o de simples entrevistas de selección de personal por un principio de operatividad, de organización y de ahorro no dista de convenir con el mismo principio abocado a consagrar la incomunicación, no por defecto, sino por eficiencia. Y, en general, suprimir contactos interpersonales en la práctica cotidiana de un modelo de funcionamiento social no tan futurible como inminente radicaría en la idea ventajosa de superar problemas de carácter urbanístico, de fluidez del transporte y el tráfico rodado y, a su vez, de tipo medioambiental: la incomunicación presencial contribuye a sanear las ciudades, a reducir la contaminación a combatir el cambio climático. Se verá como un avance eficaz. Pero la civilización se autoaislará.

La pandemia abundó en las desigualdades. Amplias capas de la sociedad establecida, sectores de la llamada clase media, cayeron en barrena y engrosaron las colas del hambre. El mundo se desnudó. Y hubo protestas, malestar social, un caldo de cultivo para futuras movilizaciones y desencuentros de los sectores más golpeados por las crisis sanitaria y económica. La hostelería se refugiaba en la permisividad de los ayuntamientos para improvisar terrazas en mitad de espacios públicos, plazas y autovías, donde colocar mesas y sillas cercadas

por vallas cuando la autoridad dictaba restricciones de comedores y barras. El comercio ideó mecanismos de autocontrol para evitar aglomeraciones en las plantas de las grandes superficies y el colapso de los parkings. No era exactamente un pulso de la picaresca frente al rigor de las leyes, sino un fenómeno de supervivencia para evitar cierres, despidos y caos.

Y hubo un margen cada vez más ancho de solidaridad. Las ONG batieron récords de recogida de alimentos. Un telemaratón con años de experiencia como el de la cadena local Mírame TV en Tenerife logró recoger en pocas horas artículos de primera necesidad para 32.000 personas, en alianza con el Banco de Alimentos. El reparto de comida se hizo habitual y organizado en barrios y núcleos de población, con columnas de demandantes que serpenteaban las calles en una práctica asistencial decisiva en mitad de la hecatombe provocado por el patógeno. La solidaridad se transformó en un yacimiento de economía alternativa. El llamado tercer sector adquirió una importancia neurálgica. Porque contrarrestó con su eficaz labor el riesgo del que nos ha alertado hace tiempo Adela Cortina: la aporofobia (fobia a las personas desfavorecidas).

En este marco se hacían visibles los acuerdos frente al desacuerdo que transpiraba la política. España y Europa fueron escenarios de esos vientos favorables y desfavorables. Había discrepancias bizantinas de régimen interno que podían llegar a resultar bochornosas. Enfrentamientos de poca monta en los hemiciclos de distintos países por el postureo de las opiniones encontradas. España fue un laboratorio de esa clase de trifulcas y hasta que no transcurra un tiempo no sabremos exactamente dónde ha recaído el éxito y el fracaso de los distintos partidos políticos en esta crisis. En esencia resultaba incontrovertible un hecho: uno de los gobiernos de coalición más izquierdistas del continente (PSOE-Podemos) sacaba adelante los Presupuestos de 2021 con recetas opuestas a las de la derecha española (PP) en los años de la Gran Recesión. Ahora aumentaban el gasto social y protegían tanto derechos fundamentales como empresariales y laborales sin recurrir a la asfixia fiscal y la austeridad de la inversión. En una

comunidad autónoma como Canarias, también una coalición de progreso presidida por un socialista, Ángel Víctor Torres, alcanzaba el mismo objetivo con una fórmula similar. Un destacado dirigente empresarial exclamó tras conocer las cuentas elaboradas por el vicepresidente Román Rodríguez (Nueva Canarias): "Parece un presupuesto mágico" (José Carlos Francisco, presidente de la CEOE-Tenerife).

Entre la pobreza, el hundimiento del PIB provocado por la pandemia, el turismo cero y el miedo colectivo de todos los sectores y ámbitos de la sociedad, emergía, a última hora, el acuerdo entre Bruselas y Reino Unido sobre el 'brexit'. Se cerró a las 14.44 del día de Nochebuena, y tanto Ursula von der Leyen como Boris Johnson celebraron el humo blanco como un hito histórico al borde del colapso de las relaciones anglo-europeas: en virtud del pacto, las dos orillas, una vez consumada el 31 de diciembre la desconexión de los británicos del Viejo Mundo, mantendrán abierta su relación comercial a ambos márgenes del Canal de la Mancha, y los mercados conservarán una fluidez recíproca pese a que los ingleses abandonen definitivamente el mercado interior y la unión aduanera. Ocurrió antes de que sonara la campana y fue en 2020, el año perdido que a última hora bregaba para salvar lo esencial del Titanic que se hundía. Y ese hilo de esperanza no era otro que el de la cooperación y los vasos comunicantes. Aún a pesar del grado de incomunicación resultante de los avatares de 2020.

No dio tregua el virus hasta el último instante, en que se superó a sí mismo, con un repunte vertiginoso en Reino Unido y Sudáfrica, con ramificaciones en Dinamarca, Italia, Países Bajos o Australia. Fue una suerte de respuesta rabiosa del patógeno ante la llegada eufórica de la vacuna y las primeras inoculaciones generalizadas, que amenazaban su jerarquía. Las nuevas cepas de las mutaciones hacían más contagioso al virus; sus famosas proteínas espiculares, los pinchos de las mazas con que se representa, resultaban potencialmente más peligrosas en su capacidad de engancharse a las células que infectan. ¿Eran los estertores del coronavirus o su reaparición? Los vacunólogos confiaban en que

no afectara a la eficacia de los antídotos, pero los fabricantes no tardaron en empezar a experimentar posibles mejoras en su diseño para hacer frente a esta nueva invasión colérica del bicho.

¿Eran culpables las poblaciones de la propagación de la epidemia por sus incumplimientos o, junto a ello, debían los gobiernos revisar sus estrategias, métodos de rastreo y de actuación policial como si de una ofensiva antiterrorista se tratara? El debate de la culpabilización de los ciudadanos planteó distintas alternativas, pero al término del año cobraba cuerpo la necesidad de intensificar los operativos de lucha contra el virus, más allá de las mascarillas, higiene y distanciamiento. Era un ejército ingente de lobos solitarios. Y las fuerzas y medios para combatirlo debían ser reforzados, a la altura de las condiciones que alcanzaba esa confrontación (una sola partícula viral de SARS-CoV-2 era capaz de hacer hasta 100.000 copias de sí misma en apenas 24 horas). Cada vez que un enfermo centenario superaba el coronavirus, como Elena (104 años), dada de alta en el Hospital Gregorio Marañón de Madrid, o Petronila (108 años), saliendo entre aplausos de un hospital de campaña de Lima (Perú), dábamos un corte de mangas a la pandemia.

Un país ejemplar como Alemania, desbordado por cifras descomunales de contagios y muertes (estas, casi un millar diario) obligaron a toda Europa a replantearse los métodos de combate. La imagen de Londres sin un alma (la arteria comercial Regent Street cerrada y desierta) quedaba grabada en los días finales de diciembre como la estampa del mundo al límite del tiempo de vida del año, justo al final de un repliegue defensivo (el confinamiento) y el comienzo de una suerte de contraataque con la vacunación general.

Mirábamos al cielo buscando instintivamente una solución mágica, divina, providencial, en vísperas de la Nochebuena, y se produjo el resplandor de la estrella de Belén, debida a la conjunción de Júpiter y Saturno después de 800 años. Pero ni en un globo imaginario cabía esperar remedios en el aire. Estábamos en el umbral de la vacuna. Continuaba el pulso aquí abajo entre la ciencia y

la enfermedad del mundo. Era una lucha ciclópea. Y de ella saldrán los valores que dominen nuestras conductas futuras: el coraje frente al miedo, la verdad de la ciencia frente a los bulos del negacionismo, y las bondades del sentido común, de la inteligencia y del progreso frente a la sinrazón, la ignorancia y el populismo retrógrado que hipnotiza y embrutece a nuevas mutaciones del fanatismo social y político.

Cuando el presidente canario anunció a las puertas del inicio de la vacunación, a cuatro días de despedir el año, que en junio el 70% de los habitantes de las Islas estarían protegidos, supimos que esa era la fecha de la anhelada inmunidad de rebaño. Tenerife era la isla más castigada por el virus: se despidió del año con las mayores restricciones, adelantó el toque de queda a las diez de la noche y desplegó a las fuerzas del orden para sancionar las infracciones. El virus no descansaba de día ni de noche. La plaga retaba a los medios humanos como a las puertas de su batalla final con la vacuna, cuerpo a cuerpo, a cara de perro.

Cuando esto acabe no deberíamos perder lo más valioso que hemos aprendido: luchar juntos desde todos los rincones del planeta contra un enemigo que parecía imbatible. Este mismo espíritu nos permitirá doblegar la curva del cambio climático. La ONU pidió este año 2020 declarar la emergencia climática para no superar los 3ºC en este siglo. Si bajamos la guardia y dejamos que el calentamiento vengue al virus, no tendremos perdón de Dios después de haberle visto las orejas al lobo, huérfanos de dioses.

Post scriptum.

Algunas de las noticias del año surgieron en el seno de la Redacción de Diario de Avisos: Juan Carlos Mateu, Norberto Chijeb, Jorge Berástegui y Daniel Tovar aportaron cuatro de esas pinceladas.

DA
FUNDACIÓN
Diario de Avisos